

Selecta

Jimena Cook

LA ROSA ROJA
LIBRO 1 ~ CABALLEROS DEL REY

La rosa roja

Los caballeros del rey. Libro 1

Jimena Cook

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

El viento del sur invade España, el galopar de los caballos enmudece el sonido de toda la naturaleza; se respira en el aire vientos de guerra. La sangre tiñe los campos y los ríos. Mujeres son secuestradas y llevadas a harenes. Campamentos de soldados cristianos se levantan en las cercanías de los reinos de taifas.

Mientras esto ocurre... la reina Constanza y el benedictino Pedro de Leucata tienen que encontrar las esmeraldas que estuvieron ocultas en la tumba del apóstol Santiago. Su vida depende de esas joyas.

Y en Compostela... se está construyendo una catedral que esconde un gran secreto tras sus muros.

Prólogo

Su respiración era agitada; las gotas de sudor corrían por su rostro. Volvió a mirar hacia atrás. El jinete, oculto bajo una capa negra, había desaparecido del camino. Sentía que el corazón le iba a estallar; tenía miedo.

La joya que portaba, la esmeralda cuyo color verde lo había impactado nada más verla, tenía que llegar a manos de la reina Constanza; no podía fallar. El fraile benedictino Pedro de Leucata, a los pies del río Duratón, ya le había alertado del peligro que significaba transportar dicha joya y las precauciones que debía tomar.

—Rodrigo, aléjate de los caminos principales, las villas, tabernas y aglomeraciones. — Leucata se giró; miraba las aguas oscuras del río. Su capa negra dejó entrever su hábito blanco—. Espero que comprendas la importancia de esta misión; esa esmeralda no la tiene que ver nadie, a excepción de la reina. Si descubren lo que llevas, te matarán.

—Pero... ¿por qué es tan importante esta joya para la iglesia y para doña Constanza? — preguntó Rodrigo mientras guardaba la diminuta piedra verde en su pequeña bolsa de cuero marrón oculta en uno de los bolsillos de su pantalón.

El fraile benedictino se giró con brusquedad; sus diminutos ojos negros se fijaron en él. Rodrigo percibió miedo en su mirada.

—¡Jamás vuelvas a hacer esa pregunta! Cuanto menos sepas de este tema, mejor. Límitate a realizar tu cometido con éxito y que la piedra llegue a su destino. Ella te dará el oro que te he prometido cuando entregues la joya en palacio.

Rodrigo necesitaba descansar; estaba fatigado después de haber acelerado su paso ante la presencia del jinete. Respiró profundamente; se acercó a la ribera del río, se arrodilló y refrescó su rostro con las frías aguas. Extrajo de su alforja un trozo de pan, ya duro, y queso. Sabía que no podía detenerse mucho; ese hombre apareció de la nada. Su aspecto era siniestro; intuía que sus intenciones no eran buenas; al menos, esa fue la impresión que le dio al campesino. Tomó un trago de vino y se puso otra vez en marcha.

Justo cuando iba a retomar el camino, escuchó un ruido; se cruzó con rapidez su alforja por el pecho. Observó asustado para todos los lados. En ese momento notó la punta de una espada sobre su cuello. Solo de reojo podía ver la figura del malhechor que lo amenazaba.

—¡Dame la piedra! —exigió con voz ronca. Rodrigo temblaba. El hombre volvió a repetir la

misma frase—: ¡Dame la piedra!

—Muy bien, pues déjeme girarme para estar frente a usted.

El hombre retiró su acero; Rodrigo se dio la vuelta con lentitud, temeroso por la situación que estaba viviendo. Era el jinete que lo había estado persiguiendo; su rostro estaba oculto bajo un turbante negro, pero él pudo observar la cicatriz en forma de aspa en su mejilla. Amagó darle la joya, pero él sabía que, si lo hacía, lo mataría *in situ*. Cogió las piedrecitas que le gustaba llevar en su bolsillo; estaba convencido de que le daban suerte. Se las lanzó con fuerza al rostro. En ese instante empezó a correr, sin mirar atrás. En su huida no pudo avanzar mucho, ya que notó la presión de algo punzante en su espalda. Un dolor indescriptible le impedía seguir adelante; cayó al suelo de rodillas. Veía cómo su sangre teñía de rojo la arena y la hierba del lugar. El jinete se acercaba a él; empujó su hombro con la punta de sus botas de cuero negras, y cayó boca arriba, todavía consciente de lo que estaba sucediendo. El malhechor se puso de cuclillas; enseguida dio con la bolsa de cuero en la que guardaba la joya, tiró de esta, la abrió y observó su interior. La volvió a cerrar y se la guardó. Entonces el campesino descubrió el verdadero rostro del jinete; la expresión de Rodrigo al ver su cara fue de pánico. Se escuchó una gran carcajada, siniestra. El asesino hundió su espada en el corazón del campesino.

Capítulo 1

La reina Constanza se movía de un lado para otro de la estancia. No pasaba ni un segundo cuando volvía a observar por el gran ventanal de la sala de reuniones de su castillo en Sahagún. Estaba nerviosa, a la espera de que el fraile Pedro de Leucata hiciera su aparición. Volvió a leer el pergamino del benedictino que le había llegado hacía unos días. Estaba arrugado; lo estiró y centró su mirada en el contenido:

Majestad:

La esmeralda ha desaparecido, y el enviado ha sido asesinado. Ellos lo saben; nos han descubierto y tienen una de las joyas en su poder. La situación es grave y alarmante. Estoy en León. Hoy mismo parto para Sahagún.

Dobló el pergamino ante los ruidos provenientes del pasillo; lo hizo con cierta dificultad, guardándolo en el amplio bolsillo de su falda. La puerta se abrió, y apareció el fraile, quien retiró la capucha de su capa negra. La expresión de su rostro era de preocupación. Tras él estaba la dama de compañía de la reina.

—Gracias, Ana. Puedes marcharte. —Ella, obediente, hizo una reverencia y desapareció. Constanza miró al religioso; arqueó las cejas. Estaba impaciente por escucharlo—. ¿Y bien? —le preguntó.

—Majestad, la esmeralda... El campesino fue encontrado por unos peregrinos que iban a Compostela, descompuesto. La noticia de su muerte se expandió por toda Segovia y alrededores; enseguida intuí que se trataba de Rodrigo. Fui a ver el cuerpo sin vida. Ni rastro de la joya ni de la alforja que llevaba: todo ha desaparecido. Ellos están detrás, pero esta vez él es el que se está asegurando de no dejar ningún rastro.

Constanza intentaba guardar la compostura, pero el movimiento de sus manos que retorcían sus delgados dedos mostraban el nerviosismo e intranquilidad que sentía.

—Y ahora... ¿qué hacemos?

—Mí señora, creo que tengo la solución.

Capítulo 2

En la lejanía divisaba el castillo; veía sus imponentes y amplios torreones. La reina, en su carta, me rogaba que no fuese acompañado por ninguno de mis hombres, ya que solo yo podía tener conocimiento de la misión que me iba a encomendar; nadie más.

Estaba impaciente por saber qué era eso tan importante que tenía que decirme. Yo obedecía las órdenes de su esposo, Alfonso VI, el cual había partido hacía meses a Toledo ante los incidentes entre los muladíes con los mozárabes. No lo había acompañado en esta ocasión porque él mismo había sido el que me había dicho que quería que yo, capitán de su guardia y hombre de su confianza, me quedase para proteger a la reina. Él sospechaba que en cualquier momento las tropas del emir de Córdoba atacarían los reinos del Norte y, sobre todo, León.

Atravesé el puente levadizo. Dos hombres custodiaban la entrada. Levanté la mano a modo de saludo. Otra vez volvía a estar allí, a la espera de otra misión, pero esa vez era de la reina e intuía que aquello me iba a traer problemas *a posteriori* con el rey.

Bajé de un salto de mi caballo; el mozo se lo llevó a las cuadras para hacerse cargo de mi animal. Uno de los soldados que había allí se acercó a mí.

—Señor, su majestad lo espera. —Asentí. Conocía el camino.

Entré en el patio rectangular, sobrio, con escasa decoración. Subí las escaleras a grandes zancadas; su dama de compañía me estaba esperando. Bajó su rostro al verme, a modo de reverencia. Era bonita; siempre había querido conquistarla, pero pertenecía al círculo de confianza de Constanza, y sabía que con las damas cercanas a la corona no debía tener escarceos.

—Puede usted pasar, capitán.

La reina se encontraba sentada en su silla de madera. De pie, junto a un gran ventanal, había un fraile que, por su hábito de color blanco, debía ser benedictino. Al acceder al interior de la sala, ambos me miraron; hice una reverencia y me posicioné a un metro de distancia de su majestad, sujetando mis guantes con una de mis manos, mientras la otra permanecía apoyada en la empuñadura de mi espada.

—Capitán Díaz, sé que le extrañará todo esto. No es habitual esta forma de proceder, pero enseguida comprenderá que son pocas todas las medidas de precaución tomadas para la misión que le voy a encomendar.

—La escucho, majestad. —El fraile me observaba con interés—. Usted sabe que, cuando

Pelayo, el ermitaño que descubrió la tumba del apóstol Santiago, le relató al obispo Teodomiro todo lo que había visto, este empezó con las excavaciones en el lugar exacto indicado por el cenobita. Poco a poco fue apareciendo ante los allí presentes un edificio sepulcral oculto durante años entre vegetación y arena. Dentro de ese sepulcro de dos pisos, se descubrieron, en la sala ubicada en la parte inferior, tres tumbas, una del apóstol Santiago y las otras dos de los discípulos que habían llevado el cuerpo del santo a las tierras del Norte. —La reina miró al fraile, este asintió y ella continuó—. Pues bien, en ese lugar también se encontraron otras tumbas; una era de la noble Atia Moete, dueña del mausoleo, y otra de su nieta, Viria Moeta. Hay un testimonio escrito por un monje que estuvo en ese lugar durante las excavaciones; este describe cómo encontró un documento en donde los discípulos del santo, tras la muerte de este en Jerusalén, sacaron su cuerpo a escondidas, lo ocultaron y lo metieron en una barca. Así es como llegó a tierras gallegas. Junto a este escrito había dos esmeraldas que los discípulos portaban desde Jerusalén; eran dos joyas únicas que el santo siempre había llevado con él. Se extendió la leyenda de que quien se hiciese con ellas gozaría de poder y riqueza. Las piedras también fueron transportadas con el cuerpo del santo. —La reina se levantó de su silla, se dirigió con pasos cortos al ventanal donde se encontraba el fraile. Yo no entendía a cuento de qué me estaba relatando todo aquello—. El obispo Teodomiro nunca vio ni tuvo conocimiento de ese descubrimiento que detallaba el monje, pero sabemos que ese documento se encontró en la tumba de Atia Moeta. Por qué estaba en ese lugar y no en los otros sepulcros santos jamás lo sabremos, pero sí estamos convencidos de que las esmeraldas estaban allí. Conocemos el lugar donde están, ya que estas fueron enviadas a dos sitios distintos y preservadas y ocultas a lo largo de todo este tiempo en el monasterio de Turieno, en Liébana, y en el monasterio de san Millán. En estos momentos se ha perdido el rastro de la esmeralda que permaneció oculta en la cueva donde está enterrado san Millán, ya que el campesino que lo traía a mi castillo para proteger la joya ha sido asesinado. —Se giró para mirarme—. Alguien más las busca, y las intenciones no son buenas. Los que están detrás de las esmeraldas solo desean su destrucción.

—Majestad, lo que no entiendo muy bien es en qué lo puedo ayudar yo —le dije.

—Capitán Díaz, necesito que vaya a Liébana, al monasterio de Turieno, y encuentre y me traiga la otra esmeralda; está incrustada en el lugar donde se encuentra una de las reliquias más importantes traídas de Tierra Santa por el obispo Toribio de Astorga, el *ignum Crucis*. Sabemos que este está ahí y guarda esa esmeralda junto a la sagrada reliquia.

—Pero... majestad, las órdenes de su esposo fueron muy claras; él quería que no abandonase estas tierras con el fin de protegerla.

—¿Piensa desobedecer mis órdenes, capitán?

—¡No, por supuesto que no!

Se giró dándome la espalda. Avanzaba con lentitud hacia la silla de madera. Se sentó. Me observaba. El fraile se posicionó al lado de ella.

—Mi esposo no tiene por qué enterarse, pero tranquilo: si lo descubren, el rey no tomará

represalias contra usted, le doy mi palabra. —Miró al fraile, quien fue avanzando con lentitud hacia donde yo estaba.

—Capitán, sea cauteloso. No sé si es consciente de la importancia de la misión que le ha encomendado la reina. Hay que recuperar las dos esmeraldas; la desaparición y destrucción de estas supondría una guerra que provocaría muchas muertes. Debe ir a por la joya que está en Liébana y después deberá encontrar al asesino que arrebató la joya al campesino. La persona o personas que quieren dar con estas piedras preciosas son muy peligrosas, astutas y con mucho poder. Tenga cuidado —advirtió Leucata.

—¿Podemos contar con usted, Capitán? —preguntó la reina.

—Sí, por supuesto —respondí.

—Muy bien. —La reina se acercó a mí y me dio un anillo de oro con el sello real—. Este es su salvoconducto; tiene que mostrarlo cuando llegue al monasterio de Turieno. —Asentí. No me gustaba tanto misterio.

Intuí que la reina y el benedictino ocultaban algo más que no me habían comunicado, pero sabía que preguntarles acerca de esas esmeraldas y las consecuencias de su desaparición no me iba a llevar a esclarecer ninguna de mis dudas.

Capítulo 3

La reina Constanza observaba cómo se alejaba el capitán Alonso Díaz con su caballo. Tras ella estaba el fraile, quien tenía la mirada perdida en un punto del exterior.

—¿Confía en él? —preguntó el benedictino.

—Si mi esposo lo considera su hombre de confianza, eso significa que es noble, de palabra, fiel al rey y todo lo que tenga que ver con este. —La reina se giró. Se puso frente a Leucata—. Sí, confío en él.

—Si llega a descubrir lo que en realidad significan para nosotros las esmeraldas, puede pensar que lo hemos engañado. No obstante, pienso que es lo mejor —observó el fraile.

—Sí, pero, aun así, él no se cuestionará nada y no dudará en seguir mis órdenes —respondió Constanza.

—Espero que así sea, majestad. Ya tenemos muchos problemas como para añadir uno más.

Esa noche, Pedro de Leucata salió del castillo en dirección a Compostela; debía hacerse del documento perdido, donde se detallaba el gran secreto oculto por la iglesia y que él estaba dispuesto a descubrir. Sabía que el asesino del campesino también iría en busca de ese documento. El benedictino estaba dispuesto a adelantarse; si el asesino se hacía con ese escrito, estaría perdido. Era una misión arriesgada ya que, si miembros de su orden religiosa se enteraban de ese asunto, las consecuencias serían graves para él. Pero sus ansias de poder y ambición eran superiores al hábito que representaba. Había ocultado información a la reina, aunque ella era la que menos le preocupaba. El capitán del norte era inteligente; lo había notado en su mirada. En cuanto encontrase las esmeraldas, ordenaría que lo matasen. No podía correr riesgos. Pedro de Leucata desapareció en la oscuridad de la noche.

Capítulo 4

Sabía que mi padre tenía una reunión importante. Observé, desde la ventana de mi habitación, a todos los nobles que fueron llegando a la casa. Desconocía el motivo de ese encuentro. Antonio, hombre de confianza de mi progenitor, había dicho a los soldados que tenía a su cargo que tenían que extremar la vigilancia esa noche. Iba a haber un encuentro de suma importancia para el marqués Álvarez de Toledo, mi padre.

Una vez que me aseguré de que todos los invitados estaban en el interior de la casa, me aparté de la ventana y me puse mi capa negra. Sentía curiosidad por saber de lo que hablarían, pero mi intención esa noche era escabullirme del palacio y dirigirme al barrio judío; me había costado mucho que Yosef accediese a enseñarme en su taller cómo trabajaba las piedras preciosas, algo que me entusiasmaba. Había sido tarea difícil la de convencer al maestro, gran amigo de mi padre, a enseñarme una labor de hombres a escondidas de este. Él era consciente de que mi padre terminaría con su amistad si descubría aquello.

Yosef era un entusiasta de las piedras preciosas; conocía el significado de todas y, por su forma y textura, podía saber su vida. Él vio que mi obsesión por estas joyas era muy parecida a la suya, y fue así como logré persuadirlo para que me mostrase los secretos de su trabajo de orfebre.

Bajé las escaleras con mucho sigilo; llegué al largo pasillo que comunicaba todas las salas de la parte inferior. Fui andando de puntillas en dirección a la salida; en ese instante, la puerta de la sala en la que estaban reunidos se abrió. Me escondí tras una columna; parecía que el corazón se me iba a salir: no podía ser descubierta.

—Es el momento de nuestra venganza por todas las muertes del emir. Con la llegada de los almorávides, todos peligramos. —Era la voz de mi padre.

—Pero eso es muy peligroso; ya sabes las consecuencias que tuvo el levantamiento. Muchos nobles fueron decapitados. El emir de Córdoba estudió fríamente su venganza hasta que la ejecutó con éxito. Este grupo llegado del Sahara es más peligroso —informó otro de los reunidos.

La puerta se cerró. Vi pasar a Inés; había llevado bebida a los congregados. Ella era una muchacha joven, más o menos de mi edad; me llevaba muy bien con ella. Vio mi sombra reflejada en el rellano; se asustó: un pequeño grito salió de su garganta. Dio un paso hacia atrás.

—Inés, tranquila, soy yo —susurré saliendo de mi escondite.

—¡Señorita! ¡Me ha asustado! ¿Se puede saber qué hace usted ahí, con su capa puesta? —me

recriminó.

—¡Chsss! Baja el tono. No quiero que mi padre se entere. Tengo que ausentarme, pero en una hora estoy de vuelta. No digas nada, por favor.

—¡Es una locura! Una dama no puede estar a estas horas sola por las callejuelas. Es impropio...

—No te preocupes, no correré peligro. —No la dejé terminar—. Y ya sabes, no digas nada. — Le sonreí. La expresión de su rostro era de disgusto.

No tenía tiempo para explicaciones; debía irme lo antes posible. Fui hacia la puerta y salí al exterior. Crucé el patio y me dirigí hacia los arbustos que de pequeña escalaba y saltaba con gran agilidad para salir a la calle sin ser vista. Siempre había sido muy rebelde, valiente y decidida, y en esa ocasión no iba a ser diferente.

Escalé los arbustos; mi capa se enganchó. Tiré de ella y di un salto. Caí al suelo; me incorporé y empecé a correr por los caminos estrechos, oscuros, que llevaban al taller de Yosef. El recorrido solo estaba iluminado por la tenue luz que desprendían las antorchas ubicadas en cada esquina. Estábamos en el mes de octubre; una suave brisa enfriaba el ambiente. No había nadie por la villa; corría evitando hacer ruido. Me dirigí hacia uno de los pasajes radiales que comunicaban con la puerta de acceso al barrio hebreo, Assuica Bab-al-Yaud. Esquivé las cambroneras; una de las zarzas se lió alrededor de mis piernas; me la retiré como pude y me introduje a través del arco de herradura que llevaba directo hacia la Cava Baja, donde vivían los judíos de oficio. Aquella noche tenía la sensación de que había demasiado silencio; ni siquiera se escuchaba el cantar de los grillos. Me detuve en la sinagoga que los judíos llamaban *shofar* por el cuerno de carnero que usaban en sus ceremonias. Miraba con nerviosismo hacia atrás; temía que me persiguiese algún soldado de mi padre. No había nadie. «¡Sensación absurda!», pensé. Corrí a gran velocidad por el laberinto de callejas cerradas por puertas, hasta que por fin llegué a un camino sin salida; en ese recinto cerrado de casas se encontraba el hogar de Yosef. Toqué con los nudillos de mi mano una de las puertas de madera varias veces, hasta que él me abrió. Una gran sonrisa se dibujó al verme.

—Pensé que ya no venías —miró para ambos lados del lugar—. Pasa.

Yosef me llevó al pequeño taller en el que trabajaba hasta altas horas de la noche. Era una habitación estrecha con una mesa de madera, grande, ubicada en el centro de la sala. Sobre la mesa había un martillo pequeño y varias herramientas punzantes.

—Siéntate y observa. Ahora tengo un encargo para la iglesia; debo decorar la cubierta de varias copas con hilos de oro. Necesito extraer láminas de oro. Se desprenden a base de pequeños toquecitos con esta herramienta. —Me mostró un objeto punzante con forma romboidal—. Hay que ser muy cuidadoso y tener mucha paciencia.

No podía estar sentada; siempre había sido muy inquieta. Prefería apoyar mis codos sobre la mesa, ligeramente inclinada, al lado de Yosef, y observar con detenimiento cómo lo hacía. Sus ojos marrones apenas pestañeaban mientras iba dando golpecitos al oro que tenía entre sus manos; pequeños hilos de la joya se iban desprendiendo de la piedra original. Me fijé en las copas: estas

ya tenían unos dibujos con forma de hojas. Yosef fue introduciendo los finos hilos de oro, ayudado de una especie de pinzas en cada una de las decoraciones.

—Como verás, es un trabajo de precisión y mucha paciencia —dijo sin mirarme—. ¿Quieres intentarlo?

—Sí, por supuesto. —Estaba deseando hacerlo desde que lo había visto coger entre sus manos aquella joya.

—Toma, Rosa —extendió unas pinzas.

Cogí con el utensilio un fino hilo de oro y lo incrusté con mucha paciencia y cuidado en una de las hendiduras.

—¡Muy bien! —elogió Yosef—. Señorita, a partir de ahora serás mi ayudante. Eso sí, debes prometerme que te cuidarás de que tu padre no te descubra y que la noche que no puedas salir de tu casa no lo harás, a pesar de que sé que estarás impaciente y frustrada.

—¡Uff!, no puedo hacerte esa promesa; sabes que no la cumpliría.

—¡Hum...! Desde pequeña eras muy inquieta e impulsiva, y siempre te querías salir con la tuya. Y, querida, no has cambiado mucho desde entonces.

Nos reímos ambos ante su comentario. Tenía razón.

Era muy tarde cuando llegué a mi casa. Escalé por los arbustos; di un salto y, al aterrizar en el suelo, observé. Temía que me viesan Antonio u otros de los hombres que vigilaban el palacio. Fui corriendo al interior; abrí despacio la puerta de acceso a la casa y subí de puntillas las escaleras. Me encerré en mi habitación, me apoyé en la puerta. ¡Por fin! Nadie me ha visto. Una gran sonrisa se dibujó en mi rostro. Me sentía feliz; esa noche había disfrutado aprendiendo y observando todo lo que hacía Yosef.

Transcurrían los días, y cada vez me hacía más experta en mis escauceos nocturnos al taller de mi amigo. Iba avanzando en el aprendizaje.

Esa noche intuía que iba a ser diferente. Mi padre estaba preocupado; lo notaba en la expresión de su rostro. Tanto mi madre como él apenas habían intercambiado palabra alguna durante la cena, algo poco habitual; ni siquiera me habían preguntado por mis avances con el fraile Roberto de Soto, un franciscano de edad avanzada, que acudía todos los días a instruirme en la religión (clases que me aburrían). Apenas prestaba atención al erudito que venía a impartírmelas. Lo miraba con desidia mientras explicaba la lección del día; mi mente viajaba al taller de Yosef y fuera de los muros de Toledo.

Mis padres no habían tenido más hijos y, al ser la única heredera del marqués Álvarez de Toledo, mi educación y la protección de mi padre hacia mí se habían convertido en una obsesión, algo que llegaba a agobiarme. Yo era un espíritu libre; me gustaban muchas actividades que hacían los muchachos de mi época. Detestaba los protocolos y convencionalismos. Sabía que mi actitud no era habitual para la época que vivía, pero mi ciudad, con sus muros, callejuelas y normas de comportamiento ya establecidas, me asfixiaban. Soñaba con viajar, recorrer los caminos y descubrir la vida que se desarrollaba fuera de las murallas; mis padres intuían esto y se

desesperaban con mi comportamiento alocado e inapropiado de una joven de mi clase. Espiaba a los soldados de mi padre en su aprendizaje con la espada y la lucha; gracias a esas escaramuzas había aprendido a defenderme con la espada —aunque no era muy hábil—, así como algunos movimientos claves para moverme en la lucha cuerpo a cuerpo.

El silencio reinó en el palacio antes de lo habitual. Me escabullí como todas las noches, salté el muro de arbustos y corrí hacia el taller de Yosef. Al abrir la puerta, noté a mi amigo diferente: estaba preocupado. Observó, como siempre hacía, el exterior y se apartó para que accediese al interior. El taller, iluminado por varias velas, estaba más desordenado de lo habitual. Se sentó y tapó su rostro con ambas manos.

—¿Qué ocurre, Yosef? —le pregunté. Me miró.

—Necesito tu ayuda, Rosa. Sé que no debería pedirte nada porque con ello puedo poner tu vida en peligro, pero no tengo tiempo y no puedo recurrir a nadie más.

—¿Qué pasa? —volví a insistir.

—No puedo tener más en mi poder una piedra de gran valor. Llegó a mí por pura casualidad; un monje franciscano, antes de morir, me la dio haciéndome prometer antes de su muerte que la protegería con mi vida y jamás develaría su existencia a nadie. Es una esmeralda. Cuando me la entregó, me enamoré de la joya; nunca antes había visto otra igual que desprendiese un halo de luz tan intenso como el de la piedra que tenía en mi poder. —Hizo una pausa—. Antes de morir, me dijo que la tenía que llevar a Compostela y dirigirme a la catedral que se está construyendo, justo en el lugar donde fue encontrada la tumba del santo. Me dijo que se la tenía que dar al maestro que supervisaba las obras. Me facilitó su nombre, *Bernardo el viejo*. —Me miró—. Pero, a pesar de mi promesa, mi intención no era la de peregrinar hasta Compostela y hacer entrega de esta joya. Desde entonces la tengo guardada y ahora debo llevarla hasta allí; sé que he de deshacerme de ella. Rosa, tienes que saber esto porque he de abandonar el taller y Toledo, pero antes tengo que hacer entrega de las copas con las que has estado ayudándome. Si no, quien me las encargó y ya me pagó por estas tomará represalias; me buscará y... Debes terminarlas tú y entregárselas. Le dirás que eres mi aprendiz; ponte mis ropas para que parezcas un muchacho y compórtate como tal, no como una dama. La entrega tiene que hacerse dentro de dos semanas. Perdona por... —No lo dejé continuar.

—Lo haré, tú sabes que disfruto con este trabajo; además, después de todo lo que has hecho por mí...

—Gracias, Rosa —me interrumpió—. Dentro de dos días partiré. Por favor, ven a verme como vienes haciendo hasta ahora; te daré unas instrucciones importantes antes de partir para que puedas terminar el trabajo y entregarlo.

Asentí; no le hice preguntas. Me puse a trabajar con una de las copas incrustando los finos hilos de oro en los dibujos. A pesar de que él intentaba aparentar tranquilidad y concentración, lo notaba nervioso; su mano temblaba, y varias veces tuvo que depositar una de sus herramientas sobre la mesa como consecuencia del temblor.

Salí del taller mucho más tarde que las noches anteriores; me puse mi capa negra y tapé mi cabello con la caperuza. Empecé a correr por las callejuelas oscuras y empedradas; atravesé el arco de herradura a través del cual se salía del barrio judío. Estaba cerca de mi casa, pero a diferencia de las otras noches escuché voces tras de mí; miré para atrás mientras avanzaba a gran velocidad. En ese momento me choqué contra algo o alguien; antes de caer al suelo, giré mi rostro y vi a un hombre. Debía ser un soldado por la ropa que llevaba puesta, la cota de malla gris y sobre esta la sobrevesta. Cruzado alrededor de su pecho, llevaba el talabarte del que colgaba su espada. Estaba de espaldas pero, al notar el impacto del golpe, se giró. Era bastante alto, fuerte, musculoso. Apenas aprecié rasgo alguno de su rostro, a excepción del color verde de sus ojos que contrastaba con el tono dorado de su tez y su pelo negro. Estaba en el suelo, molesta con aquel individuo. Él, al verme en el suelo, se acercó con rapidez hacia donde yo estaba con la intención de levantarme, pero no lo permití. Me incorporé con agilidad; sacudí mi falda y mi capa, y lo miré.

—¿Qué hace ahí en medio? ¡Podría tener más cuidado!

—¿Más cuidado? —Arqueó una ceja, y una sonrisa se dibujó en su rostro ante mi comentario—. Creo que la que debe tener más cuidado es usted, señorita. Le recuerdo que es usted la que ha chocado contra mí.

Se volvieron a escuchar las voces, pero yo no reparé en ello; estaba indignada con el soldado a pesar de ser yo la culpable. Seguí hablando. Su expresión se había vuelto seria; ya no me miraba a mí. Yo seguía refunfuñando; él me observó. Se adelantó hacia donde yo estaba; tapó mi boca con su recia mano y me rodeó con la otra la cintura llevándome hacia un rincón apartado del camino principal.

—Por favor, guarde silencio. —Yo me resistía—. ¿Podrá aguantar unos segundos sin hablar? —Iba a protestar, pero su mano me lo impedía.

Enseguida me percaté: eran dos muladíes. Pasaron con rapidez por nuestro lado sin percatarse de nuestra presencia. Él apartó su mano de mi boca; me giré para estar frente a él. Antes de que yo le recriminase su actitud, él se adelantó a explicar su reacción.

—Disculpe, pero no había manera de que callase y a estas horas dos muladíes por la calle no pueden tener buenas intenciones. La acompañaré; no puede andar sola en mitad de la noche.

El caballero estaba serio; miraba en dirección hacia donde se habían marchado los dos guerreros árabes.

—¡No!, no necesito que nadie me acompañe —aseguré con rotundidad.

—Lo voy a hacer, sí o sí.

Empecé a andar sin mediar palabra; él estaba a mi lado, en silencio, con su mano puesta en la empuñadura de su espada. Llegamos al palacete; me detuve junto a los arbustos que hacían de muro de mi hogar y me giré para estar frente a él.

—Ya puede marcharse, caballero. Le agradezco que me haya acompañado.

Dicho esto, no le di tiempo a reaccionar. Escalé con gran maestría el muro de arbustos y en

cuestión de segundos aterricé en el patio interior de mi casa. Observé a ver si todavía estaba allí; vi sus botas de cuero. Estaba fijo en el sitio donde le había dejado. Segundos después, se alejó.

El relinchar de los caballos en el patio me despertó. Estaba agotada; la noche anterior había regresado muy tarde del taller de Yosef. Entonces se me vinieron a la mente las palabras de mi amigo. También recordé al caballero con el que me había chocado; solo se me venían a la mente sus bonitos ojos verdes. Escuché dos tímidos golpes en la puerta; esta se abrió. Era Inés.

—¿Todavía está en la cama, señorita?

—Hoy no me encuentro muy bien —le respondí. La doncella me miraba mientras fruncía el ceño.

—Claro, probablemente ese malestar le venga de sus escarceos nocturnos. Anoche, después de la cena, su madre preguntó por usted; quería entrar en su habitación. Le tuve que mentir y decirle que se había acostado por un fuerte dolor de cabeza. ¿Se imagina lo que hubiese sucedido si hubiese entrado en su habitación?

—Me lo puedo imaginar, pero no ocurrió, así que es tontería pensar en lo que podría haber pasado. Gracias, Inés —le sonreí y le guiñé un ojo.

—¿Es usted incorregible, señorita Rosa! ¿Ya tiene pensado el vestido que se va a poner esta noche en el baile?

—¿El baile? ¿Qué baile?

—¿Ya no se acuerda!—Al ver que no respondía, frunció el ceño—. Su padre ha organizado un baile esta noche; están invitados todos los nobles de Toledo.

Era cierto; me había olvidado por completo. Mi progenitor quería dar una recepción a nobles y hombres cercanos a Alfonso VI. Hablarían de sus asuntos al mismo tiempo que sus mujeres disfrutarían de una velada donde el baile, el vino y la comida no faltarían.

—¡Uff! Sí, lo había olvidado —dije a regañadientes.

No me gustaban ese tipo de celebraciones, menos engalanarme y tener que ser atenta con las esposas e hijas de los amigos de mi padre. Todas ellas eran muy diferentes a mí y tanto sus conversaciones como intereses en la vida me aburrían.

—Entonces... ¿Qué vestido se va a poner, señorita?

—El azul.

Inés lo cogió del armario. Al atardecer llegarían los invitados, por tanto, esa noche sí que me sería imposible ir a ver a Yosef. Le tenía que avisar. Inés iba a salir; me puse delante de ella impidiéndole el paso.

—Inés, por favor, necesito que hoy, cuando vayas al zoco, vayas a ver a Yosef al barrio judío y le des un mensaje.

—¿Señorita Rosa! Sabe muy bien que no puedo hacerlo: Roberta... —era la dama de compañía de mi madre—... me va a vigilar en todo momento.

—Tranquila, que le diré que te he mandado que hagas un recado.

—¿Señorita! Siempre me está metiendo en líos. Luego la señora recrimina mi comportamiento.

—Me acerqué a ella.

—¡Por favor! Esta vez no se va a enterar. —Inés frunció el ceño. Cogió el vestido azul.

—Está bien. Dígame lo que quiere que le transmita.

—¡Gracias! Eres un sol. —Le di un beso en la mejilla. Observé cómo se dibujaba una sonrisa en su rostro—. Coméntale que no puedo acudir al taller hoy, que iré mañana. — Antes de salir por la puerta, me miró con resignación.

—Recuerde que hay un baile. No desaparezca como ya ha hecho en otras ocasiones.

Cerró la puerta, y me senté sobre la cama.

Algunos invitados habían empezado a llegar. Suspiré: no soportaba esos eventos.

Inés estaba conmigo; me ayudó a vestir.

—¡Déjeme que la vea! Está preciosa: el azul la sienta muy bien. Ahora siéntese para que le haga un moño.

—Entonces... ¿Le pudiste dar mi mensaje?

—Ya le he dicho que sí, señorita. Él me dijo que la esperaba entonces mañana, que le recordase que era muy importante que usted fuera allí.

En realidad, me sentía frustrada por tener que estar ahí, embutida en ese vestido. Inés me recogió el pelo en un moño. Se puso delante de mí para observar el resultado de su esfuerzo; esbozó una sonrisa.

—Muy guapa, señorita. Ahora póngase los pendientes de zafiro que le regaló su padre.

La complací. Me miré con desgana en el espejo. El color del vestido realzaba mis ojos negros; me gustaba cómo quedaba.

Empecé a escuchar la música en el salón. «¡Qué pereza!», pensé.

Bajé despacio las escaleras; observaba a los comensales. Mi madre enseguida se percató de mi presencia; hizo un gesto para que acelerase el paso y fuese a su lado. Mi padre estaba junto a ella.

—¿Por qué has tardado tanto? —me preguntó mi madre.

Preferí no responderle. Enseguida ella se enfrascó en una conversación absurda con otras damas que se encontraban a su lado.

—¡Estás muy bonita! —me susurró mi padre.

—Gracias, padre. ¿Tengo que estar toda la celebración aquí? ¿Puedo subirme después de la cena a mi habitación?

—Esta vez no, Rosa. ¡Y compórtate como una dama!

Dicho esto, se alejó hacia una esquina; fue a recibir entusiasmado a un caballero ataviado con una túnica oscura sobre la que se ceñía un cinturón que sujetaba su espada. Aquel invitado era bastante alto, fuerte, de anchas espaldas; su pelo negro, fosco, revuelto, le caía desordenado hasta el inicio del cuello. Decidí aprovechar aquel momento en el que mis padres estaban ocupados y distraídos para salir al jardín: necesitaba respirar y apartarme de aquella farsa donde todo era apariencias y falsedad.

Justo cuando iba a acceder al jardín, escuché la voz de mi padre detrás de mí.

—¡Rosa!

Me giré con desgana. Me encontré justo frente a aquel hombre cuyos ojos verdes eran inconfundibles. No podía creer que ese caballero engreído, altivo, de la noche anterior fuera el hombre con el que hablaba mi padre tan entusiasmado. Era muy atractivo; en nuestro primer encuentro apenas pude verle bien el rostro pero, teniéndolo tan cerca, sabía que era la clase de hombre que podía tener a la mujer que se le antojase. «Claro, a todas menos a mí», pensé.

—Quiero presentarte al capitán Alonso Díaz, hombre de confianza del rey Alfonso VI.

—Ya tengo el gusto de conocer a su bella hija.

—Sí, ya conozco al capitán —dije con desgana. Él esbozó una sonrisa.

—Ayer me encontré a su hija por los alrededores de la muralla.

—Es muy habitual en Rosa —dijo mi padre frunciendo el ceño. En ese momento apareció Antonio y se llevó a mi padre—. Si me disculpa, capitán, enseguida estoy con usted.

—No se preocupe, estoy en grata compañía —dijo. Esperé a que mi padre se alejara para hablar con su invitado.

—No quiero parecer maleducada, pero me disponía a salir al jardín, así que, si me disculpa...

—La acompaño.

—No hace falta... bueno, quiero decir que no se vea forzado a hacerlo; me gusta la soledad: las fiestas me asfixian. —Se carcajeó ante mi comentario.

—Entonces ya somos dos. No soporto este tipo de reuniones.

Salimos al exterior; la noche era fría, pero en aquel momento se agradecía un poco de aire después del calor que había en el interior del salón. Fui hacia uno de los bancos de piedra; me senté y observé el cielo. Él apoyó su pie en un lateral de este mientras me contemplaba.

—Sabía que iba a estar aquí, ¿verdad? —le pregunté.

—Ayer, después de su entrada triunfal a su casa trepando por los arbustos y saltando con gran maestría, sí. No obstante, tenía serias dudas de si usted era una ladronzuela o una de las damas del palacete. Anoche hubiese apostado por la primera opción, ya que su comportamiento fue muy inapropiado para una joven de su clase. —Sonreía mientras me observaba—. Me dejó sin palabras. Realmente fue... ¿cómo le diría? De impacto, sí. Una gran hazaña.

—No se burle de mí, capitán. —Tragué saliva—. Le rogaría que no se lo dijese a mi padre —pedí sin mirarlo. Contemplaba el cielo estrellado.

—No sé, me lo pensaré. A no ser que obtenga algo a cambio, claro está.

Ante ese comentario lo miré, nerviosa. ¿Qué pretendía?

—¿A qué se refiere? —Debió averiguar por la expresión de mis ojos lo que estaba pensando en esos momentos.

—¡Ja, ja, ja! No se preocupe, no quiero proponerle nada indecoroso. —Noté cómo mis mejillas ardían ante su comentario.

Era un descarado, ¿cómo osaba a hacerme ese comentario? Me levanté y fui adentrándome al interior del jardín; él me seguía.

—¿Entonces? —le pregunté.

—Tiene que decirme de dónde venía a esas horas de la noche. Debo advertirle que una mujer sola, por las calles, no dice mucho de la joven en cuestión. Ya sabe que luego hay muchas habladurías, y el honor de una dama enseguida queda mancillado. —Me giré con brusquedad poniéndome frente a él.

—¿Qué es lo que está queriendo decir? No le consiento que hable de mí en esos términos, caballero.

—Pues entonces compórtese como una joven de su clase, sin correr por las calles en horas nocturnas, ni saltando arbustos a hurtadillas.

—¡Cómo se atreve, capitán!

Él esbozó una sonrisa, se acercó a mí y yo retrocedí hasta que choqué contra el tronco de un árbol. Él apoyó una de sus manos sobre este, justo al lado de mi rostro mientras su otra mano permanecía fija en la empuñadura de su espada. Acercó su rostro al mío.

—Actúe como una dama y no tendrá que escuchar este tipo de comentarios.

—Si le soy sincera, capitán, lo que piensen o digan de mí me da exactamente igual.

Lo empujé y fui corriendo hacia el interior del salón; escuchaba sus carcajadas mientras me alejaba. Mi corazón latía con celeridad: ese hombre me había puesto nerviosa. Sentía arder mis mejillas.

—Querida, ¿se puede saber qué te ocurre? Estás muy sonrojada —me preguntó Leonor.

La joven, más o menos de mi edad, era una entrometida, igual que su madre, la duquesa de Benavente, una cotilla a la que le encantaban los chismes e iba a la iglesia solo por aparentar y chismorrear. Eso sí: tenía que reconocer que era muy bonita; su pelo rubio y sus ojos azules llamaban la atención.

—¿Sí...? Será del calor que hace aquí dentro.

—Pero si te he visto venir corriendo del jardín.

—Ah... Bueno... es que, como tenía calor, he salido a refrescarme un poco.

Me miraba con interés; una media sonrisa se dibujó en su rostro. Centró su mirada en la entrada al salón; el capitán apareció con su pelo revuelto por el viento y con una sonrisa dibujada en su rostro. Estaba buscando a alguien; con probabilidad, a mi padre. Leonor me miró.

—¡Qué casualidad! El capitán Alonso Díaz también tenía que tener calor —opinó. No la soportaba—. Creo que está buscando a alguien.

—Pues no sé, será a mi padre —le respondí. Quería irme de su lado.

—Es muy atractivo; cualquier mujer desearía que le hiciera su esposa —aseveró Leonor—. Querida, creo que te está buscando a ti; viene directo hacia nosotras.

—¿A mí?, lo dudo. Si me disculpas...

No miré hacia dónde estaba el capitán; me marché rápido del lado de Leonor. En ese momento dio comienzo el baile. Quería desaparecer de allí. En mi huida hacia algún lugar apartado de la sala, un caballero de estatura media, joven, de aspecto agradable, de pelo oscuro y ojos negros, al

que conocía de vista por haberse reunido en varias ocasiones con mi padre, se interpuso en mi camino.

—Señorita, ¿me concede este baile?

Quería decirle que no, inventarme un dolor de cabeza o algo similar, pero mi madre, que no sé de dónde había salido, contestó por mí y, entre empujones y comentarios absurdos, me vi bailando con el desconocido.

—Está usted preciosa esta noche.

—Gracias —respondí.

—Soy el capitán Álvaro Martín, amigo de su padre.

—¡Otro capitán! —susurré.

—¿Cómo ha dicho? —me preguntó arqueando las cejas.

—Nada, le decía que su cara me resultaba conocida por ese motivo.

—Lo cierto es que, desde la primera vez que su padre me invitó a sus reuniones en la biblioteca, me fijé en usted. —Él seguía hablando; yo no lo escuchaba. Sonreía de vez en cuando pero, mientras girábamos al compás de la música, todos mis sentidos estaban puestos en la búsqueda de Alonso Díaz—. He de casarme; por ese motivo, al verla, supe que usted era la mujer indicada. Le voy a pedir su mano a su padre. Me gustaría saber su opinión antes que nada.

Me percaté de que él me observaba esperando una respuesta a la frase que acababa de decir, comentario que no había escuchado; no sabía lo que me había dicho. Me limité a sonreírle.

—Sí, claro —le respondí manteniendo la sonrisa.

—¡Sí! Me acaba de hacer el hombre más feliz del mundo.

¿El hombre más feliz? No sabía a cuento de qué venía aquello. La música cesó, él inclinó su cabeza a modo de reverencia; me cogió la mano y la besó mientras me miraba con interés a los ojos.

—En cuanto pueda, se lo comunicaré a su padre.

—¿A mi padre? ¿El qué? —le pregunté.

—Pues ya sabe: le voy a pedir su mano. Creo que la boda no habría que demorarla mucho.

—¿La boda?

En ese momento un hombre nos interrumpió; Álvaro me miraba con intensidad, y yo me empezaba a sentir mareada. No podía ser. ¿Acaso había sido tan tonta de que, al decirle que sí, le respondía a su pregunta de petición de mano? Tenía que volver a hablar con ese caballero, aclarar las cosas antes de que le dijese nada a mi padre. Unas risas me distrajeron de mis pensamientos; allí estaba Leonor, divirtiéndose con el capitán Díaz. Me pareció que este me miraba de reojo. Durante la cena él estuvo alejado de mí y después desaparecieron todos con mi padre. Esa noche ya no volví a ver a Alonso Díaz.

Capítulo 5

—¡Roberto! —grité.

—¡Mi capitán! El rey... —Roberto era uno de mis hombres. Siempre había estado a mis órdenes.

—¿El rey? —pregunté. Sospechaba que algo había ocurrido.

—Señor, perdimos en Sagrajas. Yo pude escapar; no pudimos huir muchos. El resto de los hombres fueron decapitados; sus cabezas las amontonaron y las pisotearon... —bajó su rostro. Le puse mi mano sobre su hombro—. El rey se salvó. Uno de los guerreros negros le clavó una lanza en el muslo. Yo lo vi cabalgar en la lejanía, pero nadie sabe dónde está, ni siquiera si sigue con vida.

—Hay que encontrar al rey —dije. Estaba preocupado. Alfonso VI era clave para el avance de las tropas cristianas en Al-Andalus.

—Capitán, me alegro de haberlo encontrado aquí. El rey, antes de la batalla de Sagrajas, nos alertó de un complot en Toledo por los muladíes y tropas de Almorávides que se acercaban hasta aquí, o al menos eso es lo que él sospechaba.

Las campanas de la iglesia de santo Tomé repiqueteaban; las damas que habían acudido a las oraciones y a la misa diurna salían por la puerta principal. Entonces la vi; allí estaba la joven que desde nuestro primer encuentro había captado mi atención, no solo porque era bastante bonita, sino por su forma de comportarse. Era tan inapropiada que me divertía. A su lado estaba ese hombre, el capitán Álvaro Martín; había algo en él que no me gustaba. Lo observé la noche anterior en la casa del marqués. Miré a Roberto.

—¿Estás solo tú o hay más hombres?

—Hay más hombres, señor. Estamos a las afueras de la muralla. Ahí hemos montado el campamento.

—Muy bien, luego me reuniré con vosotros —le dije mientras le daba una palmada en su espalda a modo de despedida.

Me acerqué a la joven. Iba acompañada de su madre y de otra mujer de avanzada edad; debía ser la dama de compañía de esta última.

—¡Señoras! —les dije. Incliné ligeramente mi cabeza a modo de saludo.

—¡Capitán Díaz! ¡Qué sorpresa encontrarlo aquí! Ayer, por la noche, no pude despedirme de

usted —dijo la marquesa Álvarez de Toledo.

—Sí, le debo una disculpa, me tuve que marchar con rapidez.

Miré de reojo a la joven cristiana. Su rostro estaba cubierto por un velo transparente de color negro; tenía la mirada fija en el suelo. El capitán Álvaro Martín se adelantó.

—Si me disculpan, señoras, tengo un asunto importante que atender.

Cogió la mano de la joven y la besó; ella la retiró, no lo miró. El gesto de ese hombre me molestó.

—¡Capitán! —me dijo a modo de despedida. Dicho esto, se alejó.

Lo observaba mientras se marchaba. Tenía que averiguar más cosas sobre ese hombre; su rostro y nombre me eran familiares. Sentí la mirada de la joven fija en mí.

—¿Quiere acompañarnos? —preguntó la marquesa.

—¡Madre! —respondió con rapidez la muchacha—. No molestes al capitán, seguro que tiene otros cometidos más importantes que el de acompañar a unas damas. —Sonreí ante su comentario.

—¡Rosa! —la reprendió—. Discúlpela, capitán. Esta chica es muy impulsiva en sus comentarios.

—Disculpa aceptada. —La miraba con interés—. Espero no incomodarla, señorita, con mi presencia.

No me contestó; estaba molesta, se le notaba. Me adelanté para hablar con la marquesa, aparentando que me daba igual la presencia de la joven, algo que era contrario a mis deseos, ya que lo que más ansiaba era finalizar con la conversación aburrida y sin fundamento que tenía con su madre y ponerme al lado de la muchacha que tanto interés despertaba en mí.

—Capitán, me gustaría que viniese a cenar esta noche con nosotros. Seguro que al marqués le va a agradar la idea.

—¡Pero madre!... Seguro que don Alonso Díaz tiene otros asuntos más interesantes para la noche —retrucó Rosa.

La miré, arqueando las cejas. Era evidente que mi presencia la disgustaba. Pero yo estaba dispuesto a fastidiarla. A mí ella sí que me interesaba; eso no podía negarlo.

—No la haga caso, capitán. ¿Acepta la invitación?

—Por supuesto, no tengo nada más interesante que hacer esta noche —dije mirando a la joven con una gran sonrisa en mi rostro—. Acepto encantado la invitación.

—Pues no hay más que hablar. Caballero, lo esperamos.

Las vi alejarse; no podía dejar de mirar a la joven dama.

Atravesé las callejuelas empedradas y estrechas hasta llegar a la muralla; quería ver a Roberto y reunirme con mis hombres, los mismos que habían logrado salvar sus vidas después de la batalla que había tenido lugar en Sagrajas.

Un emisario de Alfonso VI fue el que me llevó el mensaje del rey para que acudiese a Toledo con urgencia ante una trama oculta entre los muladíes y los almorávides provenientes de África. No pude avisar a la reina en ese momento. Salí de Sahagún con rapidez. Tenía que decirle a

alguno de los soldados que estaban en el campamento que le llevaran un mensaje de que la misión que ella me había encomendado tenía que retrasarla por órdenes de su majestad pero que, en cuanto todo se asentase en Toledo, partiría hacia Liébana. Sabía que la reina confiaba en mí para esa misión; no podía fallarle.

El campamento estaba a las afueras de las murallas; varias tiendas se extendían en la explanada. En el centro había una gran hoguera. Los hombres estaban en el exterior; unos, bebiendo vino; otros, entrenando con sus espadas; y otros, sentados, comentando aventuras amorosas. Roberto me vio; se levantó y vino corriendo a mi encuentro.

—¡Capitán!

—¿Alguna noticia sobre el paradero del rey?

—Ninguna, señor. Los hombres están agotados. No pueden someterse otra vez a otro enfrentamiento con los árabes.

—No, hay que regresar a las tierras del norte. Debemos reforzar el ejército. Mañana partirá la gran mayoría de los soldados a León. Tú y unos cuantos hombres que elijas deberán quedarse aquí, conmigo; el rey me alertó de una trama peligrosa en Toledo. Debo averiguar de qué se trata. En unos días alcanzaremos a los soldados y nos uniremos a ellos. Roberto, necesito que uno de los guerreros marche hoy por la noche a Sahagún; tiene que darle este mensaje a la reina. —Le extendí un pergamino sellado que había redactado la noche anterior.

—Muy bien, señor, enseguida organizo todo. Esta noche partirá el mensajero.

Me dirigía al palacete de los marqueses. Tenía una conversación pendiente con el marqués Álvarez de Toledo; me había dicho que los almorávides se habían organizado y los muladíes estaban tramando algo. Tenía que averiguar más sobre ese asunto. Aunque no iba a engañarme a mí mismo: el mayor interés por ir a esa cena era por encontrarme con ella.

Estaban en la sala esperándome el marqués y su esposa; Rosa no se encontraba allí. Miré con disimulo para ver si la veía en algún rincón del salón, pero allí no se encontraba.

—¡Capitán! Me alegro de que esté aquí esta noche —dijo el marqués—. Tome asiento. ¡Inés!, por favor, dile a la señorita Rosa que la estamos esperando. —Me miró mientras la doncella se alejaba de la sala—. Le ruego que la disculpe.

—El marqués la consiente demasiado —le recriminó su esposa.

No pasó mucho tiempo cuando la joven entró por la puerta. Estaba preciosa; llevaba su melena negra suelta y un vestido rojo que realzaba aún más su belleza. Me levanté ante su aparición; ella ni me miró. Tomó asiento frente a mí; me senté. No podía dejar de observarla.

—Ayer no le pregunté el motivo de su presencia en Toledo, capitán —dijo el marqués.

—El rey me pidió que viniese hasta aquí.

—¿El rey? —preguntó la marquesa.

—Sí, tengo unos asuntos que resolver —respondí.

—¿Y es mucha indiscreción si le pregunto qué tipo de asuntos?

—Querida, eso es un tema de hombres —respondió el marqués—. Después hablaremos de eso

en la biblioteca, capitán.

—No lo entiendo, padre —irrumpió la joven.

—¿Qué es lo que no entiendes, hija?

—¿Por qué son temas de hombres?

Me quedé mirándola con desconcierto; esa pregunta no era propia de una joven de la nobleza. Era rebelde y valiente. Me gustaba.

—¡Rosa! Ese comentario es inapropiado en una joven de tu clase —le recriminó el padre.

Ella sorbía la sopa con lentitud.

—¿Qué pensará el capitán de ti! —observó la marquesa. La joven fijó sus pupilas en las mías.

—Espero no haberlo ofendido con mi inocente comentario.

—No me ha ofendido —le dije. Me dirigí después a la marquesa—. No se preocupe, señora, no me ha molestado en absoluto. —Le guiñé un ojo a Rosa. Ella desvió la mirada.

—¿Cuándo tiene previsto marcharse de Toledo, capitán? —me preguntó la joven. Estaba claro que mi presencia le desagradaba.

—¡Rosa! —le recriminó la marquesa.

—Es curiosidad, madre.

—Esta hija mía... Tenemos que casarla pronto.

—Sí —dijo el marqués—. Menos mal que ya hay un pretendiente, porque su carácter ahuyenta a todos los hombres que están interesados en ella.

Ella, al escuchar las palabras de su padre, dejó de comer y lo miró con indignación.

—¡No deseo casarme, padre!

—Pero si el capitán Álvaro Martín me dijo que le diste tu consentimiento para que me pidiese tu mano...

—Fue un malentendido. No escuché lo que me estaba diciendo en ese momento y le di la razón...

—¡Rosa! —volvió a recriminarla la marquesa.

Ante aquel comentario no pude evitar soltar una carcajada. Ella me miró en ese momento.

—¿Le parece gracioso, capitán? —me inquirió.

—Pues para ser sincero, sí. Es usted muy valiente, señorita.

—Me siento avergonzado por el comportamiento de mi hija —se disculpó el marqués.

—No se preocupe, marqués, no me alarmo ante la conducta de su hija. —Le sonreí; ella apartó su mirada y siguió comiendo.

La marquesa cambió de conversación. Rosa ya no volvió a tomar parte de aquella. Después de la cena, la marquesa se retiró. Observé cómo Rosa salía al jardín; el jefe de guardia del marqués se adelantó hacia él, y yo aproveché ese momento para ir tras la joven. Ahí estaba, de pie junto a un limonero. Me acerqué a ella sin que esta se percatase de mi presencia.

—Antes no le he podido responder a su pregunta. Me marché en breve, con probabilidad, dentro de dos días. —Ella se giró al escuchar mi voz.

—¿Y qué pasará con nosotros si usted y sus hombres nos abandonan?

—¿A qué se refiere? No la entiendo.

—No se haga el tonto, capitán. El hecho de que sea mujer no implica que no me dé cuenta de todo lo que está sucediendo. Escucho y observo. He oído a algunos soldados hablar... dicen que el rey ha podido morir. Que los almorávides han ganado terreno y que aquí puede estar fraguándose una revuelta. Si ustedes se van, nos quedamos desprotegidos. —Estaba sorprendido. Esa mujer me gustaba.

—¿Me está pidiendo que no me vaya? —Le sonreí.

—Lo único que pretendo decirle es que nos dejan indefensos con su marcha.

Me acerqué a ella; me atraía y la deseaba. No entendía lo que me pasaba con esa mujer. Tenía que contenerme, ya que me apetecía besarla. Cogí su mano.

—Tranquila, a usted no le pasará nada; yo la protegeré, le doy mi palabra. —Apartó su mano. Sus mejillas se habían sonrojado ante el contacto de mi mano con la suya.

—No soy yo la que necesita su protección, capitán, sino Toledo. Si me disculpa, me retiro a mis aposentos. —Quise ir tras ella, pero el marqués apareció en el jardín reclamando mi presencia.

—Sabemos que pretenden atacar Toledo. Uno de mis hombres interceptó un documento que portaba un mensajero al emir de Córdoba. Lea usted, capitán. —El marqués extendió un pergamino. Leí:

*Ellos están preparados. Esperan la llegada del emisario para levantarse contra los cristianos.
Toledo debe volver a manos del emir de Córdoba.
La tercera esmeralda está en manos de El guardián.*

¡La tercera esmeralda! La reina me había hablado de dos. ¿Por qué en el mensaje se hacía mención a la joya? ¿Por qué interesaban tanto esas piedras? ¿Y los árabes? ¿Qué tenían que ver con todo esto?. Estaba claro que tanto la reina como el benedictino no me habían dicho toda la verdad. Estaba dispuesto a averiguarlo.

—Los almorávides están atacando casi todos los castillos que defienden la zona toledana. Quieren hacerse con Toledo. Estamos desprotegidos, capitán. El rey ha desaparecido o muerto; nadie sabe de su paradero tras la batalla en Sagrajas.

—Ordenaré que algunos soldados se queden aquí para defender la ciudad. Pero he de marchar a León: hay que reforzar las tropas.

La conversación con el marqués duró hasta altas horas de la noche. Me disponía a marcharme del palacete cuando la vi. ¿Qué hacía Rosa saltando otra vez el muro de arbustos? Ella no se percató de mi presencia. Decidí seguirla. Salté el muro al igual que la joven. Corría por las calles. No quería que ella me viera. Atravesó la puerta que conducía al barrio judío; allí se detuvo frente a una de las casas. Un hombre de edad avanzada la invitó a pasar. ¿Qué hacía allí? Tenía que descubrir lo que la mujer se traía entre manos. Era todo un misterio. Cada vez me intrigaba más.

Había transcurrido bastante tiempo, y la joven no salía de aquel lugar. En el silencio de la noche empezaron a aparecer algunos hombres que corrían despavoridos por las calles; sus rostros estaban desencajados.

—¿Qué ocurre? —pregunté a uno de ellos.

—Señor, soldados almorávides han entrado en la ciudad. Están atacando a nuestra gente.

Entonces me percaté; vi el humo proveniente de la zona amurallada. Tenía que ir con mis hombres. Después iría a buscar a la joven y me la llevaría a su hogar. Alguien tendría que recriminar su comportamiento y, si no eran sus padres, sería yo. Esa muchacha ponía en peligro su vida actuando de esa forma.

Capítulo 6

—¿Dónde está la esmeralda?

Yosef temblaba ante la presencia de ese hombre vestido completamente de negro. Solo podía ver sus ojos oscuros y una cicatriz en la mejilla; el resto de su rostro estaba oculto con telas negras. Yosef yacía en el suelo; la espada del hombre apuntaba a su cuello.

—No sé de qué me está hablando —respondió Yosef.

El judío temía por la vida de Rosa; ella había acudido allí antes de que ese individuo irrumpiera en su casa sin previo aviso. No quería que la descubriera. Estaba oculta tras las grandes telas que colgaban desde el techo de la sala hasta el suelo.

—Sé que tú eres el elegido. La tercera esmeralda está en tu poder.

—Le vuelvo a decir que no sé de qué me está hablando. Está equivocado.

El hombre hizo un movimiento con su espada; esta vez presionó con la punta de esta el estómago de Yosef.

—Muy bien, judío. Ya la encontraré. Si no quieres decírmelo, tendré que poner fin a tu vida.

—¡No!, no me mate, por favor, ¡yo no sé nada!...

Una gran risotada salió de la garganta del malhechor. Yosef estaba asustado, pero sabía que él no iba a tener compasión: había llegado su final. El acero se hundió en su estómago; un gran dolor y un sudor frío invadió todo su ser. Se moría. Ya no le importaba su vida, sino la de Rosa, que se ocultaba tras los telares. Si él descubría a la joven, enseguida daría con la esmeralda.

El hombre de negro empezó a tirar todos los objetos que había en su camino esperando encontrar la joya. No halló nada. Antes de marcharse, miró a Yosef: estaba blanco, apenas podía respirar. Sonrió y le escupió en el rostro. Salió del lugar.

Avanzaba por la callejuela malhumorado; otra vez había llegado tarde. Estaba seguro de que ese judío tenía la esmeralda. La debía haber guardado en otro lugar o... en ese momento lo vio claro. ¿Y si no estaba solo? ¿Y si había alguien más en el taller? ¿Cómo no lo había pensado antes? Esas telas... tras estas podría haberse escondido el nuevo portador de la esmeralda. Con rapidez retrocedió el camino andado; iba corriendo. Se lamentaba de no haberlo pensado antes y haber tenido ese fallo. La esmeralda podría haber estado ya en su poder.

Sus sospechas eran ciertas; la puerta del taller del judío estaba abierta. Observó por la calle y vio cómo un joven corría despavorido por estas. Lo tenía que alcanzar.

Capítulo 7

Las lágrimas rodaban por mis mejillas. ¡Habían matado a Yosef! No entendía nada. Hacía unas horas que mi amigo me había abierto la puerta de su taller. Al ver su rostro, sabía que había algo le preocupaba. Acerté.

—Rosa, siéntate, por favor —me dijo—. Debo contarte algo, necesito tu ayuda. —Asentí.

—¿Qué ocurre, Yosef?

—¿Recuerdas la conversación que mantuvimos el otro día?

—Sí. ¿Qué es lo que pasa?

—Hay algo que no te dije. Cuando me hice con esta esmeralda, yo pasé a ser el elegido. Tuve que prometer a la persona que me la dio que la protegería con mi vida. Tengo un presentimiento: han dado con mi paradero, han descubierto que yo soy el que la tiene en su poder. La tenía que haber llevado a Compostela cuando llegó hasta mí, pero al no hacerlo... —Respiró en profundidad—. Me buscan y sé que darán conmigo. Yo no puedo llevarla a Compostela; han descubierto que soy el portador. Te voy a pedir un favor: hay un fraile franciscano esperando en la puerta del Rey, en las murallas; a él hay que darle la piedra para que la lleve a Compostela y se la dé a Bernardo el Viejo. —Su mirada era de súplica—. ¿Podrías dársela al fraile? Si no quieres, lo entenderé, no quiero ponerte en peligro.

—Por supuesto que lo haré. Es fácil. —Le guiñó un ojo. Sonrió ante mi respuesta.

—Gracias, Rosa. Pero no puedes ir vestida de mujer. Una dama, a estas horas, por la muralla puede ser peligroso. Ponte uno de mis trajes. He seleccionado uno; te quedará grande, pero es el más pequeño que tengo. Sabía que podía confiar en ti. Toma. —Me mostró un pequeño colgante con una cruz en la que en el centro, en su parte trasera, había incrustada una esmeralda ovalada; su color y el resplandor que desprendía era diferente al de cualquier joya. Nadie podía verla .

La guardó en una bolsa de cuero; me la dio. Me quité mi vestido y me puse unas calzas marrones; me quedaban grandes. Até la pequeña bolsa de cuero al cordón que sujetaba la cintura de estas. Mientras me cambiaba por completo tras esas grandes telas que colgaban del techo, escuché un ruido. La voz de Yosef era entrecortada. Me asusté: sabía que algo no marchaba bien. Miré entre las telas y vi una figura de un hombre vestido totalmente de negro, con el rostro cubierto, a excepción de sus ojos de color negro y parte de sus mejillas. Observé que tenía una cicatriz; la marca llamaba la atención. Había tirado a Yosef al suelo y lo amenazaba con su

espada. Estaba asustada. Temía por la vida de mi amigo. Ese hombre buscaba la esmeralda, y él fue el que asesinó a mi amigo. Quise salir de mi escondite, pero sabía que él me mataría también y se haría con la joya que tanto tiempo había guardado Yosef. Cuando este se marchó, me puse la capa, escondí mi pelo como pude con el capillo que Yosef me había dado y corrí por las calles. Tenía que llegar a la muralla. Yosef estaba medio moribundo.

—¡Huye! —susurró.

Mientras marchaba de allí, en dirección a donde mi amigo me había dicho, escuché una respiración cerca de mí; me di media vuelta y lo vi: era el asesino. Tenía que despistarlo; si seguía así, me cogería enseguida. Me escabullí entre las callejuelas, me escondí tras unas columnas; el hombre se detuvo: intuía que yo estaba cerca. Se fue alejando despacio. Mi corazón latía con celeridad. Tenía miedo. En cuanto me aseguré de que él se había marchado, hui hacia mi casa. En ese momento vi humo a las afueras de la muralla, y por las calles escuché gritos; la gente corría despavorida. Los almorávides habían accedido a la ciudad; mataban a quien se interpusiera en su camino. Los soldados cristianos seguían sus pasos y blandían sus espadas contra ellos con gran violencia. Habían incendiado las calles. Me detuve frente al muro de mi hogar; vi a varios hombres con el rostro cubierto y sables en sus manos. Debía irme; regresaría a mi casa más tarde: esos hombres no tenían buenas intenciones. Me escabullí sin que me viesen y fui directa a la zona de muralla, a la Puerta del Rey, como la llamaban los aldeanos de la zona, donde debía encontrar al franciscano. Llegué fatigada; busqué. De repente lo vi; allí estaba el fraile, degollado. Escuché un ruido tras de mí; otra vez ese hombre, que se acercaba con lentitud hacia mí. «¡Corre!», pensé. Atravesé la puerta y salí de la zona amurallada. En la lejanía estaba el campamento de los soldados cristianos; tenía que llegar hasta allí. Noté cómo el individuo había rozado mi capa con su mano; tiré con rapidez de aquella para que no la pudiera sostener. Él se detuvo, ya que por sus vestimentas era árabe y, tras la revuelta, entrar en los terrenos de los soldados del rey Alfonso VI era una sentencia de muerte. Cuando llegué a las primeras tiendas de campaña, observé hacia atrás: no había rastro de ese asesino. Había desaparecido. Me faltaba la respiración. Me senté en el suelo; estaba rodeada de soldados heridos. Llevé mi mano a mi rostro; entonces recordé: tenía que quitarme los pendientes de zafiro. Toqué con mis dedos mis orejas; solo tenía uno: el otro lo había debido perder o se me debió haber caído en el taller de Yosef, junto con mi ropa, que había dejado tras esas grandes telas. Lo guardé en la bolsa de cuero donde tenía la cruz con la esmeralda. Escuché una voz familiar. Levanté el rostro. Era el capitán Alonso Díaz.

—La revuelta ya se ha apaciguado. ¿Hay prisioneros? —preguntó Alonso.

—No, capitán. Todos han muerto, y alguno ha escapado.

—Esto no me gusta —dijo el capitán. Desvió su mirada hacia donde yo estaba junto con algunos heridos. Bajé el rostro—. Tú, Roberto, y los hombres que no estén heridos se quedarán aquí para proteger Toledo hasta que lleguen más refuerzos. Yo marcharé a León, de madrugada.

Vi cómo se alejaba. Tenía su cota de malla con restos de sangre de haber luchado; caminaba en dirección a una de las tiendas de campaña, la más grande que había en el lugar. Lo seguía el

hombre con el que había hablado, Roberto. Me quedé observándolo. No podía descubrirme. ¿Qué iba a hacer? No podía regresar a la ciudad; estaba convencida de que el asesino estaría vigilando por si volvía. No había podido entrar en mi hogar. Pensaba en mis padres.

—¡Tú! Levántate de ahí —me dijo uno de los soldados que se acercaban al lugar donde yo me encontraba—. Ese es mi sitio.

—Aquí no había nadie sentado cuando yo llegué. —Intenté poner una voz fuerte.

—¿Cómo te atreves a contestarme, mocoso? —Dicho esto, me pegó un puntapié en el trasero desplazándome del lugar.

Todos los allí presentes empezaron a reírse. Me puse de pie, frente a él.

—No vuelvas a ponerme la mano encima.

—¡Vaya, vaya! El mocoso quiere pelea.

Empezaron a carcajearse. El soldado se puso de pie, frente a mí. Era muy grande y fuerte; me sacaba dos cabezas. Empecé a lamentar el haberle respondido. En ese momento, el capitán salió ante los gritos de sus hombres seguido de Roberto. Se formó un grupo en torno al grandullón y a mí. Alonso observaba, con los brazos cruzados, mirando y disfrutando de la pelea. El soldado se acercó a mí y empezó a golpearme el brazo; yo fui hacia atrás hasta que caí al suelo. Todos se reían, incluido el capitán; un sentimiento de ira me invadió al comprobar que las risas de Alonso eran las que más se escuchaban. El soldado se acercó a mí con una gran sonrisa dibujada en su rostro; me dio la mano para ayudarme a que me incorporase. Se la cogí, y él me elevó un poco y después me soltó. Caí al suelo de nuevo, lo que provocó las risas de todos los allí presentes.

—¡Ya está bien! Dejad al muchacho —ordenó el capitán.

Alonso Díaz se acercó a mí; me ofreció su mano para ayudarme a que me levantara.

—Tranquilo, muchacho, yo no te voy a soltar —dijo al ver mi desconfianza. Me incorporé—. ¿Se puede saber de dónde has salido? No te he visto antes entre mis hombres.

Yo tenía el rostro inclinado mirando al suelo; no quería que descubriese quién era. Debía ocultar mi identidad.

—Yo, señor, quiero ser soldado; por eso he venido hasta aquí. Deseo luchar contra las tropas de los almorávides.

—¡Ja, ja, ja! Muy bien, jovencito, pero un soldado se nace: no se hace. Vuelve a tu casa —dijo dándome la espalda y avanzando hacia su tienda de campaña. Yo seguía sus pasos.

—¡No! Mi familia ha muerto; no tengo a nadie —mentí; tenía miedo de regresar—. Por favor, ayúdeme. Prometo observar y aprender. Se lo ruego... capitán.

Este se detuvo, cruzó sus brazos y me observó.

—En otro momento, quizás, pero ahora no puedo perder el tiempo contigo; regresa a tu hogar.

Perder el tiempo conmigo... se lo reprocharía en alguna ocasión. Pero, a pesar de que ansiaba regresar a mi hogar, sabía que no podía hacerlo: mi vida corría peligro. Ese hombre aguardaba a que yo regresase; intuía que observaba el campamento esperando el momento en que me viese aparecer por las murallas. Estaba muy asustada.

—Señor, mi familia ha muerto; los mataron a todos: no tengo a nadie. Se lo suplico, soy rápido aprendiendo. —Alonso arqueó una de sus cejas; cruzó los brazos sobre su pecho y me observó con detenimiento.

—Muy bien, si es lo que quieres. Estarás conmigo, seguirás mis órdenes, serás mi mozo —reanudó el paso. Yo me quedé quieta—. Y no te metas en líos. —Estaba llegando a la tienda de campaña, se giró y me miró—. ¿Qué haces ahí? Te he dicho que seguirás mis órdenes; dormirás en mi tienda y te encargarás de llevar mis cosas. ¡Vamos! Antes tráeme vino: necesito beber un trago.

¿Dormir en su tienda?, ¿con él? ¡Oh, Dios mío, eso era demasiado! Fui a por el vino. Tenía que ensuciarle el rostro para que no se vieran mis rasgos; él me podría descubrir: era un hombre muy inteligente y observador. Toqué con los dedos las brasas de algunas hogueras que se habían apagado y estaban frías; restregué mi cara con la ceniza. Al menos el rostro ya estaría más oscuro y sucio; sería difícil reconocerme así. Cogí una navaja que encontré junto a los restos de la hoguera; me escondí entre los árboles y corté mis mechones de pelo por encima del hombro; era la única solución. Si no, me descubrirían. No obstante, el capillo no me lo quitaría, ya que él podría resultarle familiar mi rostro si me veía sin él. ¡Uff! No sabía cómo lo iba a hacer con ese hombre a mi lado a todas horas.

—Tome, capitán, su vino. —Me miró con media sonrisa en su rostro.

—¿Se puede saber dónde te has metido? Tienes el rostro sucio y oscuro.

—¡Ah! Pues... No sé, me tropecé y caí al suelo.

—Anda, acuéstate, mañana saldremos pronto. —Él se incorporó con la intención de salir al exterior.

—¿Usted no duerme, capitán? —le pregunté.

—No puedo. El recuerdo de una mujer y la preocupación por ella me lo impiden.

Ya me lo imaginaba. Tenía que haber una dama en su vida. Aquel descubrimiento me fastidió a pesar de que no entendía muy bien el porqué, ya que ese hombre me resultaba insoportable.

—Por cierto, ¿cómo te llamas, muchacho?

—Pablo... —titubeé.

—Pablo... ¿qué? —Toqué la cruz que colgaba en mi bolsa de cuero.

—Pablo de la Cruz —sonreí.

—Muy bien, Pablo de la Cruz, ahora a descansar.

Dicho esto, vi cómo se sentaba junto a las brasas que todavía estaban calientes de la fogata y hundía su rostro en la palma de sus manos.

Capítulo 8

No había rastro de ella. ¿Dónde estaría esa mujer? Recordé otra vez la escena, regresé a la casa donde la había visto entrar; al ver la puerta abierta, accedí al interior y allí estaba el judío, agonizando.

—¿Y Rosa? —grité.

Pero el hombre ya no podía ni hablar. Registré el taller y tras esas telas encontré sus ropas y uno de los pendientes de zafiro que llevaba la joven el día del baile; cogí la joya y me la guardé. ¿Qué hacía todo eso allí?

Salí del taller y me dirigí corriendo hacia la casa de los marqueses. La revuelta me preocupaba; no eran muchos los almorávides que habían llegado hasta la ciudad fortificada, pero eran los suficientes para llevarse muchas vidas. En los alrededores del palacete había un grupo de ellos; saqué mi espada: temía lo peor. Uno de esos hombres me vio; los otros desaparecieron entre las callejuelas. Empecé a luchar hasta que lo herí; le dejé escapar. Accedí por la puerta principal: ahí estaba Antonio.

—¿Dónde están los marqueses? —le pregunté.

—En el interior, señor.

Al verlos supe que algo no marchaba bien. La joven no estaba.

—Prométame, capitán, que dará con ella.

—Tiene mi palabra, marquesa.

Abrí mi mano y observé el pendiente. «¿Dónde estarás? Te encontraré», me prometí. No entendía cómo la joven me había impactado tanto a pesar de los pocos momentos que había estado con ella. Había algo en esa mujer que me atraía como un imán. Temía por su vida, por que le hubiesen hecho algo o incluso... preferí no barajar la peor de las opciones. ¿Cómo la iba a encontrar? Me había recorrido Toledo de arriba abajo, cada rincón. Ella no estaba. ¿Y si la habían secuestrado? La joven era muy bonita. Tenía que reforzar las tropas y partir hacia el sur; seguro que allí daría con ella. Por otra parte, estaba la misión que me había encomendado la reina, esas dichosas esmeraldas, y León: había que reforzar los ejércitos cristianos. A la luz del día ya pensaría con más calma lo que haría.

Me levanté y me introduje en el interior de la tienda de campaña. El muchacho dormía en un rincón, completamente tapado. Algo me llamó la atención de él: no era como los jóvenes con los

que yo acostumbraba a entrenar. Se lo veía débil; de ahí que enseguida sentí la necesidad de protegerlo. Claro que era otra carga más para mí. «En fin», suspiré. Me tumbé; enseguida me quedé dormido.

Todavía era de noche, pero debíamos partir si queríamos llegar cuanto antes a León. Además, tenía que escaparme para ver a la reina. Le debía una explicación y tenía que ver si podía sonsacarle más información referente a la esmeralda. Luego estaba Rosa; debía encontrarla, pero no sabía cómo empezar a buscarla.

—¡Capitán! —irrumpió Roberto en la tienda de campaña. Esa voz despertó al muchacho, que dormía plácidamente.

—¿Qué ocurre?

—El rey está en Coria. Un emisario ha traído un mensaje de su majestad para usted. Él sabía que se encontraba en Toledo.

—Sí, él me dijo que viniese hasta aquí; intuía que habría un ataque de las tropas almorávides tras su desembarco por el sur.

Roberto extendió el pergamino. Lo leí.

Capitán Díaz:

Tras la derrota en la batalla de Sagrajas, permanezco herido en Coria recuperándome de una herida en el muslo, herida que me impide moverme. Desde aquí, reorganizaré el ejército cristiano y lo fortaleceré. Dejo en sus manos, como hombre de mi entera confianza, la protección de Toledo. Decida qué soldados se quedan en la villa; usted debe marcharse a Medinaceli. He solicitado a los reinos cristianos de Europa la organización de una cruzada contra los almorávides; algunos de estos me van a apoyar. Ya están de camino, se reunirán allí con usted, capitán. Hay un ejército que espera su llegada y sus instrucciones. Raimundo y Enrique de Borgoña ya deben estar atravesando Francia con sus hombres para prestarnos el apoyo que necesitamos.

Alfonso VI, rey de León.

—¡Roberto!

—Sí, señor.

—Decide qué hombres deben permanecer aquí, en Toledo; el rey quiere que haya un ejército permanente para la protección de la ciudad. Una vez que dejes el ejército organizado, quiero que regreses a mis tierras hasta que yo acuda allí. Yo partiré hacia Medinaceli.

En ese momento miré al muchacho, quien permanecía atento a todo lo que estaba sucediendo.

—¿No estará pensando dejarme aquí, capitán? Me prometió llevarme con usted; yo no le seré un estorbo.

—Pablo, vamos a un campo de batalla; debes alejarte del ejército. Tú no eres un soldado, no estás preparado, es peligroso. No es una súplica: es una orden, muchacho.

—No lo estorbaré, se lo prometo. Seguiré sus directrices, capitán. Deme una oportunidad; confíe en mí.

Miré a Roberto; este encogió los hombros.

—Puedes morir.

—No me importa, señor.

—Es peligroso.

—No tengo miedo, capitán.

Bajé mi rostro. Me sentía en la responsabilidad de cuidar a ese joven; sabía que, si lo llevaba conmigo, podía morir. Alcé de nuevo la vista.

—Roberto, el joven vendrá conmigo. Informa a los hombres. —Roberto se alejó siguiendo mis indicaciones. Miré al muchacho.

—Eso sí, en el momento en que me desobedezcas, te alejaré para siempre de mi lado. ¿Entendido?

—Sí, capitán. —Una tímida sonrisa se dibujó en su rostro.

—Tienes que alejarte del campo de batalla en todo momento; no puedes cuestionar ninguna orden mía, no lo permitiré. En el momento en que me contradigas o no sigas mis órdenes, te aparto de mi lado.

Tardaríamos, si todo se daba bien, dos días. Aunque habría que hacer un rodeo, toda esa zona estaba bajo el poder de los musulmanes. Si nos veían por los territorios que consideraban suyos, nos matarían.

Capítulo 9

Pedro de Leucata atravesó con sigilo la gran puerta, todavía abierta, de las murallas que rodeaban la villa. Miró hacia arriba, contemplando el valle de Lemos sobre el que se asentaban el castillo y el monasterio. Suspiró. Se escabulló entre los campesinos que venían de las zonas colindantes a la muralla. Había sonado el toque de queda para entrar en la villa; quien no accediese a esta se quedaba al otro lado de la muralla. Las tres puertas de la fortaleza ya no se abrirían hasta la mañana del día siguiente.

Se adentró por las calles estrechas y laberínticas. Había mucho bullicio; peregrinos, soldados que iban al sur y otros que se dirigían a las tierras del norte. Las calles estaban sucias, y los animales habitaban entre el gentío olfateando y alimentándose de todo lo que los soldados desechaban. El fraile, escrupuloso, dio varias arcadas al contemplar ese escenario. Aceleró el paso; tenía que llegar cuanto antes al monasterio de San Vicente del Pino. Subió colina arriba, sudoroso; le faltaba la respiración. Miraba para atrás con asiduidad; desde que había salido de Sahagún, tenía la sensación de que lo seguían.

Tocó con los nudillos de su mano huesuda la gran puerta de madera. Transcurrieron unos segundos cuando esta se abrió. Un monje de gran estatura, con la capucha de su hábito puesta, dejando ver solo su nariz aguileña, estaba frente a él.

—¿Se ha asegurado de que no lo hayan seguido? —preguntó.

—Sí —respondió agitado Pedro de Leucata.

—Se ha retrasado un día. Lo están esperando.

Cabizbajo, seguía al monje; retorció sus manos sudorosas: estaba nervioso. Sintió una bofetada de humedad y frialdad al introducirse en el recinto. Tenía miedo. Los estrechos pasillos solo estaban iluminados por antorchas cuya luz proyectaba sombras tenebrosas en las paredes.

El monje se detuvo al final de la galería frente a una puerta de madera. Tocó tres veces la aldaba que tenía forma de mano. Se giró.

—Espere.

El monje entró y cerró la puerta tras él. Pedro de Leucata observaba temeroso por todas partes. Sabía que su vida pendía de un hilo; deseaba huir de allí, pero la ambición y ansias de poder lo retenían, a pesar de ser consciente del peligro que corría. Quería una parte del botín.

La puerta se abrió de nuevo, y el monje lo invitó a entrar. Se adentró en la sala, oscura,

iluminada por seis velas que se asentaban sobre una mesa de mármol ubicada al final de la estancia. El monje se quedó custodiando la puerta. Él, Leucata, avanzaba temeroso hasta el centro de la mesa.

—¡Quieto! —ordenó uno de los encapuchados.

Pedro de Leucata se detuvo al instante. Miró con timidez; observó que seis hombres estaban sentados frente a él. Sus capas eran de color rojizo; no se les veían sus rostros: sus capuchas de terciopelo los ocultaban. Llevaban guantes negros que cubrían sus manos. Uno de ellos se levantó; no llevaba los guantes puestos. Pedro de Leucata se fijó en su anillo de oro, con una gran piedra negra de la que llamaba la atención el símbolo del número ocho, en posición horizontal, de color rojo, el mismo anillo que él portaba.

—¿Dónde está?

—Señor... Todavía no la tengo en mi poder.

—Prometiste traernos la tercera esmeralda.

—Lo sé, lo sé... El campesino que portaba una de ellas fue asesinado. Ellos tienen la primera en su poder. La segunda estará en mi posesión muy pronto y... —le interrumpió el encapuchado.

—¡La tercera es la que queremos! Sabemos dónde está la segunda; ya está uno de nuestros hombres en camino. Pero el trato era la tercera: es la más importante. Nadie sabe cuál fue su paradero, y nos prometiste que nos la traerías.

El encapuchado se acercó con lentitud hacia donde estaba Pedro de Leucata.

—Sabías lo que te esperaba si no cumplías tu palabra.

—Denme más tiempo. Se la traeré.

Había pasado una hora cuando la puerta del monasterio se abrió y el fraile benedictino, sin mirar hacia atrás, corría despavorido adentrándose por las callejuelas de la villa. Un monje seguía su recorrido desde la lejanía.

Capítulo 10

No podía apartar la vista de su musculada espalda. Montado a caballo, se lo veía aún más atractivo. Yo iba tras él, intentando evitar cualquier proximidad; temía que me descubriese y se diese cuenta de que era la hija de los marqueses.

No daba crédito a lo que había sucedido. Solo pensar en Yosef provocaba que las lágrimas rodasen por mis mejillas; me limpié estas con la manga de la camisa ancha de mi amigo el judío. Después estaba ese hombre, el asesino de mi amigo; solo recordaba sus ojos negros, grandes y fríos, así como la cicatriz en forma de aspa en su mejilla. ¡Y todo por esa esmeralda! Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo solo de pensar en él. Sentí miedo: creí que me iba a matar. Me preocupaba también por mis padres. ¿Estarían vivos? Lo dudaba; estaba convencida de que habían muerto.

Las lágrimas no cesaban y, en mi empeño de secármelas para que él no me viera en ese estado, di un manotazo a mi gorra, y esta se fue para atrás dejando que mi pelo se escapara. ¡No, Dios mío! Solté las riendas del caballo para intentar agarrarla; el caballo se puso nervioso y en uno de sus movimientos caí de culo al suelo. El animal avanzó hasta posicionarse delante de Alonso, quien hasta ese momento no se había dado cuenta de lo sucedido. Detuvo a su animal y se giró con rapidez para buscarme; al verme en el suelo, arqueó las cejas. Soltó una gran carcajada.

—¡No tiene gracia!

—Claro que tiene, muchacho. ¿Pero cómo te has caído?

El trasero me dolía, pero me levanté disimulando el daño que me había hecho al caer. Si ya estaba sucia antes, en esos momentos el polvo se había sumado a todo lo que llevaba añadido. Mi aspecto era deplorable. Me palmeé los pantalones, y una oleada de polvo se esparció por el aire. Cogí el gorro.

—¡Ja, ja, ja! ¿Pero te has visto? Necesitas un baño cuanto antes.

Solo pensar en aquella idea ya me ponía nerviosa.

—¿Un baño dice usted? No, eso nunca... No me gusta el agua.

—¡Ja, ja, ja! Así no vas a gustar a ninguna muchacha.

—Ni falta que hace, señor.

—En eso te equivocas, Pablo. Una mujer siempre es necesaria al lado de un hombre.

—Pues yo no estoy para mujeres. Tengo otras prioridades.

—Anda, móntate en el caballo. —Cogí las riendas del animal y lo atraje hasta donde yo estaba. Intenté subir, pero el caballo se movió y no pude hacerlo. Una sonrisa se dibujó en el rostro del capitán.

—A lo mejor necesitas que te ayude.

—No hace falta: sé hacerlo solo.

¡Qué se había creído! Me molestaban sus burlas y risas. Pero, en mi afán por demostrarle que era autosuficiente, el animal volvió a hacerme lo mismo. Llegué a pensar que también se estaba riendo a costa mía. Fui a levantar la pierna derecha para pasarla por el lomo del animal y, en ese momento, arrancó a andar cayéndome otra vez al suelo. El caballo relinchó como si se riese, y el capitán Díaz soltó otra gran carcajada. Alonso se bajó de un salto, dio una orden al caballo, orden que solo debían entender ellos dos. Yo ya me había vuelto a poner de pie. Alonso sujetaba al animal y, antes de que levantase mi otra pierna para pasarla al otro lado del lomo del caballo, el capitán empujó mi trasero con fuerza y me senté con brusquedad sobre el caballo.

—Ya está. Es más fácil así. No podemos esperar toda la mañana a que atines. —Me guiñó un ojo.

Lo odiaba; quería reprenderlo por sus modales, pero no podía. Alonso me miró de reojo y acarició el hocico de mi caballo.

—Pórtate bien con Pablo; él todavía es muy inexperto en cabalgar largas horas —se burlaba. Me coloqué la gorra. Continuamos el resto del camino en silencio.

Cruzamos un valle de verdes praderas y frondosa vegetación bañado por las caudalosas aguas del río Jalón. Alonso se detuvo; llevábamos mucho recorrido. Necesitaba descansar y comer algo. Se bajó de un salto del caballo, ató a su animal al tronco de un árbol. Lo observaba de reojo; su pelo castaño, ondulado, se mecía con la suave brisa. Era guapo: era lo único que lo salvaba.

—Nos quedamos aquí. Haremos noche en este lugar. Parece seguro y nos podremos dar un baño.

—¿Un baño? Yo ya le he dicho que no me gusta el agua.

—¡Ja, ja, ja! Eso tiene solución.

Disimulé no haber escuchado su última frase. Até mi caballo al tronco del mismo árbol que el del capitán.

Alonso se había acercado a la orilla del río; se había quitado el cinturón de cuero, sus botas, la veste, su cota de malla y estaba con unas calzas blancas y una camisa del mismo color que le llegaba por la mitad del muslo.

—¡Vamos, Pablo! El agua no está fría.

En ese instante se quitó su camisa mostrando un tórax fuerte, musculado y con algunas cicatrices de guerra en su costado. Yo intentaba mirar de reojo, aunque no podía apartar la vista de su torso desnudo. En ese momento se empezó a quitar las calzas, aparté con rapidez la vista de él. ¿Pero qué estaba haciendo? Volví a observar por curiosidad y ya estaba metido en las aguas mostrando su trasero bien formado; sentí cómo mis mejillas ardían. Me reprendía a mí misma por mí

comportamiento; una dama nunca actuaba como yo lo estaba haciendo. Tenía que distraer mi mente: estaba poniéndome muy nerviosa. Nadaba y gritaba mi nombre, invitándome a hacer lo mismo que él.

Quité las alforjas que iban en ambos caballos. Había pieles de animales para taparnos por la noche, vino, pan y queso. Empecé a recoger ramas para la lumbre, pero sin percatarme de lo que él estaba haciendo; entonces noté las manos de Alonso que me rodearon la cintura y me elevó hasta su hombro.

—¿Qué hace, capitán? —gritaba mientras pataleaba.

—Mi deber. Obligarte a tomar ese baño. Y deja de patalear, muchacho, que actúas como una mujer.

Fue decir esas palabras y me quedé quieta al instante. Se metió hasta las rodillas mojando sus calzas que ya se había puesto tras su baño y me lanzó al río. Su risa retumbaba en mis oídos. Sujeté mi gorra para que esta no se fuese con la corriente del agua.

—¡No tiene ninguna gracia! —chillé.

—Cuando salgas, tápate con esto. —Dejó sobre una piedra una piel grande de animal, y riéndose se alejó para hacer una fogata. Tardé en salir; empezaba a oscurecer. Esperaba encontrar el momento para que él estuviera distraído. Cuando llegó el ansiado momento, salí con rapidez. Me tapé con la piel, revolví mi pelo con mis dedos. Cogí mis ropas mojadas y las puse al lado del fuego; busqué nerviosa la pequeña bolsa de cuero en la que estaba guardada la cruz con la esmeralda y mi pendiente de zafiro; suspiré al ver que seguían allí. La cogí y la dejé oculta donde estaba. Estaba helada; me senté al calor de la lumbre. Tiritaba. Él me observaba; se sentó frente a mí. Partió pan y queso, y me lo ofreció.

—¿Qué edad tienes, Pablo?

—¿Por qué lo pregunta, capitán?

—Porque no tienes todavía barba y tu piel es suave.

—Sí que tengo, señor, ya me empieza a aparecer.

—¡Ja, ja, ja! No tienes nada, muchacho —me observaba—. Tu cara me resulta familiar.

Bajé mi rostro centrándome en la comida y evitando que él se fijara más en mí.

—Bueno, eso me dicen siempre, debo tener un rostro muy común, señor. ¿Cuándo llegaremos a Medinaceli, capitán? —cambié de tema.

—Deberíamos llegar mañana —suspiró mientras ocultaba su rostro con ambas manos.

—¿Qué le ocurre, capitán? —Levantó su rostro y me miró con interés.

—Una mujer, Pablo.

Aquello fue como un jarro de agua fría; a pesar de creer que no soportaba a ese hombre, el hecho de que una mujer ocupase parte de sus pensamientos y no fuese yo, hacía que sintiese celos por la dama que le traía ese pesar.

—¿Una mujer? —le pregunté: quería indagar.

—Sí, una muchacha que está en mis pensamientos noche y día. —Levantó el rostro. Sus ojos

verdes se clavaban en los míos— ¿Sabes lo que es eso?

—No, señor, la verdad es que no lo sé.

—¿Nunca has estado enamorado de alguna jovencita?

—No, señor.

—No me puedo creer que a tu edad todavía no hayas estado con una mujer. Eso hay que arreglarlo, déjalo en mis manos.

—No, gracias, mis intereses son otros, capitán.

—¿Tus intereses? ¡Ja, ja, ja! Estos cambiarán en el momento que estés con una joven. —La conversación empezaba a incomodarme—. Te lo digo yo, por experiencia.

—Claro... Usted ha debido estar con muchas mujeres.

—Sí, no me puedo quejar. —Me guiñó un ojo. —Se me quedó mirando con una sonrisa en el rostro.—Tranquilo, que conmigo pronto sabrás lo que es tener a una mujer entre tus brazos.

—Gracias... Pero...

Se levantó y se acercó hacia donde yo estaba; me palmeó la espalda.

—En tema de mujeres soy un experto. —Me sonrió—. A descansar, muchacho. Mañana nos espera una jornada dura.

—No lo dudo, señor. Seguro que ha estado con muchas...— respondí con ironía.

No soportaba la vanidad y ego de ese hombre. Cuánto me hubiese gustado contestarle, pero me tuve que morder la lengua contra mi voluntad.

Lo vi alejarse, momento que aproveché para vestirme. Mis ropas ya se habían secado.

Un experto, un experto... engreído: eso era; un pedante engreído. No me había dado cuenta de que él había regresado donde yo estaba para recoger su espada, depositada sobre el suelo.

—¿Se puede saber qué refunfuñas? —me sobresalté.

—Nada, señor. —Se detuvo para observarme.

—Pablo, eres un muchacho extraño. Me gustaría que me cuentes más cosas de tu vida. —Lo vi alejarse de nuevo.

Tenía que tener más cuidado; con mi comportamiento hacía que él se interesase más por saber de mí.

Capítulo 11

Abú Muhammad se movía de un lado para otro en su palacete, en Medinaceli; la información que le acababa de dar ese hombre del desierto (enigmático, vestido totalmente de negro y con una cicatriz en la mejilla, la única parte visible, junto con los ojos, que se veía de su rostro) lo había intranquilizado. Lo miró de reojo; era curioso: solo le había pedido que, cuando capturasen a los soldados cristianos, le diesen a un muchacho; no le había dado más explicaciones. Se detuvo y se puso frente a él.

—¿Cómo sé que lo que me estás diciendo es cierto?

—Solo tiene dos opciones: creerme o esperar a que los cristianos le arrebaten esta tierra.

—¿Y por qué quieres a ese muchacho?

—Tiene algo que me pertenece.

El hombre del turbante, que respondía al nombre de Asad, sabía que el nuevo poseedor de la joya era un muchacho. Ya se había encargado él de coger desprevenido a uno de los soldados y degollarlo una vez que obtuvo la información que deseaba. Según le dijo el cristiano, un joven había irrumpido en el campamento y el capitán lo protegía. Ambos habían partido hacia Medinaceli, donde se unirían a un ejército cristiano y a algunos cruzados provenientes de Europa.

—Muy bien, te haré caso. Si me engañas, te mataré.

Abú Muhammad lo miró a los ojos con desconfianza, amenazante; había algo en ese hombre del desierto que no le gustaba.

Abú Muhammad abandonó la sala. Asad salió al exterior; el gobernador de la taifa le había dado alojamiento en su palacio hasta que terminasen con esos cristianos. Sabía que no se fiaba de él y quería tenerlo cerca por si le había engañado. Se dirigió hacia su habitación, desde donde escuchaba el tintineo de las fuentes del jardín. Se quitó el turbante que tapaba su rostro; se sentó en el suelo y extrajo, de una pequeña bolsa de cuero, la esmeralda que le había robado al campesino. Tenía que conseguir la tercera y más importante de todas. «¡Maldito cristiano!», gritó. Sabía que, si no se hacía con esta, él no cesaría hasta matarlo; ese fue el trato. En su mente solo le rondaba una idea: ¿por qué el judío se la había dado al joven? ¿Qué es lo que sabía el judío sobre la tercera esmeralda?

Capítulo 12

El muchacho me intrigaba; me había despertado en mitad de la noche, aunque hubiese jurado que el grito que dio había sido de mujer. Estaba obsesionándome con Rosa. Escuchaba su voz por todas partes. Estaba sudando, se había incorporado. Le pregunté, pero no me respondió. Lo observaba mientras cabalgábamos; era un joven muy diferente a los muchachos con los que yo acostumbraba a tratar. Tenía que enseñarle a comportarse como un hombre; pronto llegaríamos a las proximidades de Medinaceli. Habría muchos soldados rudos y, si no cambiaba su forma de comportarse, sería la diversión de todos ellos, y yo no podría estar en todo momento para defenderlo. La primera lección sería en su forma de montar; se lo veía muy refinado, y eso tenía que cambiar.

—¡Pablo! ¡Detente! —El joven frenó a su animal al instante. Me miró—. ¡Al suelo! ¡Vamos!

—¿Bajarme? ¿Para qué?

—Ahora lo verás. Desmontas, o te bajo yo mismo.

El joven me obedeció con rapidez. Lo observé: hasta la forma de estar de pie no era de un guerrero.

—Pablo, tienes que empezar a comportarte como un hombre, no como un chiquillo. Vas a estar rodeado de soldados del rey, hartos de librar batallas y de luchar sin temer la muerte. Si te ven débil, serás el centro de sus burlas, y yo no podré estar junto a ti siempre.

—No necesito que me defienda, capitán. Sé hacerlo solo.

—Mira que eres terco, muchacho. Lo primero: tienes que montar de un salto; no puedes pensarlo tanto antes de hacerlo.

—Pero... Yo no puedo dar esos saltos que da usted.

—Claro que puedes. Inténtalo. Fíjate en mí.

Coloqué mi brazo sobre el lomo del animal y presioné con suavidad para elevarme y montar sobre este. Pablo me miraba con interés.

—Ahora, hazlo tú.

Lo notaba nervioso; puso su mano sobre el lomo del animal para apoyarse. Dio un salto, y su trasero no subía; se quedaba a mitad de camino. Suspiré.

—Pablo, tienes que ensayar esa subida.

Lo intentó varias veces hasta que al final, con cierta torpeza, lo logró.

—Muy bien, pues ahora vamos a pelear. Tienes que saber defenderte.

—¿Pelear? No, eso no.

—¡Ja, ja, ja! Pues claro que sí. ¡Ven hacia mí! Intenta pegarme.

—¿Cómo? ¿Pegarle?

—¿Pero se puede saber de dónde has salido? ¡Pues claro!, con los puños, ¡vamos!

Se acercó despacio; ni siquiera tenía los nudillos en posición de pelea. Me aproximé a él, le levanté los brazos y le coloqué la posición. Lo observé. Me ubiqué delante de él. Madre mía, no sabía qué iba a hacer con él.

—Ahora, pégame en el costado. ¡Vamos!

Se acercó y me dio un golpe suave; apenas sentí dolor. Tenía que alterarlo para que sacase su genio.

—Eso no es un golpe. —Le di un manotazo en el gorro que llevaba puesto y se lo tiré al suelo. Me miró molesto; fue a cogerlo y yo me adelanté, y le di una patada y lo lancé aún más lejos. Me volvió a observar con desagrado; corrió a cogerlo y yo avancé con rapidez y me lo puse. Me miró con odio; ahora sí que le había enfadado.

—¿Por qué lo ha hecho? Démelo, es mío —me gritó mientras se acercaba a mí.

—No me gusta este gorro que llevas.

—Pues es mío, y a mí sí me gusta, no lo tenía que haber hecho.

—Pues, si lo quieres, pelea por él, si eres capaz. ¡Ja, ja, ja! —lo estaba provocando con intención.

Intentaba cogerlo, pero yo le esquivaba y le daba pequeños puntapiés en su trasero, algo que le molestaba. Al final, conseguí lo que buscaba; se abalanzó sobre mí y empezó a darme manotazos. No era lo que yo esperaba, pero algo era algo. Me empecé a reír ante su reacción, y un manotazo fue a parar a mi rostro, lo que provocó, sin querer con una de sus uñas, un pequeño hilo de sangre en el labio. Me llevé la mano a este y lo miré. Eso sí que había estado bien. Vi lágrimas en sus ojos. Al ver mi sangre, su expresión cambió.

—Lo siento —dijo. Cogió la manga de su camisa y me limpió la sangre del labio. Me aparté; no esperaba ese tipo de reacción.

—No hagas nunca eso, Pablo. No limpies la sangre de los que golpeas.

—Pero... lo siento, no era mi intención.

—Lo sé, era lo que yo estaba buscando, muchacho. Lo he hecho adrede, quería alterarte para sacar el carácter que necesitas. ¡Muy bien! —Le di una palmada en su espalda y le puse el gorro —. Por hoy es suficiente. Pero recuerda: no limpies la sangre del contrario. Sigamos nuestro recorrido.

Lo observé desde mi caballo; vi que intentaba montarse como yo le había dicho. No había manera de que lo hiciese de un salto; sabía que me observaba y, como pensó que yo no lo miraba, lo hizo a su manera. Suspiré. Estaba empezando a coger cariño al chico; tenía la necesidad de protegerlo: lo veía débil y vulnerable. ¿Por qué estaba llorando?

Nos acercábamos a las proximidades de Medinaceli; enseguida topamos con el campamento cristiano. Las hogueras estaban por todas partes; numerosos soldados iban y venían de un lado para otro.

—¡Alonso!

Me giré con rapidez; era mi gran amigo de la infancia y de las batallas. Ambos siempre habíamos querido ser caballeros del rey y luchar por una causa. Me bajé de un salto del caballo y fui hacia él para darle un abrazo. Después de tanto tiempo sin estar cerca de personas de mi entorno, encontrarme con él, con el amigo al que siempre había considerado mi hermano, me llenaba de alegría.

—¡Mi gran amigo Diego de Rojas! ¿Qué haces por aquí? Te creía en Asturias.

—El rey me ordenó reunirme en Medinaceli. Pensé que su majestad estaría aquí, pero no ha sido así. Me he encontrado con hombres desmotivados provenientes del sur, deseosos de que esta cruzada acabe de una vez. Mis hombres están agotados. Ellos, los árabes, están muy preparados. —En ese momento, Diego observó a Pablo que bajaba del caballo—¿Y este? —preguntó—. ¿De dónde salió?

—¡Pablo, acércate! —dije. El muchacho se puso a mi lado—. Es mi mozo. Pablo, este es un gran amigo mío, el capitán Diego de Rojas. Lleva a los caballos a que beban agua.

Ambos observamos cómo se alejaba.

—¿Se puede saber de dónde ha salido ese muchacho? No es un soldado, parece, más bien, un campesino o... ¡Ja, ja, ja!

—La verdad es que es todo menos un guerrero. Llegó al campamento. No tiene a nadie.

—Vamos, te dio pena. —Asentí—. Siempre he pensado que eres un blando de corazón. ¡Ja, ja, ja! —Me observó—. Se te ve agotado. Puedes descansar en esa tienda; es la mía, y ahora también es tuya.

—¿Cuándo atacaremos? —pregunté.

—Los cruzados provenientes de Borgoña están llegando. Pasado mañana, por la noche, cuando la ciudad duerma. Ellos no saben que estamos aquí: eso facilita nuestro ataque.

—No los subestimes. Tropas de almorávides han entrado por el sur y han avanzado por la Península. Están acostumbrados a lidiar por el desierto; son supervivientes natos que huelen el peligro a distancia. Yo no estaría tan seguro de ello.

—Tranquilo, esta batalla la tenemos ganada. ¡Ven! Entremos en la tienda y tomemos vino. Hoy los hombres quieren fiesta antes de enfrentarse a la lucha.

Había perdido de vista a Pablo; observaba por todas partes y no lo veía. Me metí en la tienda. Se escuchaban las risas de los soldados. Estaban de celebración. Algunas prostitutas, que siempre estaban muy pendientes de los avances de las tropas, habían sumado sus tiendas próximas a nuestro campamento.

—Toma, amigo, vino para saciar las penas —dije.

—¿Penas? Hasta donde yo sé, tú no hablabas de penas. ¿Qué me he perdido todo este tiempo?

—Unos ojos negros que me tienen obsesionado.

—¡Uff! Entonces ahí no te puedo ayudar.

—Tengo que ir al sur. Necesito encontrar a esa mujer desde que la vi. —No quise continuar; me costaba reconocer que esa mujer me había cautivado.

—Es peligroso, amigo —me advirtió.

—Recuerda que ya he estado. Ahí conviven cristianos y musulmanes. Puedo pasar desapercibido; nadie sabe que soy un capitán de su majestad. Además, sospecho que, de estar viva, la han llevado allí. Sé que hicieron prisioneros en Toledo y a las jóvenes bonitas las llevan a Córdoba como obsequio al emir. Tengo que liberarla, o al menos encontrarla.

—Esa tierra va a ser difícil de reconquistar.

—Lo sé; por eso tengo que sacar de allí a la cristiana que está en mis pensamientos.

—¡Ja, ja, ja! ¡Quién te ha visto y quién te ve!

—¿Y tú? ¿Todavía no han conquistado ese corazón duro pero a la vez noble?

—No, no tengo tiempo para ninguna mujer. Me preocupas, amigo, tu corazón palpita por una dama.

—¡No! —dije con rotundidad—. Di mi palabra; le prometí a su padre que la encontraría. Solo tengo un pendiente de la joven en mi poder.

—¿Y por qué tanto interés en encontrarla? Explícame eso, porque de verdad no logro entenderlo.

—Cuando hago una promesa, siempre la cumplo.

—Ya... Eso ya me lo has dicho. —Me observaba—. Alonso, sé que eres un hombre de palabra, pero a mí no puedes engañarme: esa muchacha debió despertar algo ahí dentro. —Me dio unas palmadas en el lado del corazón.

—La verdad es que era muy bonita. —Guardamos silencio.

—¿Y la corona? —cambió de tema.

—Eso es otra historia. Mejor centrémonos en beber esta noche; necesito olvidarme de todo. —Me miraba con interés.

—Pues entonces bebamos, amigo.

No transcurrió mucho tiempo cuando escuchamos mucho bullicio en el exterior. Parecía que se estaba librando una batalla entre los hombres. Nos miramos y decidimos salir; ver una pelea siempre resultaba divertido.

Había un gran círculo entre los contrincantes; se escuchaban risas y vítores. Nos abrimos paso. ¡Oh, no! Era Pablo. ¿Pero en qué estaba pensando? Se estaba enfrentando al hombre más grande y fuerte de los allí congregados. Lo iba a tumbar de un manotazo. Pablo se fue hacia su estómago empujando con todas sus fuerzas con la cabeza y sus brazos, pero aquella mole no se movía; lo miraba y se reía. Lo apartó de un manotazo; el chico cayó al suelo y le empezó a propinar puntapiés en el trasero. Entonces el soldado lo cogió con sus brazos y lo alzó con estos por encima de su cabeza; lo iba a tirar al suelo. Tenía que detenerlo; si lo hacía, le rompería los

huesos. Diego se adelantó.

—¡Bueno, ya está bien de diversión! Deja al muchacho y búscate uno con las mismas condiciones físicas que tú.

El guerrero lo miró y al final dejó a Pablo no sin antes darle otro puntapié en el trasero. Entonces el muchacho volvió a empujarlo. ¿Qué le pasaba? Si seguía así, no tendría ningún miramiento con él. El soldado le propinó un manotazo con fuerza. En ese momento me adelanté y frené a Pablo, que iba otra vez a enfrentarse al guerrero.

—¡Basta ya! —le grité y lo aparté de ahí.

—La próxima vez nadie te salvará. Apártate de mi vista —escuché que gritó el soldado a Pablo.

Todos se marcharon a otra parte. Diego se unió a sus hombres, y yo observaba al joven. Estaba enfadado con él. Lejos de seguir mis indicaciones, se había metido en líos.

Pablo me miró. Estaba sentado en el suelo.

—No me diga nada. Se metió conmigo y cogió mi gorra para burlarse de mí.

—¿Pero qué tiene esa gorra que tanto te enfadas por ella?

—Me la dio una persona a la que apreciaba mucho y mataron con crueldad.

Observé que llevaba su manga a sus ojos para enjugarse las lágrimas que empezaban a aparecer. Me dio pena el joven.

—Vamos, te ayudaré a levantarte.

—No hace falta, no necesito ayuda de nadie. Sé hacerlo solo.

—No seas tozudo. Ese hombre te ha dejado dolorido y magullado.

Me acerqué y lo levanté. No pesaba nada.

—Anda, bebe vino; esta noche el campamento está de fiesta.

Le acerqué una jarra y este, sin rechistar, empezó a beber. Me senté a su lado y ambos compartimos la jarra. Lo observé: lo veía triste.

—¿Cómo hace un soldado cuando quiere olvidar sus penas? —me preguntó.

—Pues dos cosas: ahogarlas en vino o pasar la noche con una mujer. Aunque te voy a ser sincero: ninguna de esas dos opciones ayudan, porque al día siguiente la pena sigue ahí, en el corazón, hiriéndote como el día anterior o incluso más.

—¿Y usted?

—¿Y yo qué?

—¿Cómo lo hace usted? —Me miró. Sus ojos negros estaban llenos de lágrimas.

—Yo ya no siento, muchacho. He visto tanta sangre en mi vida, morir a amigos y ser testigo de asesinatos crueles a personas que amaba que mi corazón se ha hecho duro.

—¿A una mujer? —me preguntó.

—Sí, una mujer.

—¿La amaba?

—Sí, la amaba —lo miré.

—Vaya, lo siento, capitán.

Cogí la jarra de vino y bebí un buen trago. Por mucho que quisiese hacerme el fuerte y el duro, lo cierto es que jamás podría olvidar aquel día en el que ella, mi adorada hermana María, fue asesinada delante de mí. Jamás olvidaría el anillo del hombre que la había matado; fue lo único que pude ver del asesino, ya que él mató a mis padres y luego a ella. Yo tenía once años y me escondí, y fue lo único que pude ver de aquel salvaje. Un anillo de oro con una piedra negra incrustada en este; en el centro de la piedra había grabado un ocho. Jamás lo olvidaría; prometí vengarme del asesino de mi familia ya que, después de este hecho, en el que perdí a los que más amaba, mi vida cambió. Pasé de un entorno en el que me sentía amado a un ambiente en el que el amor no formaba parte. Mi tío, hermano de mi padre, el marqués Fernando Díaz, se encargó de mí. Y allí fui, a tierras asturianas, a su castillo, donde jamás volví a ser feliz. Lo miré; él me observaba.

—Ella era mi hermana. La asesinaron. Lo vi todo. Estaba escondido y fui testigo de su muerte y después de la de mis padres.

—Lo siento mucho, capitán.

No quería seguir hablando de ese tema; el recuerdo de ese momento me hería. Estuvimos un buen rato en silencio; yo estaba inmerso en mis pensamientos y en esa amargura que llevaba desde niño y que siempre afloraba; la tenía ahí, clavada en el corazón. Lo observé. Se había quedado dormido por los efectos del vino. Su rostro me recordaba a alguien; no sabía a quién, pero ese chico me resultaba muy familiar. Era curioso, pero sentía la necesidad de protegerlo. Me lo llevé hasta mi hombro y lo metí en la tienda conmigo; no me fiaba del soldado con el que se había enfrentado. Temía que le hiciera daño; lo acosté a mi lado: esa noche dormiría ahí.

Capítulo 13

—Tenemos ya todo preparado, señor.

—Muy bien, entonces atacamos. Ellos no lo esperan. ¿No te habrán visto?

—No, mi señor. Están todos borrachos.

—¿De cuántos hombres hablamos?

—La mitad de hombres que los de nuestro ejército.

—Esos cristianos no saben dónde se han metido. Avisa a los hombres que estén preparados; arrasemos el campamento. Quemaremos sus tiendas y degollaremos a todo el que se nos ponga por delante —dijo Abú Muhammad.

—¿Y el muchacho cristiano?

—Matamos a todos. No quiero dejar a nadie con vida —dijo el emir mientras desviaba su mirada hacia la ventana de la sala desde donde se divisaba la muralla de la ciudad.

—Sí, mi señor —dijo el fiel soldado mientras se retiraba siguiendo sus órdenes.

Una de sus mujeres lo esperaba en la sala contigua, con suma paciencia, hasta que el emir hiciera su aparición en los aposentos.

Almorávides, junto con la mitad del ejército del emir, empezaron a disgregarse fuera de las murallas. Llevaban sus cimitarras sujetas con fuerza; su hoja curva y larga brillaba en la oscuridad de la noche. Se dirigían sigilosamente hacia el campamento del ejército cristiano.

Capítulo 14

Me sentía mal; tenía ganas de vomitar. No tenía que haber bebido vino. No estaba acostumbrada a ello. Me dio una arcada. Vi que Alonso estaba durmiendo a mi lado, con su espada agarrada con fuerza entre sus manos. Ese hombre siempre estaba alerta. Otra arcada. Necesitaba salir con rapidez al exterior; iba a vomitar. Me levanté con dificultad y salí corriendo fuera de la tienda. Me sorprendí al ver a todos los soldados disgregados por el campamento, todos borrachos, roncando como consecuencia del alcohol. Me alejé de allí; la experiencia de lucha con aquel soldado me había hecho temer encontrarme otra vez con él. Me escondí entre unos árboles que estaban un poco apartados del campamento. Me encontraba mareada y con un fuerte dolor de cabeza mientras las tripas me rugían. Empecé a escuchar una especie de silbidos; pájaros a esas horas de la noche... no podía ser. Tenía un sudor frío por la frente; estaba pálida. Vomité.

Tardé unos minutos en regresar; algo no marchaba bien. Vi humo y llamas en el lugar del campamento. Me acerqué con mucho sigilo. Todas las tiendas estaban ardiendo, y numerosos almorávides, con sus rostros cubiertos por telas oscuras, luchaban con sus cimitarras. Los soldados cristianos yacían muertos en el suelo, algunos degollados y otros desangrándose. ¡El capitán! No quería pensar en que él pudiese estar muerto; a pesar de que en muchos momentos lo odiase, le tenía cariño, ¿o sentía algo más? Tenía miedo. Esos hombres luchaban con agresividad y violencia. No quería toparme con ninguno de ellos. Cogí una espada de uno de los soldados muertos que estaban próximos a mí; volví a esconderme entre los árboles. Las escenas que veía con tanta violencia me llenaban de pánico. Estaba próxima a la tienda cuando sentí la presión de algo punzante en mi cuello; un almorávide me apuntaba con su arma en el cuello. El corazón me latía con celeridad; en cuestión de segundos pensé en la posibilidad de que iba a morir. Temblaba, sentía pánico, quería huir de allí y alejarme de todo; cerré los ojos. En ese momento le dieron un golpe en la cabeza; era el grandullón que se había metido conmigo. Me miró.

—Ten cuidado.

No pude agradecerle lo que acababa de hacer; se marchó con rapidez. Entonces lo vi. Alonso luchaba con uno de ellos; tenía las manos con sangre. La lucha entre ambos era violenta, pero Alonso atacaba con rapidez, y su contrincante cayó al suelo, muerto. Observaba por todos los lados; me vio.

—¡Huye! No te quedas aquí —gritó.

Yo no le hice caso; no quería marcharme sin él: lo necesitaba a mi lado. Se giró, me observaba. Se acercó corriendo al lugar donde yo estaba. Me percaté de que uno de los guerreros con turbante se aproximaba a él con su daga a su costado. Alonso no se había dado cuenta porque estaba centrado y pendiente de mí. Ese hombre lo iba a matar. Yo, sin pensármelo, fui corriendo para interponerme entre el musulmán y el capitán.

—¡No! —grité.

Pero, cuando Alonso quiso darse cuenta de lo que había ocurrido, ya era tarde: la daga me había herido en mi costado y me había hecho caer al suelo. El arma que quería acabar con la vida de él se había cebado conmigo. Llevé mi mano al costado: esta se manchó de sangre. Me asusté. Un dolor y escozor me quemaban por dentro, y un sudor frío se apoderó de todo mi cuerpo. Perdí la noción del tiempo, aunque permanecí consciente en todo momento. Alonso se abalanzó con rabia sobre aquel hombre; el almorávide cayó al suelo, sin vida. El capitán se giró.

—¡Pablo! ¡Me has salvado la vida! ¿Por qué lo has hecho, muchacho?

No le contesté. Me cogió en brazos y me llevó hasta el bosque que estaba próximo, donde me dejó en el suelo.

—Deja que te vea esa herida.

—¡No! —grité.

—No digas tonterías, muchacho, tengo que verlo.

—No, señor, estoy bien; de verdad, ha sido un rasguño. Capitán, tiene que ir con sus hombres: lo necesitan.

—No hagas ruido. Enseguida regreso, y vemos esa herida.

No podía permitir que él me la viera; se daría cuenta enseguida de que era una mujer. Me levanté la camisa de Yosef. La herida era bastante profunda y no tenía muy buena pinta. Me estaba mareando. Tenía sed. Se me hizo una eternidad hasta que vi a Alonso en la lejanía; traía su caballo, despacio, sin hacer ruido. Suspiré. Temía que lo hubiesen matado.

—Tenemos que marcharnos cuanto antes —susurró. Observé que su brazo estaba herido. Él siguió mi mirada.

—Esto no es nada. ¿Puedes montar a caballo, Pablo? —Asentí—. Al campamento no podemos regresar; están los almorávides rematando a los que todavía siguen con vida.

—¿Y su amigo?

—Él ha podido huir con algún que otro hombre. Y nosotros tenemos que hacerlo ya; ellos rastrearán los alrededores y, si no nos vamos, acabarán con nosotros.

Me ayudó a montar en el caballo y se puso detrás de mí. Me observaba con interés.

—No se preocupe por mí, señor. Estoy bien. Aguantaré. Ha sido solo un rasguño.

Era mentira; sabía que la herida era profunda y que, si no la limpiaba pronto, se infectaría. Pero lo que no quería era que él descubriera el gran secreto que había guardado durante esos días. Debía llegar a Compostela para encontrar a la persona que había mencionado Yosef en la última conversación que había tenido conmigo, y sabía que solo podría lograrlo con él.

—Hay que tener cuidado: este es terreno conflictivo y de disputa entre cristianos y musulmanes.
En la lejanía contemplaba la muralla de Medinaceli; nos habían tendido una trampa, y muchos hombres habían muerto.

Capítulo 15

Atravesamos los cerros; no sabía dónde dirigirme, ya que era consciente de que Pablo no iba en buen estado. Nos detendríamos cerca de Valladolid, en la casa de una gran amiga; en realidad era una taberna, lugar de encuentro de soldados, rufianes y prostitutas. No era el lugar más indicado para estar con Pablo, pero sabía que allí, María nos ayudaría; al menos, tendríamos una cama y las manos de una mujer para ayudar con esa herida. Me había salvado la vida; nadie lo había hecho por mí antes. Tenía cariño al muchacho, y su hazaña había demostrado una gran valentía por su parte; nunca lo abandonaría.

—¿Cómo vas, muchacho?

—Bien, capitán. No se preocupe más por mí.

Esta fue la única conversación que tuvimos; sabía que, si cabalgaba a gran velocidad, llegaríamos de noche a la taberna de María.

El muchacho estaba apoyado sobre mi pecho; la fiebre era tan alta que había perdido el conocimiento. Ya estábamos cerca. Dejé el caballo en el establo; Pablo se desplomó. Lo dejé sobre el suelo de paja.

—¡Pablo! —susurré. Le di unas pequeñas palmadas en la mejilla. Lo zarandeeé. Tenía que despertarse. Abrió los ojos. Estaba muy pálido—. ¿Me escuchas? —El chico asintió—. Espérame aquí. Voy a ir dentro a buscar a una amiga; enseguida vuelvo. Necesitamos un alojamiento.

Estaba preocupado. El chico tenía muy mal aspecto. Esa herida había que curarla.

Había muchos soldados y peregrinos haciendo una parada. Busqué a María; enseguida la divisé. Estaba con un par de hombres riéndose con ellos. Me vio con rapidez; una gran sonrisa se dibujó en su rostro. Dejó a los soldados y fue corriendo hacia mí.

—¡Alonso! —gritó. Me rodeó con sus brazos y yo abracé su cintura. Me dio un beso en los labios. ¡Cuánto has tardado, capitán!

—María, luego te contaré dónde he estado, pero ahora necesito tu ayuda. He dejado a un muchacho herido en el establo. Necesito una cama y tus magníficos cuidados. Me ha salvado la vida.

—Entonces se merece toda mi atención. —Me guiñó un ojo—. Pasad sin que nadie vea que está herido; eso atrae la atención de todos. Sube a la planta de arriba, que allí estaré esperándote.

—Gracias, sabía que podía contar contigo. —Le guiñé un ojo.

Fui corriendo al establo; levanté con cuidado al joven.

—¡Muchacho! ¿Me escuchas? —El chico asintió con los ojos cerrados—. Tenemos una habitación, pero hay que entrar en una taberna para poder acceder, por lo que debemos disimular: nadie debe sospechar que estás herido. ¿Lo puedes hacer?

—Sí —aseguró con debilidad.

Lo incorporé; tenía toda la camisa manchada de sangre. Le puse mi capa por encima; de esta forma le tapaba todo el costado. Su rostro estaba pálido, pero podía pasar perfectamente por ebrio.

—Pablo, intenta sonreír un poco, como si estuvieras borracho. —Abrí la puerta, y varios de los allí congregados se fijaron en nosotros. Disimulé—. Ya no te vuelvo a dar de beber más vino, muchacho —dije en voz alta—. Estás borracho como una cuba.

Nos miraban con interés, pero al escuchar mis palabras centraron su atención en sus jarras de vino y sus conversaciones. Subimos las escaleras. «¡Uff!», suspiré. Allí estaba María, esperándonos.

—¡Entra! Túmbalo en la cama, Alonso.

Le quité la capa; la camisa estaba teñida de sangre. Me asusté; temí por la vida del joven. Pablo abrió los ojos en ese momento.

—¡No!, no quiero que esté usted, capitán.

—¿Por qué? —le respondí; no entendía el motivo por el que no quería que yo estuviese allí.

—Alonso, está muy nervioso. Ve abajo y dile a Marta que suba a ayudarme. Que traiga telas limpias y agua hervida. Que no llame la atención.

Obedecí. Me dejaron fuera. Fui abajo a tomarme una cerveza. Pasó bastante tiempo hasta que vi a Marta bajar. Observé que llevaba la camisa escondida entre su falda. Me acerqué, estaba nervioso.

—Marta, ¿cómo está el joven? —pregunté.

—¿El joven? Bueno...

—Está bien, Alonso —se adelantó a contestar María, que estaba justo tras de mí.

Marta se alejó nerviosa. Algo ocurría: mi intuición de guerrero nunca fallaba. Sabía que algo me ocultaban.

—¿Qué ocurre, María?

—¡Que eres un necio, Alonso! Eso es lo que ocurre.

—No sé por qué me dices eso.

Me hizo un gesto para que fuese tras ella. Ese camino iba directo a su habitación. Entré tras ella y esta cerró la puerta.

—¿Cuándo me ibas a decir que Pablo es una mujer? ¿Te crees que curándole las heridas no me iba a dar cuenta de ello?

—¿Una mujer?

—Sí, no disimules: de poco te va a servir.

—¿Una mujer? —volví a repetir. No daba crédito a lo que me estaba diciendo. No podía ser tan tonto: lo hubiese sabido al momento.

—Sí, una jovencita, ese es tu Pablo. A pesar de tener el pelo corto, hasta el más tonto se hubiera dado cuenta de que sus rasgos y su rostro, suave y delicado, no podía ser de un hombre.

—Pues yo debo ser el más tonto, porque no he sospechado en ningún momento que era una joven.

—Toma, esto es de ella; se le ha caído de una bolsita de cuero que lleva sujeta al cordón del cinturón.

María extendió la mano, y allí estaba el pendiente que faltaba de Rosa y una cruz con bonitas joyas incrustadas. Ahora todo me cuadraba: ¡era ella! ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Sus ojos, sus rasgos... por eso me resultaba familiar. Sus ropas estaban en la casa del judío; ella se había vestido con ropas de hombre. Pero... ¿por qué? En ese momento sentía alegría de saber que la joven era Pablo, aunque también preocupación; ella me había salvado la vida y era consciente de la gravedad de su salud. Fui corriendo a la habitación; María entró tras de mí. Me asusté al observar su estado.

—¿Cómo está?

—La herida está infectada. Tiene fiebre. Está grave, Alonso. —Me senté sobre la cama, tapé mi rostro con ambas manos.

—Es fuerte y valiente: sobrevivirá.

—Gracias, María. Estaré con ella durante la noche.

—Cuando se despeje la taberna, me reuniré contigo.

Me fijé en ella. Estaba con un camisón blanco, con el rostro muy pálido. La reconocí; a pesar de su aspecto, poco femenino con ese corte de pelo, seguía siendo bonita. ¿Cómo no me había dado cuenta? Me atormentaba de verla tan herida, sufriendo. La agarré de la mano: estaba ardiendo.

—Sé fuerte, Rosa —le susurré.

No podía permitir que su vida volviese a estar en peligro; tenía que llevarla a mi castillo. La dejaría allí hasta que yo solucionase los temas que tenía pendientes con la reina; después la llevaría de regreso con sus padres, a Toledo. El cansancio hizo mella en mí; me quedé dormido junto a ella.

Los primeros rayos de sol me despertaron; abrí con rapidez los ojos. Tenía mi mano sobre la de ella. La miré; le toqué la frente y estaba fría; respiraba. Tocaron a la puerta. Era María.

—¿Cómo está? —me preguntó.

—Ya no tiene fiebre. Está fría.

—Eso es buena señal. Alonso, sal de la habitación; le tengo que curar esa herida.

Obedecí.

Estaba impaciente; caminaba de un extremo del pasillo al otro, intranquilo. Tenía la sensación de que se demoraba bastante en salir. Por fin apareció María.

—Ya puedes entrar, mi capitán. —Me guiñó un ojo—. Esa muchacha te importa, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? Me siento responsable de ella: ha dado su vida por mí; además, sus padres me encomendaron la misión de encontrarla.

—¡Ay, capitán...! Con esa respuesta haces que sienta celos por la joven que yace herida en esa habitación.

—¿Celos? —Me acerqué a ella y la rodeé la cintura—. Tú no tienes que estar celosa.

—Sí, sí, no disimules, te conozco perfectamente, y esa mirada tuya no me engaña. Podrás decir lo que quieras, pero esas pupilas brillan cuando hablas de ella. Hay algo que no me quieres decir. Soy mujer, recuerda, y tenemos un sexto sentido para los asuntos del corazón.

—¡Te imaginas cosas que no son!

—Anda, zalamero, ve con la joven: está despierta y desorientada. A lo mejor, si te ve empieza a recordar. —La vi alejarse. Estaba deseando entrar y ver a Rosa.

Accedí a la habitación. Allí estaba, tumbada; me puse a los pies de su cama.

—Rosa, ¿cómo estás?

—Ya sabes quién soy.

—Sí, y no entiendo cómo no me di cuenta antes. ¿Por qué no me dijiste quién eras? — La miraba con interés.

—Tenía miedo de que me hicieses regresar a mi hogar —. Se llevó la mano a su pelo.

—Ese pelo tan corto no te queda nada mal, y con ropa de muchacho puedes pasar perfectamente por un joven apuesto y debilucho.

—Aprendo rápido, ya lo sabes.

—Sí —recordé la vez que la había dado en el trasero y cuando la lancé a las aguas del río. Media sonrisa se dibujó en mi rostro—. Es muy peligroso lo que has hecho. ¿Por qué no te quedaste en Toledo? Debías haber confiado en mí.

—No podía, me perseguían para matarme. Asesinaron a Yosef. —En ese momento sus ojos se llenaron de lágrimas—. Temía que me hicieses volver a mi hogar.

—¿Qué ocurrió? —necesitaba saber.

—Yo estaba en el taller de mi amigo ; todas las noches que podía, iba allí; ya sabes que me escapaba de mi casa. —Hice una mueca de disgusto.

—Sí, y yo te alerté del peligro que corrías, pero no me hiciste caso. —Hice una breve pausa—. Continúa, por favor.

—Esa noche, Yosef estaba nervioso; me contó un secreto que llevaba oculto desde hacía mucho tiempo. —Se detuvo y respiró.

—¿Te duele? —le pregunté preocupado.

—Tranquilo, es soportable. —Sabía que le debía doler bastante; sufría por ver por lo que estaba pasando por mí. Después de unos segundos de silencio, volvió a reanudar la conversación —. Coge esa bolsita que está sobre la mesa. —Se refería a la que tenía el pendiente y la cruz que yo había depositado sobre la mesa. La cogí—. Ábrela y extrae la cruz. Mira en la parte de atrás.

—Ante mí observé una esmeralda incrustada en la cruz: eran realmente espectaculares su brillo y color—. Pues bien, esa esmeralda es la causa de su muerte. Yosef me dijo que él había sido el guardián de la joya y que la tenía que haber llevado hace mucho tiempo a Compostela y dársela a Bernardo el Viejo, cuyas manos estaban construyendo una grandiosa catedral en Compostela. Él nunca cumplió su misión. Esa noche lo esperaba un fraile cerca de la muralla; él estaba nervioso e intranquilo, preocupado. Me dio ropas de muchacho y me dijo que llevase yo la cruz pero, en ese momento en el que me estaba cambiando, irrumpió un hombre vestido de negro con turbante ocultando su rostro: quería la esmeralda. Lo mató. En ese instante no se percató de que yo estaba allí, pero después me vio y me persiguió. El fraile al que tenía que entregar la joya fue asesinado. Había almorávides por todas partes; él me perseguía y de regreso a mi hogar también estaban allí. —Intuí que pensaba que sus padres habían muerto.

—Tranquila, tus padres están vivos. Me dijeron que te buscase y te llevase otra vez con ellos. ¿Por eso fuiste al campamento? —Rosa suspiró aliviada por la noticia que le acababa de comunicar.

—Sí, él sabe que estoy contigo. Me vio dirigirme hacia allí.

Me levanté, preocupado. Me movía de un lado para otro de la pequeña habitación. ¡La esmeralda! Pero la reina Constanza me dijo que estaba en Liébana; había más de una esmeralda. ¿Qué significado tendría todo aquello?

—Alonso —me dijo. La miré—. ¿Me llevarás hasta Compostela para poder finalizar la misión que me encomendó Yosef? Se lo debo; él hizo mucho por mí y no estaré tranquila hasta que cumpla con lo que él me encomendó.

—Sí, te llevaré hasta allí. Lo haremos juntos. Me has salvado la vida; estoy en deuda contigo —le dije guiñándole un ojo. Así lo pensaba; la ayudaría y después iría a Liébana para finalizar la misión de la reina Constanza, pero ahora ella era mi prioridad. Además, por mucho que me costase reconocerlo, no quería apartarme de la joven. Escuché ruidos en la planta de abajo. Se oían gritos; había pelea. Ella me miró, asustada.

—No te preocupes, no te va a pasar nada. Ahora soy yo el que va a protegerte y velar por ti. No permitiré que nadie te haga daño. —Iba a salir de la habitación.

—¡Capitán! —gritó. Me giré, observé temor en su mirada—. Tengo miedo. —Me acerqué a ella, me senté sobre su cama y la cogí la mano: era suave y delicada. La miré, sin apenas parpadear.

—No voy a permitir que te hagan daño. —Llevé su mano a mis labios sin apartar mis pupilas de las suyas. Me levanté y salí de la estancia.

Me apoyé sobre la puerta de madera. ¿Qué me pasaba con esa mujer? Mi respiración era agitada, y mi corazón se aceleraba. Sacudí mi cabeza. «¡Concéntrate!», me dije en voz alta. Observé desde lo alto qué era lo que estaba sucediendo en la planta baja. Las sillas y las mesas volaban; se estaba librando una gran pelea. Mi amiga subía con rapidez las escaleras.

—¡Siempre igual! No hay día que no me destrocen la taberna.

—¿Qué es lo que sucede? —pregunté.

—Han entrado tres peregrinos, y los guerreros se han metido con uno de ellos; ahí ha empezado todo.

—¿Se dirigen a Compostela? —pregunté con curiosidad.

—Sí, estaban hablando sobre el misterio que encierran los muros de la catedral que se está construyendo. Hablaban en clave. Los viajeros les han preguntado sobre ese misterio, y los peregrinos se han negado a hablar con ellos, y ahí ha empezado la pelea.

Mientras ella me detallaba lo sucedido, observé que había un hombre alejado de la pelea, sentado en un rincón. Llevaba una capa y puesta la capucha. Su rostro estaba girado hacia las escaleras; con probabilidad, el personaje oculto tras la caperuza me observaba, pero yo era incapaz de distinguir rasgo alguno de su rostro.

—¿Quién es? —le pregunté señalando al personaje misterioso.

—Ha llegado un poco antes que los peregrinos. Es muy raro; no me ha mirado y ha estado ajeno a todo lo sucedido. Lleva capa de peregrino también, pero te puedo asegurar que él es diferente a los otros tres. Está armado; he visto cómo brilla el filo de su espada y, en cuanto se ha percatado de que lo he descubierto, lo ha escondido. Me he alejado de él. No deberías quedarte mucho tiempo aquí con la joven: últimamente visita la taberna gente muy extraña y peligrosa. Intuyo que ella puede correr peligro: no es habitual que una mujer se oculte bajo ropas de hombre.

—Lo sé, tienes razón. Mañana partiremos; tengo que llegar a mis tierras. Ahí estará a salvo. — Me observó con interés.

—Esa joven es diferente, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Esa mujer te ha llegado al corazón.

—Estás muy equivocada. Ya te dije que prometí a su padre que la protegería y la llevaría a salvo a su hogar. Di mi palabra.

—Tu honor, tu palabra... Eso ahora no te vale, y menos conmigo, Alonso. Te conozco y sé que esa joven te importa más de lo que tú querrías. Estoy celosa, ¿sabes?

En ese instante, varios soldados irrumpieron en la taberna y detuvieron la pelea entre sus hombres y los peregrinos; estos últimos salieron despavoridos hacia el exterior. El encapuchado huyó tras ellos. Yo tenía que alcanzar a los peregrinos; debía sonsacarles a qué se referían con el gran secreto. Intuía que algo tenía que ver con las esmeraldas y todo el misterio que se cernía en torno a la tumba del santo. Bajé las escaleras y fui hacia el exterior; busqué al encapuchado, no había rastro de él por ninguna parte. En los establos estaban los peregrinos, quienes estaban engullendo varios trozos de pan duro antes de emprender su viaje camino a Compostela. Me miraban con temor al ver que me acercaba a ellos. Uno de los hombres, el que debía ser el jefecillo del grupo, se adelantó y se posicionó frente a mí.

—¿Qué es lo que quiere? Ya les hemos dicho a esos soldados... —le interrumpí.

—Yo no voy con ellos. Mi nombre es Alonso Díaz, capitán del rey Alfonso VI. —Al escuchar

mis palabras, los dos hombres que estaban sentados se pusieron de pie y los tres bajaron sus miradas.

Capitán, todos mis respetos; nosotros admiramos al rey y a sus hombres. Disculpe si lo hemos ofendido al confundirlo con esos salvajes.

—No se preocupen, los entiendo.

—¿En qué podemos ayudarlo? —preguntó el jefecillo.

—Necesito saber más de la historia que estaban comentando en la taberna. Créanme que tanto la reina Constanza como el propio rey les estarían muy agradecidos de que me pudiesen facilitar cualquier información al respecto.

—Por supuesto, capitán. —Se acercaron más a mí y miraron para todos los lados para cerciorarse de que no había nadie que les escuchaba—. Desde la batalla del Clavijo los peregrinos tenemos muy presente a ese caballero montado sobre un caballo blanco del que nadie supo quién era y que fue el que dio la victoria a los cristianos. Algunos soldados que estuvieron en esa batalla cuentan que el caballero era el apóstol Santiago; nosotros así lo creemos, pero lo que se ha mantenido en secreto es que uno de los sacerdotes que estuvieron en la batalla, junto al ejército cristiano, vio brillar las tres esmeraldas que se encontraron en su tumba, traídas desde Jerusalén y que las portaba el mismo santo en su tumba; estas esmeraldas fueron lanzadas por el caballero misterioso en el campo donde se libró la batalla. El padre las recogió; nadie sabe dónde se escondió ni lo que hizo con las esmeraldas, pero cuentan que desapareció y las llevó con él, ya que muchos ambicionaban encontrarlas y apropiarse de ellas por ansias de poder y riqueza. Pues bien, se dice que, tras los primeros muros construidos de la catedral, se esconde un pergamino donde se explica el paradero de estas tres esmeraldas y el gran secreto que guardan. —Estaba impresionado ante su revelación. Disimulé—. Ahora ya se dará cuenta de por qué nadie debe saber esto; muchos hombres que ansíen riqueza saben que el hacerse con las joyas les proporcionará lujos y no repararán en hacerse con estas sin tener en cuenta el significado que tienen para la iglesia y los cristianos. —Asentí.

—Lo entiendo —respondí—. No se preocupen: su secreto estará a salvo conmigo. —Dicho esto, los dejé marchar: estaban impacientes por reanudar su camino.

Me quedé observándolos. Estaba intranquilo y preocupado. Cuando la reina Constanza me llamó para decirme la misión que me encomendaba, reconozco que no me pareció algo importante ni preocupante, pero ahora veía que, detrás de esas joyas, había algo más: muchas leyendas y gente detrás de ellas, y un misterio vinculado a la corona, la iglesia y el poder, además de un musulmán, con probabilidad un almorávide, interesado en las esmeraldas y, que por ese motivo, perseguía a Rosa. Había muchas muertes por ese asunto. En ese momento, lo que más me preocupaba era que Rosa estuviese en peligro por ser ahora ella la guardiana de una de las joyas.

Teníamos que irnos cuanto antes de allí; debía llevarla a mis tierras y ponerla a salvo. Yo me encargaría de todo. Cambié de planes; saldríamos esa misma noche. Me preocupaba su salud, ya que no estaba muy recuperada, pero sabía que, estando en la taberna una noche más, la exponía a

que alguien la descubriese. El árabe iba tras ella y podría estar cerca. Subí las escaleras con rapidez, como si me fuera la vida en ello; abrí la puerta y allí estaba Rosa, de pie.

—¿Se puede saber qué haces levantada?

—Escuché ruidos abajo, me asusté. Me persiguen, Alonso.

—Lo sé, ya me lo has dicho. Vístete, nos vamos. —La analicé—¿Te ves preparada para montar a caballo? —Asintió. Yo sabía que mentía. Me acerqué a ella, la cogí de las manos y la obligué a sentarse sobre la cama. ¿Cómo había estado tan ciego? Todo ese tiempo la había tenido conmigo, esos ojos... sabía que los había visto en alguna parte. —Sé que estás dolorida y muy débil; si no te ves con fuerzas para montar a caballo y emprender camino, esperaremos hasta que lo estés.

—No, Alonso, quiero irme de este lugar cuanto antes; aquí no me siento segura.

—Ponte las ropas de muchacho y oculta tu pelo con esa gorra por la que tanto cariño tienes. — Le sonreí y le guiñé un ojo—. Hay que pasar desapercibidos. Partiremos en breve; cuando esos borrachos estén tan ebrios, no se darán cuenta de que nos vamos.

Capítulo 16

La reina Constanza se detuvo para contemplar desde lo alto la ciudad amurallada; sus poderosos muros se levantaban desafiantes ante todo el que se acercaba. Desde allí se observaba la construcción de la catedral. La reina suspiró. Allí la estaba esperando el obispo Peláez; su mensaje le había preocupado. Era alarmante; nada más recibirlo, se puso en marcha. La urgía verlo: estaba deseando escucharlo y que le relatara lo sucedido con todo tipo de detalles. No tenía noticias del benedictino Pedro de Leucata; eso la preocupaba. Tampoco sabía nada del capitán Alonso Díaz: él era su única esperanza.

—Señora —dijo uno de sus soldados—, aquí no está segura. Debemos entrar en la villa antes de que cierren las puertas de acceso e ir a la casa del obispo. —La reina asintió.

Él la estaba esperando. Ella, acompañada de sus soldados, entró en una gran sala repleta de tapices que ocultaban las paredes de piedra. Diego Peláez entró a la estancia; su expresión era de desesperación. La reina se inclinó para besar su anillo, y él la invitó a sentarse. Él hizo lo mismo ubicándose frente a ella.

—¿Y bien? —preguntó la monarca impaciente.

—No está, mi señora, ha desaparecido.

—¡Pero no puede ser! Usted me aseguró que estaba tras los muros y que nadie más lo sabía, ni siquiera el constructor, Bernardo el Viejo.

—Y así es, me aseguré de que no hubiese nadie en el interior del templo... Aunque sospecho que el maestro de obra lo sabe todo.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —preguntó la reina.

—Hay algo más —dijo el obispo sin responder a su pregunta.

—¿Algo más? Me está asustando. —El rostro de la reina estaba pálido.

—Ellos están detrás de esto.

—¿Cómo sabe que son ellos?

El obispo la miró; sin mediar palabra, llevó la manos a su bolsillo y extrajo un anillo. El temor se reflejó en la mirada de la monarca.

—Lo han descubierto —dijo Constanza.

—Sí, y ya sabe de lo que son capaces de hacer si tienen el documento secreto en su poder. Encontré este anillo en el interior de la catedral.

Capítulo 17

Logramos salir sin que nadie nos viera. Alonso cabalgaba junto a mí; sabía que estaba preocupado por la herida y por mi estado de salud, pero yo no quería que se preocupase por mí. Era una mujer fuerte: tenía que resistir. Quejarme solo le ocasionaría más angustia y sentimiento de culpabilidad por haber sido yo la que le había salvado la vida en vez de él a mí. Me moría de dolor, y creía que iba a desmayarme en cualquier momento pero, cada vez que me miraba (que era casi todo el rato), le regalaba una forzada sonrisa. Esperaba que aquello resultase y que él no notase mi debilidad y sufrimiento. Agradecí; cuando después de dos horas nos detuvimos en una explanada cercana a un río, todavía era de noche; por lo tanto, imaginaba que allí descansaríamos las pocas horas que quedaban hasta que saliese el sol yuviésemos que emprender otra vez la ruta, camino a sus tierras.

—Descansaremos aquí. ¿Tienes hambre? —asentí—. Prepararé una buena fogata.

Lo vi coger ramas y hojas secas para avivar la hoguera; la noche era fría. Lo observaba: cada músculo de aquel hombre se marcaba cada vez que hacía un movimiento. Su rostro era bello, varonil y sus ojos... tenía que reconocerlo: me perdía en su mirada. Sentía que ese guerrero estaba despertando en mí sensaciones hasta entonces desconocidas. Levantó su rostro y me sorprendió observándolo; disimulé, y él sonrió. Se acercó hacia donde yo estaba.

—Tranquila, no hace falta que simules; estoy acostumbrado a que me miren las mujeres. —Me guiñó un ojo.

—No te estaba mirando: solo sentía curiosidad de ver cómo preparabas la hoguera. —Me sentí avergonzada ante mi respuesta; mentí, y él lo sabía.

—¡Ja!, se te da muy mal fingir, pero tranquila: algún día me reconocerás que te resulto irresistible. —Soltó una gran carcajada.

—¡Eso nunca! No soporto a los hombres como tú, que se creen invencibles y que tienen a las mujeres que quieren. Conmigo te equivocas, capitán.

Se acercó hacia mí. Me cogió de las manos hasta incorporarme con sumo cuidado. Apoyé mi espalda sobre el tronco del árbol, y él aproximó su cuerpo al mío, al igual que su rostro. Me contemplaba; sus pupilas estaban fijas en las mías. Por un momento pensé que me iba a besar, y lo que más me preocupaba es que yo deseaba que lo hiciera. Ansiaba ese beso; quería que nuestros labios se uniesen y sentir la suavidad de su boca sobre la mía. Bajó su mirada centrándola en mi

boca y después volvió a mirarme a los ojos.

—Tengo a las mujeres que quiero, querida. A todas, menos a una.

—¿Y se puede saber quién es ella? —pregunté con voz temblorosa; su proximidad me hacía reaccionar así.

—Tú lo sabes. Tú sabes a qué mujer me refiero. Pero pronto ella se dará cuenta de lo que siente por mí y no podrá resistirse. —Sus largos y fuertes dedos acariciaron mi mejilla y después se alejó de mí y continuó cogiendo ramas secas para la hoguera.

Me había alterado; no podía dejar de observarlo y mi corazón latía con celeridad. Extendió las pieles de animales sobre el suelo, cerca de la lumbre; me dio a comer un trozo de pan con tocino, pero apenas tenía apetito. Me observaba con una gran sonrisa.

—¿Por qué me miras así? Sabes que me pones nerviosa —le recriminé.

—Pues no lo sabía. ¿Quieres saber por qué te miro? —Asentí—. Porque me tienes fascinado. Cuando te vi por primera vez saltando el muro de setos de tu casa, en Toledo, sabía que no eras una mujer muy normal, como el resto de damas remilgadas cercanas a la corona. Eso sí, jamás imaginé que pudieses disfrazarte como un hombre y enfrentarte a soldados como lo has hecho. Pensar que te podían haber matado... ¡Eres mi heroína!

—¡No te rías de mí!

—No lo hago. Créeme que me avergüenzo de mí mismo por no haberme dado cuenta antes de que eras la joven que me había impresionado nada más verla. La misma mujer que me salvó la vida y la dama a la que yo no he podido defender ni proteger.

—Tú me protegiste; me tomaste como tu escudero; si no era por eso, ya estaría con bastantes huesos fracturados. —Le sonreí.

—Sí, de eso estoy seguro. —Me devolvió la sonrisa.

La tenue luz de las llamas iluminaban su rostro; se lo veía tan atractivo... su mirada honesta y dulce me hacía derretir, y su sonrisa me eclipsaba.

—Alonso, ¿te puedo hacer una pregunta? —Asintió sin dejar de analizarme con interés. —¿Quién es la mujer que te tiene obsesionado? —Su expresión se puso más seria. Tardó unos segundos en responderme.

—Ella... ¿Estás segura de que quieres saber quién es? —Asentí—. Es la mujer que está en mis pensamientos cuando me acuesto y cuando me despierto, la joven con la que ansío soñar todas las noches, la dama que me ha robado el corazón. Sus ojos me hechizan y su sonrisa... —Se levantó y se aproximó a mí. Pensaba cuando me hablaba que se podía referir a mí, pero era un deseo que no debía albergar, ya que a un hombre como él yo le debía parecer insignificante, poco femenina y una mujer que solo daba problemas. Su sonrisa me hipnotizaba. Llevó su mano hacia un mechón de mi cabello y lo entrelazó entre sus dedos—. Deseo acariciar sus cabellos, impregnarme de su perfume y deslizar mis manos por su piel. —Llevó su dedo pulgar hacia mis labios y los acarició con delicadeza—. Ansío besar su boca. —Me ruboricé; bajé el rostro y él con su mano levantó mi mentón—. ¿Quieres que siga? —Las palabras no salían de mi boca, simplemente no podía. Su

mano acariciaba mi mejilla mientras su mirada estaba fija en la mía, por instinto puse mi mano sobre la suya.

—Sigue, Alonso, dime más sobre esa mujer. —No podía creer que hubiera dicho aquello, pero no pude evitarlo: sabía que me estaba enamorando del capitán. Él sonrió, cogió mi rostro entre sus manos y desvió su mirada hacia mi boca; cerré los ojos a pesar de que mis mejillas ardían y mi cuerpo temblaba, pero no quería apartarme: solo lo quería a él.

El mundo y todas mis preocupaciones y peligros habían dejado de existir. y todo se lo debía a él porque, en ese momento, solo me importaba lo que mi corazón gritaba. Sus labios rozaron los míos; ese contacto provocó que me estremeciese. Él lo notó.

—¿Te das cuenta, mi dulce dama? Tu corazón es mío, y el mío es tuyo; no podemos engañarnos por más tiempo. Me he enamorado de ti, Rosa; en realidad, creo que todo ocurrió desde el primer momento que nuestros caminos se cruzaron —me susurró. Sus labios rozaban mi mejilla, y sus manos se deslizaban por mi espalda atrayéndome hacia él. Me miró y volvió a atrapar mi boca con la suya entrelazando sus labios con los míos y sintiéndome desvanecer por todo lo que estaba sintiendo. Me aparté, en cierta manera asustada por mi reacción. Lo miré: sus ojos verdes apenas pestañeaban.

—Alonso... Yo no soy como las mujeres con las que has estado. No hieras mis sentimientos ni te rías de mí.

—No lo hago. Estoy enamorado de ti; jamás pensé ni imaginé que esto me pudiera pasar, pero ya no puedo callarlo ni negarlo por más tiempo.

—Yo también me estoy enamorando de ti. —Me sorprendí a mí misma al pronunciar estas palabras. Él me sonrió y volvió a aproximarse a mí hasta alcanzar mis manos, acercó su cuerpo al mío, me abrazó y sus labios sellaron los míos. Sentía cómo su lengua acariciaba la mía; el suave roce de esta provocaba que mi corazón se acelerase y exigiese más de él. No quería permitir que él se apartase de mí. En ese momento escuchamos un ruido; él me apartó de su lado y se puso delante de mí ocultándome tras él. Con gran agilidad y rapidez desenvainó su espada.

—No estamos solos; tenemos que apagar el fuego y alejarnos de aquí. —Se giró para mirarme —¿Podrás continuar el viaje sin descansar, por el momento?

—Sí, aguantaré. —Me rodeó con sus brazos y me besó .

—Lo siento, mi amor, sé que estás dolorida y cansada, pero temo por tu vida. Corres peligro, y tú ahora eres lo más importante para mí: debo ponerte a salvo cuanto antes. —Volvió a besarme.

Apagó el fuego con energía y rapidez; me subió a los lomos de mi caballo y, acto seguido, lo hizo él. Cogió las riendas de mi caballo y las llevó junto con las de él; sabía que quería cabalgar en paralelo a mí. Estaba preocupado por mi salud: eso me halagaba. Los dolores eran cada vez más fuertes y sabía que mi rostro era el reflejo de todo lo que padecía.

Capítulo 18

Escuchaba la música; a lo lejos se divisaba la luz de las hogueras alrededor de la cerca que rodeaba un núcleo de casas de granjeros y labradores, así como la torre cuadrada donde habitaba mi gran amigo el conde Pedro Ansúrez. Por fin habíamos llegado a Valladolid.

Pasamos la zona fortificada y nos adentramos en el interior de la muralla; había mucha gente alrededor de las dos parroquias: la de San Julián y la de San Pelayo. Los aldeanos esperaban ver salir de una de las dos alguna imagen que ese día veneraban y, por eso, estaban esperando con fe a que apareciese. Ayudé a Rosa a bajar del caballo; la sostuve con firmeza de la cintura. Temía que en cualquier momento se desvaneciese. Debía encontrar un sitio donde pudiera descansar y recuperarse; iría a ver a mi amigo, el conde. Seguro que él me alojaría durante unos días hasta que ella estuviese lista para llegar a mi castillo. Rosa se asió con fuerza a mi mano, me miró y sonrió.

—¿Siempre eres tan protector, capitán Díaz?

—Con las personas que me importan, sí. —Le guiñé un ojo.

—Pues que sepas, capitán, que yo sé utilizar la espada y defenderme muy bien, así que puedes estar tranquilo, y no te preocupes tanto por mí. Crees que no me he dado cuenta de que, hasta estando a tu lado, me miras de reojo para asegurarte de que estoy junto a ti. —No pude evitar carcajearme.

—Eso es porque soy capitán: siempre estamos en guardia. —Me sonrió. La acerqué a mí y la besé; su sonrisa me volvía loco. ¡Era tan bonita, tan dulce...! Temía que desapareciese de mi vida.

Los aplausos y gritos de entusiasmo de la gente llamaron nuestra atención; la imagen pequeña de una hermosa Virgen aparecía ante nosotros. A su paso, los aldeanos lanzaban flores; un olor a rosas embelesaba el lugar. Rosa miró con atención cuando la imagen de la Virgen María pasó por nuestro lado ella; todos los aldeanos se santiguaron y agacharon ligeramente su rostro en señal de respeto y veneración. Tras la imagen iba un sacerdote echando agua bendita a ambos lados del camino, bendiciendo a los que allí nos encontrábamos y, tras él, un campesino sostenía una gran cruz de madera. Conforme pasaban los campesinos, se sumaban peregrinos tras la cruz; todos se dirigían a la parte exterior de la fortificación, momento que había que aprovechar para ir a la torre donde esperaba encontrar al conde. Así a Rosa de la mano y, con la otra, las riendas de los caballos. Al entrar a la torre, dos soldados se interpusieron en nuestro camino.

—¿Adónde vais? —preguntó uno de ellos.

—Soy el capitán Alonso Díaz; solicito hablar con el conde Pedro Ansúrez.

Al escucharme, ambos nos dejaron pasar; dirigí a los caballos a los bebederos mientras esperaba las instrucciones de uno de los soldados que había entrado al interior de la torre.

Un guerrero salió a nuestro encuentro y nos invitó a entrar.

—El conde lo espera —anunció.

Pasamos por una gran puerta de madera, y allí nos condujeron hacia una sala donde Pedro Ansúrez nos esperaba, sentado. Al verme esbozó una gran sonrisa.

—¡Amigo Alonso! —Se levantó con energía y vino a mí; nos dimos un abrazo. Él siempre me había tenido un gran aprecio desde que le había salvado la vida, en León, luchando contra los almorávides.

—Necesito hablar contigo —le dije—. Pero antes te tengo que pedir un favor. —Dirigí mi mirada a Rosa, y él se centró en ella. Rosa inclinó la cabeza a modo de reverencia ante su atenta mirada. Se había quitado la gorra y la sujetaba con fuerza en su mano.

—Ya veo. —Me miró—. ¿Qué hace una mujer vestida de hombre?

—Las circunstancias nos han forzado a hacerlo —le respondí.

—¿Qué favor, amigo? —dijo sin dejar de observarla.

—Ella necesita descansar. Está herida y ha perdido mucha sangre. Ya te contaré todo. Es la hija del marqués Álvarez de Toledo.

—Por supuesto. La doncella la dará ropas de mi difunta esposa. Una mujer bonita no debe ocultarse con ropas de muchacho —dijo el conde. Observé cómo Rosa se sonrojaba.

Llamó a uno de sus soldados y le dio la orden de que la llevaran a una de las habitaciones destinadas para invitados y que le facilitasen algún vestido. Ambos la vimos desaparecer y yo, ante su penetrante mirada de temor por encontrarse en un lugar desconocido, le sonreí: deseaba tranquilizarla.

—Es muy bonita, amigo. ¿Sientes algo especial por la joven?

—No albergues esperanzas, Pedro. Yo ya he puesto mis ojos en ella; la quiero solo para mí.

—Ya veo, te debe importar mucho.

—¿Por qué lo dices?

—Porque, después de tantos años de amistad, jamás te he visto tan posesivo con ninguna dama.

—Sacas conclusiones muy rápido. —Cambié de tema. Le relaté todo lo sucedido y el ataque que se produjo en Toledo.

—La situación me preocupa. La semana pasada llegó un mensajero del rey para darme instrucciones de que debía dirigirme con mis soldados a las cercanías de Valencia. El Campeador se ha reconciliado con el monarca y se dirige con su mesnada hacia esas tierras.

—¡Rodrigo Díaz! Espero que esta vez no traicione a nuestro rey.

—Alfonso VI ha confiado en él, aunque quiere que mis soldados también vayan en apoyo al Cid. La imagen del desconocido que aparece en las batallas montado en su caballo blanco junto con dos caballeros a los que llaman *Los caballeros de la Rosa Roja* se está difundiendo entre los

ejércitos cristianos; esto hace que nuestros soldados se sientan seguros y protegidos. Entre las tropas se rumorea que es el apóstol Santiago. Muchos aseguran haberlo visto junto con los otros dos caballeros en las batallas.

—Sí, escuché lo sucedido en la batalla del Clavijo —apunté. En ese momento, el bullicio de la gente captó nuestra atención.

—Están entusiasmados. Pasean a la Virgen por los alrededores de la cerca para que nos proteja. El mensajero también me alertó que, de camino hasta Valladolid, se encontró a un pequeño grupo de almorávides. Desde entonces hemos puesto más vigilancia, y es por ese motivo que todavía no hemos partido hacia Valencia.

Estuvimos hablando durante bastante tiempo; después, dos soldados entraron en la estancia, y yo aproveché el momento para ir a ver a Rosa; quería saber cómo se encontraba. Subí las escaleras de caracol hasta llegar al pasillo donde estaba su habitación. Toqué con los nudillos la puerta, y esta se abrió. Tras ella estaba mi dama. Estaba diferente, preciosa, vestida de mujer; ahora sí que la reconocía como yo la recordaba, con su pelo más corto, pero igual de bonita. Me acerqué a ella, la rodeé la cintura y la besé; dio un pequeño quejido.

—Lo siento, ¿te duele? —le pregunté.

—Un poco, pero ya está mucho mejor, mi capitán. —Me guiñó un ojo.

—Entonces puedo seguir con lo que estaba haciendo. —Arqué una de mis cejas.

Me daba igual lo que respondiese; la iba a besar. La deseaba. Se ruborizó. No la di tiempo a responder. La atraje con cuidado hacia mí, retuve su rostro entre mis manos y la besé, la suavidad de sus labios y la humedad de su boca me excitaba y me hacía necesitarla cada vez más. Volví a escuchar ruidos en el exterior. Rosa se sobresaltó.

—Mi preciosa dama, no te muevas de la habitación; voy a ver qué es lo que ocurre. Te quiero.

—Yo también, mi capitán. —Me sonrió.

Bajé las escaleras hasta volver a encontrarme con mi amigo. Pedro no estaba alarmado, pero a mí se me hacían raros esos ruidos y gritos de los aldeanos del lugar.

—Voy a echar un vistazo —le dije.

—Muy bien, pero no te preocupes: esta gente se alborota mucho con estas cosas.

—Aun así, prefiero comprobarlo yo mismo.

Avancé hacia la zona fortificada y enseguida lo vi; por todas partes había hombres vestidos de negro con sus turbantes que ocultaban su rostro. La sangre se mezclaba con la arena. Era un ataque sorpresa; saqué mi espada y empecé la lucha, pero eran demasiados hombres: debía alertar al conde. Los soldados que protegían la entrada a la ciudad no podían contra los árabes. En ese instante pensé en Rosa. Fui corriendo; conforme avanzaba hacia la torre, observaba por el camino cuerpos decapitados y los regueros de sangre. Al entrar, varios soldados estaban muertos. Luché contra dos almorávides que estaban intentado robar los caballos del conde. Nuestros aceros chocaban con violencia. Hundí mi espada en sus estómagos y avancé al interior de la torre; mi amigo yacía muerto en el suelo y junto a él un soldado enemigo.

—¡Dios mío! —exclamé en alto. Solo pensaba en ella.

Subí las escaleras a grandes zancadas; la puerta estaba abierta. El corazón me latía con gran celeridad; la habitación estaba desordenada como si se hubiese librado una gran batalla. Ella no estaba.

—¡Rosa! —grité.

Fui a gran velocidad a las almenas; desde lo alto a lo mejor podía ver a algún jinete. Pero, aparte del humo en la ciudad y de las llamas del incendio provocado por los almorávides, no vi nada. Me apoyé, abatido; jamás me había sentido así: le había fallado. Y lo peor de todo es que no sabía adónde se la habían llevado.

Capítulo 19

El maestro Bernardo el Viejo estaba junto a su ayudante, Galperinus Robertus, en el interior de la capilla dedicada al Salvador. Robertus hablaba a su maestro sobre la planta que había proyectado para esa capilla, pero Bernardo estaba distraído: la figura del fraile benedictino lo había alertado; sabía lo que buscaba. Ya lo había visto en alguna otra ocasión y conocía la orden secreta a la que pertenecía; jamás olvidó el anillo con el ocho incrustado que le había visto, guardado en una pequeña bolsa de cuero negro, oculta tras su capa. Nunca lo llevaba puesto, pero en esa ocasión pudo apreciar la joya con el símbolo que lo identificaba. Sabía que, con ese hombre allí, estaba en peligro su gran secreto.

—¡Maestro! —captó su atención Galperinus—. ¿Qué le ocurre? —susurró Robertus.

—Están aquí. —Su ayudante sabía a quién se refería.

Bernardo volvió a observar; el benedictino había desaparecido. El sonido del martillo de los más de 50 canteros que estaban trabajando en las capillas retumbaba en los oídos de Bernardo el Viejo. Sabía qué era lo que tenía que hacer. Debía informar al obispo. Robertus y el maestro desviaron sus miradas hacia el altar que se levantaba en la capilla que estaban construyendo. Allí estaba la cruz, reluciente, apoyada en un hueco cuadrangular.

Pedro de Leucata se santiguó ante la tumba de Santiago el Mayor mientras observaba por la catedral. Sabía que la reina se dirigía a Compostela hacía tiempo, y sospechaba que podía estar allí, alojada en el palacio del obispo Diego Peláez. En el fondo, intuía que la consorte del monarca no confiaba plenamente en él, a pesar de que había intentado ganarse su aprecio. Tenía que averiguar en qué parte de la catedral se encontraba el documento secreto, oculto por el apóstol de Jesucristo. Sabía que ellos lo matarían si no se lo llevaba; no tendrían ningún reparo en acabar con su vida. Algo le llamó la atención: eran el maestro y su ayudante encargados de la construcción de la catedral. Tenían un comportamiento un tanto extraño: ambos observaban un pergamino y señalaban algo en este. Después el ayudante lo guardó en el bolsillo de su túnica. Leucata ya los había visto salir de la catedral y dar órdenes a los canteros que trabajaban en la construcción del edificio. Tenía que hacerse con ese pergamino. Quizás, si la suerte lo acompañaba esta vez, ahí podría estar la clave para encontrar el documento secreto. Se acercó con mucho sigilo hacia donde estaba el maestro con su ayudante; ellos se sorprendieron al verlo. Leucata observó que Bernardo estaba tenso; enrolló con rapidez el pergamino que ambos

analizaban. Leucata les sonrió con ironía mientras empezó a caminar alrededor de la planta cuadrangular de la capilla; lo que sospechaba empezaba a tomar forma: ¿por qué en las columnas de elementos pétreos había esos símbolos? Algunos se repetían, pero... ¿qué significado tendrían? Él sospechaba que todos eran un conjunto que llevaban un mensaje implícito. Bernardo y Robertus avanzaron hacia donde él estaba; se colocaron frente a él, delante de la cruz que había justo tras el altar. Leucata, fraile astuto, se dio cuenta de su nerviosismo y del afán por ubicarse delante de este, justo tapando la cruz con sus figuras. Les sonrió con ironía.

—¿Por qué intentan ocultar esa cruz, caballeros? —les preguntó Leucata.

—Nadie intenta ocultar nada; usted está entorpeciendo nuestro trabajo —retrucó Bernardo.

—Entiendo... Disculpen, solo quería comprobar las obras de la capilla dedicada al Salvador. Pero hay algo que me gustaría preguntarles: ¿por qué casi todos los bloques de piedra tienen esa simbología tan extraña?

—Son los signos que nuestros canteros marcan para saber con exactitud dónde tienen que colocar la piedra —explicó el maestro.

Entonces, el fraile subió hasta el altar; fijó su mirada en la cruz. Bernardo observó que su mirada estaba fija en el símbolo que esta tenía grabado. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Y este? ¿Qué significa? —preguntó.

—Ya se lo he dicho: lo utilizan los canteros —respondió Bernardo.

—Pero esta es la Santa Cruz, no una de las piedras —observó con ironía. —¿De dónde han traído esta cruz?

—Yo no sé decirle más. Usted sabe que las obras están a cargo del obispo Diego Peláez; cualquier pregunta puede hacérsela a él. Nosotros recibimos directamente sus órdenes.

El fraile los miró; esta vez la expresión de su rostro era desafiante. Bernardo sabía que lo había descubierto; estaban perdidos. Tenía que informar con rapidez al obispo, aunque sabía que, cuando le dijese lo sucedido, el obispo sería consciente de que él sabía el secreto. Una vez que comprobaron que el fraile abandonó el recinto, el maestro miró a su aprendiz.

—Esta tarde, cuando regreses a tu casa, intenta pasarte por la casa del obispo y explícale lo que ha sucedido. Es de suma importancia que nadie sospeche de ti ni que te vean ir a la casa de su eminencia. Ya sabes lo importante y peligroso que es este asunto —Robertus asintió—. A mí me vigilan, lo sé. ¡Ten mucho cuidado, muchacho!

Capítulo 20

Abrí los ojos; sentía un fuerte dolor en la cabeza. Entonces fue cuando recordé lo sucedido: dos hombres con turbantes y ropas oscuras irrumpieron en su habitación; yo me defendí pero me taparon la boca y me maniataron dejándome inmovilizada; algo tenía la tela que pusieron en mi boca que me dejó sin fuerzas e inconsciente. Me encontraba metida con más mujeres y niños en un carro grande; el calor era insostenible. Una joven que estaba frente a mí no dejaba de observarme.

—¿Cómo te encuentras? Temí que te hubiesen matado; llevas bastante tiempo con los ojos cerrados.

—¿Dónde estoy? —le pregunté.

—Nos llevan a Córdoba.

—¡Dios mío!

—Hubo un ataque sorpresa; mataron a todos los hombres y capturaron a mujeres, jóvenes y niños.

—¿A todos los hombres? —pregunté en un tono elevado.

—Habla bajo, por favor; cada vez que escuchan nuestras voces, aparecen y nos amenazan.

—¿Qué van a hacer con nosotras? —le pregunté.

—Les he escuchado decir que nos llevan como obsequio al emir de Córdoba, Abd al-Rahman.

—Tengo que escapar.

—No vas a poder y te aconsejo que ni lo intentes.

La observé: era una joven muy bonita, de cabellos rubios y unos ojos grandes y verdes; llamaba la atención.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Sara.

—Rosa —respondí; ambas nos sonreímos.

Estuvimos en silencio el resto del viaje; todavía estaba débil: mi costado me dolía. No podía dejar de pensar en Alonso. Estaba angustiada por él. Me aferré a creer que había habido sobrevivientes a pesar de que Sara me hubiese dicho que todos los hombres habían muerto. No quería ni pensar en ello; lo amaba y me resistía a creer que ya no estuviera con vida.

Transcurrieron varios días hasta que vimos el recinto amurallado de la grandiosa ciudad califal

de Córdoba. Sus murallas y la puerta de acceso a la ciudad me impactaron; ante mí tenía una villa con el símbolo del poder del califa. El carro se detuvo; nos obligaron a salir al exterior y pisar la tierra. Sentí el calor del sol; sus rayos me cegaban. Nos indicaron que nos alineáramos; varios soldados árabes nos observaban, pero solo uno de ellos caminaba frente a nosotras. Nos analizaban con interés. El soldado empezó a señalar a niños y mujeres; los hombres los agarraban del brazo y los apartaban de la fila. Llegó nuestro turno, y fue Sara a quien alejaron de mí. La miré con terror; no quería separarme de ella. Solo quedábamos cinco mujeres; el resto fue llevado a base de empujones por los soldados al interior de los muros de la gran ciudad de Córdoba. Nos metieron otra vez dentro del carro.

¿Adónde nos llevaban? Las otras cuatro mujeres eran de edad más avanzada que la mía. Sus miradas estaban perdidas, con expresión triste. La mitad de los soldados se quedaron en Córdoba; el resto se volvió a poner en marcha con nosotras.

—Nos van a matar —susurró una de las mujeres.

—¿Por qué dice eso? —le pregunté.

—He oído lo que hacen con las mujeres.

—¡Calla! —le ordenó otra de las aldeanas—; no asustes a la joven con leyendas absurdas.

Transcurrida una hora, el carro se detuvo; me asomé por la rendija de luz que se filtraba por el interior del carro y me asombré ante lo que veía. Una ciudad bella y grandiosa se extendía en la falda de la gran cordillera, frente al valle de un gran río. Estaba ubicada en un altozano y, en su parte más alta, dominando el paisaje, había un impresionante palacio. Visto así, con los rayos del sol que iluminaban su fachada, daba la sensación de que brillaba de manera intensa; estaba organizada por terrazas. El acceso era a través de una gran muralla vigilada por numerosos soldados. El carro avanzó y accedimos al interior; a nuestro paso observaba cómo iban cambiando el tipo de viviendas conforme nos íbamos acercando al palacio. El carro entró en el recinto de la residencia del califa; se detuvo en una gran explanada. Salimos y esperamos a saber cuál sería nuestro destino. Un hombre con turbante y una túnica blanca fue a nuestro encuentro; primero nos observó y después habló en su idioma al personaje que nos había capturado. Nos llevaron al interior del palacio. Entramos en un espacio amplio, adornado con piedras calizas ornamentadas con motivos vegetales que revestían los muros; atravesamos un laberinto de columnas y arcos de herradura hasta llegar a una zona ajardinada, donde el olor captó mi atención. Observé por todos los lados hasta ver una preciosa flor blanca que desprendía un aroma delicioso. No me había percatado de que los soldados se habían quedado detrás; ante nosotras había una dama, de edad avanzada, que cubría su cabello blanco con un velo de seda, azul, transparente; dos mujeres la acompañaban. Entonces me percaté de que ella tenía la mirada fija en mí; sus grandes ojos negros, delineados con una gruesa y oscura línea, del mismo color que sus ojos, realzaban la belleza de estos. Me miraba con curiosidad; se acercó a mí.

—Es la flor de azahar —me dijo. Yo no le respondí; solo me limité a mirarla—. ¿Has percibido su olor? —me preguntó.

—Nadie puede pasar desapercibido ante el suave y delicado aroma que desprende —le respondí. Ella sonrió.

Se dirigió a los soldados.

—Me quedo con ella —me señaló—. Las otras tres llévenlas para que ayuden en la cocina. — Los soldados se limitaron a cumplir sus órdenes. Vi alejarse a la mujer; los soldados desaparecieron y una muchacha, de más o menos mi edad, se acercó a mí.

—Acompáñeme. —Obedecí.

Atravesamos el jardín; estaba hechizada por los árboles, las fuentes y el canto de los pájaros.

Me llevó hasta una habitación de grandes dimensiones; una suave brisa levantaba la fina tela transparente que tapaba la ventana. En una sala contigua había una especie de acequia pequeña. La joven me miró.

—Póngase estas ropas; lávese en la acequia. En un rato vendré a buscarla. —Observé que sobre la cama había una túnica de seda azul con un velo del mismo color.

—¿Qué hago aquí? —le pregunté. Estaba asustada ante la nueva situación y todo lo que había acontecido. La joven me miró y se llevó su dedo índice a los labios indicándome que no hiciese preguntas. Después se alejó.

Necesitaba un baño; me sentía sucia, llena del polvo del camino y sabía que la herida se podía infectar de nuevo; todavía sentía pinchazos alrededor de la zona. Me metí en el agua tibia. Dejé mi cruz sobre la cama; no debía olvidarme de llevarla siempre conmigo.

La joven muchacha llegó transcurrido un tiempo; sin decir nada me condujo por una hilera de laberintos de salas contiguas. Mi mirada se desviaba hacia los trabajos exquisitos de orfebrería y a la riqueza artística que encontraba a mi paso: los capiteles de las columnas, la decoración de cada arco que atravesábamos... todo estaba perfectamente trabajado. Entramos en una habitación con una gran terraza desde donde se divisaba el valle del Guadalquivir y los almendros que adornaban la llanura. Allí estaba la mujer que me había elegido; me observaba. La doncella se marchó y me quedé a solas con ella. Se puso frente a mí.

—¿Cuál es tu nombre? —me preguntó.

—Rosa.

—Rosa, yo soy Anisa, la madre del califa. A partir de ahora serás mi doncella personal; allí donde yo vaya me acompañarás. No hablarás ni te dirigirás a mí en público a no ser que yo te pida opinión. En privado podrás hablarme cuando quieras. Mi hijo es muy estricto en estos temas. Como eres cristiana y tus costumbres son opuestas a las nuestras, te digo que solo en los aposentos y la zona destinada a las mujeres podrás destaparte el rostro; en público, tu cara y pelo tienen que quedar ocultos por el velo, a excepción de los ojos. La mirada siempre tendrá que estar baja ante la presencia de mi hijo; jamás podrás mirarlo a los ojos, a no ser que él te lo ordene. Además, su actual esposa es muy celosa y tiene mucha influencia sobre mi hijo; como te vea como una amenaza, lo intentará todo para quitarte de en medio. Bajo esa apariencia angelical, se esconde mucha maldad, pero mi hijo es incapaz de verla, así que no le des motivos para que te vea como

una enemiga. También te digo que, siendo mi dama, estás protegida y se lo pensarán antes de hacerte daño. El califa vendrá con su actual esposa dentro de dos semanas; habrá un gran festejo; para entonces ya te habré puesto al día sobre nuestras costumbres.

Me sentía triste, tenía miedo. Mi vida había cambiado desde esa noche en la que Yosef había muerto; deseaba poder retroceder en el tiempo y cambiar todos los acontecimientos.

Capítulo 21

La reina Constanza esperaba impaciente a Pedro de Leucata. No tenía noticias del capitán Díaz; lo único que sabía es que se había dirigido a Toledo por órdenes de su esposo. Toledo había sufrido un ataque sorpresa y no había ni rastro del capitán. «Quizás haya muerto», pensó la reina. Sabía que, si seguía sin saber nada de Alonso Díaz, ella misma tendría que viajar hasta Liébana para conseguir la esmeralda. Pero..., ¿el documento? Sospechaba que tenía que estar en la ciudad compostelana. Debía tener cuidado con la orden secreta de los caballeros de David: todos ellos portaban el símbolo de la eternidad grabado en los anillos que llevaban: el número ocho en posición horizontal. Ellos también querían los documentos y las esmeraldas. El obispo Diego Peláez la había alertado de que alguien de su entorno la estaba traicionando y pertenecía a esa orden, pero ella desconocía quién podía ser. La única persona en la que ella confiaba y que sabía de sus planes era Leucata, pero él siempre le había demostrado fidelidad. No obstante, la monarca no dejaba de pensar que nunca se había fijado en sus manos: estas siempre las llevaba ocultas tras las amplias mangas de su túnica oscura. No, se dijo, él no es el traidor. En ese momento irrumpió el benedictino; estaban en un bosque a las afueras de las murallas de Compostela.

—Su majestad —dijo Leucata inclinando su rostro a modo de reverencia—. La mirada de la monarca fueron a sus manos, pero estaban ocultas, como siempre. Pensó que no debía obsesionarse; sabía que él no era el traidor; no podía ser.

—Hace días que lo espero. El capitán Díaz ha desaparecido. Debemos ir nosotros a Liébana y conseguir la esmeralda antes de que lo hagan otros.... —Evitó decir el nombre de la orden.

—Pero es muy peligroso para usted: el sicario del califa también persigue la joya. No creo que deba emprender el viaje hasta allí: pondría en peligro su vida.

—Sí, lo sé, pero no podemos esperar más; necesito tener en mi poder la esmeralda. Solo confío en el capitán Díaz, y no sé si está vivo o muerto. No podemos esperar más, iré yo misma. —Se detuvo y lo miró—. Con usted.

—Lo que su majestad ordene. —La reina lo observó; quería ver sus ojos y sus manos para asegurarse de que él no era el traidor.

—Leucata, ¿puedo confiar en usted, verdad? —El benedictino no pudo mirarla; bajó su rostro, sus manos ocultas en sus largas y anchas mangas no dejaban de temblar.

—Por supuesto: soy leal a su majestad y a la corona.

—¿Le puedo hacer una última pregunta? —le volvió a preguntar la monarca; el fraile asintió.

—¿Por qué siempre oculta sus manos tras esas mangas? —El benedictino se sorprendió ante esa pregunta; disimuló su nerviosismo.

—Mi señora, mis manos siempre tiemblan y no quiero mostrar este defecto.

—Pero a mí me gustaría verlas ahora. —El benedictino no sabía muy bien a qué venía ese interés de la reina. Él siempre llevaba oculto el anillo de la orden de los caballeros de David en su bolsa de cuero; no tenía nada que temer. Sabía que, si no se las mostraba, la reina podría tomarlo como una ofensa, y eso lo perjudicaría.

—Por supuesto, su majestad. —Leucata extendió sus manos blancas y huesudas. La reina asintió.

Constanza quedó satisfecha y avanzó hacia donde estaban su caballo y los dos soldados que la acompañaban.

—Mañana lo espero aquí; de madrugada, salimos para Liébana.

Pedro de Leucata esperó hasta verla desaparecer; suspiró: siempre tenía que mantener oculto el anillo. Si la reina descubría que él era miembro de la orden, su destino sería la muerte por traición. Tenía que mandar un mensaje al gran maestro. Si su majestad iba hasta allí, la orden religiosa que protegía la sagrada reliquia en Liébana no dudaría en dar la esmeralda a la monarca, y allí tenían que estar caballeros de la orden para apropiarse de esta y, si era necesario, matar a la monarca.

Capítulo 22

—Mi señor, ya le he dicho todo lo que vi y escuché. El carro avanzaba por el valle y los almorávides se detuvieron para hablar entre ellos; el que parecía el jefecillo obligó a las mujeres y niños a salir del carro. Y sí, distinguí a una joven que era tal y como usted la describe. He estado mucho tiempo entre ellos y entendí lo que decían; a unos los llevaban a Córdoba y a otros al palacio del califa que está en el valle del Guadalquivir, muy cerca de Córdoba. A esa mujer por la que usted pregunta seguro la llevarían a la ciudad brillante. —Sabía que era cómo describían a la ciudad que el califa había construido para su esposa preferida. La belleza y poderío de la ciudad se había extendido hasta los reinos del Norte. Todo el que la había visto había quedado hechizado por su grandeza y poder.

—¿No me estarás mintiendo? —lo indagué.

—Señor, le doy mi palabra. Nosotros hemos sufrido mucho, venimos huyendo de nuestro hogar atacado e incendiado por las constantes guerras. He visto sangre y odio entre cristianos y musulmanes, y regueros de sangre de ambos ejércitos por nuestras tierras. Cuando los vimos, sentí mucho dolor por todas esas mujeres y niños, y la joven de usted me recordó a mi hija; tendría su edad si estuviera viva. ¿Usted piensa que le miento? Lo que me gustaría es que todas esas mujeres y niños quedasen en libertad.

Sabía que no mentía. Había oído hablar mucho de esa ciudad. Los hombres que venían del sur estaban maravillados por la *Ciudad de la Luz*, como la llamaban. Siempre escuché de ellos que resplandecía con el sol y se ocultaba con la luna.

—Muchas gracias —hice una breve pausa. —Iré hasta allí.

—Pero con esas ropas lo matarán. —Me observé. Era cierto: un soldado cristiano no sería bien recibido. El campesino me dio una túnica blanca, camisa larga de lino y unas calzas que extrajo entre sus pertenencias. Así, al menos, no parecería un soldado; me sonrió—. Cuando llegue a la ciudad, hágase pasar por orfèbre. Será bienvenido: la construcción del palacio del califa requiere mucho de ese tipo de maestros; lo dejarán pasar y lo mirarán con respeto; al menos no indagarán más sobre usted. —Asentí.

—Así lo haré.

Lo vi alejarse; tenía que ponerme en ruta cuanto antes. Hasta que no la viese con vida y frente a mí, no podría dormir, ni respirar. La angustia y el temor a perderla se había apoderado de mí

alma.

Transcurrieron varios días hasta que, por fin, vi ante mí aquella ciudad. Detuve mi caballo. Desde la lejanía se veía brillar con el sol: era una recreación sorprendente para la vista. Los almendros que daban la bienvenida a todo el que allí llegaba cautivaban a cualquiera. Me bajé del caballo y me quedé con interés observando el palacio califal que se elevaba en la última terraza del entramado.

—Es sorprendente, ¿verdad? —me giré con brusquedad; había estado tan absorto en contemplar esa maravilla que no me había percatado de que no estaba solo. Un hombre con un bonete de lino rojo y una túnica blanca larga, de mangas rectas, me sonreía y me miraba. Tenía que tener cuidado.

—Sí, sorprende.

—¿Vais a la ciudad de la Luz?

—Sí, me dirijo allí.

—¡Ah! Entonces viene a la gran fiesta. El califa llegó ayer, junto con su esposa, la mujer por la que construyó esta ciudad, Azahara. No la mire directamente a los ojos cuando la vea, el califa es muy celoso y manda degollar a todo el que se fija en ella. ¿Ve toda la gente que está entrando a través de la muralla? —Asentí: una gran afluencia de campesinos se acercaba a las puertas de acceso de la gran ciudad—. Saben que hoy el califa va a ser generoso con todo el que esté en la gran ciudad... Es el cumpleaños de su amada, y habrá comida para todos los que se encuentren aquí. Tenemos que apresurarnos, o nos cerrarán las puertas de acceso, y ya será imposible entrar.

—Lo seguí—. ¿Tiene dónde dormir?

—No, lo cierto es que no sé dónde dormiré.

—Puede quedarse en mi casa; mi mujer estará encantada de tener un invitado con nosotros. Mi nombre es Abdul. —Esperaba a que yo le dijese mi nombre: tuve que improvisar.

—Adiel.

—Adiel —repetió—, ¿es judío? —No respondí. Abdul, prudente, no quiso indagar más—. Aquí son bienvenidos todos los hombres que vengan en son de paz.

Nos dirigimos a la puerta de entrada; conforme nos acercábamos, los olores se iban haciendo más intensos. Los soldados iban ataviados con grandes turbantes blancos que solo dejaban visibles sus ojos. Al pasar por su lado, bajé el rostro; temía que no me permitiesen entrar. Abdul no dejaba de hablar.

Al acceder al interior de la ciudad fortificada, me quedé maravillado. Se distribuía en tres terrazas. En la primera, a la que se accedía por calles angostas, estrechas y con grandes pendientes, se alojaban Abdul y los artesanos.

—¿Vienes a ayudar en los trabajos de orfebrería, joven?

—Sí, bueno... —Titubeé ante la atenta mirada de Abdul—. Más bien a aprender. Sé que aquí se están haciendo grandes trabajos de orfebrería para el califa y hay buenos maestros; por eso he venido aquí, para instruirme.

—¡Ja, ja, ja! —rio Abdul—, pues entonces el destino te ha traído hasta a mí. Yo soy uno de los

maestros que están realizando los adornos decorativos del palacio. Vendrás conmigo, aprenderás y me ayudarás. Serás mi aprendiz. —Asentí.

Hacía mucho calor, pero a pesar de ello la gente se aglomeraba en las calles formadas por estrechos pasillos con pequeños espacios cerrados y puertas enfrentadas, comprando telas exóticas de gran colorido, joyas, alimentos... Sondeamos a los viandantes hasta llegar a una calle angosta, sin salida; allí, al fondo de esta, se encontraba el hogar de Abdul. Al entrar en su casa, Abdul se quitó sus babuchas y las dejó en la entrada; yo lo imité. Su mujer fue a recibirlo.

—Este es mi invitado, Amina. Su nombre es Adiel, y desde ahora vivirá con nosotros. Será mi aprendiz.

La mujer asintió y después se dirigió a mí sin mirarme a los ojos:

—Sea bienvenido, Adiel.

Mientras Amina preparaba la mesa para comer, Abdul y yo nos dirigimos a una palangana para lavarnos las manos antes de sentarnos. Nos pusimos alrededor de esta y Abdul dirigió su mirada al techo de la sala y pronunció la palabra *Bismilláh*, que ya había escuchado en varias ocasiones; su significado era *En el nombre de Dios*. Amina puso varios recipientes de madera en el centro de la mesa y empezamos a coger los alimentos con las manos. Tenía mucha hambre.

Los festejos habían empezado esa noche; el califa había llegado a su palacio, y la mañana siguiente sería importante para mí; sabía que iría allí, al lugar donde podría averiguar si Rosa estaba en esa ciudad. Abdul me facilitó un turbante; sin mediar palabra, me lo dio. Yo sabía que él lo hacía para evitar que me hicieran preguntas y, si quería que fuese su aprendiz y ayudante, era mejor así.

Esa noche el califa recorrió las calles adornadas de flores; el olor que estas desprendían invadía cada rincón de la ciudad. Su esposa iba detrás de él, con su rostro oculto tras su velo; solo estaban al descubierto sus ojos; tenía la cabeza inclinada, lo que no permitía poderla observar con detenimiento. Los soldados, a su paso, repartían alimentos y monedas de oro a los congregados; muchos de ellos se abalanzaban para conseguir algo del botín. Analicé si en la comitiva iban mujeres, pero solo iba la esposa del califa y sus hombres. Me sentía abatido; tenía miedo de que al final no pudiese dar con Rosa.

Era muy temprano cuando entramos en el gran palacio del califa; accedimos a un bonito jardín donde el sonido de los pájaros, el agua de las fuentes y el aroma que desprendían las flores y árboles frutales que allí se encontraban eran los protagonistas. Sentí paz, una tranquilidad que jamás había tenido durante toda mi vida. Centré mi atención en los monumentales arcos de herradura por los que se accedía y, a través de estos, varios soldados nos guiaron hasta el lugar en el que estaba trabajando Abdul. Allí había varios hombres que saludaron al maestro. Su labor se centraba en unas baldosas de barro cocido. Abdul les dio una serie de instrucciones. Me indicó que me pusiese a su lado; observé cómo trabajaba cada una de esas baldosas, dibujando con un objeto punzante hojas y adornos florales. Resultaba curioso verlo tan centrado en su tarea, pero mi interés por estar ahí radicaba en Rosa. Escuché risas de mujeres. Ví que una serie de hombres

salían al exterior, a un patio, a recoger material, que entraban en la sala donde estaban trabajando. Me levanté mientras Abdul hablaba con uno de los aprendices; salí al patio exterior y entonces vi a varias doncellas con velos con los que se tapaban sus cabellos. Intenté ver si alguna de ellas era Rosa, pero no tuve suerte. Fui a entrar al lugar donde estaba el maestro y, en ese momento, observé la mirada severa de Abdul.

—¿Qué es lo que pasa, Adiel?

—Nada, maestro.

—Las mujeres del califa no pueden ser observadas, muchacho. Podría ser tu sentencia de muerte.

Estuvimos trabajando durante toda la mañana. El califa tenía fiesta por la noche; numerosos visires habían acudido de invitados al palacio con sus mujeres e hijos. Era ya tarde cuando recogimos nuestras cosas y nos dispusimos a marcharnos. Salimos al jardín; observé las ventanas que daban al recinto.

—¿Esas ventanas son los aposentos del califa? —le pregunté a Abdul.

—Son las de la madre del califa y sus doncellas.

Capítulo 23

Anisa me había dicho que se llamaba *Ziryab*. Desde que lo escuché cantar, quedé maravillada por su voz. Utilizaba el laúd a modo de acompañamiento y, cuando él cantaba y lo tocaba al mismo tiempo, todo el palacio quedaba en silencio para escucharlo. La madre del califa lo invitaba cada atardecer a su sala de descanso, y allí ambos mantenían interesantes conversaciones de las que yo era testigo. Al menos, en esos momentos podía olvidarme de lo desgraciada que era, y de Alonso; rezaba por que no lo hubiesen matado, aunque en mi interior temía que así hubiese sido. Ahora, en esa situación, y a pesar de que yo era una mujer positiva, o al menos así me había considerado siempre, pensaba que jamás podría salir de ese lugar.

Cuando *Ziryab* iba a los aposentos de Anisa, yo tenía que cubrirme el rostro. Me sentaba a cierta distancia de ellos. Primero él solía cantarle moaxajas, y después ambos mantenían un diálogo muy ameno.

—Siéntate, ahora no nos molestes hasta que reclame tu atención —me ordenó Anisa. En ese momento ella dirigió la mirada hacia *Ziryab*.

—Por favor, cuéntame lo que esta mañana escuché decir a mi hijo. —No sabía a lo que se referían, así que mi interés fue aun mayor.

—Se sabe quién es el que ha escrito ese manuscrito maldito. Es un joven cordobés perteneciente a una acomodada familia mozárabe. El documento se titula: *Indículas luminosas* —informó *Ziryab*.

—¿Y por qué mi hijo teme lo que está escrito en su interior?

—Incita al martirio voluntario a los cristianos como forma de alcanzar la gracia de Dios. Decenas de jóvenes en Córdoba se han lanzado a la muerte en libertad, blasfemando en público contra Mahoma.

—¡Eso es horrible!

—Sí, mi señora. Su hijo sabe lo peligroso que es este asunto. Se ha visto obligado a exigir el perdón a estos jóvenes. Ellos no lo han hecho, y el califa se ha visto obligado a cortarles la cabeza en público. Pero él es consciente de que este movimiento suicida debilita nuestro poder.

Estaba intrigada por todo lo que estaba diciendo; en ese momento Anisa le susurró algo a *Ziryab*. Ambos se levantaron y se alejaron más de mí para evitar que yo siguiese escuchando su conversación. Una de las doncellas acercó dos vasos con agua, uno de los cuales se cayó al suelo.

Ziryab se quedó pálido.

—¡Esto es una señal! Vienen tiempos difíciles —advirtió, asustado.

Necesitaba entretenerme en algo; debía tener mi mente ocupada; si no, me iba a volver loca. Sabía que se estaban tallando baldosas con adornos florales en una de las salas que daban al jardín. Recordé a Yosef; no pude contener las lágrimas. Memorice con tristeza aquellas noches en su taller, a mis padres y a Alonso. Aquella mañana, la madre del califa estaba con él, por lo que yo tenía libertad para pasear por el jardín. Me cubrí el rostro para poder salir de las habitaciones. Oía a azahar; cerré los ojos y escuché la gran variedad de cantos de los pájaros que el califa había traído al palacio para su adorada esposa en señal de su amor. Se oía el ruido de los picazos sobre la piedra; cuánto hubiese dado por estar ahí... Esa tarde, Abd al-Rahman hacía una recepción con música, a la que estaban invitados visires y sus esposas, y también el maestro de obra. Observé que ya empezaban a salir de la sala los aprendices; esperaba a que el maestro y los trabajadores abandonasen la sala para entrar y recrearme en todo el arte que estaban creando con sus manos. Me aseguré de que no estaba ninguno y en ese momento entré. Apenas pestañeaba con esa maravilla de arte que contemplaba. Acaricié las grandes losas de piedra que tenían tallados bellos adornos vegetales. En ese momento estaba tan centrada en lo que veía que no me percaté que no estaba sola. Un hombre, que acompañaba al maestro de la obra, entró en la sala. Me asusté al verlo; el velo que estaba superpuesto al dar yo un brinco se resbaló por mi mejilla dejando este al descubierto. En ese instante el hombre avanzó hacia mí; su rostro estaba oculto por un turbante dejando tan solo visibles sus ojos, verdes. Se acercó a mí; sus pupilas estaban fijas sobre las mías. Por un momento creí reconocer en estos a Alonso; iba a decirme algo o, al menos, eso fue lo que intuí pero entró el maestro de la obra.

—Adiel, ¿lo has encontrado? —Él asintió cogiendo un objeto punzante. Aproveché ese momento para taparme el rostro. Él inclinó su rostro a modo de reverencia, y yo aproveché para alejarme de allí.

Avancé unos pasos y me giré para observar al aprendiz; se hacía llamar *Adiel*; él se alejaba con su maestro.

Anisa me había mandado llamar; sabía que deseaba que yo la acompañara pero, la verdad, es que eso no me apetecía para nada. La madre del califa se sentó al lado de su hijo y, alrededor de este, su esposa preferida, por la que el emir había construido ese bonito palacio. Desde que estaba allí, la había visto solo una vez. Mi sensación era que siempre estaba triste. Había escuchado a la madre del califa criticarla; intuía que era muy posesiva y no le gustaba que su hijo estuviese tan enamorado de ella. La otra dama de compañía de Anisa me había dicho que ella siempre estaba triste, que el califa había poblado los jardines con pájaros para ver si ella dejaba de llorar pero, al ver que su pena seguía, le preguntó el porqué de esa melancolía y ella le dijo que no podía ver desde allí la nieve de las montañas; entonces él, por amor, plantó almendros para que en primavera, cuando se llenasen de flores blancas, pareciese como si hubiese nevado. La historia me sorprendió.

La sala era bastante amplia; a un lado estábamos las mujeres, con el mitraf y con el velo que cubría nuestro rostro, a excepción de los ojos; en la otra, los emires e invitados especiales del califa, todos sentados, mientras traían las viandas a la mesa. La cena estaba amenizada por Ziryab, quien cantaba mientras tocaba el laúd. Intenté ser discreta, pero me percaté de que el maestro había ido con su aprendiz; sus ojos me vinieron a la mente, me habían recordado a los de Alonso. Estaba nerviosa; sentía cómo me miraba. La otra dama de compañía me sacó de mis pensamientos.

—Ese hombre no me gusta. —Me fijé en él; acababa de entrar. Llevaba un turbante negro; enseguida lo reconocí.

—¡Dios mío! —dije en voz alta.

—¿Qué te pasa? —susurró la joven—, parece como si hubieras visto a un fantasma.

—¿Quién es ese hombre?

—Se llama *Asad*; conoce al califa. Hacía muchos meses que no lo veíamos. Ese hombre viene del desierto de África; es un alma errante que lleva desde hace mucho tiempo buscando algo de gran valor de tiempos de Jesucristo.

—¿Y se sabe de qué se trata? —le pregunté.

—Con exactitud, no, pero lo que sí he escuchado es que muchos están detrás de ese tesoro, sea cual sea. La muerte persigue a todo el que lo busca. —Temblé; sabía lo que anhelaba. Estaba tras la esmeralda que me había dado Yosef y que yo llevaba oculta en la cruz que colgaba alrededor de mi cuello.

En ese momento empezaron a salir doncellas con viandas muy apetecibles. Primero se servía al califa, su esposa, Anisa, y a Azahara; después a los emires y hombres allí congregados y, por último, a las mujeres que nos manteníamos a cierta distancia, ocultas tras un muro enrejado, donde podíamos distinguir a los comensales, pero ellos no podían vernos con claridad. Con nosotras estaban los eunucos, que día y noche nos vigilaban y seguían nuestros pasos; solo me escapaba de su vigilancia cuando estaba con Anisa; era entonces cuando aprovechaba a pasear por los jardines; eran paseos breves pues enseguida era requerida por ella o encontrada por uno de los eunucos. Observé a las mujeres que allí estábamos. Éramos muchas; nunca había visto tantas juntas, ya que yo estaba en la zona destinada a la madre del califa. Sabía que había otras zonas donde estaban las esclavas y las concubinas. La joven sentada a mi lado me miró.

—Todas desean que el califa se fije en ellas. Hoy danzarán para él y, si a él le gusta alguna, la conducirán a su estancia personal donde la guardiana del baño y la dama de los ropajes la prepararán para su primera noche con él.

—¿Y su esposa?

La muchacha me miró sorprendida.

—Querida, él puede llevar a su alcoba a la mujer que desee.

—¡Pero ella es su esposa!

—Su primera esposa y su favorita, pero eso no quita que se pueda llevar a otras mujeres a su cama. Además, ella todavía no le ha dado un hijo.

La observé; sentía lástima por su destino.

—No se la ve feliz.

—No, yo también creo que no es feliz. Siempre está sola; las demás concubinas se apartan de ella, le tienen envidia. Todas desean las atenciones del califa pero, a pesar de que él se lleva a otras mujeres a su alcoba, solo tiene ojos para ella.

—Debe ser triste tener que compartir al hombre que amas con otras mujeres.

—Pues sí. Además, el hecho de que todas quieran el puesto de concubinas reales hace que tenga que tener cuidado; no es la primera mujer que ha muerto de manera misteriosa en el harén del califa.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Que muchas han sido envenenadas. Otras las han acusado de verse con otro hombre cercano al califa, acusación falsa que ha acabado en tragedia. Nosotras tenemos suerte ya que, al ser damas de la madre del califa, no nos pueden tocar. Eso sí: evita siempre que el califa se tope contigo.

Sentí pena por la primera concubina de él; debía sufrir. No tenía a nadie en quien confiar. En ese momento empezó a sonar la música. Bailarinas de la corte del califa empezaron a aparecer en la sala donde estaban los hombres. Me giré para observar al aprendiz de ojos verdes que me recordaba a Alonso; me pareció apreciar que me observaba, aunque tras esas paredes enrejadas no se distinguía muy bien a los comensales. Estaba deseando alejarme de allí.

Capítulo 24

Asad sabía que el joven que buscaba era una mujer; había seguido los pasos de ese capitán desde Medinaceli hasta esa taberna. Fue allí donde descubrió todo; la tabernera confesó al final. Estuvo a punto de matarla, pero en el último momento decidió dejarla con vida y con su marca personal por si regresaba el capitán cristiano. Era el mensaje que tenía para él. Con Asad no se jugaba. Sonrió al pensar en su venganza. Intuía que ella podía estar en el palacio califal, a los pies de sierra Morena; había seguido las huellas de los dos y todo le llevaba hasta allí. No obstante, él sabía que iba a ser difícil confirmar eso. Ziryab lo observaba, Asad sabía que lo había reconocido; su mirada de odio se lo confirmaba. ¿Qué hacía él allí? Era consciente de que se había visto obligado a abandonar Bagdad; el *Mirlo Negro*, así se lo conocía por sus dotes para el canto y por su oscura tez. Asad sabía que él había llegado a Córdoba en busca de la esmeralda; esa joya tenía un gran poder para el que la poseía, y el Mirlo Negro también era consciente de ello; bajo esa apariencia cálida, se escondía un hombre lleno de avaricia y codicia. Pero... lo que más le preocupaba a Asad era que él hubiese descubierto al guardián de la esmeralda; la joven debía estar en el palacio, y él debía tener mucho cuidado con cada uno de los pasos que diese, ya que sabía que el Mirlo Negro le estaría observando cada movimiento que diese. Tenía un plan: el califa le debía varios favores; él le había conseguido varias esclavas y en algún momento le había salvado la vida. Sabía que lo que le pidiese, por mucho que le costase, se lo daría, así que eso es lo que haría. Le pediría alojarse varios días en el palacio; así, él podría curiosear y, si ella estaba allí, seguro que la encontraría.

Ziryab, mientras las bailarinas movían sus caderas, se acercó hacia donde estaba Asad; se sentó a su lado.

—¡As salam aleikom! —saludó Ziryab.

—Salam—respondió Asad.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Ziryab.

—Lo mismo me gustaría saber a mí. Lo último que sé del Mirlo Negro es que tuvo que dejar Bagdad, pero nunca me imaginé encontrarte aquí.

—Tú sabes lo que busco: algo que me pertenece.

—No te pertenece a ti, sino a la orden, y tú fuiste expulsado de ella.

Ziryab lo miró: en ese momento las bailarinas cesaron la danza, y el califa invitó al Mirlo

Negro a cantar.

Capítulo 25

Era ella; tenía que sacarla de allí lo antes posible. ¿Pero cómo lo hacía? No sabía si Rosa me había reconocido, pero con esos ropajes era imposible. Tenía que alejarla de ese lugar esa misma noche. Aquella noche, la luna era llena; podría ver con claridad, pero tenía que llegar a los aposentos donde estaba Rosa. La observaba y, cuando la madre del califa se levantó para marcharse, vi, tras el enrejado, cómo ella y otra joven la seguían. Sus habitaciones debían estar cerca de donde estaban haciendo las obras. El califa quería hablar con el maestro, quien aprovechó un momento para acercarse a él cuando este reclamó sus servicios. Pero, aun así, era muy difícil abandonar la sala sin ser visto; los soldados del califa estaban por todas partes. En ese momento, varios de sus hombres irrumpieron en la sala; el califa los miró extrañado. Los soldados estaban pálidos; se acercaron a su señor y le dijeron lo que todos más temían. Los bereberes habían entrado en la zona amurallada; estaban quemando las casas y toda la ciudad fortificada. Era el momento de escabullirme sin ser visto, ya que se formó un buen tumulto. El laberinto de salas era complicado, así que opté por ir hacia la zona que en la que estábamos trabajando; accedí al jardín. En ese instante varios eunucos me rodearon.

—¡Aquí no puede estar! —me dijeron.

—Traigo órdenes de su señor; los bereberes han entrado en la ciudad para destruirla, hay que proteger a las mujeres. —Entre ellos se miraron y después aparecieron varios soldados para confirmar lo que yo acaba de decir; no repararon en cuestionarse mi presencia allí. Estaban más preocupados por el ataque sorpresa que por mí.

Las mujeres empezaron a ser llevadas a salas y congregadas allí; en ese momento vi a la madre del califa, pero Rosa no estaba con ella: estaba la otra doncella. ¿Dónde estaría? Accedí al jardín de los almendros, y entonces fue cuando vi a ese hombre que acababa de llegar llevando a una mujer a la fuerza. Debía ser Rosa. Me abalancé sobre él. La apartó con brusquedad; saqué mi espada y él, su cimitarra. Empezamos a luchar; aquel hombre de tez oscura y ojos negros se defendía ferozmente y con agresividad, pero yo estaba acostumbrado a su forma de pelear. Nuestros aceros chocaban con brusquedad; en ese momento él hirió mi antebrazo y yo, su muslo, instante en que se descuidó en la lucha y yo aproveché para pegarle un puñetazo en su rostro. Cayó al suelo semiinconsciente. En ese instante en el que él estaba indefenso, alejé a Rosa de allí; estábamos cerca de una de las puertas de salida del palacio, pero nos sorprendió Ziryab. Se puso

delante de nosotros sin dejarnos avanzar. Centró su mirada en mí.

—¿Adónde pretende llevarse a la doncella de la madre del califa?

—Él la estaba alejando a la fuerza de las demás mujeres. —Señalé en dirección adonde estaba el árabe herido—. La vi mientras ayudaba a reunir las en los salones. La madre del califa me dijo que la llevara con ella; fui a buscarla y ahora la conduciré hasta el lugar donde se encuentran las otras mujeres. —La mirada de ese hombre era de desconfianza; me observaba con atención. Yo rezaba para que nos dejase marchar. Se apartó dejando el camino libre.

—Entonces no se demore más y haga lo que ella le ha ordenado. —Cogí a Rosa del brazo y atravesé el jardín hasta que ya estuvimos lejos de allí.

—¿Quién es usted? ¿Dónde me lleva? ¿Por ahí no están los aposentos de Azhara? —Me detuve y aparté el turbante de mi rostro con cuidado.

—¡Alonso!

—Sí, amor mío. —Ella se abrazó a mí mientras lloraba. Rosa, tenemos que salir de aquí. Los bereberes están en la ciudad. Son hombres muy peligrosos. —Ella asintió—. Tápate el rostro y no hables en ningún momento. —Asintió—. Toma. —Le di una daga pequeña para que la llevase por si en algún momento yo no podía protegerla.

La agarré con fuerza de la mano; ella temblaba, pero sabía que era valiente: había pasado por muchas situaciones que una dama de su clase jamás debía haber vivido. Lo que no entendía es por qué ese hombre la quería; había algo misterioso que rodeaba a la mujer que amaba. Tenía que decírmelo, pero primero teníamos que salir de esa ciudad. Bajé por los caminos estrechos. La observé mientras caminábamos deprisa; tenía que cambiarse esos ropajes. Llamaba mucho la atención; debía ponerse una túnica de hombre y un turbante. En una de las esquinas había varios hombres muertos; cogí la túnica de uno de ellos.

—Póntelo, con lo que llevas puesto no saldremos de aquí. —Ella obedeció; se quitó su velo y yo le puse el turbante; sonreí al observarla.

—¿Qué es lo que te parece tan gracioso, capitán?

—Que, aun así, sigues siendo una cristiana muy bonita. —Le guiñé un ojo. La atraje hacia mí y la besé, después de tanto tiempo de haberla buscado y temido no encontrarla; por fin la tenía entre mis brazos. Sabía que debía darme prisa en ponerla a salvo lejos de esas murallas, pero necesitaba probar sus labios otra vez y confirmar que no era un sueño. Me retiré y la miré.

—Debemos irnos, Rosa. —Ella asintió con una amplia sonrisa.

Fuimos descendiendo por las calles estrechas. Las llamas cada vez hacían más difícil el paso por determinados sitios de la muralla. A nuestro paso veíamos cuerpos degollados. Los bereberes eran salvajes; debíamos tener cuidado: estaban por todas partes, aunque la noche jugaba a nuestro favor y nos permitía poder avanzar rápido. Estábamos ya en la parte de acceso al exterior, en la primera terraza, pero allí había varios de esos hombres que custodiaban la salida. Estaba claro que no iban a permitir que nadie de la ciudad amurallada saliera con vida de ese lugar; pretendían que la gente muriese: por su daga, quemados o asfixiados por el humo, ese era el final de la

maravillosa ciudad brillante que el califa, con mucho amor, había mandado construir para su amada. Rosa me miró; sabía lo que ocurría.

—¿Qué vamos a hacer, Alonso?

—Encontraremos un punto débil en la muralla.

La cogí de la mano; sabía que tenía que haber un lugar del muro en el que no hubiese bereberes que nos impidiesen el paso. Rodeamos la pared; las llamas impedían que nos pudiésemos acercar. No quería pensar en que ese sería nuestro final, pero estaba empezando a perder la esperanza.

—Alonso, vamos a morir, ¿verdad? —La miré y retuve su rostro entre mis manos.

—Nunca permitiré que mueras, amor mío. —Estaba decidido a encontrar la manera de salvarla.

Vi a varios hombres con sus mujeres dirigirse a la mezquita. Decidí seguirlos. La mezquita estaba protegida por su propia muralla dentro de la fortaleza; el acceso era amplio, pero las llamas también habían llegado allí. Había bereberes en el interior matando a todo el que se cruzaba en su camino pero, curiosamente, esos hombres y mujeres no entraron al interior; se dirigían a la parte exterior de esta. Los seguí y de repente vi lo que ocurría. Había una especie de pasadizo secreto que seguro debía atravesar la muralla. Hice un gesto a Rosa para que no me hablase; ambos descendimos por un lugar oscuro, una especie de pasadizo estrecho y húmedo. Bajamos por unas escaleras y atravesamos otro pasillo oscuro, de tierra y piedras. No sabía hacia dónde nos conduciría, pero tenía que intentarlo; el calor era asfixiante, pero podía distinguir un halo de claridad al final del corredor. Quería confiar en que era nuestra salvación. Atravesamos una abertura estrecha y enseguida me di cuenta de que estábamos en las afueras de la ciudad; numerosos hombres y mujeres huían hacia la zona arbolada en las inmediaciones del río. Rosa y yo los seguimos; sin mediar palabra, la agarré con fuerza de la mano. Sabía que ella era fuerte y jamás se derrumbaría hasta que estuviéramos a salvo. Estaba preocupado por Rosa; sabía que tenía miedo. Cuando la sostuve entre mis brazos, temblaba, y todavía podía notar, en la mano que sujetaba, el pánico que sentía. Avanzamos hasta el interior del bosque. Me detuve; ella se curvó apoyando las manos sobre sus rodillas. Su respiración era agitada; apenas podía pronunciar ninguna palabra. Yo la observaba con atención. Transcurridos unos segundos, levantó su rostro y me miró.

—Aquí estamos a salvo, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí, aquí nadie te hará daño.

—¿Seguro? No podría regresar otra vez a ese lugar. —Fui hacia ella y la forcé a que se sentara sobre la hierba seca.

—Seguro. —le sonreí—. Espera aquí, voy a buscar ramas secas para hacer una buena fogata: la noche va a ser fría.

—Alonso —retuvo mi mano entre la suya—, gracias por venir a buscarme.

—No me des las gracias: lo he hecho por mí: no puedo vivir sin ti. —La atraje hacia mí y la besé; quería notar sus labios, sentir la humedad de su boca otra vez. Me aparté y le guiñé un ojo.

En realidad, era cierto; después de no encontrarla, ese día creí morirme; amaba a esa joven,

impulsiva y alocada, valiente. Sabía que no hubiese cesado en buscarla toda mi vida hasta dar con ella.

La miré mientras se tostaban en la lumbre las truchas que había cogido en el río.

—¿Qué pasó? —le pregunté.

—Me capturaron y fui vendida como esclava, aunque he de reconocer que yo tuve más suerte que ninguna otra. —Bajó el rostro—. Creí que jamás saldría de esas murallas; no quiero volver a un lugar como ese.

—Nunca volverás, amor mío. —La abracé y la atraje hacia mí; había deseado estar a solas con ella y besarla. Cuánto la amaba... —Rocé mis labios con los suyos, y la suavidad de estos me hizo estremecer; ella se apartó con timidez. Sus mejillas estaban sonrojadas; sonreí.

—Tengo que confesarte algo, Alonso, no puedo continuar con este peso. —La miré atento—. ¿Recuerdas todo lo que te conté sobre la esmeralda y la muerte de mi amigo? —Asentí—. Te hablé del hombre que me perseguía con turbante, pues es el mismo que me asía del brazo cuando tú llegaste a salvarme. Él es el que busca la esmeralda y la quiere.

—¿Sabes por qué la busca? —le pregunté

—No, solo sé que Yosef me dijo lo que te comenté, que la debía llevar a Compostela.

—Hay que desprenderse de esa joya lo antes posible; mientras esté en tu poder, tu vida estará en peligro. El hombre que hoy te ha atacado es muy peligroso.

—Sí, eso lo sé, pero le prometí a mi amigo que la llevaría a Compostela y tengo que cumplir mi promesa.

—Muy bien, así lo haremos. Iremos a Compostela, pero antes nos detendremos en mis tierras.

Lo había decidido; hacía mucho tiempo que había dejado de luchar en solitario, jamás quise que me identificasen como uno de los caballeros del rey Alfonso VI, pero liberé a muchas personas de la esclavitud y al propio rey, que fundó la orden de los caballeros de la Rosa Roja y sabía de las misiones secretas que librábamos. En realidad, esta orden solo fue formada por dos de sus hombres, los de su entera confianza, mi gran amigo Diego de Rojas y yo. Ambos nos cubríamos siempre nuestros rostros con nuestros cascos y jamás descubríamos nuestros rostros; nuestras capas eran blancas con una rosa roja, símbolo de nuestra orden. Hacía tiempo que el rey nos había encomendado otras misiones como dirigir a sus ejércitos para la reconquista de las tierras invadidas por los árabes. Lo había decidido en ese momento: actuaría como el caballero de la Rosa Roja para esta misión; intuía quién podía estar detrás. Conocía desde hace mucho tiempo la existencia de esa orden, los caballeros de David; eran peligrosos y, si sabían que ella portaba esa esmeralda, su vida corría peligro; por otra parte estaba el hombre del turbante. Tenía que averiguar más sobre él. La dejaría en mi castillo e iría yo a Compostela como el Caballero Desconocido, el Caballero de la Rosa Roja: así nos conocían en nuestras incursiones y la apartaría a ella de ese asunto; su seguridad era lo más importante para mí. La observé; ella bajó su rostro, tímida. Con mi mano le levanté el rostro y la sonreí.

—Creí morir cuando desapareciste. Te amo, Rosa, y jamás permitiré que te vuelvan a hacer

daño.

—Yo también te amo, capitán. —Me sonrió.

En ese momento no pude contenerme más; deseaba besar su boca; era una tentación que no podía evitar. Le cogí el rostro entre mis manos, ¡qué bonita era! Fijé mi mirada en sus labios, que invitaban a besar. Sentí su suavidad el deseo de ella por que no me detuviera, y mi propio deseo de hacerla mía, pero debía contenerme porque, si no, sabía que no podría detenerme. Retuve sus labios entre los míos y mordí con suavidad su labio inferior; ella respondía en su inocencia a cada beso sin ser consciente de que mi excitación crecía cada vez más. Me aparté; era el momento de detenerme.

—Hay que descansar, amor mío, mañana la jornada va a ser dura. Iremos a mis tierras. Me levanté de un salto; necesitaba alejarme de ella, al menos hasta que mi cuerpo regresase a su ser.

—¡Alonso!

—Sí.

—No te apartes nunca de mí.

—Jamás lo haré.

La observé mientras se reclinaba alrededor de la lumbre. La amaba, claro que la amaba. Jamás imaginé que pudiese querer así a una mujer. Era tan bella, inocente... La protegería siempre; jamás permitiría que nadie le hiciese daño.

Capítulo 26

El padre Leucata sentía miedo; nunca antes había tenido temor por algo como en ese momento. El gran maestro lo observaba con atención. Pedro de Leucata estaba en el centro de ese círculo humano, rodeado por caballeros de la orden de David, todos con sus capas negras, con la cabeza cubierta por caperuza del mismo color y con una antorcha en su mano. No sabía si viviría para contarlos; ellos eran peligrosos. Una gota de sudor rodaba por su rostro; sus manos temblaban. El gran maestro dio un paso hacia adelante.

—Nos has mentido; dijiste que traerías la esmeralda y te dimos otra oportunidad, pero no ha sido así.

—Necesito más tiempo. En esa catedral está la clave.

Pedro de Leucata se había visto sorprendido por ellos mientras vigilaba al maestro de obra, Bernardo el Viejo, en Compostela. Él se asustó e intentó escapar, pero enseguida se dio cuenta de que era imposible huir. Fue cuando sintió un gran golpe en la cabeza. Sabía dónde se encontraba; había escuchado durante mucho tiempo hablar de esa abadía sobre los acantilados de la Costa de la Muerte. A pesar de que muchos habían dicho que era una leyenda su existencia, porque jamás se había encontrado el lugar donde estaba, él sabía que tenían un sitio de encuentro donde hacían sus rituales satánicos encomendándose al maligno. Si el Papa hubiese sabido su relación con la orden de David, lo habría excomulgado inmediatamente, pero a él le gustaba el poder más que su hábito, y sabía que con ellos tendría todo lo que quisiera. Pero ahora debía encontrar la esmeralda, aunque lo que más le interesaba no eran las tres esmeraldas que la reina Constanza y la orden de David buscaban, sino la cuarta, de la que nadie sabía de su existencia y que escondía el gran secreto. También tenía que encontrar el documento; era un enigma el lugar donde estaba oculto. La cuarta era la clave; cada una de las esmeraldas tenía un símbolo que solo cobraba sentido con la unión de la cuarta. Esa era la que él quería porque esa esmeralda era la única que abría el documento más buscado desde que se había encontrado la tumba del apóstol. No obstante, él era consciente de que muchos otros sabían ese secreto y también ansiaban encontrar el documento y las piedras; estaban dispuestos a todo con tal de hacerse con ellas.

—Yo sé que puedo conseguirlo; estoy muy cerca de lograr mi objetivo, pero me presionáis, y así no podré encontrar nada. Un joven capitán de Alfonso VI ya ha ido por orden de la reina a buscar la esmeralda a Liébana. Es un joven que destaca entre las tropas del rey; sé que la traerá.

El maestro se movía de un lado para otro. Se detuvo frente a él.

—Muy bien, tengo que regresar a Toledo; te daré el mismo tiempo que yo estaré fuera, pero a mi regreso quiero esa joya en mi poder.

—La tendrás, pero mantén tu promesa.

—Te dije que sería tuyo siempre que me encontraras las tres.

—La segunda la tiene un infiel; se hizo con ella —dijo Pedro de Leucata.

—Como falles, no te daré otra oportunidad.

—No te defraudaré, pero quiero el cargo que me prometiste.

Pedro de Leucata suspiró cuando, después de teparle los ojos y llevarlo a ciegas por los acantilados, lo dejaron vivo en un bosque próximo a Compostela. Empezó a andar deprisa; quería alejarse lo antes posible de allí. Tenía que reunirse con la reina; ella se había establecido en la residencia del obispo.

Capítulo 27

Bernardo el Viejo estaba sentado en su mesa de trabajo con la vela encendida; esta iluminaba el pergamino mientras el cálamo se impregnaba de la tinta negra con la que iba escribiendo en el documento que tenía delante de él. Solo Bernardo sabía ese secreto y tenía que dejarlo escrito porque era consciente de que su vida peligraba. Tenía que llevar ese escrito cuanto antes al fraile que se hacía llamar *El Franciscano*, en Liébana. La luz era tenue, y le costaba distinguir con claridad las palabras que iban cobrando forma en el pergamino.

El gran secreto sigue intacto, pero intuyo que ellos saben que yo soy la clave, al menos lo sospechan. No sé hasta cuándo podré ocultarlo ni cuanto tiempo tardarán en descubrirlo...

En ese momento irrumpió en la pequeña sala su aprendiz, que vivía con él, Galperinus Robertus.

—¡Maestro! —dijo con rostro pálido y respiración agitada—. Ella está aquí, la reina Constanza.

—¡Uff! —suspiró—. Creía que no vendría; hazla pasar.

Se levantó y se inclinó a modo de reverencia al ver a la monarca frente a él. Robertus dejó una rendija abierta en la puerta; sabía que su maestro iba a develar algún secreto a la monarca y quería averiguar todo.

—Majestad —dijo el maestro inclinándose.

—¿Lo tiene? —le preguntó la monarca.

—Sí, está en el mismo sitio. Majestad; temo que lo descubran.

—Sí, sé que ellos están detrás. La segunda esmeralda no fue entregada, y el mensajero que me iba a traer la primera murió. Uno de ellos se apoderó de la joya. Alguien de mi confianza y de la del rey partió para buscar la de Liébana. Espero que la traiga cuanto antes.

—¿Y cómo daremos con las otras dos?

—Ellos vendrán a nosotros; saben lo que escondemos, o al menos lo sospechan. Vendrán aquí.

—Bernardo bajó su rostro, y la reina se acercó a él—. Me alojaré en la casa del obispo; él piensa que estoy aquí apoyando y supervisando los avances de la catedral. Hay que tener paciencia. Vendrán.

—Sí, mi señora y, cuando vengan, ¿qué haremos?

—Hay una persona de mi confianza que se encargará de este asunto; ya tiene instrucciones precisas mías.

—Pero... Usted sabe que hay alguien muy cercano a la corona que la está traicionando.

—Sí, descubriré quién es.

La noche había avanzado cuando la reina Constanza, junto con su dama de compañía, Ana, abandonaron la casa del maestre; se ocultaron en un carro que las llevaría al palacio del obispo; allí la esperaba Pedro de Leucata. La reina había guardado el pergamino que Bernardo había estado escribiendo. Se lo tenía que hacer llegar al franciscano.

Galperinus observaba cada movimiento del maestre; debía descubrir el secreto que lo tenía tan preocupado.

Capítulo 28

Jamás se lo perdonaría; me prometió que nunca me dejaría y, nada más llegar a su castillo, en Asturias, esa misma noche desapareció. Roberto, su hombre de confianza, me observaba con atención; no me dejaba ni un momento sola. Habían pasado varios meses, y las primeras lluvias y el frío habían llegado a tierras asturianas. Yo no dejaba de echar de menos al hombre que amaba; todas las noches me despertaba con su imagen fija en mi mente, sus bonitos ojos verdes, y su voz que me susurraba: «Volveré a por ti». ¿Por qué se había ido sin darme ninguna explicación? Lo amaba, y él decía amarme también. ¿En esto consistía querer a un capitán del ejército del rey? Siempre en la lucha, siempre en la batalla. Yo sabía que, a pesar de lo que se esperaba de la esposa de un capitán (meses, incluso años sin ver a su esposo), yo no podría soportar estar tanto tiempo sola, sin él. Esa mañana fría de otoño, salí de las murallas del castillo con el reproche de Roberto, quien me siguió. Yo galopaba; deseaba ir hacia los acantilados. Me sentía abatida, triste. Echaba de menos a Alonso, mi hogar en Toledo, a Yosef.. y no dejaba de pensar en la promesa que le había hecho. Sí, lo acababa de decidir: iría sola a Compostela; en realidad, siempre había sido decidida y valiente. Lo haría sola y disfrazada de muchacho.

Me bajé del caballo y me senté frente a los acantilados sabía que Roberto imitaba cada uno de mis movimientos.

—Señorita, debemos regresar al castillo. Usted sabe que no puedo protegerla aquí y, por propia experiencia, conoce el peligro: son muchos para una dama.

—Roberto, necesito estar un momento fuera de las murallas, sola. —Él captó mi deseo. Necesitaba que me diera un poco de intimidad.

—Muy bien, solo un momento; iré a observar por los alrededores.

Se lo agradecí. Tenía que estar sin él, sentirme libre aunque solo fuese por un segundo. Mi vida había cambiado desde que había ido a la casa de Yosef por primera vez. Las lágrimas rodaron por mi mejilla; tantos recuerdos, tanta gente que amaba se había quedado por el camino... Me quité el colgante que llevaba la cruz y tras este estaba incrustada la pequeña esmeralda, joya que brillaba con intensidad y llamaba la atención. La miré con detenimiento. ¿Por qué mataron por esta joya? ¿Qué querrían de ella? La dejé sobre mi falda; cerré los ojos y respiré en profundidad. «Decidido», dije en voz alta. Los martes siempre eran el día en el que entraban campesinos a las murallas del castillo; traían alimentos para el señor; aprovecharía ese instante para salir de allí.

Le cogería las ropas al mozo de cuadras sin que él se diese cuenta. Faltaba un día para el martes; tenía que planear todo con detenimiento, ya que era el momento en el que Roberto y sus hombres no me prestarían tanta atención.

—Tenemos que regresar —dijo Roberto, quien se mantenía de pie, a mi lado.

—No entiendo una cosa, Roberto. ¿Por qué no se despidió de mí?

—El señor solo me dijo que pronto estaría junto a usted. Que la amaba.

—Pero eso es mentira, Roberto; ya han pasado dos meses desde que él se fue.

—Regresará —fue su única respuesta.

Me levanté sin acordarme de que tenía la cruz en la falda; cayó, y Roberto enseguida fue a cogerla. Su mirada se centró en la cruz y en la joya incrustada; la observaba con interés. Me miró, intrigado.

—¿Desde cuándo tiene esta esmeralda en su poder?

—Desde hace mucho tiempo.

—¿Sabe usted lo que significa? ¿La importancia que tiene?

—¿Por qué me lo preguntas? Es una simple esmeralda.

—No, es especial: fijese en las inscripción que tiene: una JC. Eso significa *Jesus Christi*. Jesucristo. Es una de las esmeraldas más buscadas: la leyenda dice que se encontraron en la tumba de Santiago y desaparecieron.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —titubeé.

—He transitado los caminos por el que van miles de peregrinos hacia Compostela, y he escuchado muchas cosas sobre las esmeraldas.

Le quité la cruz y me la puse alrededor de mi cuello.

—Esto fue un regalo. Como tú muy bien has dicho, son leyendas —mentí. Yosef me alertó que nadie debía saberlo. Yo solo se lo había dicho a Alonso; ninguno más tenía que conocer la verdad.

El mozo de cuadras me observaba.

—Señorita, la he visto coger mi ropa; si el señor me pregunta, debo decirle la verdad.

—Tranquilo, nadie sabrá que tú me has ayudado.

—Pero... Usted conoce al señor y, en cuanto vea que ha desaparecido...

—Es imposible que averigüe lo sucedido. Escapé con los campesinos. Tú no sabes nada. Además, han pasado dos meses y no ha regresado.

—Sí, señorita, pero él siempre regresa a su hogar.

—No te preocupes. —Lo miré—. Bueno, ¿qué tal estoy? —El mozo de cuadras sonrió.

—Parece un auténtico campesino; nadie reparará en que usted es una mujer.

Me había colocado una tela de lino por la cabeza tapando mi pelo y parte de mi rostro.

—Gracias por ayudarme.

Me escabullí por el establo y fui a reunirme con el resto de campesinos que ya se disponían a marchar. Roberto estaba en el puente levadizo observando cómo nos íbamos. No reparó en mí, pero sabía que enseguida ataría cabos y se daría cuenta de que había huido con ellos; cuando

aquello sucediese, ya sería tarde: yo estaría muy lejos.

Llevaba tiempo cabalgando; estábamos muy lejos del castillo. Fue el momento para apartarme de los campesinos y continuar mi camino sola. Estaba asustada, pero sabía que era algo que debía hacer. Recordaba los consejos de Alonso; debía apartarme de los caminos principales y dirigirme hacia el norte, fijándome en el tronco de los árboles, ya que ellos me indicarían la dirección por la que tenía que ir. «Total —pensé—, en cuanto llegue a Compostela, acudiré al obispo de allí, le diré quién es mi padre y seguro que me ayuda a regresar a mi hogar una vez que entregue la joya». Me olvidaría de Alonso para siempre; me sentía engañada por él. Me había dejado en su castillo, sola, sin ninguna explicación. Sus promesas de que me acompañaría a Compostela habían sido una farsa. Me quedé dormida; había sido incapaz de hacer lumbre con el suelo húmedo. Me tapé con la piel de animal que el mozo de cuadras me había dado y me resguardé entre unas rocas.

Los primeros rayos de sol me despertaron, abrí los ojos: no estaba sola. Un peregrino me miraba con interés. Me incorporé, asustada. Era un hombre fuerte, de edad avanzada; su expresión era dura.

—¿Quién es usted? —le dije, asegurándome de que mi cabello estuviese oculto bajo la tela de lino.

—Gritabas.

—¿Yo?

—Sí, gritabas como si te estuviesen atacando. He venido a ayudarte, pero me he dado cuenta de que soñabas.

—¡Ah! Gracias —fue lo único que acerté a decir.

El hombre se puso en marcha, y yo me levanté de un salto; cogí mi hatillo y la piel de animal con la que me envolví el cuerpo y lo seguí.

—¿Adónde va usted? —le pregunté.

—A Compostela, a la tumba del apóstol.

—Yo también voy hasta allí. ¿Podría acompañarlo?

—¡No! —dijo sin dejar de caminar.

—No lo molestaré; incluso no hablaré, lo prometo.

—Yo viajo solo.

—No lo molestaré, lo prometo. —El hombre se detuvo y me miró.

—Está bien, te permitiré que vayas conmigo siempre y cuando no hables ni hagas preguntas.

—De acuerdo. Solo una pregunta. ¿Cómo se llama?

—Pedro.

—Yo, Pablo.

El hombre avanzaba a paso rápido; no hablaba y, cuando nos deteníamos a comer, él siempre se apartaba de mí, extendía su capa roída y se ponía de rodillas mirando al cielo, con los ojos cerrados y con las manos en modo de oración. Siempre observaba que, cuando hacía aquello, las lágrimas rodaban por sus mejillas. Sentía curiosidad por saber más de Pedro, pero él rehuía

cualquier acercamiento conmigo. Llevábamos días andando por los bosques del norte; no sabía por dónde podíamos estar, de cuánto faltaba para llegar a la ansiada Compostela.

Ayudé a Pedro a coger ramas para la lumbre; habían empezado a caer los primeros copos de nieve.

—Debemos encontrar un lugar más resguardado.

Nos encontrábamos rodeados de montes escarpados y de escasa vegetación. Por donde mirases, solo se veían los grandes picos nevados y las águilas ondear el cielo. El silencio era nuestro compañero de viaje. Aprendí a guardar silencio, algo que me costó mucho, bien lo sabe Dios, pero sabía que Pedro no me llevaría con él si quebrantaba mi promesa. Convivía, sin mediar palabra alguna, con mis pensamientos, pero poco a poco empecé a experimentar paz. Es curioso cómo en el silencio empiezas a conocerte, y así fue, aquel día imité a Pedro; hacía mucho tiempo que me había alejado de Dios y necesitaba reconciliarme con él, encontrar la forma de llegar a Pedro y encontrarme a mí misma. Coloqué mi piel de animal al lado de su capa, me puse de rodillas y miré al cielo; los copos de nieve mojaban mi rostro, oré y sentí paz, una gran paz. Necesitaba volver otra vez a mi vida. Había perdido por el camino a muchas personas queridas, entre ellas a Alonso. Sabía que jamás nos encontraríamos, pero allí estaba yo; tenía que cumplir el último deseo de Yosef.

—Te sientes mejor, ¿verdad? —Me sorprendí, ya que después de tantos días caminando junto al anciano era la primera vez que me hablaba.

—Sí —contesté —hacía mucho tiempo que no encontraba la paz.

—Vamos a buscar alguna cueva para cobijarnos; la noche va a ser muy fría.

Anduvimos hasta dar con una pequeña cueva; Pedro cogió algunas de las pocas ramas que había por los alrededores; estaban húmedas, e iba a ser difícil que hicieran llama, pero lo consiguió y la cueva se iluminó. Nos sentamos ambos al lado del fuego.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquirió Pedro. Asentí—. ¿Por qué te escondes bajo ropas de hombre? —Me sorprendí; bajé mi rostro.

—Es una larga historia. Quizás porque una mujer sola por los caminos corre más peligro que un hombre.

—En eso tienes razón.

—¿Cómo se ha dado cuenta? —Se rio.

—Muchacha, a un anciano como yo no puedes engañarlo. Tu rostro es suave; ningún muchacho a tu edad tendría esa piel delicada y cuidada. Tus manos son frágiles, están sin rastro de haber trabajado en el campo y tus uñas... demasiado cuidadas para ser un muchacho. —Le sonreí.

—¡Vaya! A partir de ahora esconderé mis manos. —Ambos nos reímos.

—Tranquila, no todos los hombres son tan observadores como yo. ¿Cómo te llamas?

—Rosa —respondí.

—¿Por qué quieres ir a Compostela, Rosa?

—Le hice una promesa a un amigo. Él murió, lo mataron. —Pedro bajó su rostro.

—Sí, a Compostela todos vamos por alguna promesa.

—Pedro, ¿tú por qué te diriges allí?

—También hice una promesa. A mi hija también la mataron. —Dicho esto, se giró. Sabía que no quería hablar más; yo lo imité; estaba agotada. La jornada había sido larga y dura.

Las mañanas eran frías; había nevado mucho la noche anterior. Tiritaba de frío; los pies se hundían en la nieve al caminar y apenas sentía los dedos de los pies. Pedro me miró. Sabía que se preocupaba a su manera por mí, aunque apenas lo demostrase.

—Pronto llegaremos.

—No siento lo pies.

Conforme fue avanzando el día, la nieve de la noche anterior fue desapareciendo en las zonas de paso. La mañana era muy fría, pero de vez en cuando salía el sol, y eso hacía que la nieve no se convirtiese en hielo. Transcurrieron las horas; la jornada fue de las más duras, sin hablar, conservando las pocas fuerzas que me quedaban. Era por la tarde y sentí un gran alegría cuando llegamos a una pequeña aldea; había una taberna. Pedro me miró.

—Esta noche dormiremos a cubierto; podrás recuperarte. Ellos son amigos y nos dejarán descansar en su establo.

Esperé a que Pedro saliese. Los pies me dolían, y todo el cuerpo. Mientras esperaba, varios caballeros, soldados cristianos, entraron en la taberna; enseguida reconocí a uno de ellos, a su capitán, ¿cómo no identificarlo? Era el capitán amigo de mi padre, el capitán Álvaro Martín, aquel que me había pedido en matrimonio y había salido ofendido por mi negativa. No podía reconocerme. ¿Qué hacía ese hombre allí? Se suponía que tenía que estar en Toledo protegiendo la ciudad de los bereberes. Por un segundo tuve la tentación de acudir a él y que me llevase de regreso a mi casa, pero le debía algo a Yosef; había pasado mucho y ya casi estaba muy cerca de cumplir la promesa que le hice; después regresaría a mi hogar. El capitán miró hacia donde yo me encontraba; bajé mi rostro: no quería que me reconociese. Volví a ver a Pedro. Salía de la taberna; me hizo un gesto para que fuésemos a las cuerdas. ¡Cuánto necesitaba un baño y una cama!

Me quité las botas; tenía los dedos de los pies morados. Pedro me miró.

—Eso no tiene buena pinta. Acércate a la lumbre y caliéntate.

Fue al interior de la taberna y enseguida vino una mujer regordeta que lo debía conocer. Llevaba agua caliente y telas de lino blancas; también portaba una masa verde hecha de hierbas.

—Este hombre... ¿Pero cómo se te ocurre llevar a una muchacha por la montaña? —la miré, asustada: había revelado mi identidad.

—Tranquila, Rosa, ella es de confianza. —Ella lo miró con desaprobación.

—Sí, no te preocupes, nadie sabrá que eres una mujer. Ese dedo tiene muy mala pinta, jovencita. Tendrás que guardar reposo varios días hasta poder andar.

—No, mañana emprenderé el camino —le dije con rotundidad.

—Pero... —iba a hablar, y Pedro la interrumpió.

—Ya la has escuchado; mañana vendrá conmigo. En Compostela descansará.

—Sí, pero hay mucho que andar mañana hasta que lleguéis a Compostela: es una jornada muy larga...

—Aguantaré. Tengo que llegar cuanto antes.

—Ya la has oído —dijo Pedro con una sonrisa.

—¡Uff! Está claro que ella es igual que tú. Muy bien, al menos deja que te lave esas ropas; huelen muy mal, y a ti también, viejo gruñón. Necesitáis un buen baño. Tengo dos habitaciones libres.

—Eso estará bien —expresó Pedro.

—Seguidme, os llevaré algo de comer a las habitaciones. No llaméis mucho la atención: esto está lleno de soldados.

La idea me pareció idílica. Lavarme y poder dormir en una cama. ¡Cuánto echaba de menos las comodidades de mi hogar!

La mujer nos llevó por la parte trasera de la taberna para pasar desapercibidos. Sabía que Pedro huía de los soldados, pero lo que no sabía era el motivo, y aquella actitud de la mujer me lo confirmó. Entré en mi habitación y allí había una palangana que la tabernera llenó de agua caliente.

—Anda, jovencita, quítate esa ropa sucia, la lavaré; la tendrás lista para mañana. Te daré algo mío para que te lo pongas encima.

Lavé mi cabello y me limpié la suciedad de mi cuerpo impregnado de polvo y barro del camino. Me puse una camisola encima y, transcurrido un tiempo, volvió a entrar la mujer. Se acercó, tomó mis pies y los untó con un mejunje que había hecho; después me los vendó.

—Gracias... —No sabía su nombre.

—Me llamo Isabel.

—Gracias, Isabel. —Le sonreí, y ella me devolvió la sonrisa.

—Con esto se te curarán esos dedos, pero que sepas que tardarán mucho más si mañana emprendes otra vez camino.

—Debo hacerlo.

—¿Pero por qué tanta prisa?

—He de cumplir una promesa.

—Una promesa... hay muchos peligros por estos caminos y también en Compostela. He escuchado de los soldados que la reina Constanza está en la casa del obispo. Todos se extrañan del hecho que ella esté allí. Eso es por algo. Son malos tiempos, muchacha. —Me parecía una buena mujer.

—Isabel, ¿de qué conoces a Pedro? —Me miró y se sentó a mi lado sobre la cama.

—¡Uy!, hace mucho tiempo. Él es un buen hombre, pero el asesinato de su hija lo cambió. Él estaba fuera de su casa y, cuando regresó a su hogar, su hija había muerto. Pedro transitaba por estas tierras y siempre paraba en mi taberna. —Sonrió.

—¿Quién la mató?

—La orden de David. Fue una venganza. Él se negó a pagar un tributo al gran maestre; en su aldea vivían amenazados por ellos. Fue el único que no les pagó y mataron a su hija.

—¿La orden de David?

—Sí, ¿no has oído hablar de ellos? —Negué con la cabeza—. Son una orden muy peligrosa; nadie sabe quiénes son sus miembros. Lo único que se sabe es que son personajes muy influyentes cercanos a la corona y a la iglesia. Tienen como ídolo a Satanás y solo quieren poder. Todo el mundo les tiene miedo. Sus soldados, con capas negras y rostros cubiertos, van a las aldeas a saquear sus bienes. Si se los traiciona, asesinan a alguien a quien amas, o te torturan.

—Pobre Pedro.

—Sí, el odio lo invadió y huyó de allí. Hizo una promesa al santo; iría a Compostela, necesitaba encontrar respuestas a toda la amargura que lleva desde entonces en su corazón y en su alma.

—¿Por qué no acudió al rey? Seguro que él hubiese castigado a los que mataron a su hija.

—Querida, el rey está más pendiente de vencer a los bereberes y de la victoria sobre los territorios cristianos invadidos por los moros que de los problemas de su gente. Créeme: él no lo hubiese escuchado. Además, se sospecha que el gran maestre y sus integrantes están muy próximos a la corona.

Me sentí muy triste por Pedro; quería ayudarlo, pero sabía que era imposible quitarle esa pena que tenía dentro. Seguro que él se echaba la culpa por la muerte de su hija.

La mañana siguiente volvió a ser fría, pero ambos íbamos más animados: esa tarde estaríamos en Compostela. Me puse al lado de Pedro: quería hablar con él.

—Sé lo que le pasó a tu hija. Isabel me lo contó. —Él no me miró.

—Esa chismosa... si no fuese porque todavía me gusta bastante... —No terminó la frase.

—Lo siento mucho, Pedro.

—Yo tuve la culpa; mi hija estaría viva si no me hubiese negado a darles lo que me pedían.

—Hiciste lo que creías mejor, Pedro. Ellos no tienen derecho a quitarte tu comida y bienes.

—Ellos son poderosos. Nadie puede enfrentarse a esa gente; si lo haces, mueres o muere alguien que amas. Quise vengarme, ¿sabes? Busqué la abadía donde tienen sus reuniones secretas. Dicen que está cerca de Compostela, de ahí que recorra estos caminos siempre, porque sé que en algún momento el santo me ayudará a encontrar su escondite y entonces me vengaré. —Me sorprendí: así que ese era el motivo por el cual siempre iba a Compostela.

—Jamás te ayudará en eso, Pedro. Él, como buen discípulo de Jesucristo, nunca querrá que mates y manches tus manos con sangre. Necesitas reconciliarte contigo mismo, necesitas perdonarte a ti mismo y, cuando lo hagas, el odio desaparecerá y podrás tener paz.

—Jamás. Tendré paz cuando mate a esos canallas. ¿Sabes lo que le hicieron antes de que ella muriese? —Se detuvo y me miró—. La torturaron, la hicieron sufrir. Cuando llegué a mi casa, la encontré en el suelo con un charco de sangre. Sus piernas estaban llenas de moratones; apenas distinguía su rostro por los golpes que mi adorada hija había recibido.

—Lo siento, Pedro. Pero de verdad que la venganza nunca te dará la paz que buscas.

En ese momento escuchamos ruidos tras los matorrales. Sin darnos cuenta, nos vimos rodeados de varios ladrones que asaltaban a los peregrinos que se dirigían a Compostela. Nos amenazaban con sus espadas y nos rodearon; enseguida Pedro sacó su espada, yo lo imité sacando la espada que Alonso me había dado. Los asaltadores se rieron mostrando sus dentaduras incompletas.

—¡Dadnos el dinero! —ordenó el jefecillo señalando la bolsa negra de cuero que llevaba Pedro asida a su cintura.

—¡Ven a buscarla, canalla! Yo no te la pienso dar.

Los cuatro hombres avanzaron hacia nosotros. Pedro empezó a luchar con ellos y yo, que algo sabía de las artes de la espada, empecé a hacerlo. Los hombres enseguida se hicieron con nuestras armas. Se reían; le quitaron la bolsa de cuero a mi amigo y lo amenazaron para que no hiciésemos movimiento alguno. Estaban debatiendo si nos mataban o nos dejaban con vida cuando apareció un guerrero con capa blanca y una rosa roja dibujada sobre la veste; me llamó la atención esta: era la misma que estaba en su escudo y en la empuñadura de su espada. El caballero llevaba un casco que ocultaba su rostro. Bajó de su caballo y, sin darnos cuenta, con gran habilidad venció a todos los asaltantes; yo intenté hacerme con mi espada, que había caído al suelo; en ese momento uno de los asaltantes me asió del brazo con fuerza.

—Déjame marchar o lo mato —le dijo al caballero. Pedro miraba perplejo.

—¡Déjalos marchar! —gritó Pedro.

Yo le propiné un fuerte pisotón; el hombre me agarró del turbante que ocultaba mi pelo y mi rostro, dejando al descubierto mi condición de mujer. El caballero de la rosa roja hirió al ladrón, quien salió corriendo sin mirar hacia atrás. El guerrero se quedó quieto, centrando su mirada en mí. Recogió la tela de lino que ocultaba mi rostro y me la dio.

—¿Quién sois? —le preguntó mi amigo. El caballero no apartaba la mirada de mí. No se le podía ver el rostro, pero se levantó el casco dejando al descubierto parte de sus ojos, verdes, como los de Alonso; lo recordé. Lo amaba y deseaba que estuviese ahí, junto a mí.

—Dad gracias a que estaba aquí cerca para salvaros. Una mujer no puede recorrer estos caminos —me dijo con voz de enfado. Una voz que me pareció que forzaba, para que no sonaba natural.

—Llevaba oculta mi identidad —le respondí—, además, no voy sola —le respondí, molesta.

—Es una temeridad. —Me dio la espada —¿Hacia dónde se dirigen?

—Hacia Compostela —contestó Pedro.

—Cúbrase, señorita —me pidió mientras observaba por los alrededores.

—¿Quién es usted? —volvió a repetir Pedro.

—El caballero de la Rosa Roja: así se me conoce.

El caballero se acercó hacia donde estábamos nosotros.

—Yo también me dirijo a Compostela. Voy con ustedes. —Me levanté; iba cojeando. Los pies me dolían a pesar del gran trabajo que había hecho la taberna.

—¿Qué le ocurre? —me preguntó.

—No es nada.

—Sí, lo es, señor. La joven tiene los pies con heridas causadas por el frío. Casi se le congelan.

—No es nada, puedo andar perfectamente. —Me puse a caminar pero, sin darme cuenta, me cogió de la cintura y me subió a los lomos de su animal.

—Pues ahora no vas a caminar —me dijo con rotundidad. En realidad no protesté, lo agradecí.

—Siempre lleva su rostro cubierto con el casco.

—Sí, siempre. —Su voz... había algo en su tono que resultaba familiar.

Capítulo 29

¿Pero por qué ella no estaba en su castillo? Estuvo a punto de reprenderla allí mismo y cogerla y llevársela con él. Pero no podía, no podía develar la identidad que desde hace muchos años, junto con su amigo, Diego de Rojas, habían jurado ante el rey. Eran los caballeros de la Rosa Roja, los caballeros del rey. Hicieron un juramento ante el monarca, le servirían para misiones secretas y peligrosas, nadie debía saber quiénes eran, jamás debía develarse el gran secreto de la Rosa Roja.

Había ido hasta Liébana, y allí me habían dicho que el Franciscano había partido a Compostela con la esmeralda. Había recibido un mensaje un día antes y se había precipitado en partir. Había mandado un mensaje desde Liébana a Diego de Rojas; lo necesitaba: sabía que la orden de David estaba detrás. Pensábamos que había desaparecido, pero no era así; seguían actuando, matando, y lo peor era que estaban detrás de las esmeraldas. Eso me preocupaba, por ella.

Estaba muy enfadado; Rosa había desobedecido mis órdenes y Roberto... ¿por qué la había dejado escapar? Eso sí, tenía que admitir que la había echado tanto de menos que el verla me había gustado. Todas las noches y todos los días intentaba recordar su rostro, su bonita sonrisa, y ansiaba el momento de estar junto a ella para poder besar su boca. Había decidido en todas esas noches, durmiendo al aire libre, observando las estrellas cuando las nubes así me lo permitían, que la haría mi esposa nada más llegar al castillo. Quería que fuese mi mujer; la necesitaba, ardía en deseos de hacerla mía y me moría cada vez que estaba lejos de ella. Jamás imaginé que yo pudiera enamorarme, pero sí, eso que sentía tenía que ser amor, porque era tan fuerte que mi corazón solo cobraba vida si ella estaba junto a mí. Desde el monte ya se divisaba Compostela, y la construcción de lo que se empezaba a vislumbrarse sería la catedral donde descansarían los restos del apóstol Santiago.

—Ya hemos llegado —dijo Pedro. La miró—. Aquí termina nuestro camino juntos, muchacha. Cuídate.

—Gracias, Pedro. Espero que volvamos a encontrarnos —dijo ella mientras él se alejaba—. ¡Pedro! —gritó Rosa. Intuía que había cogido mucho cariño al anciano. Él se detuvo y la ayudé a bajar del caballo. Anduvo deprisa hacia donde estaba él y lo abrazó—. Cuídate mucho. Sé que nos volveremos a encontrar.

Él también la abrazó. Pedro centró su mirada en mí.

—Por favor, llévela a la casa del obispo y póngala a buen recaudo. —Asentí: no la pensaba dejar ahí.

Observamos cómo Pedro se alejaba. Se giró y me miró con interés.

—No hace falta que me acompañe; es más: le agradezco todo lo que ha hecho por nosotros, pero yo ya no necesito que haga más por mí. Por favor, continúe su camino.

La miré de reojo; sonreí: me encantaba su forma de ser. Me hubiese gustado en ese momento decirle quién era y besarla; en realidad, quería besarla desde el primer momento en que la había visto, pero tenía que controlarme. Ella no debía saber jamás la identidad del hombre que la había salvado: su vida podía correr peligro.

—Sí, si hace falta. Jamás me iré de su lado hasta que no la deje en un lugar seguro. —En realidad, sabía dónde la llevaría. La llevaría conmigo, a la residencia en la que me alojaría, el castillo en el que el rey solía reunirse con nosotros. Ni siquiera la reina Constanza sabía que allí se alojaba muchas veces el rey cuando tenía misiones secretas. No estaba dispuesto a que desapareciese otra vez de mi vida—. Vendrá conmigo; se alojará en mi castillo.

—No, iré a la casa del obispo.

—¿De verdad piensa que el obispo la va a recibir con la apariencia que tiene?

—Le diré quién soy en realidad; podrá mandar a un emisario a mi padre.

—Él ni siquiera querrá escucharla e incluso dudará de su palabra. Perdóne que se lo diga, pero ahora mismo no parece una dama. —Me acerqué a ella. Su mirada se fijó en la mía—. No tema, soy un hombre de honor que jamás haría daño a una mujer.

—No le temo... —dijo titubeando.

—Muy bien, pues entonces vendrá conmigo.

—No, no iré. No es lo más apropiado de una dama.

—Pero usted ya ha hecho cosas que nunca haría una dama. —Se quedó sorprendida ante mi comentario; sabía que iba a replicarme. La conocía muy bien, pero no le di tiempo, la monté sobre mi caballo, di un salto posicionándome tras ella, le rodeé la cintura y la atraje hacia mí. Necesitaba sentirla: su olor me embriagaba. ¡Cuánto la había echado de menos! ¡Cuánto la amaba! Y ni siquiera ella era consciente de todos los sentimientos que despertaba en mí.

Estuvo callada durante el breve recorrido. Los soldados del rey, en cuanto me vieron, subieron el rastrillo y bajaron el puente levadizo.

—¿Ahora soy su prisionera?

—¡Ja, ja, ja! —No pude evitar reírme—. ¿Por qué dice eso?

—Porque me ha traído a la fuerza a este castillo.

—No, a la fuerza no: por su seguridad.

—Entonces, si no soy su prisionera, podré salir de su castillo. Necesito ir a la catedral que se está construyendo.

—Iré, yo la acompañaré.

—Pero necesito ir sola.

—Tranquila, que no entraré a supervisar lo que usted tenga que hacer, pero la acompañaré.

La ayudé a bajar del caballo. No la solté de inmediato; necesitaba sentir su calor cerca de mí. Me hubiese gustado quitarme el casco para que hubiese podido ver que era yo. Enseguida vi que salía Gregorio a recibirnos: era el jefe de la caballería.

—Gregorio, la dama será mi invitada por unos días. Que Margarita la acompañe a su habitación y le dé todo lo que necesite.

La vi alejarse; me preocupaba su seguridad; casi la matan unos bandidos. La reprendería más adelante: era una inconsciente. No se daba cuenta de los peligros que corría. Roberto había permitido que eso sucediera; debía reprenderlo. Le había insistido en que cuidara de ella. Claro que, sabiendo cómo era Rosa, no me sorprendía que hubiese planeado al detalle su huida.

Fui a mi habitación; me quité el casco. Tendría cuidado: ella no debía saber nunca mi identidad.

Rosa estaba ubicada en otra planta; así evitaría que ella me viese por el castillo. Salí a la galería y bajé hasta las cocinas. Allí estaba Liliana, la cocinera. La quería como si fuese mi propia madre; en realidad, ella sabía mis secretos, mi pasado y era la única a la que yo permitía que me diera consejos. Me miró; sabía que estaba deseando preguntarme algo e imaginaba de lo que se trataría.

—¿Qué quieres decirme, Liliana?

—Ya sabe usted que solo miro y permanezco callada.

—Eso no es verdad, siempre me das tu opinión —le dije cruzando los brazos sobre mi pecho y apoyándome sobre la puerta.

—No está bien que tenga bajo su mismo techo a una dama.

—¿Por qué? Yo la protejo.

—Usted sabe a lo que me refiero; la reputación de ella está en juego. No debería tenerla aquí. Además, puede descubrir su identidad, y ya sabe su juramento ante el rey.

—No sabrá nunca quién soy. —Le sonreí; sabía que sus consejos eran porque se preocupaba por mí—. Además, ¿qué pensarías si te dijese que esa bonita mujer que tengo alojada en mi castillo va a ser mi futura esposa? —En ese momento se giró para mirarme, seria.

—¿Su esposa?

—Sí, mi esposa.

—Pues tampoco debería tenerla aquí; su esposa no debe pisar el castillo de su futuro esposo hasta que no los haya casado y les haya dado su bendición un sacerdote.

—La protejo, Liliana. Pero ¿sabes?, tienes razón: no está bien que se quede en mi hogar; además, nadie debe saber mi identidad, ni siquiera ella.

—De verdad, señor, que no lo entiendo. Me sorprende cada día más. Por cierto, se me olvidaba. Ayer vino un hombre encapuchado; decía que tenía que recibir urgentemente un mensaje que me dijo. —Eso me inquietó: yo no estaba esperando ningún mensaje.

—¿Qué es lo que te dijo?

—*Alea iacta es.*

—La suerte está echada —dije en voz alta—. No entiendo el sentido del mensaje. Tenía que interrogar a Liliana para saber algo más del emisario.

Escuché pasos que se acercaban a la cocina; miré a Liliana y me escabullí escondiéndome en un rincón oscuro del pasillo que colindaba con esta. Era Rosa. Nunca dejaría de sorprenderme; le había dicho que no se moviera de su habitación, y no solo no me había hecho caso, sino que había ido a investigar a las cocinas. Me puse cerca a escuchar lo que decía; en el fondo me divertía y me encantaba que ella fuera así.

—Mi señora, usted no debería estar aquí —escuché decir a Liliana.

—¿Y por qué no? Me ha traído aquí un caballero desconocido que oculta su rostro y tan solo deja ver sus ojos. —Sonreí ante su observación; si ella supiese quién era ese hombre...

—El es bueno, no le hará daño. Créame que, si la ha traído hasta aquí, es para protegerla.

—Espero que sí, pero yo no necesito que me protejan; mi prometido es el capitán Alonso Díaz, capitán del rey Alfonso VI. Él vendrá a por mí en cuanto descubra todo lo que ha sucedido y le puedo asegurar que averiguará que este hombre me tiene retenida. —En realidad, me agradaba escucharla. Así que *su prometido*, así me consideraba ella. Era algo que me halagaba, ya que yo la quería solo para mí; ansiaba casarme con ella, con la única mujer que había sido capaz de robarme el corazón. Percibí el silencio de Liliana; lo debía estar pasando mal: ella sabía de mi identidad—. ¿Quién es él?

—No puedo decírselo, señora. Eso debe preguntárselo al señor.

—Está bien, ¿y se puede saber dónde está?

—Mire usted en las caballerizas; a veces también está en el jardín.

—Gracias y disculpe si he sido un poco...

—No hace falta que se disculpe.

La vi salir, con su pelo despeinado y con las mejillas sonrojadas. ¡Qué bonita estaba! Después iría tras ella. Observé su movimiento de caderas; me volvía loco: era obstinada, valiente y decidida, cualidades que admiraba en un hombre, cuánto más en una mujer. Entré en la cocina; Liliana me miró con reproche.

—Ha estado escuchando —me reprendió. Asentí con una sonrisa en el rostro—. No está bien lo que está haciendo con la dama; además, es su prometida. ¿Qué pasará cuando ella descubra que usted es el capitán Alonso Díaz?

—Si lo descubre, que lo dudo, me perdonará —le dije mientras me sentaba en la silla de madera.

—Está usted equivocado: una mujer no perdona que la engañen.

—¡No es para tanto!, además, nunca lo sabrá. Liliana, ¿cómo era el hombre que te ha dado ese mensaje para mí? Necesito que me digas todo tipo de detalles, por insignificantes que te parezcan.

—Ya se lo dije, señor. Llevaba una capa negra y no pude ver su rostro con claridad; la capucha le ocultaba la cara. Era siniestro; me dio hasta un escalofrío al verlo. —Estaba pensativa intentando recordar—. Bueno, tranquila, si recuerdas algo más, tienes que decírmelo.

Me disponía a marchar cuando Liliana se giró para detenerme.

—Sí, hubo algo que me llamó la atención; es cierto: ya no lo recordaba. Llevaba un anillo de oro con un ocho invertido; era bastante grande y se veía mucho como para no fijarse en él.

La orden de David: aquello empezaba a no gustarme.

—Gracias, Liliana, me has sido de gran ayuda.

Estaba preocupado. ¿Por qué me habían llevado ese mensaje a mí, a mi castillo? Ya lo pensaría más tarde. Ahora deseaba estar con ella. No tenía el casco, pero llevaba la cinta roja que siempre me prendía alrededor del cuello; esta serviría. Ya había oscurecido y, estando oculto tras los árboles del jardín, ella no podría ver mi rostro con claridad.

Enseguida la vi; estaba oliendo las rosas. Contempló el cielo estrellado y se dirigió hacia el estanque para sentarse. La seguí con cautela y corté una de las rosas rojas; me acerqué con sigilo hacia donde ella se encontraba.

—No se gire, no puede ver mi rostro —noté cómo se tensaba.

—¿Y por qué no puedo verlo?

—Porque nadie puede verlo; a aquel que lo vea me veré en la obligación de matarlo, y créame que es lo menos que deseo hacerle a una dama tan bonita como usted.

—Pues no sé si podré evitar no girarme: soy bastante impulsiva y curiosa. —Sonreí. Sabía que era cierto.

Me aproximé a ella; podía notar su respiración acelerada.

—Por eso —le susurré al oído— le voy a tapar los ojos; no se asusté; jamás le haría ningún daño. Solo es para que ambos podamos hablar.

Rosa se quedó inmóvil mientras yo ocultaba sus ojos con la cinta roja. Estar tan cerca de ella y oler su perfume y sentir la suavidad de su piel mientras mis manos rozaban su rostro me hacía desearla más que nunca. Mis manos se quedaron por un instante acariciando su cuello; sentí su escalofrío provocado por mi caricia.

—Ahora, imagino que ya podré hacerle las preguntas que tanto deseo.

—Sí, puede preguntarme lo que quiera.

—¿Quién es usted?

—Eso no puedo responderle.

—¿Por qué?

—Le vuelvo a repetir que eso no puedo responderle.

—Muy bien, pues, ¿por qué me ha traído aquí?

—Está más segura. Aquí nadie le hará daño.

—Pero debo ir a la catedral.

—Mañana irá a la catedral.

—Me puede decir su nombre. —Viéndola tan bonita con el reflejo de la luz de la luna en su rostro y su pelo negro, se me hacía irresistible el no besarla.

No pude evitarlo; le rodeé la cintura. Sujeté sus manos para evitar que se quitase la cinta y la

atraje hacia mí. Sentía los latidos de su corazón y su respiración agitada; no le di tiempo de que pudiese reaccionar. Mis labios rozaron los suyos; ansiaba sentir la suavidad de estos y el placer que me provocaba notar su boca sobre la mía. La besé el cuello y le susurré al oído.

—Me conocen como el caballero de la Rosa Roja —le dije mientras le colocaba una rosa entre sus manos. Me alejé de ella; ya que sabía que, más cerca de Rosa, haría imposible controlar mi anhelo hacia ella. Tenía que ser así. Subí a mi habitación. ¡Cuánto deseaba estar con ella!

Había amanecido con el cielo encapotado de nubes; una ligera niebla formaba parte del paisaje. Di instrucciones expresas a Gregorio para que acompañase a Rosa a las obras de la catedral. Yo tenía otro asunto que hacer; debía encontrar al fraile que venía de Liébana con la otra esmeralda. Hacía semanas que me habían informado que era peligroso que yo fuese hasta allí y que uno de los hermanos de Liébana llevaría la joya hasta la reina; tenía que esperarlo en las inmediaciones a la entrada de la villa.

Partí muy temprano; sabía que debía estar por los bosques cercanos, a la entrada de la ciudad. Siempre había un sitio de oración desde el monte en el que se divisaba la ciudad. La niebla sería mi principal enemigo. Subí por los caminos agrestes; la humedad se metía hasta el interior de mi traje. Llevaba tiempo galopando, con mis sentidos alertas; en ese momento escuché ruidos. Me detuve en seco y até mi caballo al primer tronco del primer árbol que encontré. Puse mi mano en la empuñadura de mi espada; por instinto siempre lo hacía cuando intuía que podía haber problemas. Avancé despacio, en dirección al río. Enseguida lo vi; allí estaba el fraile, atado al tronco de un árbol, amordazado; la expresión de sus ojos era de temor. Avancé rápido y le retiré la mordaza.

—Tenga cuidado; él lo está esperando: lo ha escuchado venir.

—¿Él? —le pregunté pero, antes de que me diera tiempo a responderle, ya estaba el hombre del turbante negro, el almorávide que perseguía a Rosa y el causante de todas las desgracias que rodeaban a mi amada. Fui hacia él.

—¡Detente, maldito cristiano! Si das un paso más, lanzaré esta daga directa al corazón de ese fraile. —Me paré en seco: sabía que lo haría—. ¿Acaso buscabas esto? —Sacó la pequeña esmeralda cuyo brillo hacía que apenas se pudiera desviar la mirada de la joya.

—¿Por qué buscas esas esmeraldas?

—Tú también las buscas, cristiano. Estas esmeraldas representan más poder de lo que tú puedes imaginar. Alguien más poderoso que tu rey las quiere, y yo se las llevaré.

—¿Quién es él?

—Jamás lo sabrás. Hoy no os mataré porque necesito que los dos deis este mensaje a la reina. Escuchad bien y decidlo tal y como yo os lo digo. —Mantenía las distancias, lo que me impedía arrebatarme su daga—. Decidle a la reina Constanza que el tiempo se agota y el final se acerca. Y, respecto a ti —me miró—, nos encontraremos y entonces sí que te mataré. —Desapareció. No lo vi: era rápido.

¿Qué habría querido decir con ese mensaje? Tenía que ir a ver a la reina Constanza y

preguntarle: me debía varias respuestas. Me dirigí al fraile.

—Debemos visitar a la reina; debe saber de la esmeralda robada. Ellos están detrás.

—¿Se puede saber quiénes son ellos? —le pregunté. El fraile se giró para mirarme.

—No lo sabe, no lo sospecha. Hace muchos siglos, en la época de Jesucristo se formó la orden más peligrosa en Tierra Santa, una orden que nadie sabe quién es el que está detrás de ella, a excepción de los que lo siguen y son súbditos suyos.

—¿Y se puede saber por qué ha mencionado a la reina Constanza?

—Ellos saben que ella está tras las esmeraldas. Cuando se descubrió la tumba del apóstol, el hallazgo atravesó mares y océanos. En la tumba había unas esmeraldas que escondían un gran secreto, junto con un pergamino que revelaba uno de los secretos más guardados por los cristianos. Las esmeraldas se distribuyeron por distintos puntos y nadie sabe quién se hizo con el manuscrito. Ahora sabemos que las quieren y desean apropiarse de ellas y del secreto que esconden solo para su poder y destrucción.

—¿Cuál es el secreto que esconden?

—Una revelación, un tesoro inimaginable de los primeros apóstoles que estuvieron junto a Jesucristo.

—¿Por qué ahora es cuando desean hacerse con las joyas?

—Mucho tiempo atrás se intentó hacerse con ellas, pero fueron guardadas con recelo. La muerte de un campesino nos alertó que se habían movilizad y por algún motivo especial deseaban hacerse con ellas. Debemos ir inmediatamente a ver a la reina. Quieren destruirlas.

Sí, yo también pensaba lo mismo: había muchas cosas que explicar.

Capítulo 30

Todavía sentía sus labios sobre los míos; había deseado que no se detuviera. No me podía perdonar mi reacción; por un momento quise que me abrazara. No me entendía; yo estaba enamorada de Alonso pero ese hombre... me había cautivado, había algo en él, en su mirada que provocaba que mi cuerpo y todo mi ser reaccionara cuando él estaba cerca de mí. «Quizás — pensé—, habrá sido porque me recordaba mucho a Alonso». Por una parte, había deseado verlo esa mañana; me intrigaba, anhelaba ver quién se escondía tras ese casco. Recordaba las palabras que me había susurrado: «El caballero de la Rosa Roja». Su hombre de confianza me acompañaba a las obras de la catedral; él se quedó en el exterior. No sabía a quién tenía que dirigirme; desconocía quién era el maestro de obra. Anduve despacio por la catedral; observé a los canteros. Algo me llamó la atención: los símbolos de los grandes bloques de piedras que los canteros colocaban, con gran esfuerzo, para levantar aquellos pilares que estaban dando vida a una gran catedral.

Fui directo hacia una de las capillas que estaban construyendo; me quedé mirando fijamente hacia el altar; había varios hombres pero, en realidad, era como si estuviera solo observando la cruz que había tras este: era una réplica de la que Yosef me había dado, solo que la suya era mucho más pequeña. Me acerqué despacio; intenté disimular poniéndome de rodillas delante del altar: era exacta. ¿Qué significado tendría? Echaba de menos a Yosef; él me hubiese explicado todo. No me percaté de que en ese momento se acercó a mí un anciano, me observaba desde la distancia.

—¿Está bien, señorita? —Me giré; aquel anciano de ojos oscuros me miraba con rostro sonriente.

—Es esa cruz. —El hombre cambió de expresión cuando le señalé el símbolo religioso.

—¿Qué le ocurre a esa cruz?

—Recuerdo haber visto otra similar.

—Es única, no hay ninguna igual. —Hizo una pausa antes de volver a hablar—. La he estado observando desde que ha entrado; parecía como si buscara a alguien.

—Así es, a lo mejor usted me puede ayudar. —El hombre asintió a la espera de que continuara hablando—. Busco al maestro de la obra, Bernardo. —El hombre abrió los ojos ante mi respuesta.

—¿Y para qué lo busca?

—Tengo algo para él. —En ese momento me hizo un gesto para que le siguiese. Me llevó a una zona más apartada, donde no estaban los canteros.

—Aquí nadie nos escuchará. Yo soy el maestro Bernardo, ¿qué es lo que me quiere decir?

—He hecho un largo recorrido desde Toledo; ha muerto mucha gente en el camino y, sobre todo, un gran amigo mío, que fue el que me encomendó buscarlo. Murió por lo que le voy a decir. Él era el guardián... —Vi la expresión de sorpresa del maestro de obra. Extraje la cruz que colgaba de mi cuello, la retiré y la giré y se la di para que él observase la pequeña esmeralda que había incrustada en la parte de atrás. Su mirada se centró en la joya sin apenas parpadear; después me entregó la cruz al escuchar ruidos en el interior de la catedral.

—Póngasela y ocúltela; no se la enseñe a nadie.

—Pero se la tengo que dar a usted; he dejado todo por esta joya. Hay un hombre que me ha perseguido, un musulmán, que la quiere y mató a mi amigo y a un fraile que fue hasta Toledo a buscarla.

—¡Dios mío! —exclamó—. Guárdela por el momento; la joya que lleva usted es una pieza clave que muchos desean tener para destruirla. Hay otras como esta y, si se hacen con ella, será lo peor que podría pasar... —Dejó de hablar: alguien venía hacia nosotros. Me giré: era un fraile enjuto, de nariz aguileña, piel pálida y ojos grandes y azules. El maestro se acercó a mí—. Guarde la cruz ya, no diga nada —me susurró.

—¡Por fin lo encuentro! Es difícil dar con usted.

—Siempre estoy entre estos muros —respondió el maestro. El fraile me observó y después centró su mirada en Bernardo.

—Necesito hablar con usted, a solas. —Me miró; aquel religioso me intimidaba con su mirada. Había algo en él que no me gustaba. Bernardo se giró para mirarme.

—Espéreme aquí, enseguida estoy con usted. —Observé la mirada penetrante del fraile; era como si estuviese descifrando lo que pensaba. Sentí un escalofrío; asentí.

Los vi alejarse; percibí nerviosismo por parte del maestro; intuí que ese hombre le causaba la misma sensación que a mí. Miré para todos los lados para percatarme de que nadie me observaba; me acerqué despacio hacia el altar y fui hacia el hueco donde estaba incrustada la cruz. Era extraordinaria: las bonitas piedras preciosas en esta hacían que brillase y los colores se mezclasen entre ellos proporcionando un color diferente y extraordinario. Quería tenerla entre mis manos, pero sabía que me podían ver: había muchos canteros trabajando en el interior de lo que se percibía que sería una gran catedral. Fue en ese momento cuando me di cuenta: las columnas que sostenían la capilla también tenían los símbolos que había percibido cuando entré en el interior de la catedral; varios símbolos diferentes que después se volvían a repetir. En cada serie se añadía un símbolo más, ¿qué significaría aquello? Con mi mano toqué cada signo; tenía que tener algún significado. No todas las piedras llevaban estos símbolos, pero sí la mayoría. Estaba tan ensimismada en mis pensamientos que no percibí que Bernardo estaba ya junto a mí. Me giré, asustada.

—A la reina Constanza le encantará conocerla y darle alojamiento hasta que decida abandonar nuestras tierras y marchar hacia Toledo.

—La verdad es que estoy deseando regresar a mi hogar.

—Seguro que su majestad le proporcionará soldados para que la protejan hasta su hogar.

—Muchas gracias.

—Espere aquí, le diré a mi aprendiz que la acompañaré hasta el palacio donde ella se aloja.

Mientras lo esperaba, volví a centrarme en los símbolos; en especial hubo dos que me llamaron la atención. No seguían el mismo trazado que los otros ni la misma secuencia; estaban justo debajo de la cruz del altar, cruz templaria, estrella de David y cruz templaria, justo debajo, en el centro. ¿Qué significado tendría aquello? Lo memoricé.

—Señorita, venga conmigo, por favor. Debemos darnos prisa ahora que el beneditino se ha marchado.

—¿Qué tiene que ver ese fraile? —El maestro me miró.

—Él es la mano derecha de la reina, pero yo no me fío en absoluto de ese fraile. Ya he advertido a la reina; espero que sea prudente y no le hable de todo lo que ella sabe. Usted, tranquila; pronto podrá olvidarse de este asunto.

Fueron las únicas palabras que intercambiamos; recorrimos los caminos empedrados que nos llevaron hasta la residencia del obispo, lugar donde la reina Constanza residía durante su estancia en Compostela. En cuanto el soldado vio al maestro de obra, le dio paso al interior del recinto. No era un extraño para ellos. Atravesamos un gran patio hasta llegar al interior de la residencia destinada a la reina, separada de la del obispo, e independientes la una de la otra. Nos llevaron a una gran sala con tan solo una silla de madera en el centro de esta y varias en los laterales. La reina entró. Me quedé sorprendida al verla; era una mujer de semblante serio, altiva. Apenas me dirigió la mirada; tan solo se centró en Bernardo el Viejo.

—Espere aquí. —Bernardo salió tras la reina a otro lugar del recinto.

Transcurrió bastante tiempo hasta que el maestro de obra se acercó a mí; la reina salió de la sala. Él me miró con interés a los ojos.

—Su majestad la alojará aquí hasta que pueda regresar a su casa; ella la mandará con sus hombres para que la protejan hasta la casa de sus padres. Pero, por el momento, es más seguro que usted se quede aquí. La reina... —titubeó—... sabe lo de la esmeralda.

—¿Cuántas esmeraldas son?

—Ellos piensan que son tres, pero en realidad existen otras dos, la que tiene usted, la que está en la cruz del altar y la que se encuentra en Liébana; las otras dos las tienen ellos. —Se quedó pensativo.

—¿Ellos?

—Es mejor que no sepa más. Solo nosotros sabemos su paradero... Aquí estará a salvo, pronto podrá regresar con su familia. Son tiempos difíciles. El peligro se encuentra por todas partes.

—Pero... —En ese momento busqué al hombre que me había llevado hasta allí. Ya no estaba; ni

siquiera lo había visto alejarse.

—No solo se trata de encontrar las esmeraldas; ellos buscan algo más. Saben que hay un documento de gran valor, donde se revelan las claves fundamentales para encontrar el gran secreto que ocultaron los discípulos del apóstol en su tumba. Si dan con este documento, dañarían mucho al Papa y a los cristianos, y lo saben. Si tienen las esmeraldas, darán con el documento.

—¿Pero cómo? No entiendo nada.

—Cada esmeralda guarda un mensaje; ese mensaje llevará al documento. Nadie puede dar con él y, por lo tanto, nadie que no sea la reina o el Papa puede hacerse con las esmeraldas.

En ese momento entró la reina Constanza; le hice una pequeña reverencia. Su mirada fría estaba fija en mí.

—Querida, necesito que me enseñe la esmeralda que lleva consigo.

Obedecí; me quitó la cruz que colgaba sobre mi pecho y se la entregué. Ella la miró con detalle, y una sonrisa se dibujó en su rostro. Después volvió a observarme.

—Nunca la muestre a nadie que no seamos ninguno de nosotros dos. Usted debe llevarla hasta que alguno de nosotros se la reclamemos. En estos momentos está más segura con usted que con cualquiera de nosotros; sabemos que nos tienen vigilados. Mi dama de compañía le dará una habitación donde alojarse hasta que mis hombres la acompañen hasta su hogar, Toledo. —Miré a Bernardo el Viejo, quien asintió con la mirada; ese hombre me daba seguridad.

Seguí a su dama de compañía; antes de llegar a la puerta, me giré y observé que ambos conversaban: estaban preocupados. La dama de compañía de la reina era una joven muy bonita; cuando salimos de la sala, se giró, y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—Perdone que le interrumpa, pero escuché que estuvo con el capitán Alonso Díaz. —Me sorprendí, ¿de qué conocía ella a Alonso y cómo sabía que yo había estado en su castillo?

—¿Quién se lo ha dicho?

—El capitán estuvo aquí ayer, señorita, y estuvo hablando con la reina. —En ese momento sentí una gran alegría; Alonso estaba en Compostela—. Le escuché decir que necesitaba que la reina protegiese a una dama que respondía a su nombre; habló de usted. Entonces, ¿lo conoce?

—Sí, lo conozco. ¿Está aquí? —pregunté sin mostrar mucho entusiasmo, ya que por el brillo de los ojos de la jovencita intuía que su pregunta era porque quería saber algo más sobre él; tenía interés en mi capitán.

—El capitán Díaz nunca está en un sitio más de dos días. —Su rostro se entristeció.

—Entiendo. —Me di cuenta enseguida de que la joven sentía algo por Alonso. ¿Qué secretos guardaba mi capitán? La verdad es que no sabía mucho de él ni de su vida. Me había enamorado de un hombre que era un desconocido para mí.

—Estoy deseando que regrese de su última misión y pida mi mano. —Sentí que el mundo se hundía a mis pies tras escuchar aquello. Me miró—. La reina en más de una ocasión me ha dicho que el capitán tendría que casarse y que lo iba a invitar a que pidiese mi mano. —Estaba sorprendida y a la vez triste. No daba crédito a lo que acababa de escuchar; no respondí ni

pregunté, en realidad preferí no saber más—. Esta es su habitación.

Cerré la puerta tras de mí; me apoyé en esta y me fui cayendo hasta quedarme sentada en el frío suelo de piedra. ¿Cómo podía ser? Me sentía engañada por mi capitán. Ahora estaba convencida de que jamás se casaría conmigo; si la reina le hacía esa propuesta, nadie, ni siquiera él, osaría en contradecirla. ¿Por qué me estaba pasando todo esto a mí?

Transcurrían los días sin salir de ese recinto; apenas veía a la reina y tan solo de vez en cuando aparecía su dama de compañía, a quien intentaba esquivar. Me sentía sola; tan solo quería regresar a mi hogar, ver a mi familia. Esa mañana entró una doncella a mi habitación.

—Señorita, un mensajero ha traído esto para usted.

Era una tela roja; la deslié, y cayeron al suelo varios pétalos de rosa roja.

—Quien lo ha traído me ha dicho que le diga: «Se marchó sin despedirse de mí». También me ha dicho que el mensaje viene de parte del caballero de la Rosa Roja.

Sentí calor en mis mejillas; todavía recordaba el beso que él me había dado. ¿Cómo se atrevía? Recogí cada pétalo de rosa que había caído; cerré la puerta y cogí la biblia que tenía en mi mesilla; la abrí y entre sus páginas guardé los pétalos. ¿Quién sería aquel desconocido? Mi vida era un caos: necesitaba encontrar respuestas a muchas preguntas y, sobre todo, necesitaba encontrar a Alonso; lo amaba, aunque cada vez desconfiaba más de él. Me había abandonado, y eso no se lo perdonaría. Ahora también tenía en mente al desconocido que invadía mis pensamientos. ¿Qué es lo que me estaba pasando?

—¡Por fin la encuentro! Su majestad, la reina Constanza, desea verla. —Me alisé la falda y seguí a Ana, su dama de compañía.

Me guió por un laberinto de pasillos que todavía no había explorado. Las galerías que atravesamos eran sobrias, oscuras, frías, hasta llegar a una sala en la que tan solo había una hilera de sillas. La reina Constanza estaba de pie y junto a ella el fraile que había visto en la catedral. Esa situación empezaba a no gustarme; la sola presencia de ese hombre me hacía sentir escalofríos.

—Puedes irte, Ana —dijo la reina mientras se giraba para mirarme, guardando las distancias y con su semblante serio. Me incliné a modo de reverencia bajo la atenta mirada del benedictino—. Querida, este es mi hombre de confianza, su eminencia Pedro de Leucata; él también sabe lo de las esmeraldas y le he dicho que tú tienes una de estas; ambos coincidimos en que lo mejor es que la guardes. Hasta que no tengamos las dos que nos faltan, es mejor que esté a salvo contigo hasta que las reclamemos.

»Mañana por la mañana partirás con dos de mis mejores soldados y su eminencia; él tiene que custodiar también la joya sagrada. Recibirás noticias mías muy pronto. —Se acercó a mí y cogió mis manos entre las suyas, gesto que no me lo esperaba de la monarca, ya que siempre había mantenido la distancia entre nosotras.

»Gracias, Rosa, sé que para ti esto supone una carga que no tienes que soportar, pero te prometo que te estaré muy agradecida si cumples con mi mandato, y te concederé todo lo que me

pidas. Ya puedes marcharte.

Salí de la sala, aturdida y con temor de aquel sacerdote, que me observaba con frialdad.

En ese momento decidí abandonar el palacio del obispo e ir a buscar al maestro de obra. Me tapé con la capucha de mi capa bajo la atenta mirada de los soldados; tomé uno de los caballos de los establos y me escabullí de esos muros en dirección al recinto donde se levantaba la catedral. Atravesé el bosque de arbustos a galope; tenía la sensación de que me seguían. De vez en cuando miraba hacia atrás para cerciorarme de que no era así. Até mi caballo en las proximidades de la catedral y me introduje en el interior de esta; fui directo al lugar donde estaba la cruz. Me había fijado el día anterior que, por detrás del lugar, había un hueco tras el cual podía meter la esmeralda y guardarla sin que esta fuese vista. Había llegado hasta allí para dejar la esmeralda como le había prometido a Yosef y no estaba dispuesta a llevarla conmigo: era demasiado valiosa. Tenía que estar junto a la otra. Me cercioré de que no había nadie por los alrededores e hice el movimiento con gran rapidez, pero no pude colocar la esmeralda donde tenía pensado, ya que Bernardo el Viejo me vio y se acercó a mí.

—Venga conmigo, por favor. —Me llevó hasta la capilla donde estaba la cruz.

—Mañana partiré a Toledo.

—¿Mañana? ¿Tan pronto? Le dije a la reina que se esperase a las indicaciones del Santo Pontífice. Le mandé un mensajero ayer.

—Me lo ha comunicado hoy; me acompañará el sacerdote que ayer estuvo aquí, en la catedral, su eminencia Pedro de Leucata.

—Ese fraile... No me fio de él.

—También vendrán con nosotros dos soldados de la reina. El fraile sabe que yo tengo una de las esmeraldas; se lo dijo la reina. —Observé que su rostro palidecía.

—Se lo advertí a la reina, ese hombre... —Me miró con intensidad a los ojos—. Tenga cuidado de él, no me fio del beneditino. Estoy convencido de que es un traidor. Querida, las esmeraldas descifran algo muy importante para la iglesia; debe permanecer oculto hasta que el Papa lo reclame. —En ese momento giró su rostro; Pedro de Leucata se acercaba hacia donde nos encontrábamos—. Nunca le enseñe la esmeralda, aunque él se lo diga —me susurró y se adelantó hacia el beneditino.

—No debía haber salido del palacio del obispo. —El fraile se dirigió a mí—. Menos mal que la vi salir y decidí seguirla. ¿Es usted consciente de que ya ha habido muertos por esas esmeraldas?

—Lo lamento, pero quería despedirme del maestro de obra.

—Ya la he advertido de los peligros —retrucó Bernardo el Viejo.

—Pues, si ya se ha despedido ahora, debe acompañarme: mañana debemos emprender el viaje hacia su hogar.

Me marché con el religioso; antes de salir del recinto, me giré para mirar al maestro: estaba con los canteros, dándoles instrucciones pero curiosamente vi a un caballero junto a él. No lo

distinguía bien, pero estaba casi convencida de que se trataba del caballero de la Rosa Roja.
¿Cómo había entrado ese hombre? Su presencia llamaba la atención.

Capítulo 31

Asad sabía quién era la mujer que tenía la esmeralda; sospechaba dónde se podía encontrar. Había seguido sus pasos muy de cerca, pero entrar en la ciudad de la tumba del apóstol podía ser peligroso para él. Tenía que actuar rápido; dos esmeraldas se encontraban ya en su poder y sabía que el califa debía estar nervioso. Tenía que partir y regresar a su tierra. Él era consciente de que, si no llevaba una prueba, el califa mandaría a sus hombres buscarlo para torturarlo. Tenía mucho camino por recorrer y llevaba dos joyas de gran valor para presentar al califa; no podía esperar más a que la joven cristiana se marchase de Compostela. La vida de su hijo y la de él peligraban. Regresaría a buscarla, pero antes tenía que poner a salvo al ser que más quería; si no aparecía pronto por palacio, sabía que la matarían.

Desde el monte divisaba la ciudad sagrada.

—Pronto estaré aquí. Te encontraré, cristiana —dijo en voz alta.

Tiró de las riendas de su caballo y empezó a galopar hacia las tierras del sur para adentrarse en los desiertos africanos. Estaba dispuesto a detenerse lo menos posible; la ira y la venganza le hacían desear llegar cuanto antes a su tierra para cumplir parte de su misión y regresar para poder hacerse con el resto del tesoro oculto. Ansiaba encontrar a la cristiana, la mujer que se había burlado de él en Toledo y en la que el judío había confiado. Nadie se había escapado de él y lo había engañado como ella lo había hecho. Sí, la mataría y disfrutaría haciéndolo.

Por otro lado estaba Ziryab; si había logrado escapar con vida del ataque de los bereberes en la Ciudad Brillante, estaba convencido de que también iría a reunirse con el califa, y eso le gustaba menos. Él temía a Ziryab; sabía que lo odiaba y que nunca le perdonaría lo que había ocurrido en el pasado.

Capítulo 32

Pedro de Leucata estaba en su habitación; había un joven, oculto con su capa negra de la que se vislumbraba la punta de su espada. Esperaba, impaciente, a que él terminara de escribir el mensaje que quería que llevase al monasterio de san Vicente del Pino. Lo observaba mientras escribía; sentía odio por él: ese hombre siempre le había utilizado. Desde su infancia lo había tratado con desprecio, y desde entonces él había ido incrementando su rencor. Era frío y calculador, y solo el odio hacia un hombre superaba el que tenía hacia el benedictino; ese hombre era el capitán Alonso Díaz. Lo había visto en esa taberna cuando él se dirigía a Compostela. Se ocultó; no deseaba que él le reconociese, pero llevaba en su torso la cicatriz de la espada del capitán cristiano. «Fuiste un imbécil, capitán, por dejarme con vida, debiste matarme en ese momento», pensó. Él fue el causante de su desgracia; podía haber llegado muy alto dentro de la orden, pero él... Sus manos retorcieron el palo que tenía entre estas; lo partió en diminutos palitos que cayeron al suelo. El ruido llamó la atención del benedictino, quien lo miró con desprecio.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —El joven se limitó a sonreír.

Se estaba impacientando; llevaba mucho tiempo esperando. A pesar del rencor que tenía al fraile, todavía le infundía temor. Sabía que cualquier orden de ese hombre podría llevarlo a la muerte. El benedictino volvió a levantar la vista, dobló con sumo cuidado el papel y puso su sello sobre este. Se incorporó con dificultad y se dirigió hacia donde estaba el joven que lo portaría. Le miró con interés a los ojos.

—No debes fallar en esta misión. —El joven asintió—. Debes entregárselo personalmente al gran maestro. Espero que no me defraudes como la última vez.

El joven se guardó la bolsa de monedas de oro que el benedictino le había dado y después se marchó. Leucata se acercó a su ventana y observó, pasados unos minutos, cómo el muchacho se montaba en su caballo y se alejaba del recinto del obispo donde se alojaba. Mientras contemplaba la escena, le venía a la mente la imagen de la joven dama. ¿Por qué iría a la catedral a ver al maestro de obra? Ella le dijo que era para despedirse de este, pero él intuía que eso no era la verdad: acaso el maestro también sabía de la existencia de las esmeraldas. Lo averiguaría; debía hablar con la reina Constanza e intentar que ella le diese la pista que confirmaría sus sospechas. Debía deshacerse de la joven, pero tenía que pensar cómo hacerlo: ella sabía demasiado. Sonrió; por fin podría dar al gran maestro una de las esmeraldas. Sonrió; podía ver cómo sus planes iban

cobrando forma; el gran maestro cumpliría su promesa y entonces él podría trasladarse a Roma, junto al Pontífice.

Capítulo 33

—No la debió llevar hasta la reina Constanza —le dije al maestro—. Ese fraile siempre está con ella y sospecho lo mismo que tú respecto de Pedro de Leucata.

—Pensé que allí estaría a salvo; además, no es correcto que una dama se aloje en tu hogar.

—Pero resulta que esa joven es mi futura esposa —Bernardo el Viejo abrió los ojos ante mi comentario—. Sí, me voy a casar con ella; por lo tanto, deberías haberme preguntado antes.

—¿Casarse? ¿Con el caballero de la Rosa Roja?

—No, con el Capitán Alonso Díaz —dije con rotundidad. Él también sabía de mi identidad.

—Pero ella no sabe que ha estado con usted.

—No, ni nunca lo sabrá. Hice un juramento ante el rey, al igual que usted y los pocos que forman mi guardia y guardan el palacio. Jamás deberíamos decir para quién trabajamos y cuál es mi identidad.

—¿Serás capaz de justificar todas tus ausencias de tu hogar? Esa joven es muy inteligente.

—Sí, pero ella sabe mi lealtad a mi rey y que estoy a su servicio; se lo haré comprender.

—Muchacho, mira que te conozco desde hace tiempo y sé que eres un hombre que piensa antes de actuar; de ahí la plena confianza que tiene el rey en ti, pero creo que ahora no actúas con la razón. Te estás dejando llevar por los sentimientos hacia esa joven, y eso puede ponerlos a ambos en peligro.

—No quiero ni puedo renunciar a ella, la amo. —Bernardo suspiró, me miró.

—Lo sé; jamás te he visto tan preocupado por nada ni por nadie como lo estás por esa muchacha.

—No me fío de él; hace mucho tiempo que el rey me encargó investigar al beneditino, del cual intuía que era un traidor, pero con el avance de los almorávides no he podido hacerlo.

—La reina confía plenamente en él. No hay nada que hacer hasta que no tengamos pruebas claras que lo acusen.

—¿Cuándo te ha dicho que se irá?

—Mañana, antes del alba.

—Los seguiré, partiré con ellos.

—Alonso, ten cuidado. Nadie debe saber quién eres. Sabes lo que juraste ante el rey. Ningún humano deberá descubrir la identidad del caballero de la Rosa Roja.

—Lo sé.

—Ni siquiera ella. —Me miró con preocupación.

—Ella tampoco lo sabrá.

Esa noche la pasé en el bosque; necesitaba estar alerta para cuando saliese la pequeña comitiva. El relinchar de los caballos me alertó que se acercaban; allí estaba el fraile, quien cabalgaba junto a Rosa y, delante y detrás de ellos, iban más soldados de la reina que los que yo había contado el día anterior.

«Esta mujer siempre esta metida en líos», pensé. En realidad, era la joven idónea para mí; yo tampoco tenía una vida muy normal. Recordaba el último beso que le había dado; cuánto deseaba tenerla entre mis brazos. En cuanto ella estuviese a salvo en Toledo, pediría la mano a su padre para casarme lo antes posible; no podía pasar una noche más sin tenerla junto a mí. La necesitaba; ansiaba sentir su calor en las noches frías, su mirada cálida, el roce de su piel, escuchar su sonrisa y besar esa boca que me volvía loco. Se adentraron en el bosque; el viaje sería largo y cansador para ella. Tardaríamos como unos siete días en llegar a Toledo; dependería mucho de la fortaleza de Rosa, aunque yo sabía que ella resistiría y querría llegar cuanto antes a su hogar.

Transcurrían los días; la notaba cansada. Los observaba y los seguía desde lejos. Nos encontrábamos muy cerca de Toledo. En esa ocasión no llevaba mi armadura; llevaba mis calzas y mi gambesón, mi capa y una tela negra que cubría mi rostro en el momento adecuado, a excepción de mis ojos: los dejaba al descubierto. En la empuñadura de la espada estaba grabada la rosa roja, el distintivo del juramento que había hecho ante al rey. Se detuvieron en una explanada; pasarían la noche próximos al río. Los soldados montaron dos tiendas: una para el beneditino y la otra para Rosa. La observé; por la forma de andar, estaba agotada; aun así, me sentía orgulloso de ella. La seguí hasta el río; como siempre, era ingenua: no se daba cuenta de los peligros que había. Una joven bonita como ella no podía apartarse sola del grupo: había malhechores por todas partes. No escarmentaba después de todo por lo que había pasado. Se inclinó para refrescar su rostro con las frías aguas del Tajo; en ese momento percibí que había algo por allí cerca: era un jabalí. Estaba muy próximo de ella; cogí mi daga, que siempre llevaba oculta en la bota, me tapé el rostro y me abalancé sobre el jabalí bajo la atenta mirada de ella. No me dio tiempo a llegar antes; el animal la embistió y la hirió en el brazo. Lo atravesé con el puñal. Observé cómo la sangre manaba de su brazo; sin pensármelo, rajé con mis manos la tela del bajo de su vestido; ella estaba atónita. No hablaba; solo me miraba. Ni siquiera era consciente de la cantidad de sangre que perdía. Le limpié la herida y le hice un vendaje que evitase que saliese más sangre; estaba muy acostumbrado a hacer ese tipo de curas. La miré a los ojos.

—¡Es una imprudente! No es consciente de los peligros que le rodean.

—Y usted, ¿acaso no es un peligro para mí? Aparece en los momentos más inoportunos; empiezo a creer que me persigue y eso me asusta.

—Sí, yo, que usted, estaría muy asustada de tenerme cerca, sobre todo si la salvo de los colmillos de un jabalí. —Escuché la voz del fraile: tenía que alejarme. La cogí la mano y se la

besé; ella tardó en reaccionar y darse cuenta de la cercanía del benedictino—. Tome mi daga y llévela siempre con usted —le susurré; ella reaccionó y se la guardó en el interior de su calzado.

Avanzó, mirando para todas partes; me buscaba, pero yo no podía ser visto por nadie.

—¿Se puede saber qué le ha pasado? —preguntó el fraile.

—Me atacó un jabalí.

—¿Lo mató?

—Sí... Siempre llevo una daga conmigo. —Observé que al fraile apenas le importaba la herida de su antebrazo.

—¿La esmeralda no la habrá perdido?

—¿Es lo único que le interesa? —respondió Rosa.

—Tiene un gran valor para la iglesia.

Ella pasó delante de él y se metió en su tienda.

Estaba preocupado por su herida; quería estar con ella. Cuando me aseguré de que todos dormían, me coloqué la tela que cubría mi rostro a excepción de mis ojos. Atravesé la explanada hasta acceder al interior de su tienda. Allí estaba ella; dormía sobre la piel de animal; tiritaba: la noche era fría y, a pesar de que dormía a cubierto, el frío y la humedad que desprendía el estar cerca del río se notaba. Me acerqué a ella; estaba preocupado: la herida debía limpiarse y cuidarse. Se le podía infectar. En ese momento podía disfrutar viéndola descansar sin que ella estuviese a la defensiva: era una rebelde, y eso me encantaba. Le acaricié con suavidad la mejilla; lo que menos quería era despertarla. Deseaba besarla, pero no podía hacerlo. Estaba bien, y era lo que quería comprobar. Estar más tiempo con ella era ponerla en peligro. Me alejé.

Apenas pude pegar un ojo; estaba deseando que llegara a Toledo. Quería asegurarme de que estaba a salvo, en su hogar, con su familia; era la única manera de que yo pudiese acabar mi cometido: el encomendado por la reina.

A lo lejos se divisaban las murallas de Toledo; los alrededores siempre eran peligrosos, los almorávides podían estar cerca, queriendo invadirla y ocupar la ciudad. Intuía que algo sucedía; observaba que el benedictino estaba muy nervioso. Miraba hacia todas partes. Empezó a dejar pasar a los soldados y a posicionarse en la parte de atrás. ¿Qué era lo que hacía? En ese momento me di cuenta de su intención: era un traidor. Observé cómo hacía un gesto; hacía una señal con la mano; en ese instante varios jinetes, ocultos con sus capas negras, empezaron a degollar a los soldados. Rosa enseguida se percató y, como era de esperar en ella, empezó a cabalgar en dirección las murallas de la ciudad, pero todavía estaba muy lejos de alcanzarlas. El fraile se había ocultado en una arboleda. Aparecí en escena, cabalgué a gran velocidad, bajo la atenta mirada del benedictino. Fui avanzando y quitando del medio a cada jinete. Uno de ellos, el más veloz, alcanzó a Rosa, la tiró del caballo, y esta quedó inconsciente por el golpe que había recibido en la cabeza. El jinete desmontó; se dirigía a ella.

—¡Maldito! —grité.

Me bajé del caballo, y ambos empezamos a luchar con las espadas; nuestros aceros chocaban el

uno con el otro hasta que lo hundí en su costado. Cogí a Rosa en brazos; me la llevaría al castillo de mi amigo, Diego de Rojas. Los dos éramos los hombres de confianza del monarca, y solo nosotros sabíamos de todas las andanzas secretas que el rey quería que persiguiéramos.

Su castillo estaba a unas horas a caballo de Toledo; ella estaba herida; yo mismo me prometí cuidarla y curarla. Una vez que la entregase a sus padres, esto tenía que acabar. Rosa jamás debía haber estado metida en este misterio de las esmeraldas; la muerte había estado muy cerca de ella en varias ocasiones y temía que en algún momento la suerte la abandonase. No podía soportar la idea de perderla; me moriría si fuese así.

La tapé con mi capa; estaba ardiendo; ya no sabía si era por la herida que se le había infectado o por la sangre y por el golpe en la cabeza que había recibido como consecuencia de la caída. ¡Maldito fraile!

Tenía que alertar a la reina de su traición. Mandaría un mensajero en cuanto estuviera en el castillo. Observé para ver si lo veía, pero no había rastro de él; había desaparecido. «¡Daré contigo!», grité.

Los hombres de Diego enseguida me reconocieron; la rosa roja como emblema en mi capa era la señal que ellos obedecían. Entré en el patio de armas y enseguida vi a mi amigo. Su sonrisa y alegría por encontrarse conmigo se borraron de inmediato al verme con Rosa herida.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Alonso?

—Luego te cuento; ahora hay que buscarle una habitación y desinfectarle las heridas. —La cogí en brazos y él enseguida dio órdenes de que me guiasen a una habitación.

Subí las escaleras como si la vida me fuera en ello. La habitación estaba fría y, antes de que yo ordenase que encendieran la lumbre de la chimenea para calentar la estancia, mi amigo ya lo hizo. La tumbé.

—Ven conmigo, Alonso. Mi hermana y las doncellas se ocuparán de la joven —Enseguida vi aparecer a Mencía, la hermana mayor de él, viuda y una gran mujer. Me observó.

—Tengo que desvestirla, por favor, podéis abandonar la sala. —Asentí.

Bajé las escaleras con Diego hasta llegar al salón de reuniones. Mi amigo me observaba mientras yo cruzaba nervioso la sala de un extremo a otro.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa? ¿Quién es ella? ¿Sabes que portas el emblema de la rosa roja? —Lo miré.

—Ella es la mujer a la que amo, mi futura esposa. —En ese momento se escuchó la gran risotada de mi amigo.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Me puse frente a él, molesto de que se lo tomase a risa.

—Sí, muy en serio. Estoy enamorado de ella.

—Vaya, nuestro capitán se ha enamorado. —Volvió a reírse pero, al ver mi mirada de desaprobación, intentó ponerse serio—. Muy bien, estás enamorado y quieres casarte con ella. ¿Estás seguro, amigo? Ya sabes que el amor solo trae complicaciones.

—Sí, muy seguro.

—Pues entonces, ¿qué es lo que sucede?

—Te comenté la misión secreta de las esmeraldas que me encargó la reina Constanza. La orden de David y los hombres del desierto —así llamaba a los almorávides— están tras esas esmeraldas y saben que ella es la portadora. Además, hay un documento que todos buscan. Si se apoderan de las esmeraldas y del manuscrito, tendrán más poder que el propio Papa. Ese escrito guarda un secreto desde los tiempos de Jesucristo. —Hice una pausa—. Pedro de Leucata, ese benedictino, es un traidor, y lo que más me preocupa es que es la mano derecha de la reina Constanza.

—Esto no me gusta y, por lo que intuyo, el grupo de almorávides que tanto hemos perseguido están también detrás.

—Sí, los hombres del desierto; nadie sabe dónde se esconden ni quiénes forman parte del grupo.

—Bueno, ahora lo más importante es que esa jovencita, por la que tu corazón late tan deprisa, se recupere y pueda regresar a su hogar. Después ya nos ocuparemos de este asunto que, para serte sincero, me preocupa bastante. —Me observaba. Segundos después se dibujó media sonrisa en su rostro.

—¿Y ahora de qué te ríes?

—Vas vestido de la orden de la rosa roja, llevas el emblema, sabes que es para misiones secretas; espero que no te lo hayas puesto para impresionarla.

—No, no necesito impresionarla; ella me ama, ama a Alonso Díaz.

—Muy bien, amigo, pues asegúrate de que no descubra quién eres en realidad.

En ese momento apareció la hermana de mi amigo; fui hacia ella: su rostro estaba serio. Me miró con desaprobación.

—Si no fuese porque te conozco de hace años...

—¿Cómo está? ¿Por qué me dices eso?

—¿Qué por qué? ¿Por dónde has tenido a esa joven? Tiene una infección en el brazo por una mordedura de una bestia y está llena de golpes y arañazos. Si no te conociera, pensaría que algo malo le has querido hacer.

—En cierta manera, he sido el culpable de su malestar; si la hubiera dejado en Toledo con su familia, no hubiese pasado por todas estas situaciones.

—Ahora está inconsciente —informó Mencía—, pero pronto despertará, ¿qué le diremos entonces? Ella va a pedir una explicación de por qué está en este lugar; incluso puede relacionarte con mi hermano si alguna vez lo ve contigo.

—Mencía tiene razón —aprobó mi amigo—. ¿Qué propones que hagamos?

—Nosotros debemos irnos a Compostela; de allí vengo y tuve que abandonar el lugar por proteger a Rosa. El rey iba a ir allí, donde lo espera su esposa. La esmeralda que porta Rosa la llevaré conmigo para dársela a Bernardo el Viejo. Tenemos que alertar a la reina sobre el benedictino y decirle que dos esmeraldas están bajo el poder de los hombres del desierto. Y

respecto al rey... tendremos que esperar a ver lo que nos cuenta. Mientras tanto, Mencía, a Rosa dile que vuestros soldados la encontraron malherida en el suelo y la trajeron hasta aquí; si te pregunta por la joya, tú no sabes nada —Mencía movió la cabeza de un lado para otro a modo de desaprobación.

—Sabéis que nunca he estado conforme con vuestras andanzas, pero mentir a esta joven muchacha...

—Cuando esté recuperada tiene que regresar a su hogar, Toledo. Ahí es donde debe estar.

—La mandarás con varios de nuestros hombres para que la protejan durante el camino y no regresarán hasta que se hayan asegurado de que la joven está sana y salva en su hogar —le ordenó su hermano.

—Así lo haré.

No nos demoraríamos mucho en ponernos en marcha. Debíamos partir esa misma noche. Entré en la habitación donde ella descansaba; vi el crucifijo que portaba y decidí ponérmelo; sabía que la esmeralda estaría detrás de este, era el mejor lugar para llevarla, después se lo devolvería. Me senté sobre su cama, junto a ella. Estaba muy pálida, pero sabía que ya había pasado el peligro; pronto estaría en su hogar. Me culpaba por no haberla protegido más; sabía que era un espíritu indómito, no era como cualquier dama que espera a que llegue su caballero en el hogar familiar. Ella era diferente... Pero, a pesar que deseaba que se hubiese comportado como esas damas, tenía que reconocer que me encantaba cómo era; su forma de ser era la que me había enamorado locamente de ella. Su rebeldía la hacía diferente del resto de mujeres, y a mí me volvía loco. Retiré un mechón de pelo de su rostro. Acaricié su mejilla con mi mano, bajé mi rostro y la besé en los labios. Ella se movió y giró su cabeza hacia mí; me sorprendí: no llevaba la cinta que ocultaba mi rostro. Abrió con lentitud sus ojos y clavó sus pupilas sobre las mías. Me sonrió.

—¡Alonso, mi amor! ¿Dónde has estado? Te he echado mucho de menos.

—¡Chiss! —Le puse mi dedo índice sobre su boca—. No hables, mi amor, descansa. —Ella volvió a cerrar los ojos—. Te amo, pronto regresaré por ti —le susurré. Ella sonrió al escucharlo. Se quedó dormida: estaba muy débil.

Me levanté; sabía que Mencía no me iba a perdonar ese desliz: ella me había visto. Así fue. Estábamos ya listos para efectuar nuestro viaje; Mencía me miraba.

—Ella se va a acordar de que estuviste en su alcoba, Alonso.

—Pero siempre le puedes decir que es consecuencia de su debilidad —respondió mi amigo.

—Claro, vosotros lo veis muy fácil.

—Todo saldrá bien —le dije mientras le guiñaba un ojo y empezábamos la marcha.

—¡Te quiero, hermana! —gritó mi amigo.

Capítulo 34

—Señor, el califa lo espera —le dijo un eunuco, que lo invitó a entrar en el palacio que tenía el califa en mitad del desierto.

Asad suspiró; cuánto echaba de menos la arena del desierto... Era su vida; esa tierra y ese sol lo habían visto nacer. Se llevó la mano a la bolsa de cuero amarrada en su cintura; tocó las dos joyas que había dentro de esta. Todavía le faltaban más: él sabía que había dos más y el pergamino... Tenía que armarse de valor: el califa no iba a dudar en matarlo si pensaba que él no había cumplido con su misión. Entró en la gran sala donde hacía sus reuniones; estaba sentado en su silla tallada con pan de oro. Las alfombras ocultaban el suelo. Avanzó unos pasos hacia donde estaba él, dejando cierta distancia entre ellos; flexionó su cuerpo, y una de sus rodillas tocó el suelo e inclinó su rostro a modo de reverencia.

—¡As salam! —dijo, levantando el rostro.

—¿Y bien? —le preguntó el califa, quien llevaba un turbante de lino blanco y una zihara del mismo color.

—Tengo dos esmeraldas. —El califa hizo un gesto con la mano para que se adelantase y se las mostrase. Él las sacó de su bolsa y se las mostró.

El califa las cogió y enseguida fue a comprobar que eran las verdaderas; vio los signos. Lo miró serio.

—Falta una; dijimos que eran las tres las que me tenías que traer.

—Lo sé, mi señor. Pero la tercera... ese beneditino y la reina cristiana están detrás de la joya, y me está resultando difícil hacerme con esta. —El califa se levantó y se dirigió hacia él; se puso enfrente y lo miró con atención. Apenas pestañeaba.

—Quiero la tercera y la cuarta; sé que hay una más. No me valen excusas. Tú sabes que ese era el trato.

—Se la traeré.

—Muy bien, esta vez confío en ti, pero no te daré más oportunidades. Si me fallas, ya sabes lo que te espera —amenazó el califa.

Él lo sabía: necesitaba más tiempo. Temía por la vida de su hijo; era lo único que tenía y estaba en manos del califa, un hombre cruel, con mucho poder y el más temido del desierto.

En ese momento apareció su hombre de confianza, oculto bajo una túnica negra y un turbante del

mismo color que le ocultaba el rostro, aun estando en la presencia del califa. Asad solo reconocía su voz; cuando él estaba cerca, el peligro acechaba. Se acercó a él despacio; lo rodeó. Asad puso su mano sobre la empuñadura de su cimitarra.

—Tu hijo se está iniciando en nuestras artes; sería una pena que tuviéramos que matarlo si no cumples tu promesa —le susurró. Él se giró con odio, pero enseguida los hombres del califa lo rodearon.

—Quiero ver a mi hijo y comprobar que está vivo. Una vez que hable con él, regresaré a tierras cristianas para hacerme con las joyas que faltan.

El hombre de negro asintió al califa, y este dio la orden de que así fuera. Le taparon los ojos a Asad para que fuese conducido al lugar donde se encontraba su hijo. Transcurridos unos minutos, le quitaron la cinta y lo empujaron con fuerza; estaba en una sala oscura donde costaba respirar. Solo había la iluminación de dos antorchas; cuando su vista se acostumbró a la oscuridad, se dio cuenta de que su hijo estaba en el centro de la sala, observándolo. Enseguida se dio cuenta de lo que había crecido. Asad tuvo que abandonar su hogar cuando él tenía siete años; ahora ya tenía diez.

—¡Anis! —dijo mientras se dirigía hacia su hijo para abrazarlo. El niño rodeó al padre con sus brazos, y empezaron a rodarle las lágrimas por sus mejillas.

—¿Cuándo me vas a sacar de aquí, papá?

—Pronto, muy pronto, hijo.

—Ellos son malos; me obligan a hacer cosas que no quiero.

—Lo sé, tienes que ser fuerte hasta que yo regrese a por ti.

El califa observaba cómo se alejaba Asad; en ese momento Ziryab se posicionó a su lado.

—Mi señor, ese hombre no es de fiar —dijo Ziryab.

—Lo sé, pero esperaremos: es el único que puede traerme las joyas.

—Descubrirá su secreto.

—No, Ziryab, solo lo sabrá si alguien de mi entera confianza se lo dice. —El califa miró con interés a Ziryab a los ojos; este bajó su mirada.

Capítulo 35

Pedro de Leucata no daba crédito a que esos benedictinos lo hubiesen acogido durante unos días en su monasterio en Sopenetrán. No dejaba de preguntarse quién sería ese caballero que llevaba oculto su rostro; había salido de la nada para salvar a la joven. Tenía que informar al gran maestro.

Los monjes le facilitaron una habitación pequeña y fría, pero con luz; se dispuso a escribir en el pergamino. Tenía que llegar ese mensaje cuanto antes al gran maestro; debía saber que alguien más estaba detrás de todo eso y cuidaba a la joven dama. Además, tenía que protegerse y pensar en una coartada para decir a la reina; le diría que habían sido atacados por un caballero sin rostro, cuyo semblante era una rosa roja. Cogió su cálamo y con sumo cuidado comenzó a delinear cada letra. Cuando hubo finalizado, enrolló cada pergamino y se los dio a un joven que haría de mensajero. Lo gratificó unas cuantas monedas de oro.

Emprendería camino hacia las tierras del Norte; si no tenía la esmeralda, debía encontrar el manuscrito. Tenía sospechas de dónde podría estar oculto.

De madrugada, salió de su estancia y fue a coger su caballo a hurtadillas.

—¿Ya nos deja, su excelencia? —le preguntó uno de los monjes.

—Sí, ya es hora de que continúe mi misión —respondió.

—¿Y hacia dónde se dirige? —Por unos momentos dudó de si debía responderle, pero ¿qué de malo podía haber en decirle a un monje hacia dónde se dirigía? Después de todo, habían sido muy buenos anfitriones con él.

—Hacia el monasterio de Suso.

Capítulo 36

Los rayos de sol que penetraban por la ventana me despertaron. Abrí los ojos recordando a Alonso. ¡Por fin había vuelto! No conocía el lugar en el que me encontraba; observé todo lo que me rodeaba: una pequeña ventana, una mesa de madera y una chimenea en el que los gruesos troncos ardían con intensidad. La habitación estaba caldeada, aunque las paredes de piedra estaban frías y, al tocarlas para poder levantarme, sentí la humedad de la roca. Había un arcón y poca decoración: era sobria. Al levantarme, me mareé y tuve que volver a sentarme despacio sobre la cama. Estaba deseando vestirme e investigar dónde me encontraba. Alonso no debía estar muy lejos; él me explicaría todo. Lo había echado mucho de menos. Recordaba las palabras que me había susurrado la noche anterior; decía que me amaba. Lo que no entendía es dónde se había metido ese caballero de la Rosa Roja; él me había salvado la vida de una muerte segura. Recordé a esos jinetes que me perseguían; sabía que su única intención era matarme.

Volví a levantarme y fui directo al arcón; allí encontré mis ropas, limpias. Me vestí y bajé las escaleras; lo hice con lentitud y apoyándome en las paredes. Escuché voces en una de las salas.

—Muy pronto tendremos visita; el capitán vendrá esta tarde, y ya sabes que no me fio mucho de ese hombre: ha adelantado su presencia aquí. El mensajero me comunicó que tiene la intención de pasar unos días en el castillo para que sus hombres descansen, al igual que sus caballos. No debe encontrar ningún rastro de que mi hermano y él han estado aquí.

—Sí, mi señora, así lo haremos. Tendremos todo listo para su llegada.

Me asomé con discreción tras la puerta; enseguida la dama se percató de mi presencia. Una gran sonrisa se dibujó en su rostro.

—Querida, ¡qué alegría! Estás levantada; eso significa que te encuentras mejor. Mi nombre es Mencía. ¡Siéntate! Voy a pedir que te traigan pan y vino caliente; necesitas ponerte fuerte ahora que empiezas a tener conciencia.

Me obligó a sentarme en una silla de madera mientras pedía el vino y el pan.

—¿Por qué estoy aquí? —le pregunté. Cambió su semblante; miró al suelo y se sentó frente a mí.

—Mi hermano y sus hombres te encontraron herida y te trajeron hasta aquí.

—Pero... La noche pasada, el capitán Alonso, mi prometido, también estuvo aquí.

—¿El capitán Alonso? No, se lo habrá imaginado. Mi hermano se marchó nada más dejarla

bajo mis cuidados.

—No lo entiendo, me pareció tan real... —Me costaba creer que todo había sido fruto de mi imaginación. Sentí una gran tristeza.

—Bueno, has estado muy débil, con mucha fiebre. Es probable que hayas soñado que ese hombre ha estado aquí. En cuanto te recuperes y tengas fuerzas, varios de mis hombres te escoltarán hasta su hogar.

—Muchas gracias, Mencía, por haberme cuidado y alojado en tu hogar. —Ella me sonrió. Había mucho alboroto en el castillo; les había escuchado que tendrían visitantes en breve.

La idea de regresar a mi hogar y encontrarme con mis padres me hacía mucha ilusión. Me llevé la mano al cuello; enseguida comprobé que no tenía la cruz de Yosef. Subí a la habitación donde me alojaba y allí no la vi por ninguna parte. Decidí preguntar a Mencía, quien se movía con rapidez de un lado para otro dando órdenes a todos los sirvientes. Vi cómo entraban varios sacos de trigo, conejos y perdices muertas hacia la cocina. También un saco de la tan preciada sal. Me vio y sonrió.

—Mencía, llevaba una cruz colgada alrededor de mi cuello.

—¡Oh, querida! No traías ninguna cruz. Quizás los que te atacaron se hicieron con ella o se perdió por el camino. —Noté que se puso nerviosa al hacerla esa pregunta.

Me sentía abatida: había traicionado a mi amigo. No había cumplido el último deseo de Yosef. Después de tanto que había pasado por la esmeralda y la cruz, ambas habían desaparecido.

Ya le había hecho saber a Mencía mi deseo de irme a la mañana siguiente hacia Toledo. Ese mismo día llegó el invitado que esperaban. Enseguida reconocí al caballero que iba al frente de las tropas: era el capitán Álvaro Martín. Fruncí el ceño al recordar que había pedido mi mano a mi padre. Él también me reconoció. Mencía lo esperaba en el patio de armas, y yo me sumé a la comitiva de bienvenida. El capitán Martín bajó del caballo e hizo una reverencia. Primero se dirigió a Mencía.

—Le agradezco su hospitalidad, mi señora. Esperaba encontrar a su hermano.

—Él ha tenido que irse. Apenas estuvo un día en el castillo.

—Una pena: deseaba hablar con él sobre unos asuntos del rey. —Después de decir esto, me miró—. Qué grata sorpresa la de encontrarme con usted; la di por muerta y ahora aparece aquí en el castillo del capitán Diego de Rojas. Es usted una caja de sorpresas.

—Sí, tuve que huir de mi hogar cuando los almorávides asaltaron Toledo.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo? Nunca entendí cómo una dama como usted prefirió desaparecer antes que regresar a su hogar. —No sabía qué responder; no le podía contar todas mis hazañas y el motivo de mi huida de Toledo. En ese momento Mencía salió en mi ayuda. Ella mintió por mí, pero fue un alivio que lo hiciese.

—Ella huyó por miedo, capitán. Yo hubiese actuado de la misma manera. Después fue atacada por un jabalí y herida por unos desalmados; desde entonces está en mi hogar. Mañana regresará a su casa, escoltada por algunos de nuestros soldados. —La mirada de Álvaro Martín era fría. Sabía

que no se había creído la historia que le había contado Mencía, pero disimuló. Sonrió.

—En ese caso seré yo el que la lleve hasta su hogar. Aprecio a su padre y a su familia, así que será un honor para mí protegerla y acompañarla hasta Toledo. —No me hacía ninguna gracia que él me acompañase pero, siendo práctica, sabía que así podía estar tranquila de que ningún vándalo nos asaltase.

—Gracias por su ofrecimiento —respondí.

Sus hombres se fueron a las caballerizas; allí podían descansar y encontrar la comida y bebida que se les suministraría mientras sus caballos saciaban su sed en los bebederos para los animales. Él y dos de sus oficiales fueron invitados al interior del castillo.

Fuimos al comedor. El capitán no dejaba de observarme, algo que me ponía nerviosa. Se sirvió el vino, el pan y después la carne.

—¿Qué le ha pasado a su pelo? —me preguntó el capitán. Era cierto; no había reparado en ese detalle. A pesar de que me había crecido, la melena estaba corta, más corta de lo habitual en una mujer.

—Decidí cortármelo; pensé que llamaría menos la atención. Podía pasar por un muchacho, y eso haría más fácil mi regreso a mi hogar.

—Buena decisión. Sigue estando bella de igual forma, mi señora. —Me desagradaba su mirada. El vino empezaba a afectarlo. Mencía también fue consciente de ello.

—¿Y qué los trae por estas tierras, capitán? —Mencía cambió de tema.

—Nos dirigíamos hacia el norte, en concreto, a Compostela.

—¿Compostela? —pregunté, sorprendida.

—Así es..., ¿qué es lo que le produce tanto interés?

—No... nada... Me encontré a numerosos peregrinos en esa dirección; querían ver al santo y visitar la catedral que se está construyendo.

La velada terminó, y nosotras, las mujeres, nos retiramos a nuestras habitaciones. Me sentía incómoda con la presencia de ese hombre en el castillo. Recordé cuando le había pedido mi mano a mi padre. Nunca me había gustado; a Alonso, tampoco.

Al día siguiente me despedí de Mencía y partí hacia Toledo; la jornada sería de un día. Llegaríamos antes de que se cerrasen las puertas de la muralla para acceder al interior. El día era frío. El capitán se posicionó a mi lado; sus hombres iban delante y detrás de nosotros. Él me miraba.

—Me tiene usted intrigado. Una dama no debía haber vivido tantos peligros. Pero me parece un acto de valentía que usted haya estado tanto tiempo sola por estas tierras. ¿Cómo sobrevivió?

—Tuve la suerte de encontrarme con peregrinos que iban a Compostela; ellos me ayudaron a encontrar el camino de regreso y a sobrevivir. Pero nunca pude llegar a mi destino, ya que el jabalí me atacó... He estado recuperándome de la herida todo este tiempo. —Tuve que mentir e inventar sobre la marcha.

—Me sorprende, aunque he de reconocer que esta aventura es una experiencia que jamás

debería haber vivido ninguna dama. —Me miraba con interés. Yo disimulaba intentando observar el paisaje al lado opuesto en el que él estaba ubicado—. Estoy decidido, ahora que la he vuelto a encontrar, a pedirle otra vez su mano a su padre. —Me giré para mirarlo con interés. Jamás me casaría con ese hombre—. Espero que sea de su agrado mi decisión.

—Capitán, le estoy muy agradecida por la protección y servicio que me está prestando, pero he de ser sincera con usted; después de todas las calamidades y peligros que he experimentado, necesito tranquilidad. Un matrimonio no es la idea que contemplo en estos momentos—. Él miró las riendas de su caballo.

—Lo entiendo, en ese caso esperaré unos meses. —Hizo una pausa y continuó hablando—. Usted sabe de mi interés por usted; intentaré todo hasta que sea mi esposa. —Me iba a negar y a decirle que ya estaba comprometida, pero preferí callar. Intuí que era lo más conveniente en esos momentos—. Además, su padre estará muy agradecido de que le haya llevado a su hija sana y salva. —Centré mi mirada en el horizonte, ignorando sus palabras; deseaba que él dejase de hablar sobre ese tema.

Sabía a lo que se refería cuando hablaba del agradecimiento de mi padre; mi padre pensaría que tendría una deuda con él por haberme devuelto con vida, pero yo no iba a permitir que ese capitán negociase conmigo. Permanecimos en silencio durante el resto del camino.

No me podía creer que por fin estuviese divisando las murallas de mi amada Toledo, muro que el rey Alfonso VI se había encargado de reforzar ante los ataques de los árabes. Accedimos por la Puerta del Vado y, a partir de ahí, todo eran recuerdos; me emocioné. Por fin podría estar con mis padres, a los que tanto había echado de menos. Accedimos al interior, y el capitán me acompañó hasta mi casa; estaba tal cual la recordaba. Apenas había cambios. Estaba tan excitada que bajé de un salto del caballo; enseguida Antonio me vio y abrió la gran portezuela.

—¡Señorita! —saludó con una gran sonrisa.

—¡Antonio! —Sin seguir ningún tipo de protocolo (así era yo), abracé al hombre que me había visto crecer.

El capitán me contemplaba, serio, con los brazos en jarra.

—¡La dábamos por muerta! Sus padres se van a poner muy contentos al verla. —Miró entonces al capitán.

—El capitán Álvaro Martín ha sido muy amable por acompañarme con sus hombres y cambiar la ruta que tenía prevista. Por favor, llévame con mis padres. —Antonio me guió hasta la sala donde ellos solían pasar las tardes.

—Mi señor. —Mi padre, mucho más avejentado que la última vez, se levantó al verme al mismo tiempo que mi madre.

—¡Hija mía! —No me dio tiempo a reaccionar; ambos vinieron corriendo hacia donde yo estaba para abrazarme—. Creímos que estabas muerta. Nunca recibimos noticias del capitán Alonso; él nos aseguró que regresaría contigo, pero al pasar tanto tiempo...

—En realidad, él fue el que me encontró y me ayudó... —Era el momento de decirlo; mis padres

debían saberlo para que el capitán Martín no se viese en el privilegio de que mis padres le debiesen algo—. Me puso a salvo en su castillo y me iba a traer con vosotros, pero le requirieron para una misión y, viendo que tardaba mucho, decidí emprender yo sola el camino hacia Toledo. Entonces fui asaltada por unos bárbaros y me atacó un jabalí y bueno...

—Eso no me lo había comentado —me susurró el capitán al oído.

—Sí, yo me ofrecí a traerla a su hogar —dijo Álvaro Martín.

—Le agradezco que nos la haya devuelto, capitán —dijo mi padre.

—Nos gustaría que se quedase a cenar y compartiese con nosotros la alegría de tener en el hogar a nuestra hija, viva —ofreció mi madre. No me gustaba nada la idea, ya que quería estar sola con ellos, después de tanto tiempo apartada de mi hogar.

El capitán aceptó, y la mayor parte de la velada nocturna se centró en mi ausencia durante tanto tiempo. Después, mi padre y Álvaro Martín se fueron a una sala aparte, y mi madre y yo nos sentamos al lado de la chimenea.

—Hija, pensé que habías muerto. Tantos meses sin ti han sido un infierno. Mataron a muchas personas y temimos que hubieses caído en sus manos. Pensamos tantas cosas...

Esa noche, al entrar en mi habitación, no pude evitar que la emoción me embargase; estaban todas mis pertenencias, sentía la tranquilidad y paz del hogar. Llamaron a la puerta. Era Inés.

—Señorita. —No la dejé terminar. Fui hacia ella y la abracé; la había echado mucho de menos —. ¡Qué alegría verla!

—¡Inés! ¡Cuánto te he echado de menos!

—Yo también.

No recordaba desde hacía cuánto tiempo que no dormía tan bien. Había mucho ruido en la casa; escuchaba de fondo la voz de mi madre dando instrucciones a la servidumbre. Había decidido pasarme esa mañana por la judería para ver la casa de Yosef. Sentía que lo había traicionado, y eso no me lo perdonaba. Me vestí con rapidez y bajé las escaleras para ver qué era lo que sucedía en la planta de abajo; allí me encontré a mi madre con Inés dándole instrucciones precisas. No llegué a entender de lo que hablaban. En cuanto me vio, fue corriendo hacia mí.

—¡Querida hija! ¡Qué bien que ya estés levantada! Justo a tiempo.

—¿A tiempo de qué? —pregunté.

—Sí, pensaba salir para comprar unas telas para renovarte el vestuario, sobre todo para hacerte un nuevo vestido para la fiesta.

—¿Qué fiesta, madre?

—Tu padre y yo hemos decidido organizar un baile por tu regreso. Queremos que todo el mundo participe de nuestra alegría.

—Pero madre... Ya sabe que no me gustan las fiestas.

—Querida, esto es un acontecimiento que nos llena de felicidad a tu padre y a mí; nuestra única hija ha regresado al hogar cuando ya la habíamos dado por muerta. Tendrás un mes para hacerte a la idea. Con la llegada del buen tiempo, tendrá lugar el esperado evento.

Estaba tan feliz de estar con ellos que tampoco tenía ganas de llevarles la contraria.

Inés venía con nosotras, así como un soldado de mi padre. En la alcaicería había gran movimiento; un arcoíris de telas se mostraban al público para ser adquiridas en ese momento. Mi madre se entretuvo mirando una tela azul; la dejé que eligiese el color; pues a mí no me hacía ninguna ilusión: era algo que me aburría. Mientras ella tocaba la textura de la tela, yo me aparté un poco de allí para observar; en ese momento lo vi, ¿qué hacía el capitán Álvaro Martín en Toledo? Por lo que le había entendido, se marcharía al amanecer; estaba en una esquina hablando con un muchacho. Él extrajo de una bolsa de cuero unas monedas que dio al joven; después lo cogió con violencia del cuello, como si lo estuviese amenazando. El muchacho, una vez que se apartó de él, se alejó con rapidez. Intenté evitar que él me viera, pero fue inevitable: allí era difícil esconderse. Me vio al instante y con una sonrisa se dirigió al lugar donde yo me encontraba. Forcé una sonrisa.

—Querida Rosa, ¡qué alegría verla!

—Yo lo esperaba lejos de Toledo.

—Es cierto, pero por el momento me voy a quedar para proteger estas murallas. Además, su madre no me ha permitido que me marche antes de la celebración de ese baile.

—Pero para eso queda un mes. ¿Podrá aguardar tanto tiempo?

—Sí, lo haré para estar con usted. —Me observaba con interés; desvié la mirada.

—Pensé que se iba con sus hombres a una misión; al menos, es lo que entendí que le decía a Mencía.

—Así es, pero Toledo también es uno de los bastiones que debemos proteger; se lo he hecho saber al rey, Alfonso VI. He mandado a un mensajero. Una parte de mis hombres ha partido hacia otros destinos; otra se ha quedado aquí, conmigo, al menos un mes; así podré asistir al baile que sus padres están preparando. —Ese hombre no me gustaba; me ponía nerviosa.

—¡Capitán! —interrumpió mi madre, algo que agradecí. Ambos entablaron una conversación de la que yo me desentendí por completo.

Seguimos andando hasta llegar a la zona de los artesanos. Intenté que mi madre se alejase con el capitán para que no me viesan acercarme a un niño que trabajaba el hierro. Tenía una espada con un pequeño signo en su empuñadura; distinguiría ese símbolo en cualquier parte: era una rosa roja, la misma que el caballero que siempre había estado cerca de mí para protegerme, el que me había liberado de los bandidos y me había llevado hasta el castillo de Diego de Rojas, una historia muy diferente a la que Mencía me había contado; es más, recordaba su voz al igual que recordaba con claridad haber visto a Alonso. Era cierto que algunos detalles no encajaban, deseaba encontrar a Alonso. ¿Dónde estaría? Sentía que me había abandonado. Tampoco podía apartar de mi mente lo que había sentido con el beso del caballero de la Rosa Roja; había algo en él que me atraía como si de un imán se tratase, sin yo poder frenar esa fascinación hacia él.

—Disculpe, esa espada que tiene junto a usted lleva un símbolo que me ha llamado la atención. —Era un niño; tendría unos doce años. Le señalé el arma.

—Sí, ¿qué es lo que quiere saber, señora?

—¿Está en venta?

—No, no está en venta.

—Vaya. —Hice un gesto de desagrado —¿Sabes lo que significa ese símbolo?

—No lo sé, esta espada pertenece a mi padre. —En ese momento apareció un hombre alto, fuerte, de tez morena y pelo oscuro, rizado.

—¿Qué ocurre, David? —preguntó el hombre.

—La señora pregunta por tu espada.

—¿Qué es lo que desea saber?

—Preguntaba si estaba en venta. Estoy dispuesta a pagar lo que sea por ella.

—¿Y qué interés le despierta esa espada a usted? —preguntó el hombre.

—El símbolo de la rosa roja, ya lo he visto en otra ocasión, el mismo... —El hombre me interrumpió.

—Señora, por favor, hable en voz baja; la pueden escuchar.

—¿Y qué hay de malo en ello?

—¿No sabe lo que significa la rosa roja?

—No, solo sé que el hombre al que se lo vi me salvó la vida en varias ocasiones —susurré.

—¿Usted se ha encontrado con el caballero de la Rosa Roja?

—Sí. —Quería darle pie a que él me contase algo al respecto, si es que sabía algo.

—Mi nombre es Abraham; es un honor hablar con alguien que ha visto al caballero de la Rosa Roja.

—¿Por qué?

—Aquí no puedo explicarle más, señorita. Tiene muchos enemigos... ¿Quiere usted la espada?

—Sí, me haría un gran favor. Y me gustaría que me contase más sobre el caballero.

—Venga esta tarde; una esquina más abajo, en Santo Tomé, está mi taller; enseguida lo identificará por los ruidos que hacemos mientras trabajamos el hierro.

—Así lo haré. Gracias.

En ese momento escuché a mi madre detrás de mí.

—¿Se puede saber que haces aquí, Rosa? —me dijo bajo la atenta mirada de Álvaro.

—Me he entretenido observando.

Tenía decidido acudir esa tarde, aunque era difícil que mi madre me quitase el ojo; su control hacia mí era aun mayor; yo sabía que era a consecuencia de todo lo que había pasado. Mi padre había estado fuera del hogar durante toda la mañana; mi madre no sabía dónde había ido. Ella siempre se mantenía ajena a los asuntos de él e incluso a los peligros que rodeaban nuestras vidas. La verdad es que vivía apartada de toda preocupación; lo único que la obsesionaba era la fiesta que celebraría en mi honor dentro de un mes, fiesta que me traería por el camino de la amargura con la elaboración del vestido que quería hacerme.

Mi madre se había ido a descansar, momento que yo aproveché para escaparme; sabía que

debía volver a mis antiguas costumbres de salir por los arbustos en vez de por la puerta.

Salté la tapia de arbustos y me fui corriendo hacia el barrio judío, en concreto hacia Santo Tomé. Enseguida vi el taller de Abraham; como él muy bien me dijo, se escuchaban los golpes que daban al hierro. Ahí estaba su hijo, junto a él, aprendiendo el oficio. En cuanto me vio, dejó al niño y fue a mi encuentro para atenderme.

—Pase, señorita. —Entré en el lugar; Abraham me ofreció sentarme en una silla de madera. Estaba ansiosa por que me contase lo que él sabía. Se fue a coger la espada que estaba sobre una plancha de madera. Se sentó frente a mí—. Solo hay dos iguales a esta espada. La orden de los caballeros de la Rosa Roja es una leyenda que ha sido transmitida por los juglares, que han cantado las hazañas de estos héroes. Nadie sabe quiénes son, y muchos piensan que se trata de una leyenda inventada por los ejércitos cristianos para que los árabes teman al caballero desconocido, pero lo cierto es que esos hombres han dejado su marca allá donde han luchado y ayudado al ejército cristiano a vencer al enemigo.

—¿Por qué tiene usted la tercera? —Hice una pausa—. Entiendo que entonces solo hay dos hombres que pertenecen a la orden.

—Sí, dos hombres son los que tienen una igual a esta. La tercera la tengo yo. Se dice que el tercer caballero murió en una batalla defendiendo a Alfonso VI; lo cierto es que mi padre se la encontró en la ribera del Tajo. Siempre ha estado en nuestro poder, y usted ha sido la única que lo ha reconocido. Dicen que pertenece al tercer caballero, el desconocido, el que nadie supo que existía. —Guardó silencio—. Pero como le he dicho, es una leyenda... ¿Usted dice haberlo visto?

—Sí, él me salvó de unos bandidos, aunque no le vi el rostro: solo su emblema: una rosa roja.

—Pues, si quiere la espada, es suya.

Saqué una pequeña bolsa de cuero con monedas de oro y se la di.

—Muchas gracias, Abraham.

—Tenga cuidado, señorita, que nadie le vea la espada. Es peligroso llevar una espada con el símbolo de la rosa; hay algunos hombres con mucho poder que creen que los que portan este símbolo son sus enemigos... —No entendía muy bien por qué me decía aquello—. Existe una orden cuyos miembros nadie sabe quiénes son pero... —Se calló, decidido a no continuar—. No me haga caso, pero por favor, que nadie se la vea. —Asentí. La escondí bajo mi capa.

Antonio estaba esperándome en el jardín de mi casa.

—Señorita, su madre ha preguntado varias veces por usted. Ya vuelve a sus escarceos. Siempre me tiene que avisar, por favor, se lo pido.

—Antonio, te voy a pedir un favor.

—Lo que usted quiera, mi señora.

—Quiero que me enseñes a utilizar la espada.

—Pero... —No le dejé continuar. Le mostré la espada que acababa de adquirir.

—Como ves, ya tengo espada solo necesito que me enseñes a luchar. Te prometo que ninguno de mis padres, ni nadie, sabrá de esto.

—Pero... Yo no puedo hacer eso a escondidas de su progenitor.

—Sí, puedes, necesito protegerme. —Le puse los ojos entornados, algo que siempre hacía desde pequeña.

—Está bien, pero debe obedecerme en todo.

—¡Gracias! —Estaba emocionada.

Capítulo 37

—No entiendo cómo te mostraste ante ella —dijo Diego.

—Se apareció de repente en mi camino; cuando vuelva a mi castillo, pediré explicaciones a Roberto.

—Esa mujer te va a traer muchos problemas, Alonso. No es la típica dama que se queda en su hogar sin exigir respuestas a su esposo.

—Por eso me gusta tanto —le respondí.

—Descubrirá que eres uno de los caballeros del Rey, un caballero de la Orden de la Rosa Roja.

—No, no lo permitiré.

Divisamos Compostela y la incipiente catedral que ya empezaba a tener forma. Bernardo el Viejo se sorprendería al verme otra vez por la catedral. Era cierto que el rey nos había hecho llamar, pero desconocíamos el motivo de tanta urgencia para convocar de nuevo a los caballeros de la Rosa Roja. Debía de ser algo de suma gravedad e importancia. Nos dirigimos al castillo. Las portezuelas se abrieron, y el rastrillo se elevó para nosotros. Avanzamos con rapidez; salió a nuestro encuentro el mozo de cuerdas y nos dimos cuenta enseguida de que el rey ya estaba allí, esperándonos. Sabía que llegábamos esa mañana; le habíamos informado a través de un mensajero sobre nuestra proximidad a Compostela. Vimos a dos soldados; uno de ellos se adelantó.

—Su majestad los espera. —Nos llevaron a la sala de reuniones.

Allí estaba el rey con su mirada dura observando la puerta de entrada; se tocaba con su mano derecha su abundante barba; nos miraba sin apenas pestañear. Ambos nos inclinamos a modo de reverencia y esperamos a que él tomase la palabra.

—Saben ustedes que los almorávides han penetrado en las tierras de Castilla para recuperar las taifas perdidas. Se ríen y se burlan del apodo que me han puesto: El Bravo. Desde que perdimos en la batalla de Sagradas, se han fortalecido pensando en mi debilidad. Intentarán recuperar las taifas perdidas, pero no se lo permitiré. —Ambos permanecíamos en silencio—. Se preguntarán para qué los he mandado llamar. Los almorávides pretenden apoderarse de las taifas del Sur, de Sevilla y Toledo, aunque no lo conseguirán. He de partir con mis tropas, pero en esta ocasión no os llevaré a vosotros ni a vuestros hombres conmigo. Temo por la vida de la reina Constanza; ella va a realizar un viaje a Liébana. Es de suma importancia que mi esposa llegue hasta allí. Ella

desea encontrarse con un emisario del Papa; no debe darle ese mensaje. Debéis impedirlo y averiguar el mensaje que porta. No debe saber que sois hombres de mi confianza, por lo tanto, tenéis que ser los caballeros de la Rosa Roja. Ella ha partido hace un día; debéis alcanzarla antes de que se encuentre con él.

Había algo que tanto el monarca como la propia reina ocultaban: un secreto que iba más allá de las esmeraldas y del documento secreto.

Mi amigo se quedó en el castillo; yo necesitaba ir a la catedral y hablar con Bernardo. Enseguida lo vi; seguía dando instrucciones en la colocación de los grandes bloques de piedra. En cuanto me vio, se acercó a mí con una gran sonrisa.

—¡Capitán Alonso! Estaba intranquilo, pero ahora con su presencia sé que la joven ya está en lugar seguro y la esmeralda también. —Hice una mueca y, por la expresión de mi rostro, enseguida se dio cuenta de que algo no había ido bien—. ¿Qué ha pasado?

—Las cosas no fueron como pensamos. Ese fraile es un traidor. —Le relaté todo lo sucedido.

—Me lo imaginaba: sabía que Pedro de Leucata no era de fiar.

—He traído otra vez la esmeralda conmigo; sé que querías alejarla de la catedral para alejar a ese fraile del lugar santo pero, estando con la esmeralda, Rosa corre peligro.

—Tienes razón. ¡Sígueme! —Cogió la cruz del altar, y ambos nos fuimos a la pequeña sala donde él trabajaba—. ¡Siéntate, por favor! —Le hice caso. El se sentó frente a mí. Empezó a sacar una pequeña piedra de color verde—. ¿Ves esta piedra? —Asentí—. Dame la otra esmeralda que llevas contigo. —Me quité la cruz y la saqué, se la di—. Aparentemente, solo son dos joyas, pero en estas se esconde algo de mucho más valor. —Las puso al trasluz—. ¿Lo ves?

Al principio no sabía qué era lo que tenía que ver, pero después lo percibí con claridad; había un símbolo en ambas: una cruz.

—Sí, son las piedras que portó el apóstol Santiago en su tumba. La leyenda dice que en la tumba estaban tres esmeraldas y un pergamino en que el apóstol escribió sobre el último mensaje de Jesús, que jamás se desveló. También se habla de una cuarta esmeralda, pero la mayor parte de los peregrinos y personas piensan que es una leyenda, y los que persiguen las esmeraldas piensan que solo hay tres, no cuatro. Hay cuatro, y la cuarta es esta que ves en mis manos y la que está tras esta cruz es la que abre un códice que fue guardado en cualquier rincón del reino de Aragón de manera secreta para que jamás fuese encontrado. La orden de David va tras las esmeraldas y el manuscrito. Quien lo tenga tendrá poder, o así lo piensan. Debemos conseguirlo para llevárselo al Santo Pontífice; solo quieren su destrucción, al igual que la de las esmeraldas.

—Entiendo. Lo mejor es que esta esmeralda la guarde junto con la otra —dije.

—Es mejor agruparlas hasta que tengamos todas en nuestro poder. La ocultaré en la cruz. Dame también la cruz que portaba la muchacha; quedará todo oculto.

—La reina Constanza se ha marchado a Liébana.

—Sí, es necesario que vaya allí —respondió el maestro.

—El rey me ha ordenado que impida que hable con el emisario del Papa.

—No, ella debe encontrarse con él. No debes darle ninguna información al rey.

—¿Por qué? —pregunté.

—Él no puede enterarse de los planes de la monarca. Él solo quiere poder, está contaminado por la orden de David. No tengo pruebas, pero lo intuyo.

Me quedé pensativo.

—¿La orden de David? ¿Por qué va a estar contaminado por ellos? —Bernardo me miró y guardó silencio.

—Alonso Díaz, tú eres un hombre de honor, noble, fiel a tu rey... Jamás podrías entender la oscuridad que hay alrededor de la corona y del monarca. Ese pergamino tiene un poder incalculable; el rey jamás permitiría que llegase a manos del Papa. Él no quiere que nadie, incluida su Santidad, tenga este documento en sus manos.

—¿Qué hay en ese documento?

—Es mejor que nadie lo sepa, ni siquiera tú, capitán.

—Me preocupa que la reina esté con el benedictino Leucata.

—Sí, y a mí. Sus intenciones no pueden ser nada buenas, aunque fue la propia reina la que solicitó que el fraile la acompañase a todas partes. Ese pergamino no puede caer en otras manos que no sean las del Santo Padre. —Hizo una pausa antes de continuar hablando—. Bueno, capitán, las esmeraldas se quedarán en la catedral. Jamás le diga a nadie dónde están escondidas

—Por mi parte nadie lo sabrá.

—Muchas gracias, Alonso. Son tiempos difíciles. Los peregrinos llegan con deseos de adorar la tumba del santo, pero entre esos peregrinos hay muchos que camuflan su verdadera intención; quieren encontrar las claves del que llaman *el tesoro del apóstol*. Hasta que todas las joyas, junto con el pergamino no estén a salvo y bajo custodia del Santo Padre, no podremos estar tranquilos ni descansar. Seguimos alertas y pendientes. —Me puse de pie.

—No se preocupe, usted sabe que yo lo ayudaré.

Bernardo el Viejo se incorporó y salimos de la sala. Tenía que contárselo a mi amigo; cambiaríamos los planes. Sabía que mi deber era estar al servicio del rey, pero estaba convencido de que el monarca no sabía de la trascendencia de ese pergamino. No creía las acusaciones del maestro sobre Alfonso VI; no obstante, seguiría los consejos de Bernardo el Viejo. Mi amigo me esperaba; el rey había partido de Compostela.

—¡Pero no podemos actuar en contra de lo que nos ha ordenado el rey! Hicimos un juramento en el que prometimos que siempre defenderíamos a nuestro rey y seguiríamos sus mandatos.

—Es una excepción, Diego.

Partiríamos al día siguiente camino a Liébana.

Ocultamos nuestra armadura con la capa negra. Habíamos llegado a Liébana; la humedad de esas tierras se metía por todos nuestros huesos. Teníamos que ir al monasterio de San Martín de Turieno. Las montañas ocultaban el monasterio; imaginábamos que allí estaría la reina en alguna de las estancias de los veinte monjes que allí vivían.

Enseguida observé que había varios caballos con el estandarte de la reina Constanza. Ella estaba allí. La puerta de entrada estaba abierta; accedimos. Había silencio, y no se veía a ningún monje por el claustro. Permanecimos en ese lugar hasta que apareció un franciscano; se quedó observándonos y se acercó en ese momento a nosotros.

—La entrada de peregrinos no es por aquí —nos advirtió.

—No somos peregrinos: venimos a ver a la reina Constanza. Sabemos que está aquí —Le dije. El monje miró para todos los lados.

—Por favor, no hablen tan alto.

—Cualquier persona sabría que los caballos de ahí fuera son los de la reina; tienen su estandarte —aclaró Diego.

—Ahora ocultaremos los caballos; no habíamos reparado en ello. Nadie puede saber que está.

—Nos gustaría hablar con ella, a solas.

—¿Quiénes sois?

—Venimos de parte del rey Alfonso VI.

—Esperen aquí. —Miré a mi amigo.

—Seguro que está con ella el benedictino —le dije.

—Pues él no debe estar presente cuando hablemos con ella.

El monje tardó en aparecer y, en ese momento, nos llevó hacia una de las grandes y frías salas que ellos utilizaban para el canto. Allí estaba la reina, sola, esperándonos. Se sorprendió.

—Creí que erais una leyenda. Si su majestad me envía a los caballeros de la Rosa Roja, debe interesarle mucho lo que hago aquí. —Hicimos una leve reverencia. Dejamos, adrede, que ella viese el emblema de la empuñadura de nuestra espada.

—Así es, majestad. Tenemos que asegurarnos de que su mensaje sea transmitido con seguridad. —Mi amigo me miró sorprendido.

—En realidad, el mensaje es a través de un pergamino; es de vital importancia que lo que hay escrito en él llegué al Santo Padre —respondió la reina.

—El rey jamás debe saber esto. —La reina nos miró con seriedad.

—Ya lo sabe, señora —dijo mi amigo.

—Nunca deberéis decirle que el pergamino fue entregado.

—No se lo diremos. También vengo a alertarla; sé que Don Pedro de Leucata está entre sus hombres de confianza. Ese hombre es un traidor. —La reina levantó una ceja.

—¿Cómo puede acusar de esa manera a un hombre de Dios?

—Mi deber es alertarla sobre él. Lo sé, su majestad.

—Caballero, si lo mantengo junto a mí es por mi propio interés. No se preocupe sobre ese asunto; además, él no está aquí: pueden estar tranquilos. —Me sorprendieron sus palabras; había creído que el fraile no se separaba de ella y que había ido hasta Turieno con la reina—. Señores, lo que sí que me gustaría es pedirles un favor: necesito que protejan al mensajero hasta que llegue a suelo franco. —Asentimos. En realidad, era mi deber, pero yo solo pensaba en regresar y poder

estar con Rosa; no la apartaba de mis pensamientos. Mi amigo me miró de reojo y percibió mi descontento.

—Al anoecer saldrá el fraile para tierras francas; allí continuará su camino. Él los esperará en la puerta de las cocinas, la puerta trasera. Le diré que ustedes lo protegerán. —La reina se marchó. Mi amigo me miró.

—Esto no te agrada, ¿verdad?

—No, primero porque contaba con poder irme a Toledo: necesito ver a Rosa; segundo, porque tenemos que darle una explicación al rey y no sé qué le vamos a decir.

—Le mandaremos un mensaje. Le diremos que no llegamos a tiempo y que el mensajero ya había partido, pero todo lo haremos cuando el fraile esté en tierras francas.

—Al rey le parecerá extraño que fracasemos en una misión tan absurda.

—Lo sé; jugamos con la ventaja del avance de los almorávides: están atacando los reinos del sur, y ese tema lo tendrá preocupado durante bastante tiempo.

—Sí, eso es verdad.

—Intentaremos regresar lo antes posible para que puedas ver a tu amada.

—Sí, pero sabes que pasará casi un mes hasta que podamos regresar a Toledo.

—Lo sé, pero tu dama podrá esperar. —Me quedé pensativo; hacía mucho tiempo que ella no tenía noticias mías. Debía hacerle llegar un mensaje.

El monje estaba en la puerta trasera de acceso a la cocina. Él nos esperaba con su capa y caperuza puesta; llevaba una alforja donde suponía que iría el escrito de la reina. Yo solo pensaba en que ese chiquillo, que iba de un sitio a otro transmitiendo los mensajes de los frailes, encontrase la manera de hacer llegar el mío a Rosa hasta Toledo; no era mucho de fiar. Le dije que lo sabría si no cumplía su palabra, e iría hasta allí a buscarlo. Comenzamos nuestro camino hasta las tierras francas. Solo pensaba en ella.

—¿En qué piensas, amigo?

—En que apenas me ocupo de mis tierras; abandoné mi castillo y no he vuelto. Quiero casarme con ella.

—Ya tendrás tiempo para hacerlo a tu regreso.

—No veo el momento de volver a estar con ella.

—Te escucho y no te reconozco, Alonso. ¿Quién diría que ese capitán que tenía a la mujer que se le antojaba se iba a enamorar? —Se burlaba—. Tranquilo, que la joven seguro te espera.

Eso era precisamente lo que más temía; ella podía tener malos pensamientos sobre mí, creer que me había olvidado de ella. Solo sabía que la había dejado en mi castillo y desde entonces no se había encontrado conmigo, como capitán Alonso Díaz, sino con el caballero de la Rosa Roja, en donde quedaba totalmente oculta mi identidad.

Habían transcurrido varias semanas; estábamos pisando territorio del Reino de Navarra; nos detuvimos a descansar con un grupo de soldados. Hablaban sobre su marcha hacia el sur; los almorávides estaban atacando los feudos de los que nos habíamos apoderado hacía poco.

Comenzaba su marcha para apoyar a los tropas. Todo olía a guerra; la inestabilidad cada vez era mayor, y el temor por la invasión de los almorávides era creciente. Una invasión que se iba fortaleciendo conforme iban sumando victorias. Debía regresar cuanto antes; sabía que ellos atacarían Toledo, ya que tenían una herida abierta tras la victoria de Alfonso VI en la villa.

Transcurrieron varias semanas hasta que llegamos a tierras francas. Nuestra misión había finalizado. Por fin podía regresar a buscar a mi dama, la mujer que me había robado el corazón.

Capítulo 38

—No puede ser. ¡Me has vuelto a fallar! Te dije que quería la esmeralda que portaba la joven y, ahora me dices que no sabes si ella vive o no y desconoces lo que ha sido de la esmeralda. — Pedro de Leucata se retorció los dedos nervioso.

—La aparición de ese caballero fue inesperada. —El gran maestre se giró; su mirada era de odio hacia el benedictino que tenía frente a él.

—¿Se puede saber quién es ese caballero?

—El caballero de la Rosa Roja —informó Leucata con voz temblorosa. El maestre se acercó a él.

—Ese caballero es solo una leyenda.

—No, mi señor, yo lo vi, vi su estandarte y el escudo, y la espada con la rosa tallada. Usted sabe, como yo, que siempre se habló de esa espada.

—¿Y un solo caballero pudo con todos mis hombres?

—Él era feroz; luchaba con gran habilidad. Jamás he visto pelear a nadie así.

—No quiero que diga a nadie que ha visto al caballero de la rosa roja. No quiero que la gente lo vea como alguien real; eso podría levantar al pueblo en nuestra contra y rebelarse para el pago de los impuestos. —El fraile asintió.

—La reina ha mandado un mensaje al Santo Padre para informarle de la situación de las esmeraldas. Por otro lado, ella, al igual que el maestro de obra de la catedral compostelana, hablaron sobre el documento secreto; creen que está custodiado en el reino de Navarra. El códice debe estar oculto en algún monasterio; ellos sospechan que puede estar en el monasterio de Suso.

—Muy bien, averiguaremos dónde está. Quiero que partas hacia el monasterio de Suso.

El benedictino salió de madrugada hacia el reino de Navarra.

Capítulo 39

—Si no supiera que es una mujer, pensaría que estoy luchando con un gran guerrero. Se le da muy bien la espada, mi señora; es hábil y ágil con su manejo y rápida en el terreno. Está aprendiendo muy bien.

—Quiero ser la mejor.

—Eso ya lo es; es la mujer que mejor usa la espada. —Ambos nos reímos—. El acero que se forjó en esta espada es bueno. Pero debe tener cuidado: nadie debería ver ese sello de la rosa roja que lleva en su empuñadura. Sabe usted la leyenda...

—Sí, la sé. Pero solo es eso: una leyenda.

—Yo la escuché de un juglar que hablaba de la ferocidad con la que dos guerreros que llevaban un estandarte que los identificaba como los caballeros de la Rosa Roja, vencieron en numerosas batallas contra los árabes, y dejaron en algunas de estas una rosa roja. Dicen que son los caballeros guiados por el caballero del caballo Blanco, al que se lo identifica como el apóstol Santiago, para ayudar a los cristianos en la victoria.

—¿Tú crees en esas historias? —le dije, aún a sabiendas de que yo había visto a mi caballero de la rosa roja; sabía que existía, que me había librado de muchos percances y que una parte de mí anhelaba encontrarse con él otra vez, y más después de ese beso. No podía apartarlo de mi mente, algo que me perturbaba porque amaba a Alonso, pero él se había ido y no había sabido nada más del capitán. Estaba enfadada y muy molesta con Alonso Díaz .

—Hasta que no lo vea, no lo creeré, mi señora. Sí he escuchado a muchos soldados que estuvieron en la batalla del Clavijo hablar de la presencia inesperada de un caballero con un caballo blanco, y que la llegada de él les dio su victoria. Otros guerreros vieron a los caballeros de la Rosa Roja en la batalla de Cuarte, junto al Cid. Dicen que su acero fue el más temido por los enemigos. Pero, como verá, son leyendas...

—Me hubiese gustado nacer hombre para estar en esas batallas de las que hablas —dije en voz alta.

—Mí señora, eso no lo puede decir una dama.

—Lo sé, pero me aburren las tareas que me organiza mi madre, Antonio. Menos mal que se ha retrasado la fiesta.

—Sí, dentro de dos semanas.

—Pero creo que es debido a ese odioso hombre. Creo que ha pedido mi mano a mi padre; lo veo muy contento. Yo no me voy a casar con ese capitán; jamás lo haré y espero que mis padres no anuncien mi compromiso en la fiesta sin haberme consultado antes. Yo ya estoy comprometida.

—A veces me asusta, mi señora. —Antonio siempre me reprendía; él lo hacía desde bien pequeña. Siempre había estado conmigo, protegiéndome en todo momento—. Una dama no puede hablar de esa manera; si la escuchan, la pueden ver como una amenaza y pensar que algo malo se ha metido en su alma, ya me entiende.

—Lo sé, por eso solo lo digo estando contigo, Antonio.

—Además, usted debe casarse, y es su padre quien debe autorizar el matrimonio.

—Preferiría ser antes abadesa y recluirme en una abadía que casarme con ese capitán. No me fio de él ni de sus intenciones.

—A mí tampoco me gusta, pero su padre confía en él, y le está muy agradecido por haberla traído.

—Pero él no fue el que me liberó y me defendió de esos vándalos. —Antonio levantó los hombros y bajó su rostro; envainó su espada.

—Ya hemos terminado por hoy.

Había aprendido a manejar la espada muy bien durante ese mes. Todos los días, cuando anochecía y nadie me podía ver, Antonio me enseñaba a ser un buen guerrero como le enseñaría a cualquiera de sus soldados. Corría y hacía todo tipo de ejercicios que él me indicaba para ser ágil en la lucha y veloz en un campo de batalla. No quería volver a sentir miedo ni sentirme desprotegida si no había un hombre cerca. Me sentía diferente al resto de damas de mi clase; había vivido también situaciones que ninguna dama debía padecer.

Inés era mi encubridora; le había encargado a la modista, a escondidas de mi madre y con unas cuantas monedas de oro, para que permaneciese en silencio. Ropa de muchacho, unas calzas, mi cota de malla, el almófar, la veste, el cinturón que sujetaba mi espada y una capa. Inés se asustó al saber mi idea; me inventé una historia para que ambas pudiesen comprenderme algo. Dramaticé; les expliqué el calvario por el que había pasado y que me había marcado para siempre, capturada por los árabes y llevada a un harén. Debía protegerme cuando saliese del castillo, a lo que Inés dijo que no debía ausentarme del hogar, pero ella sabía como yo que era un alma libre y no podía sentirme encerrada; me encantaba hacer mis escarceos por la ribera del Tajo. Disfrutaba sentarme en la orilla del río los días soleados y sentir el calor de los rayos de luz sobre mi rostro. Al final ambas accedieron, y yo tuve mi traje de caballero. Esa mañana pensaba salir por las cocinas con mi capa y traje nuevo. Pero mi padre me mandó llamar.

—Querida, dentro de unos días será la fiesta que hemos organizado para ti. Estoy deseando que tenga lugar y anunciar tu compromiso; deseo verte casada. Una mujer debe estar casada y tener hijos. —No podía creer lo que estaba escuchando. No es que no me lo esperase; sabía que tarde o temprano era algo que tenía que suceder, pero no quería casarme. No aceptaba el destino que como mujer me estaba reservado.

—No, padre, no deseo casarme.

—¡Pero hija! Cualquiera mujer estaría contenta de contraer matrimonio; además, el hombre que ha pedido tu mano y a quien yo se la he concedido es el capitán Álvaro Martín. ¿Qué mejor que un hombre con tierras y poder para darte una vida tranquila y cómoda y un ejército para protegerte?

—Detesto a ese hombre; jamás me casaré con él. —Mi padre se había enfurecido al escuchar mis palabras.

—Está decidido: no hay más que hablar. Ya he dado mi palabra.

—Pero yo estoy comprometida con otro caballero, con el capitán Alonso Díaz; él me salvó cuando estuve retenida en contra de mi voluntad por el califa de Córdoba y de todos los peligros que corrí.

—Sí, pero hace mucho tiempo que no sabes de él; además, me contaste que te dejó en su castillo para traerte de regreso a nuestro hogar y no volvió. Hija mía, admite que lo más probable es que esté muerto.

—¡No, él no está muerto!

—Eso son tonterías, hija. No voy a volver a discutir más sobre este tema contigo; él no ha reclamado tu mano, por lo tanto para mí está muerto. Te casarás con Álvaro Martín. —Dicho esto, se levantó; estaba enfadado. Sabía que no era el mejor momento para continuar con el tema, pero lo que tenía muy claro es que no pensaba casarme con ese hombre.

Estaba muy irritada y agobiada por la situación que se me presentaba. Subí con rapidez a mi habitación y me vestí con mis ropas nuevas; envainé mi espada de la rosa roja, así la llamaba yo, y bajé con sumo cuidado hacia la zona de las cocinas, con mi capa, ocultando mis vestimentas. La cocinera me miró contrariada; no era habitual que yo atravesase ese lugar para salir de mi hogar. Una vez en el patio, fui hacia las cuerdas, donde estaban varios soldados de mi padre. Cogí mi caballo y uno de ellos me detuvo.

—Disculpe, mi señora, no puede usted salir sola; son órdenes del señor.

—Acabo de hablar con mi padre, y él se molestará mucho si sabe que no me han dejado dar mi paseo matutino por la villa. No saldré fuera de las murallas si es eso lo que les preocupa. Déjenme paso. —Sonó a una orden; al principio dudaron, pero después se apartaron y pude salir de allí.

Me sentía libre, atravesé las murallas y cabalgué a mi rincón favorito al lado del río Tajo. descabalgué, me descalcé y sumergí mis pies en las frías aguas. El agua fluía con mucha fuerza, pero siempre lo hacía. Era algo que me gustaba. Me senté en la hierba, sequé mis pies y me calcé. Después cerré los ojos y dejé que los rayos de sol, que se filtraban por las ramas de los árboles, calentasen mi piel. Transcurrieron unos minutos cuando escuché ruidos. Abrí los ojos asustada y me giré con rapidez; tal y como me había enseñado Antonio, no había nadie tras de mí, pero escuchaba gritos y quejidos. Me levanté y fui con sigilo hacia el lugar de donde provenían los ruidos, con sumo cuidado para que mis pasos no me delatasen. Enseguida me percaté de que unos bandidos estaban intentando robar a dos peregrinos. Los amenazaban con su espada. El peregrino

mostraba una pequeña bolsa de cuero con monedas de plata. Intuía que el bandido no los dejaría con vida; les exigía más pensando que lo estaban engañando. Empezó a propinarles patadas y puñetazos; no podía quedarme quieta. Estaba nerviosa, pero sabía que Antonio me había preparado muy bien. «Confía en ti», me dije. Agarré la empuñadura de mi espada, oculté mi pelo con la capucha del almófar e irrumpí por detrás de ese hombre; la punta de mi espada le apuntaba a su cuello.

—¡Suelte su espada! —le ordené.

El vándalo titubeó; hizo ademán de lanzarla al suelo, pero en ese momento se giró y empezó a blandir su espada contra la mía. Me sentía ágil; nuestras espadas chocaban la una contra la otra, haciendo un chasquido seco al rozarse los aceros. Él me hirió en el brazo y yo, en la pierna.

—¡Es el caballero de la Rosa Roja! —dijo uno de los peregrinos, que vislumbró el símbolo que había en la empuñadura de mi espada.

El malhechor, al escuchar al peregrino, puso cara de asombro y yo aproveché ese momento de contrariedad para atacarlo con mi acero; él tropezó y cayó al suelo. Le puse la punta de mi espada sobre su cuello.

—Deja la bolsa con el dinero. —Hizo lo que le ordené; lancé su espada al río con la punta de mi bota de cuero. El hombre me miraba con miedo. Retiré mi espada, la envainé—. ¡Márchate! —El bandido se levantó con torpeza y echó a correr a gran velocidad.

Los peregrinos me miraban con admiración, y yo estaba pletórica: había hecho una gran hazaña. Si me hubiese visto Antonio, se hubiese sentido orgulloso de mí. Me marché con rapidez, cogí mi caballo y cabalgué hacia las murallas de Toledo.

La mañana de la fiesta había mucho movimiento durante las primeras horas. Desde la última vez que había hablado con mi padre sobre el tema del matrimonio, no lo había vuelto a ver. Mi progenitor había estado muy ocupado y reunido con nobles de la villa. Tenía claro que no me iba a casar con ese hombre; algo debía hacer: tenía que pensar muy rápido.

Observé por la ventana el patio. Vi a mi madre conversar con un muchacho; este le daba un pergamino pequeño. Mi madre le dio unas monedas de oro y, cuando este se marchó, observé que ella lo leía. Me extrañó que lo leyese; siempre le entregaba a mi padre todo lo que traían los mensajeros, y era él quien los abría.

Inés me ayudó a arreglarme. El vestido pesaba; apenas me permitía respirar. Inés me hizo un recogido y, cuando se apartó para observarme, sonrió.

—Está muy bonita, señora.

—Gracias, Inés.

—No la veo muy contenta.

—No lo estoy: mi padre va a anunciar mi compromiso con ese capitán que detesto.

—Es un noble, con mucho poder. No es muy mayor para usted. —Me puse frente a ella.

—No me voy a casar con él, no lo soporto.

—¡Pero señorita...! Usted no puede negarse. A veces me da miedo que hable así; si la

escuchasen, pensarían...

—Lo sé, lo sé —la interrumpí—. Pensarán que tengo el mal dentro de mí, pero yo estoy comprometida con otro hombre. Aunque hace mucho tiempo que no sé de él.

En ese momento entró mi madre. Me observó.

—Querida, ya están llegando los invitados; tienes que estar junto a nosotros para recibirlos. — Se iba a marchar, pero quería preguntarle por ese pergamino. Inés salió de la habitación, y ambas nos quedamos solas.

—Por cierto, madre, hoy he visto que ha llegado un joven. —Mi madre cambió su expresión: se volvió más seria, se puso nerviosa.

—Una dama nunca debe espiar por la ventana; a pesar de mis esfuerzos por enseñarte cómo debes comportarte, tú siempre haces lo que no corresponde a una joven de tu clase. Date prisa por bajar y compórtate como la futura esposa del capitán Álvaro Martín... —Dicho esto, no me dejó responderle. Salió de la habitación agitada y con prisa.

Capítulo 40

El conde de Benavente me había dado alojamiento en Toledo. Había llegado hace un día. Había algo que no dejaba de rondarme por la cabeza desde que había llegado a Toledo; en nuestro trayecto encontramos a unos peregrinos que estaban contando a otros la hazaña del caballero de la Rosa Roja. Mi amigo y yo escuchamos, sorprendidos, lo que relataban y, a nuestra pregunta de por qué sabían que era él el caballero de la rosa roja, ambos aseguraron haber visto el símbolo en su empuñadura. Solo se habían forjado dos espadas con ese símbolo, la de mi amigo y la mía, ¿y esa tercera? ¿Quién se hacía pasar por nosotros? Debía descubrir quién era ese impostor. Por otra parte, estaba rabioso: el conde me había dicho que esa noche se celebraría la gran fiesta preparada para la hija del marqués Álvarez de Toledo, y que él sabía de buena tinta que se anunciaría su enlace matrimonial con el capitán Álvaro Martín, ese maldito hombre, traidor y rival. ¿Acaso ella ya no me amaba?, ¿se había olvidado de mí y del amor que me había prometido? Esas preguntas me martirizaban una y otra vez. Iría a esa fiesta y reclamaría el compromiso que ella había hecho conmigo.

Llegué más tarde que el conde de Benavente, su esposa e hija; quería que la fiesta estuviese ya empezada. Debía pasar desapercibido y observar sin necesidad de que me reconociesen al instante de aparecer en escena. Dejé mi caballo en las caballerizas; cuántos recuerdos de la primera vez que la había visto saltar por las tapias de arbustos. Sonreí al recordarlo; me sorprendí, pero me gustó: era diferente. Eso fue lo que hizo que mi atención se centrara más en ella. Intenté pasar al salón; había tantos invitados que sería fácil que nadie reparase en mí; enseguida busqué con mi mirada a Rosa. No la vi, pero sí distinguí al bastardo que quería casarse con ella. Fui discreto para que nadie que me conocía me reconociese. Avancé, la cena ya se había dado; había llegado muy tarde. Los juglares amenizaban la celebración; iba a dar comienzo al baile. Entonces la localicé; me quedé sin palabras al verla tan bella. Me apoyé sobre uno de los muros, camuflado entre dos columnas, y la contemplé. No podía apartar mi vista de ella; cuánto deseaba tenerla entre mis brazos y besar sus labios... La notaba nerviosa; me dio la impresión de que quería huir del capitán; este se acercó con la intención de ponerse a su lado pero ella, con mucha elegancia, supo apartarse de él. Percibí cierto rechazo hacia la figura de ese hombre; la conocía muy bien y sabía que ese gesto en su rostro significaba disgusto. Eso me daba esperanzas; ella no estaba conforme con el compromiso que su padre iba a anunciar. El marqués se acercó

junto con la madre de ella; su padre ofreció la mano a su hija para que se situase a su lado. Iba a anunciar el compromiso; ella palideció; avancé. Quería que nuestras miradas se encontrasen; estaba decidido a llevármela conmigo siempre que ella me diese una mínima esperanza de que me seguía amando a mí, y no a ese hombre. La raptaría si fuese necesario, pero no iba a permitir que esa boda se celebrase y que me la arrebatase ese malnacido. Mi corazón era de Rosa y haría lo que fuese para recuperar otra vez el suyo.

—Hoy es un gran día. —El marqués empezó a hablar—. Mi hija lleva ya dos meses con nosotros después de darla por muerta. —Miró a su mujer y esta le sonrió. Rosa permanecía seria, nerviosa y pálida—. Hoy queremos anunciar el compromiso matrimonial de mi hija con el capitán Álvaro Martín. —Este último se acercó a ellos y sonrió—. La boda tendrá lugar en tres semanas —. «Canalla», pensé. Jamás permitiría que ella se casase con él. Él se puso a su lado y observé cómo Rosa se separaba con discreción de ese hombre; media sonrisa se dibujó en mi rostro.

La música dio comienzo, y él tendió su mano a Rosa, quien se vio forzada a posar la suya sobre la de este e iniciar el baile, que fue seguido del resto de invitados. Los observaba, analizaba cada gesto y comportamiento de ella hacia él; me convencí de que no le gustaba nada esa idea. Cada vez estaba más seguro de que había sido forzada a aceptar dicho enlace matrimonial. En ese momento lo había decidido; me la llevaría conmigo esa misma noche. Entonces ella me vio mientras bailaba; su expresión cambió y volvió a girarse para mirarme y cerciorarse de que era yo. Nuestras pupilas se encontraron; el capitán se giró para observar hacia dónde ella dirigía su vista, pero me oculté tras las columnas de la gran sala. Él no me podía ver, solo ella. Finalizó el baile, y Rosa le dijo algo al capitán; la vigilaba desde mi escondite. Vi cómo ella me buscaba e iba al lugar donde yo me había ocultado; al no verme, se aseguró de que el capitán ni nadie la seguía. Álvaro Martín estaba muy ocupado hablando con otros invitados, al igual que sus padres. Salió al jardín, oscuro, tan solo con el reflejo de la luz de la luna llena. Ella avanzó; iba a mi encuentro. Yo la seguía con sigilo; no quería que supiese que estaba tras ella. Se encontraba de espaldas; sus bonitos hombros quedaban semidescubiertos; deseaba acariciarlos. Me posicioné tras ella; la escuché suspirar. La necesitaba tener entre mis brazos; la así de estos y la giré hacia mí. No le di tiempo a que reaccionase. La besé; ella, al principio forcejeó, pero duró poco su rechazo. Después se dejó llevar y responder a cada una de mis caricias y mis besos; me rodeó el cuello con sus brazos, y yo la atraje aún más hacia mí. La necesitaba, la había echado mucho de menos; el corazón solo me latía con celeridad cuando estaba cerca de ella, ni siquiera en las batallas más violentas sentí esa sensación y sentimiento de miedo a perderla. Daría mi vida por la mujer que tenía entre mis brazos. Me separé y le acaricié su mejilla; sus ojos brillaban, y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Te amo —le susurré.

—Te alejaste de mí —me respondió—. No regresaste ni viniste a buscarme.

—Lo sé, todo se complicó, pero te mandé un pergamino con un mensajero; te lo explicaba todo... —Ella se separó.

—Jamás lo recibí —reconoció sorprendida.

—¿No lo recibiste? —Negó con la cabeza—. ¿Por eso te comprometiste con el capitán?, ¿pensaste que había muerto?

—Pensé que ya no me amabas —me recriminó separándose de mí y observando por todas partes. Yo la agarré de la mano y la atraje otra vez entre mis brazos.

—Alonso, debemos tener cuidado: el capitán puede estar buscándome.

—Nunca te casarás con él; te vienes conmigo. Esta noche te espero tras el muro de arbustos; salta, como lo hacías para escaparte antaño. Yo estaré ahí, esperándote. —Ella asintió.

—Lo haré. —Me acarició la mejilla, y yo la volví a besar; sentir sus labios sobre los míos hacía que la desease cada vez más. Su boca me quemaba por dentro, la amaba y no la perdería. Ella se apartó—. Hasta esta noche. —Se alejó.

Volví a entrar al salón; quería asegurarme de que se encontraba bien y no le hacían preguntas sobre su ausencia. En ese momento la vi hablar con su madre; ella estaba enfadada y su madre, muy seria. Más tarde llegó el capitán y se puso a hablar con ella. Algo no marchaba bien; el capitán cambió el rostro. Rosa me buscó con la mirada y, transcurrido un rato, se marchó hacia sus aposentos. La fiesta había concluido. ¿Qué es lo que habría pasado?

Estuve esperando un buen rato, y ella no aparecía. Entonces escuché un ruido; era su doncella, Inés, que saltó con la misma habilidad que su señora. Miró para todos los lados para asegurarse de que no nos veía nadie, y vino hacia mí.

—Señor, la señora no va a poder irse con usted. Su madre le ocultó un mensaje que usted le había enviado. Se enfadó y le dijo a su prometido que no se casaría con él porque ella ya estaba comprometida y, si no, que le preguntase a su madre por el pergamino. El caso es que el marqués la ha encerrado y le ha dicho que él ya ha dado su palabra al capitán y que, si huye con usted, la perseguirá con su ejército hasta acabar con su vida. Mi señora se ha puesto a llorar; lo ama y no permitirá que usted muera. Me mandó a que le dijese el mensaje.

El marqués tenía que haberse visto forzado a darle su mano a ese capitán; conociéndolo como le conocía, jamás se hubiese negado a que ella se casase conmigo si no fuese por fuerza mayor. Tenía que actuar cuanto antes. ¿Por qué no se habría callado Rosa? No había debido decir nada.

—¿Qué mujer! —dije en alto.

—¿Cómo dice? —me preguntó Inés

—Pensaba en alto. Tienes que ayudarme; si aprecias a tu señora, debes ayudarme a que pueda acceder a la casa.

—Pero, mi señor, si me descubren...

—No lo harán. Abre la ventana de tu señora; yo escalaré por el árbol que hay próximo a su balcón; entraré en la habitación y después, como todos duermen, nos ayudarás a salir por la puerta.

—Pero los soldados...

—A este lado del muro nunca vigilan; por eso tu señora siempre se escapaba por aquí.

—De acuerdo, lo ayudaré. Dejaré la ventana abierta para que pueda escalar hasta allí.

Todo resultó más fácil de lo que en un principio parecía. Cuando fue lo suficientemente de noche, salté el muro; me introduje en el patio de las caballerizas escondiéndome de los perezosos soldados que, en vez de vigilar, estaban embriagados. Escalé por el árbol y me introduje en la habitación de ella. Rosa, al verme, dio un respingo; Inés no le había dicho nada. La doncella acudiría a la habitación cuando yo cerrase la puerta del balcón; ella observaría desde el patio.

—¡Alonso! ¿Qué haces aquí? Por favor, vete, si mi padre te encuentra...

—No me encontrará, te vienes conmigo.

—No, no puedo, pondría tu vida en peligro.

—No es una pregunta, amor mío, es una orden. —Vi cómo fruncía el ceño.

—No, no voy, no atiendo las órdenes de un insensato como tú. —Me movía intentando buscar una tela que cortar. Saqué mi camisa de las calzas y rompí un trozo de tela.

—¿Vas a hacerme caso y seguir mis órdenes?

—Sabes que no —dijo creyéndose victoriosa de nuestra pelea.

—Entonces, amor mío, no me queda más remedio que actuar; tenemos que irnos lo antes posible. —Le rodeé la cintura y la atraje hacia mí; levanté su barbilla con mi mano y la besé, algo que no se esperaba. Rocé sus labios con suavidad; después me separé de ella. Le guiñé un ojo y la tapé la boca con la tela que había rajado, con rapidez, para que no le diese tiempo a defenderse. Sus ojos brillaban y se revolvía; inmovilicé sus manos y su cuerpo con mis brazos—. Cariño, me has obligado a ello. No temo a ningún ejército, y menos si tú estás de por medio; lo primero eres tú. Aquí no te puedo dejar, jamás me lo perdonaría, ahora vas a colaborar conmigo. —ella negó con su cabeza intentando desprenderse de mis brazos. Al menos no hablaba, así evitaría el ser escuchada.

En ese momento entró Inés; me miró horrorizada al ver a su señora así.

—No me ha quedado más remedio; ya sabes cómo es tu señora. Guíame, Inés. —Ella, al principio, estaba desconcertada, sin saber qué hacer; después decidió ayudarme.

Bajamos con sigilo la escalera; Rosa se movía, pero la puse sobre mi hombro y así la podía llevar mejor. Inés me abrió la puerta, asustada; pudimos salir. La puse de pie, sin quitarle el trozo de tela. La miré a los ojos: había rabia en ellos. Sabía lo que me esperaba después, pero no me importaba.

—Rosa, ¡salta el muro! —Ella negó con la cabeza.

—Vas a saltar, amor mío, porque, si no lo haces, te prometo que jamás me volverás a ver —lo dije con rotundidad. En ese momento cambió su expresión; dudó, pero terminó por saltar. Yo la seguí, la monté sobre mi caballo, la tapé con mi capa y hui hacia el hueco de la muralla que conocía; sabía que, después de la última invasión, había un pasadizo estrecho que llevaba al exterior. Por fin la tenía conmigo; la amaba y jamás renunciaría a ella.

Capítulo 41

—¿Se puede saber adónde vamos? Mi padre jamás nos lo perdonará.

—A mi castillo; al final, si te quiere, te perdonará.

—Mandaré a sus hombres tras nuestros pasos.

—Lo sé, y yo lo esperaré. Nos casaremos en cuanto lleguemos allí.

—¡Alonso! ¿Nos podemos casar sin el consentimiento de mis padres?

—Sí, en estas circunstancias sí —aseguró con rotundidad.

—El capitán vendrá también tras nosotros. Su honor ha sido herido.

—El capitán es lo que menos me preocupa; no se atreverá a pisar mis tierras.

—Pero antes tenemos que llegar a tus tierras y están muy lejos de aquí —le dije; por una parte estaba contenta de estar con él y haber huido con el hombre que amaba, pero por otra...

—Tranquila, le he dejado un mensaje a Inés. Ella avisará a tus padres cuando hayan pasado unas horas; le dirá que he sido yo el que te ha raptado porque tú te prometiste antes conmigo.

—¿Por qué no regresaste? —Cambie de tema. Estaba dolida con él por todo el tiempo que había estado sin saber de su existencia—. Me abandonaste, y no fuiste capaz de decirme nada.

—No pude regresar, aunque estuve más cerca de ti de lo que tú piensas.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté sin entender su respuesta.

—Estabas en mi corazón, en mis sueños, en mi mente...

—Pero no estabas conmigo. Te necesité a mi lado. —Detuvo en ese momento el caballo. Me giró para sentarme de lado y él poder sostenerme entre sus brazos.

—Siempre estuviste conmigo. —Su rostro estaba tan cerca que apreciaba el brillo de sus ojos verdes; me recordaron a los del caballero de la Rosa Roja. Me culpé: estaba con el hombre que amaba y seguía pensando en ese hombre misterioso—. No podía vivir sin ti; cuando descubrí que te ibas a comprometer con ese bastardo, creí morir. —Me sonrió y bajó lentamente su rostro; sus pupilas se clavaron en mis labios y su boca cubrió la mía sintiendo la suavidad de esta—. ¿Sigues enfadada conmigo? —La verdad es que lo único que quería en ese momento es que siguiese besándome y no se detuviera.

—Sí —le dije con voz temblorosa.

—Entonces tendré que solucionarlo. —Volvió a sonreír, y sus labios humedecían los míos; levantó la mirada—. Pero debemos continuar. —Empezó la marcha en silencio.

—No pienses que con un beso solucionas todo —le dije, transcurridos unos segundos.

—Con uno no; yo pienso en muchos, amor mío. —Me rodeó con uno de sus brazos la cintura mientras que con el otro sujetaba las riendas del animal. Me ruboricé.

—¿Dónde estuviste?

—Intentando averiguar por qué todo el mundo se pelea por encontrar esas esmeraldas.

—Ya no la tengo; me la quitaron. Unos vándalos me atacaron y no sé muy bien lo que pasó después; el caso es que me salvaron, no sé muy bien quién y, cuando desperté, ni la esmeralda ni la cruz estaban en mi poder. He traicionado a Yosef.

—No es así; no lo has traicionado. Asumiste una responsabilidad que no te correspondía. Estuviste en peligro en muchas ocasiones y, aun así, intentaste terminar la misión que él te encomendó. Rosa, debes abandonar esas ideas; ahora vas a ser mi esposa y te quiero para mí en todo momento.

—No sé si quiero casarme contigo, capitán, veo que me abandonarás durante mucho tiempo —bromeé; lo amaba, y era lo que más deseaba en ese momento.

—No, estando tú en mi hogar, no querré irme de allí; me dedicaré a mis tierras: las tengo abandonadas desde hace mucho... Y mi tiempo será exclusivo para ti.

Estuvimos cabalgando durante muchas horas. Me quedé dormida entre sus brazos. Me desperté cuando el caballo se detuvo.

—Haremos una parada; el caballo tiene que descansar, y tú tendrás hambre. —Asentí; era de noche y hacía frío.

Enseguida Alonso hizo lumbre; me puso su capa sobre los hombros y sacó de su alforja pan y queso; comí en silencio bajo su atenta mirada.

—¿Qué piensas? No es habitual en ti estar tan callada.

—Estoy cansada. —Lo miré. No pensaba nada importante.

Me resguardé en la capa de Alonso y me apoyé la espalda sobre una roca que había próxima a la lumbre; la noche no se presentaba placentera; había mucha humedad. Alonso me observaba; yo sabía que en esa postura jamás podría conciliar el sueño. El levantó una ceja; se dirigió a su caballo y desenrolló la piel de animal que llevaba atada a los lomos del animal.

Me quitó la capa; la puso sobre el suelo, se sentó sobre ella y después me agarró de la cintura y me rodeó con sus brazos. Luego me tapó con la piel de animal; estaba tiritando, pero enseguida él me dio el calor que necesitaba y dejé de tener frío; me levantó la barbilla y me besó.

—Tú sabes que, como no me case contigo, no voy a poder aguantar más a tu lado sin hacerte mía. —Me ruboricé, no supe qué contestar. Preferí guardar silencio y me acoplé sobre su pecho; enseguida me quedé dormida.

Alonso me despertó: no había amanecido aún.

—Nos tenemos que ir ya —dijo mientras me ayudaba a levantarme. Asentí.

Él preparó el caballo y, cuando estuvo todo listo, me miró. Se acercó, me rodeó de la cintura y me atrajo hacia él.

—¿Has dormido bien? —Me retiró un mechón de mi rostro.

—Regular —dije con intención.

—¿Regular? —Arqueó una ceja y se dibujó media sonrisa en su rostro. —¿Estás segura?

—Sí —le guiñé el ojo.

Hice ademán de marcharme, pero él me agarró la mano y me llevó hasta él. Una de sus manos rodeaba la cintura y con la otra tocaba mi pelo; bajó su rostro y me besó. Podía sentir la suavidad de sus labios y la humedad de su boca sobre la mía. Fijó sus pupilas sobre las mías y me dio pequeños mordiscos sobre mi labio inferior; apoyó su frente sobre la mía mientras que con su dedo índice dibujaba el contorno de mi boca.

—Me vas a volver loco —me dijo. Volvió a besarme y se retiró—. Debemos marcharnos.

Cada vez lo deseaba más; me eclipsaba y me hacía débil, sin armas para defenderme, era suya en esos momentos.

Estuvimos galopando varios días; estábamos por las tierras del norte, y faltaba poco para llegar al castillo de Alonso. Nos detuvimos en una zona llana donde había una ermita. Había una celebración; los campesinos llevaban a la Virgen en hombros hasta la ermita; después, con risas y baile, se empezó a escuchar una música típica del lugar tocada por instrumentos hechos con las propias manos de los aldeanos. Nos detuvimos.

—Hoy descansaremos aquí —me susurró al oído.

Me ayudó a bajar del caballo; los campesinos enseguida repararon en nosotros y dejaron de tocar y bailar. Nos miraban con precaución: uno de los campesinos se adelantó.

—¿Quiénes sois y qué queréis?

—Vamos hacia el norte, peregrinamos a Compostela —mintió, aunque no entendí muy bien por qué lo hizo.

—Entonces son bienvenidos; participen con nosotros de nuestra fiesta a nuestra patrona.

Empezaron a bailar, y el campesino nos llevó junto a los demás; nos ofreció vino y un trozo de pan. En ese momento nos empujaron a los dos para que bailásemos con ellos; habían formado un círculo: en un lado los hombres y en el otro las mujeres. Nuestras miradas estaban fijas la una sobre la otra. Mientras tocaban la música, yo imitaba los movimientos del resto de las mujeres. Unos y otros entrelazaban los brazos. Lo buscaba con la mirada, pero no lo veía; entonces él me encontró, me cogió del brazo y empezó a bailar conmigo. Nuestras pupilas estaban fijas la una en la otra; éramos ajenos, en ese momento, a todo lo que nos rodeaba. Era como si estuviéramos solos y no nos rodease nadie; mi corazón latía de manera acelerada. Sabía que había truenos y las iluminaciones del cielo auguraban tormenta, pero mis cinco sentidos se centraban en Alonso. Mi capitán me rodeó la cintura y me atrajo hacia él; sus pupilas brillaban, y yo sentía que me ardía todo el cuerpo estando tan cerca de él. Empezaron a caer gotas de agua que fueron mojando nuestro rostro poco a poco; a mí solo me importaba estar junto a él, sentir sus brazos alrededor de mi cintura y su respiración agitada al igual que la mía. Su mirada se centró en mis labios; me besó mientras la lluvia caía con más fuerza y mojaba nuestros cabellos y nuestros rostros.

—¡Vengan conmigo! —dijo el hombre que se dirigió a nosotros la primera vez—. Les daré cobijo en mi hogar.

Lo miramos; Alonso me cogió de la mano, agarró las riendas al caballo y seguimos al hombre. Se formó una gran tormenta que asustaba a los animales. Llegamos a una cabaña pequeña; nos ayudó a meter al caballo en un pequeño establo y nos invitó a entrar a su casa. Nuestras prendas de vestir estaban chorreando. Su mujer nos vio y se echó las manos a la cabeza.

—¡Válgame el cielo! Tienen que cambiarse lo antes posible o, si no, ambos pillarán una pulmonía.

Enseguida sacó una falda y una blusa para mí, y unas calzas y camisa para Alonso. Yo me cambié en la única habitación que había en la cabaña, mientras que Alonso lo hacía en la sala que hacía las veces de comedor y cocina. Desde la habitación los escuchaba hablar a Alonso y al campesino.

—Los impuestos cada vez son más elevados; trabajamos día y noche y nos quitan la mayor parte de nuestras cosechas.

—Eso tiene que cambiar —escuché decir a Alonso.

—Es imposible; nosotros no podemos hacer nada y con las guerras entre cristianos y las invasiones de los almorávides vivimos con temor. Nuestro amo nos exige cada vez más para poder llevar a cabo estas guerras y mantener a los ejércitos cristianos —contó el campesino. Salí de la habitación, y su mujer me indicó con su mano que me sentara a la mesa. Alonso estaba concentrado y con expresión de preocupación mirando al campesino.

—Sí, cada vez es mayor la amenaza de los almorávides en nuestras tierras —corroboró Alonso.

—Nos llegan noticias de que nuevas tropas han entrado por el sur; tenemos miedo —comentó el campesino.

—Nuestra gente está marchando a otras tierras. —Alonso escuchaba con interés y preocupación—. La campesina cambió de tema.

—Entonces... ¿se dirigen a Compostela?

—Sí, hacia allí nos dirigimos —respondió con rapidez Alonso; lo miré, no entendía por qué había vuelto a mentir—. Hemos hecho una promesa —lo volví a mirar sorprendida; era mejor que no continuase con aquello.

—¿Y cuál es esa promesa? —dijo el campesino observándonos con curiosidad.

—Explícaselo, Rosa. —Alonso me miraba con una sonrisa en su rostro; se estaba divirtiendo y ahora me obligaba a mentir.

—Bueno, pues... la promesa ¡Ah, sí! —No sabía qué decir.

—La da cierta vergüenza decirlo —confesó Alonso; me estaba enfadando.

—No, no me da vergüenza, pero creo que tú lo explicarás mucho mejor que yo —le dije airada; él percibió el tono de mi voz.

En ese momento escuchamos un ruido en el exterior. Los campesinos salieron para ver de qué se trataba. Aproveché ese instante para recriminar su comportamiento.

—¿Se puede saber qué es lo que pretendes con tanta mentira? —le pregunté enojada.

—¡Me encanta cuando te enfadas! —Percibió aún más mi rabia—. No podemos decir la verdad; tu prometido nos estará buscando y no quiero que los campesinos se vean involucrados en nuestra huida.

—¿Y lo de la promesa? Eso te lo podías haber ahorrado, capitán.

—¡Ja, ja, ja!

—Encima te lo tomas a risa. —Entraron los campesinos; estaban pálidos. El hombre cogió un palo; se los notaba asustados.

—¿Ocurre algo? —preguntó Alonso incorporándose.

—¡Lobos! Tienen hambre y bajan de las montañas para atacar a nuestros animales.

—¡Lobos! —repetí, asustada.

Alonso cogió su espada. Yo hice ademán de ir con él.

—No, tú no vienes —me aseguró con rotundidad. La campesina me puso la mano en el hombro.

—Es cosa de hombres, querida. Quédese conmigo; enseguida estarán con nosotras.

Los vi marcharse y, muy a mi pesar, me tuve que quedar allí en contra de mi voluntad. Transcurrió mucho tiempo desde que se habían marchado; en ese momento entraron dos aldeanos con el campesino que sangraba por el brazo; su mujer se asustó y yo temí por Alonso.

—¿Tiene una daga? —le pregunté a la campesina. Esta me miró con sorpresa.

—Sí —buscó y me llevó una daga; yo sabía luchar con espada, pero la técnica era la misma, o eso imaginaba.

—¿Dónde está? —les pregunté a los hombres que habían traído al campesino.

—Campo abajo; la luz de las antorchas se ven desde aquí. Vienen en manada y están rabiosos; quieren coger alguna presa. —Hice ademán de marcharme.

—Pero señorita, ¡usted no puede ir allí! Es peligroso —advirtió uno de los aldeanos

—No se preocupe, sé defenderme. —Sin hacer caso y bajo la atenta mirada de los allí congregados, me marché.

La lluvia había cesado; la tierra estaba mojada, y había grandes charcos. La luz de las antorchas se veía desde la lejanía. Enseguida contemplé la escena; los hombres habían hecho un círculo dándose entre ellos la espalda. Conté cuatro lobos que enseñaban sus colmillos y gruñían; avanzaban poco a poco hacia los hombres. Alonso daba instrucciones a los campesinos. En ese momento me arrepentí de haber ido hacia allí; sentí miedo al ver a esos animales. Alonso se percató de mi presencia.

—¡Rosa, vete! —gritó. En ese instante escuché un gruñido tras de mí.

Me giré muy despacio; había un lobo frente a mí: el quinto, que estaba separado del resto de la manada. Sujeté la daga con fuerza; el animal avanzaba con lentitud hacia donde yo estaba. Actué como me había enseñado Antonio; no aparté la mirada de los ojos del lobo. Sabía que me iba a atacar. Alonso me apartó y me caí al suelo; el lobo se lanzó hacia Alonso pero este le clavó su espada en el vientre. El animal se desplomó. Observé que las zarpas del lobo le habían arañado

un brazo, del que salía sangre. Se levantó; estaba muy enfadado conmigo. Se puso frente a mí.

—¡Márchate a la casa! ¿Por qué siempre tienes que hacer lo que te parece? ¿No te das cuenta de que corres peligro!?

En ese momento vi que otro lobo corría hacia Alonso para herirlo. Miraba al animal sin prestar atención a mi capitán.

—¡Rosa! ¿Me quieres hacer caso!? —En ese momento el animal fue a atacarlo; yo avancé unos pasos; me puse frente a él, lo miré a los ojos para estudiar su próxima reacción. Lo esquivé cuando se disponía a atacarme y le clavé la daga en su vientre hiriéndolo; este huyó con la manada. Alonso me miraba sorprendido—. ¿Se puede saber cuándo has aprendido a pelear así? —Una ligera sonrisa apareció en mi rostro.

—Todavía hay muchas cosas que no sabes sobre mí, capitán. —Y, dicho esto, me puse camino hacia la casa bajo su atenta mirada.

Capítulo 42

—Vaya, vaya... —dijo el hombre, que ocultaba parte de su rostro con la caperuza de su capa, al fraile cuya misión era entregar un pergamino al Santo Padre—. ¿Se puede saber qué es lo que llevas ahí?

El fraile enseguida lo reconoció como uno de los miembros de la orden de David; había escuchado muchas historias sobre ellos y sobre los ritos satánicos que realizaban. Empezó a sudar, y su rostro palideció. Tenía miedo. Era el mismísimo Satán quien estaba frente a él.

—Es para el Santo Padre.

—¿Te lo ha dado la reina Constanza para él? —El hermano no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. ¿Cómo podían saberlo?, solo los dos hombres que los escoltaron hacia esas tierras lo sabían—. Dámelo —ordenó. El fraile vio que no iba solo: junto a él había un benedictino que, a pesar de que ocultaba también su rostro con la caperuza de su capa, por su anillo sabía que era un miembro de esa orden. El fraile se preguntaba qué hacía un benedictino con ellos. Había otros hombres; observó el filo de sus espadas asomar por los bajos de sus capas. Sabía cuál iba a ser su destino.

—Solo se lo puedo dar al Papa.

—¡Ja, ja, ja! —rio—. Me gusta ver tu fidelidad a la reina.

—¡Apártense de mi camino!

—Me veo obligado entonces a quitárselo a la fuerza. —El maestro fue a cogérselo; el fraile forcejeó y en esa lucha cayó al suelo; su cabeza se golpeó contra una roca. Hilos de sangre rodaban desde la frente por todo su rostro. El gran maestro lo miró.

—Está muerto —dijo.

Pedro de Leucata se acercó a observar de cerca al fraile; lo miró y se volvió al gran maestro.

—¿Qué es lo que dice el pergamino? —le preguntó.

El gran maestro lo abrió; leyeron en silencio y se miraron. Tenemos que partir lo antes posible. Todos, a excepción de Leucata, emprendieron su marcha en dirección al Sur. Él tenía otros planes: tenía que ir al monasterio de Suso cuanto antes; su ambición era aun mayor.

Una vez que el fraile se aseguró de que se habían marchado, intentó ponerse de pie, pero estaba mareado como consecuencia del golpe; se desplomó. Él sabía que debía llegar a Roma y solicitar audiencia con el Santo Padre. Conocía el contenido del pergamino y debía transmitírselo cuanto

antes. El dolor de cabeza era muy fuerte; empezó a nublársele la vista, perdió la conciencia. Transcurrió bastante tiempo hasta que el perro de un campesino llevó a su amo hasta el cuerpo del fraile. El campesino y su hijo, al ver que respiraba, lo llevaron sobre su mula hasta su hogar para curarle la herida.

Capítulo 43

La reina Constanza había regresado a su castillo en Sagunto. Estaba preocupada: habían pasado más de dos meses desde que el fraile había partido y no había llegado ningún mensajero para confirmarle que el pergamino estaba en su destino. Temía que hubiera pasado algo. Sabía que no podía esperar más a tener noticias del Santo Padre; confiaba en que el mensaje le hubiese llegado. Ella tenía que partir cuanto antes al reino del Sur; era el momento. Sabía que su vida estaba en peligro si se dirigía hacia esas tierras pero, después de saber que los hombres del desierto tenían en su poder dos esmeraldas, debía partir. El joven jinete la observaba con paciencia en la sala esperando a que le dijese algo. Ella estaba tan absorta en sus pensamientos que se había olvidado por unos instantes de que el muchacho esperaba de pie en el centro de esta. Constanza alzó la mirada y se encontró con la de él, quien enseguida bajó su rostro en señal de respeto.

—Entonces tu señor las vio; me aseguras que eso es lo que él te dijo.

—Sí, su majestad. Dijo que los hombres del desierto tienen dos en su poder y que su emisario, Asad, ha partido hacia el sur.

—¿Y por qué hacia el sur? ¿Sabrán la verdad? —dijo en voz alta.

—Mi señor dice que lo saben.

—¡Pero no es posible! —La reina levantó su mirada, seria, de preocupación—. Dile a tu señor que parto hoy mismo hacia las tierras del sur. Él sabe dónde nos tenemos que encontrar.

Se asomó por la pequeña ventana de la sala; observó cómo el jinete se alejaba. Había llegado el momento.

Capítulo 44

La observaba, divertido; la verdad es que me estaba entreteniendo mucho de verla en esa situación. Estábamos muy cerca de mi castillo, en mis tierras. El olor a tierra mojada por la lluvia... Ya lo había olvidado después de estar largas temporadas fuera. Había decidido que me casaría cuanto antes con Rosa; no podía demorarlo más. Cada vez que la tenía cerca, quería hacerla mía, me costaba controlarme. El deseo de tenerla entre mis brazos era más fuerte conforme pasaba más tiempo con ella; evitaba mi proximidad a Rosa en muchos momentos, pero ¿cómo no besarla si lo deseaba a cada instante?, la amaba. Además, había decidido que, una vez me casase con ella, me quedaría en mi hogar, con mi esposa y protegiendo a los campesinos que trabajaban mis tierras. No quería apartarme nunca más de allí.

Por otra parte, estaban sus padres; eso iba a ser más complicado. Entendía y sabía el desaire que les acababa de hacer y era consciente de las represalias que ellos tomarían, pero lo volvería a repetir. Si era necesario, recurriría al rey Alfonso VI para que mediase entre la familia de ella y nuestro enlace. Y por supuesto, ese malnacido, si se atrevía a pisar mis tierras, se iba arrepentir de ello. Las risas de Rosa volvieron a hacer que me centrara en ella y apartase mis pensamientos de mi mente. Las ovejas la habían rodeado; estaba en medio de todas ellas y le resultaba difícil hacerse camino entre los animales. El pastor de las ovejas había ido a recriminarla por esparcir su rebaño y, mientras ella intentaba hablar con él, lo único que hacía era enfadarlo aún más.

—Yo no le quiero robar sus ovejas —intentaba explicarle Rosa—. Venía del río y me he encontrado con ellas.

—Usted, señorita, ha intentado que se disgreguen. ¿Qué es lo que pretendía? —Rosa me miró. Se estaba agobiando. Ella le explicaba una cosa, y él respondía otra que no tenía nada que ver con lo que ella le decía.

—No pretendía nada, de verdad.

—Usted quiere quitármelas. —Él seguía insistiendo con lo mismo. La situación me divertía, pero decidí acudir en su ayuda.

El campesino no había reparado en mí pero, al verme, una gran sonrisa se dibujó en su rostro.

—Usted es el señor; ha regresado a su hogar. Todo es un desastre desde que se marchó. Vinieron los soldados del rey y nos quitaron la cosecha. Y ahora esta mujer disgrega mi rebaño —dijo mirando a Rosa con expresión de disgusto.

—Por esta mujer no te preocupes. —Rosa me miraba para ver qué decía al respecto—. Me ocuparé de ella. —Me miró con expresión de disgusto; sabía que entraría en cólera después—. Puedes estar tranquilo; me quedaré una larga temporada en mis tierras, y no permitiré que nadie os quite vuestras cosechas ni animales. Ahora puedes continuar tu camino.

El campesino me miró con satisfacción. Rosa se apartó, y el pastor se alejó de nosotros. Una vez que desapareció, Rosa me miró con los brazos en jarra y expresión de enfado. En realidad, me encantaba cuando se enfadaba; me gustaba siempre pero, cuando ponía ese gesto, me moría por abrazarla y besarla.

La guiñé un ojo y me giré para ir dirección al caballo; debíamos partir. Llegaríamos en breve a mi hogar y deseaba ya estar allí.

—¿Te ocuparás de mí? ¿Eso es lo único que se te ocurre decir? ¡Vaya respuesta la tuya, capitán!

—¿Y qué querías que dijese? —bromeaba.

—Lo sabes muy bien; no te hagas el ingenuo conmigo, Alonso Díaz. —Sonreí, me giré para tenerla de frente, me acerqué a ella. Crucé mis brazos sobre mi pecho y miré sus pupilas.

—No sé a lo que te refieres; dime lo que quieras que diga. Lo memorizaré y lo repetiré la próxima vez. —Su rabia aumentaba por momentos. La rodeé con mis brazos y la atraje hacia mí; ella estaba enfadada e intentaba apartarse de mí. —Él ya sabrá en su momento quién eres; lo anunciaré por todas partes para que nadie ose meterse contigo, pero ahora no era el momento. A ese hombre no le has caído nada bien: estaba molesto y asustado por los últimos acontecimientos; además, hay que ser discretos por si vienen a tu encuentro. Si no le gustas, te delatará. —La rodeé con mis brazos y la besé; cada vez sus besos eran más intensos y hacían que la desease aún más. Ella respondía como yo deseaba, y no sabía lo que provocaba en mí su entrega. La aparté; debía contenerme y esperar a que ella fuera mi esposa, pero... o la evitaba o me casaba con ella nada más llegar a mi castillo.

La cogí de la cintura y la puse en los lomos de mi animal; después me subí tras ella.

Rosa se acomodó sobre mi pecho, la tapé con mi capa; a pesar de la época en la que estábamos, el cielo estaba cubierto y se preveía lluvia; se había levantado una brisa de aire fresco.

—¿Que sepas que todavía tengo una conversación pendiente contigo! —me dijo.

—Pues no lo sabía, preciosa.

—Sí, tienes que explicarme cómo regresaste a Toledo a por mí, cómo supiste que yo estaba allí. —Hizo una pausa—. Además, quiero saber por qué me dejaste tanto tiempo sola en tu castillo. En realidad, a veces pienso que no sé mucho de ti.

—¿Cómo puedes decir eso? —le pregunté, sorprendido.

—Tengo la sensación de que me ocultas cosas, de que hay una parte de ti a la que no consigo llegar.

—Bueno, después de que nos casemos, tendrás toda una vida para conocer lo más profundo de mi alma; entonces podrás descubrir mis secretos. —Reí.

—Pero me gustaría saber ahora esos secretos.

—¿De verdad que no sabes qué es lo que más oculto?

—No, dímelo.

—Moriría por ti. Te amo como jamás imaginé amar a nadie. Sin ti no querría vivir, porque tú, con tu sola presencia, amor mío, me das la vida. —Guardó silencio.

—Te quiero, capitán. Y... gracias —respondió. Arqueó una ceja—. Gracias por haber venido a buscarme.

—No es fácil mi vida, cariño: soy uno de los hombres de confianza del rey; cuando él me llama, tengo que acudir y obedecer. Quiero que te lo pienses muy bien si de verdad deseas casarte conmigo; lo que no quiero es engañarte y que después te arrepientas de haber dado este paso. Mi intención es estar junto a ti, en nuestro hogar, protegiendo a los campesinos que se ocupan de mis tierras y ocupándome de estas como hicieron mis antepasados, así como cuidarte, amarte y hacerte sentir la mujer más feliz del universo, tener hijos y formar una bonita familia. Pero son tiempos difíciles: nuestras tierras están constantemente amenazadas por las invasiones de los almorávides y sé que tendré que partir en algún momento con las tropas del rey. Pasarás largas temporadas sola, sin mí...

—No me importa, pero me tienes que hacer una promesa.

—La que tú quieras, amor mío. —La besé sobre sus cabellos.

—Prométeme que siempre regresarás junto a mí. —Sonreí.

—Te lo prometo: siempre regresaré junto a ti. —Ella acarició mi brazo.

—Yo también te amo, capitán. —Sonreí al escuchar sus palabras.

—Ya sabes que, cuando te dejé en mi castillo, fue con la intención de protegerte y llevarte más tarde a tu hogar para pedir tu mano formalmente a tu padre. De regreso, al no encontrarte allí, imaginé que estarías en Toledo. —Mentí: no podía decirle que yo era el caballero de la Rosa Roja y que siempre había estado a su lado, protegiéndola y velando por su seguridad.

—Ahora, mi padre nunca me perdonará.

—Sí, sí que lo hará.

Atravesamos el puente de piedra que llevaba al castillo; me detuve a contemplar mi castillo, desafiante construcción al ras de los acantilados. Escuchaba el feroz choque de las olas contra las rocas, el piar de las gaviotas, la brisa fría sobre mi rostro.

—Amor mío, ahí está nuestro hogar.

Enseguida mis hombres me divisaron; abrieron el rastrillo y pudimos entrar al interior. Noté una gran alegría entre mis soldados por haber llegado; me sorprendí de no ver allí a mi hombre de confianza, Roberto. Bajé de un salto y ayudé a descender a Rosa; la cogí de la mano. Después me dispuse a saludar a todos mis hombres y al personal de mi hogar, que enseguida salieron a recibirme.

—¿Roberto? —le pregunté a uno de mis hombres.

—Señor, al poco de marcharse la dama... —sabía que se refería a Rosa—... él desapareció: no sabemos dónde fue. —Aquello sí que me extrañaba; él jamás dejaría el castillo, era mi más fiel

soldado y amigo; yo lo consideraba algo más. Desde bien pequeños habíamos jugado juntos y crecido como hermanos. Sospechaba que algo le había sucedido. Bueno, pensé, ya me ocuparía de ese asunto más adelante.

Enseguida la vi venir corriendo hacia mí; era la cocinera y la mujer que había hecho muchas veces, durante mi niñez, de madre. Solté la mano a Rosa y la abracé mientras la daba vueltas girando sobre mí mismo. Rosa contemplaba la escena con una sonrisa en el rostro.

—Esta vez nos has dejado solos mucho tiempo —me regañó la cocinera—. Han sucedido muchas cosas, Alonso; se han apropiado de las cosechas de los campesinos y también tuvimos que alojar a soldados que iban al sur.

—Lo sé —me quedé pensativo —, pero vengo decidido a pasar una larga temporada en mi hogar y a casarme. —La miré a Rosa, quien se sonrojó; la agarré otra vez de la mano—. Hay que preparar una boda lo antes posible.

En ese momento mis hombres esbozaron un grito de alegría. Rosa estaba cada vez más colorada.

—Eso es una buena noticia —dijo la cocinera sonriendo a Rosa.

—Sí, quiero casarme hoy mismo.

—¡Alonso! —retrucó Rosa—. Hoy no, al menos necesito unos días.

La atraje hacia mí y le rodeé la cintura.

—No hagas esto delante de tus hombres —me susurró al oído.

—Lo haré siempre, mi amor, no me importa que me vean demostrarte lo mucho que te amo.

—Pero a mí sí: me da vergüenza.

—Pues te tendrás que ir acostumbrando, preciosa. —La atraje y la besé.

—Eres incorregible, capitán. Me gustaría esperar unos días. —Escuchaba las risas de mis hombres al observar y oír nuestra conversación.

—Creo que la señora tiene razón —dijo la cocinera—. Recuerde que la semana que viene se celebra la Fiesta de la Cosecha y el padre Pedro está muy involucrado en los preparativos.

Era cierto: la Fiesta de la Cosecha tenía lugar con la primera luna llena del mes de junio.

—Está bien, pero después de la fiesta nos casaremos. Iré a hablar cuanto antes con ese sacerdote gruñón. —Todos se rieron. Lo que más caracterizaba al padre Pedro, aparte de su prominente barriga, era que siempre estaba gruñendo.

—Han venido en el momento justo: es la época más bonita. Le va a gustar la fiesta, señorita.

—Liliana, llévala a su habitación, junto a la mía —le pedí; observé cómo Rosa me recriminaba con su mirada y su tez se volvía a sonrojar.

La vi alejarse mientras Liliana no dejaba de hablar y contarle los últimos acontecimientos. El resto de soldados se fueron a sus respectivas tareas y el segundo hombre de mi confianza, Eurico, se acercó a mí.

—¿Dijo algo Roberto? —le pregunté.

—No, señor, desapareció sin decir nada.

Tenía pensado acercarme a la aldea cercana, donde seguro encontraba al sacerdote; debía hablar con él cuanto antes; además, quería ver a todos los aldeanos y hacerles saber que ya estaba su señor con ellos y no iban a abusar más de mi gente.

Cogí mi caballo y le pedí a Eurico que me acompañase. Enseguida lo vi; no pude evitar sonreír al observarlo. Estaba alborotando a todos los aldeanos y dando instrucciones a las mujeres. Enseguida nos vieron los niños y corrieron hacia donde estábamos nosotros; bajé de un salto. Siempre me habían encantado los más pequeños. Había jugado con ellos, y ellos me apreciaban bastante. Varios niños me rodearon las rodillas con sus bracitos. Cogí al más pequeño entre mis brazos, y los demás me seguían. Los aldeanos, al verme, me dieron la bienvenida, y el padre Pedro se giró para observar quién era el causante de ese revuelo. Me observó con los brazos en jarra; me acerqué a él.

—Buenos días, padre.

—¡Por fin regresaste! ¿Se puede saber dónde te has metido? No puedes abandonar tus tierras ni a los campesinos que las trabajan durante tanto tiempo.

—Lo sé, padre. —Me observaba; amaba a ese gruñón. Desde bien pequeño siempre se había ocupado de mí. A pesar de estar siempre refunfuñando, era una bella persona, incapaz de hacer daño a una mosca—. ¿Podrá perdonarme? —le bromeé; dejé al pequeño que tenía en brazos; me puse de rodillas e incliné la cabeza para recibir su perdón. Los niños se reían al verme.

—Ya sabes que sí. Levántate —respondió—. Soy hombre de Dios, ya lo sabes. Me alegro de verte, muchacho.

—Yo también, padre, y de estar ya en mi hogar.

Me acerqué a él y le di un abrazo. Esto provocó más risas entre los allí presentes.

—Sigues siendo un bruto; me vas a tirar. A ver, si ahora que estás aquí, estos inconscientes me hacen caso con los preparativos para la Fiesta de la Cosecha. —El pequeño volvió a reclamar mis brazos y lo volví a coger.

—Padre, me gustaría hablar con usted. —Se detuvo y me miró.

—Cada vez que me dices eso, te temo: siempre me pides cosas muy difíciles de cumplir.

—Sí, pero usted siempre hace lo imposible por ayudarme.

—Te escucho, hijo —dijo mientras recorría la aldea y se dirigía a la pequeña capilla que se había construido con ayuda de los aldeanos.

—Quiero que me case después de la fiesta. —Se detuvo en seco y se giró para mirarme.

—¿Casarte? ¿Tú? —Miró al cielo y alzó los brazos en alto—. ¡Gracias, Dios mío! ¡Por fin escuchaste mi súplica! —Sonreí. Sabía desde hace mucho tiempo que él deseaba que me casara y tuviese herederos, pero yo le había dejado muy claro que mi intención no era esa, sino que para mí lo más importante eran el rey y la guerra—. ¿Y quién es ese ángel que ha robado tu corazón?

—Ella es la hija del marqués Álvarez de Toledo. La amo y quiero casarme lo antes posible con ella. —Miró para todos los lados.

—¿Está de camino con su familia? —Sonreí ante su pregunta; sabía la regañina que me iba a

caer en cuanto le dijera que estaba en mi castillo.

—No, está en mi hogar, y allí estará hasta que usted nos case. —Su expresión se tornó de preocupación.

—¡Alonso Díaz! Eso no está bien visto a los ojos del Señor. ¿Qué hace en tu castillo? ¿No la habrás deshonrado y ahora tienes que responder por tus actos?

—No, padre, no la he deshonrado pero... No por falta de ganas, y es por eso por lo que ya no puedo controlar mi deseo hacia ella, por lo que necesito que nos case cuanto antes. Cada vez que la beso, siento el deseo de hacerla mía; me tengo que apartar con brusquedad de ella y echarme agua fría sobre el rostro. No voy a poder contenerme por mucho tiempo más. —Se llevó las manos a la cabeza.

—Pues ya puedes controlar ese instinto tuyo; hasta que no os case no puedes yacer con la joven, ¿me has oído? Bastantes mujeres han estado en tu cama en el pasado. Para la que va a ser tu esposa debes saber esperar.

—Bueno, esas mujeres tampoco eran vírgenes, padre.

—¡Alonso! No quiero escuchar los detalles de tus aventuras carnales. Pues que sepas que, hasta que no os confeséis conmigo, no celebraré esa boda. Tú, ya que estás aquí, ven a confesarte de todos tus pecados, que tenemos para un día completo.

—¿Confesarme? ¿Y eso por qué?

—Porque al sacramento del matrimonio hay que ir limpio y tú tienes muchos pecados a tus espaldas que purgar. Si quieres casarte, tendrás que pasar por esto y dile a tu joven prometida que venga mañana por aquí; quiero conocerla y confesarla también. —Sonreí: sabía que tendría que pasar por eso; era muy cabezota.

—Pues vamos a ello, aunque le advierto que va a tener que escuchar detalles que no le van a gustar nada, padre —le bromeé y él me miró, alarmado, echándose las manos a la cabeza.

Capítulo 45

Me quedé dormida sin ser consciente del tiempo que había transcurrido hasta que me desperté. Un beso en la mejilla fue el causante de que abriese los ojos, y allí estaba él, sentado sobre mi cama, mirándome con su bonita sonrisa. El despertar viendo sus ojos verdes, los mismos que me habían cautivado, era una sensación muy agradable. Llevó su mano a mi mejilla y me acarició.

—Llevas todo el día durmiendo; empecé a preocuparme por si te había pasado algo.

—¿Es muy tarde?

—Sí, mi amor, son las ocho de la noche. Tendrás hambre. No quise despertarte para la hora de la comida.

—Estaba agotada. —Me senté apoyando la espalda sobre la almohada. Le cogí la mano y le sonreí—. Te amo, Alonso.

—¡Vaya! ¿Y eso? Si para que me digas esas palabras todos los días te tengo que dejar dormir tanto, que sepas que lo haré.

Sin decir más, me rodeó con sus brazos y me atrajo hacia él sentándome sobre sus piernas; retiró mis cabellos sueltos y alborotados de mi rostro y dibujó con su dedo el contorno de mis labios. Fijó su mirada en estos, y sus labios sellaron los míos, con suavidad, sintiendo la humedad de estos. Su lengua jugó con la mía lentamente, y un suave mordisco en mi labio inferior me llenó de placer y deseo; necesitaba estar entre sus brazos, sentir su cuerpo sobre el mío y sentir que me amaba y me deseaba tanto como yo; en ese momento se detuvo y me miró; suspiró. No entendía por qué se había detenido con brusquedad. Me dejó sobre la cama y se puso de pie.

—Amor mío, vístete para la cena; esta noche no lloverá, me gustaría enseñarte algo. —Se marchó.

¿Qué le habría disgustado? ¿Por qué se había apartado de mí? Había notado que últimamente él evitaba tener más momentos junto a mí; sentía que me deseaba, pero se apartaba con rapidez de mi lado.

Me asee y no me demoré en bajar al salón donde se servía la cena. Alonso y dos de sus hombres estaban sentados con él; me percaté de que mi capitán estaba enfadado mientras sus hombres le informaban sobre ciertos asuntos. En cuanto se dieron cuenta de mi presencia, se callaron y se marcharon de la sala, dejándonos a los dos solos. Alonso me sonrió; me senté frente a él. Enseguida entraron dos doncellas con las viandas y con el vino. Tenía mucha hambre, y era

confortable poder comer junto al calor de la lumbre, sentada y sobre una mesa, después de tantos días de haberlo hecho a la intemperie, con humedad y frío y sintiéndome sucia en todo momento. Esa noche parecía estar en el paraíso.

Devoré todo lo que me pusieron bajo la atenta mirada de mi capitán.

—Tenías hambre. —Se estaba divirtiendo de verme .

—Sí, estaba hambrienta; la culpable es Liliana, que cocina muy bien. Recuérdame que se lo diga.

—Mejor que no lo hagas. La ofenderás.

—¿Ofenderla por qué?

—No la gusta que le digan que hace bien su trabajo. Le molesta; créeme, es mejor que no la digas nada y, cuando ella entre, que lo hará al final de la cena, me dices a mí, ignorando su presencia, que estaba todo exquisito. —Sonreí.

—Muy bien, así lo haré. —Me fijé en que él había comido poco; lo notaba preocupado. — Apenas has probado bocado. ¿Qué te pasa? ¿Te han dado alguna noticia que no te ha gustado?

—No tengo mucho apetito. No, cariño, no pasa nada. Estoy feliz de que estés conmigo.

Tal y como dijo Alonso, al final de la cena Liliana se presentó en la sala; actué como me dijo Alonso. Ella se marchó con una sonrisa en su rostro y, al cerrar la puerta, ambos nos reímos.

—¿Qué era lo que me querías enseñar? —le pregunté.

—Ven —dio instrucciones de que me trajeran una de sus capas.

Me puso la capa sobre mis hombros y me cogió de la mano; me llevó hasta los establos y allí cogió su caballo. Sin decirme nada, me puso sobre los lomos del animal y él se colocó detrás de mí.

—¿Confías en mí? —me susurró al oído.

—Sabes que sí —le respondí.

—Entonces no me preguntes nada y deja que te tape los ojos con esta cinta. Quiero que sientas cada ruido, cada olor y después te mostraré lo que quiero que veas. —Asentí. Sentí cómo ocultaba mis ojos bajo una cinta de color oscuro. Me rodeó con uno de sus brazos y con el otro llevaba las riendas de su animal.

En esos momentos, sintiendo la brisa fría de la noche sobre mi rostro, se vinieron a mi mente los momentos en los que había estado con el caballero de la Rosa Roja; experimentaba las mismas sensaciones que había tenido con él; la forma de agarrarme de Alonso era como la que él me retenía, el calor que desprendía su cuerpo... Escuché las olas del mar y el ruido del viento; conforme avanzábamos, este era más perceptible, al igual que el frío, que aumentaba. El caballo se detuvo. Sentí cómo él se bajaba del caballo y me bajaba a continuación a mí; me rodeó la cintura y me atrajo hacia él. Sentía su respiración. Era extraño; por un momento llegué a creer que estaba con ese hombre. Intenté apartar de mi mente al caballero de la Rosa Roja.

—Amor mío, te voy a quitar la cinta, pero prométeme que no vas a abrir los ojos hasta que yo te lo diga.

—Pues no sé si podré mantenerlos cerrados; me tienes muy intrigada.

—Rosa... —me advirtió.

—Está bien, te lo prometo —me retiró la cinta y mantuve los ojos cerrados; él me movió un poco y después me susurró—: ¡Ábrelos!

Entonces me quedé impresionada; estábamos en unos grandes acantilados donde el viento era muy fuerte. Desde ese lugar se contemplaba el mar, con oleaje, un mar iluminado por la luna llena que se reflejaba en sus aguas bravas, y esparcidos en las aguas, barcas que apenas se distinguían, pero fue en ese momento cuando en cada barca se fue iluminando una antorcha y aparecieron pequeñas lucecitas en el mar. Me quedé sin palabras; estaba emocionada: me impresionó. Lo miré; él me observaba con una sonrisa en el rostro. No hicieron falta las palabras. Él me agarró de la mano y me atrajo rodeando mi cintura.

—Siempre tiene lugar en esta época del año, en la primera luna llena; se encienden las antorchas y los peces acuden a la luz, lo que hace más fácil la pesca. Solía escaparme de pequeño a verlo; me sentaba y me quedaba horas y horas observando a los pescadores. Después venía el padre Pedro en mi búsqueda, siempre gruñendo; me tiraba de las orejas y me llevaba hasta el castillo.

—Aprecias mucho al sacerdote.

—Sí, siempre me ha cuidado; de él aprendí todos los valores que tengo, soy lo que soy gracias a él. Por cierto, mañana debes ir a la aldea. Él quiere hablar contigo y confesarte antes de la boda.

—¿Confesarme?

—Sí, yo lo he hecho hoy. Dice que, si no lo hacemos, él no nos casará. Te gustará.

En realidad, era algo que no me había planteado, pero era cierto: había abandonado mis obligaciones como cristiana. Además, sabía que no podía contraer matrimonio sin haber hecho una confesión previa. Pero entonces empecé a preocuparme: le tendría que decir mi secreto. Eso empezó a inquietarme, aunque no estaba dispuesta a que mis pensamientos y ese tema me distrajesen en una noche perfecta.

—Se me van a hacer eternos estos días hasta que seas mi esposa. Quiero gritar al mundo entero que tengo el regalo más grande que Dios me ha dado; eres tú, mi amor. Te amo tanto...

—Yo también, mi capitán.

Noté sus labios sobre mi cuello y sus manos fuertes presionar mis caderas contra su cuerpo; sentía cómo el fuego recorría todo mi cuerpo. Me giré; su boca acarició la mía pero fue breve. Se apartó de mí, retuvo mi mano con la suya y desvió su mirada.

—Debemos irnos. —Empezaba a pensar que ya no le atraía tanto como antes. ¿Acaso no me deseaba como yo lo deseaba a él?—. Me montó sobre el caballo y él detrás de mí.

—Alonso, me gustaría hacerte una pregunta, pero prométeme que no te enfadarás por mi descaro.

—Te lo prometo —susurró.

—¡Umm! Bueno... Pues...

—¿Quieres decírmelo ya?

—Está bien —respiré en profundidad—. ¿Por qué me rehúyes?

—¿A qué te refieres?

—A que, cada vez que me besas, te retiras con rapidez de mi lado.

—¿Y por qué crees que lo hago?

—Porque quizás ya no te guste como antes... —Se me entrecortaba la voz.

—¡Ja, ja, ja! —Encima le hacía gracia, con lo mal que yo lo estaba pasando—. Eres muy inocente. ¿En realidad quieres saberlo?

—Sí.

—Porque, si no me aparto te haría mía en ese momento; me resulta imposible controlar mi necesidad de tenerte cuando estás cerca de mí. —Me ruboricé—. Tú has querido saberlo.

Permanecí en silencio durante el breve recorrido de vuelta mientras sentía cómo él seguía esbozando alguna que otra sonrisa recordando mi pregunta. Debía tener más cuidado; quizás era yo la que debía mantener las distancias hasta que no estuviéramos casados. ¿Debería decirle aquello al sacerdote en la confesión? Me daba mucha vergüenza. Toda esa situación estaba empezando a inquietarme. Me bajó del caballo y, mientras él dejaba al animal en la cuadra, yo me adelanté. Prácticamente, iba corriendo; sabía que nuestras habitaciones estaban al lado y, después de saber lo que provocaba en él mi cercanía, quería llegar cuanto antes y encerrarme para evitar cualquier deseo suyo. Subí las escaleras de caracol pero, antes de llegar a mi habitación, sentí cómo unos brazos fuertes me arrastraban hasta la pared: era él, con una gran sonrisa en su rostro, que deseaba que desapareciese en ese momento. Me miraba, atento; mi corazón latía con celeridad; sentía que el calor me subía hasta las mejillas. Él apoyaba las manos contra la pared dejando mi rostro en medio.

—¿Por qué has corrido tanto? —No podía responder; solo tenía en mente una cosa: que en sus pensamientos rondaba la idea de llevarme a la cama. Él se rio, me rodeó la cintura con su brazo y me atrajo hacia él besándome con pasión sin darme tiempo a que pudiera reaccionar. Sus labios humedecían los míos mientras su lengua acariciaba la mía. Jamás me había besado así; no pude evitar responder a sus besos. Le rodeé con mis brazos su cuello; temblaba de la excitación que sentía en ese momento. Mientras uno de sus brazos rodeaba mi cintura, la otra mano se deslizaba con suavidad por mi espalda; entonces él me miró unos segundos después de centrar su mirada en mi cuello. Sentía la suavidad de sus besos y el cosquilleo que estos provocaban sobre mi piel. Aquellas sensaciones eran nuevas para mí; una parte de mí sabía que debía apartarme, que eso no estaba bien, pero deseaba que siguiese y no se detuviese. Se paró y volvió a rodearme con sus brazos la cintura; me aproximó a él hasta casi dejarme sin aliento, me volvió a besar y después me cogió de la mano. Abrió la puerta de mi habitación; me asusté: imaginaba cuáles eran sus intenciones, pero él me guiñó un ojo.

—Todavía puedo controlar mis instintos; no temas, que no haré nada que tú no quieras. —Me dio un azote en el trasero y cerró la puerta dejándome allí, llena de deseo y excitación por sus

besos y por el contacto de su piel con la mía.

A la mañana siguiente sentía vergüenza de mi comportamiento la noche anterior. Él estaba sentado esperando a que yo bajase a desayunar. Una sonrisa iluminó su rostro al verme. Se levantó y vino hacia mí; me sonrojé.

—¿Has dormido bien? —me susurró mientras retiraba la silla de madera para que tomase asiento.

—Sí —le dije tajante; no quería mirarlo.

—Te noto tensa, mi amor —dijo con ironía.

—¿Sigues controlando tus instintos? —le pregunté.

—Sí, siempre los controlaré. Nunca he forzado a ninguna mujer a hacer algo que ella no haya querido, mi amor. Jamás. Siempre te respetaré.

Esa mañana me acerqué a la aldea con Eurico. Alonso se había quedado en el castillo: había llegado un joven muchacho con un mensaje del rey.

Los niños, en cuanto me vieron llegar, me rodearon; bajé del caballo. Mantenían las distancias mientras me observaban con atención. Los hombres y las mujeres me miraban de reojo; entonces, el sacerdote, al verme, se acercó. Se puso frente a mí con los brazos en jarra.

—Tenía ganas de verla, jovencita. Tengo que preguntarle unas cuantas dudas que tengo sobre esta boda. —Miró a los niños—. ¿Y vosotros no saludáis a la señora?

Entonces los niños vinieron hacia mí y me rodearon; otros me cogían de las manos.

—Bueno, ya está bien. —El sacerdote se acercó a mí y me sonrió—. Soy el padre Pedro. No les tenga en cuenta su descortesía del principio; son desconfiados, pero después se los llega a querer mucho.

El padre Pedro no paraba de hablar y contarme cosas sobre la aldea y sus habitantes. Llegamos a la capilla y empezó lo que más temía.

—A ver, hija, cuéntame.

Empecé a confesarle mis pequeños pecados y el deseo que sentía hacia Alonso.

—Decididamente, he de casaros cuanto antes.

—Padre, todavía hay algo más; a veces pienso en un caballero que me salvó la vida. Se hace llamar *el caballero de la Rosa Roja*. —El sacerdote me miró como si se hubiese sorprendido de mis palabras—. Él me salvó la vida en varias ocasiones. —Omití que me besó y me gustó que lo hubiese hecho.

—¿Sabes la identidad de ese caballero?

—No —negué pero, al ver su rostro, deduje que él sí que podía saber de quién se trataba. —¿Usted sabe quién es ese caballero?

—Sí, lo sé, pero el secreto de confesión me obliga a mantener oculta su identidad. —Él sabía quién era mi caballero—. No te preocupes por que él esté en tus pensamientos; es bastante normal.

—¿Normal, padre? ¡No es normal!, me voy a casar con Alonso y lo amo, y el pensar en otro hombre me hace sentirme mal, es como si le traicionase.

—Créeme, hija, es bastante normal. No te preocupes por ello, ni le des importancia. ¿Qué era lo otro que me tenías que contar? —No podía entender por qué me podía decir que era normal. Continué—: Pues resulta, padre, que en Toledo compré una espada igual que la del caballero de la Rosa Roja, con una rosa incrustada en el acero; la utilicé, vestida de hombre, para defender a unos peregrinos, y desde entonces salvé alguna que otra vida y ahora empiezan a hablar de mí como el caballero de la Rosa Roja por mi espada. —Me miraba y no articulaba palabra alguna; no me decía nada. Debía ser un gran pecado por la forma en que se había quedado el padre.

—¡No me lo puedo creer!, desde luego que el Señor siempre une a las personas con gran sabiduría. —No entendía a lo que se refería ni lo que me quería decir con aquello—. Hija mía, debes evitar volverte a disfrazar de hombre y hacer uso de esa espada, y te aconsejo que, cuando tengas la oportunidad, se lo cuentes a tu futuro marido. ¿Lo amas? —me preguntó mirándome con atención.

—Sí, lo amo.

—No recuerdo ninguna boda en la que ambos novios me hayan dicho con tanta rotundidad que aman al otro. Alonso es un hombre orgulloso y cabezota, pero sé que te ama de verdad, hija, y te puedo asegurar que, cuando ese bruto ama a alguien, es capaz de dar su vida por esa persona. —En ese momento ambos escuchamos sus risas afuera; se oía a niños y a él divirtiéndose—. Tu futuro esposo ya está aquí. Querrá sonsacarte lo que hemos estado hablando; lo conozco muy bien, pero dile que es secreto de confesión. —Me sonrió—. Claro, siempre y cuando no quieras decírselo.

—Así lo haré, padre. —Se levantó y se giró para mirarme—. Y ya sabes, hija, en cuanto puedas, dile lo de la espada de la Rosa Roja y de tu peripecia con ella —asentí, aunque en el fondo sabía que ese era mi secreto y quería que siguiese siendo solo mío.

Ambos salimos al exterior y Alonso levantó la vista; tenía a dos niños cogidos entre sus brazos. En cuanto nos vio, los dejó en el suelo; vino hacia mí, me rodeó la cintura y me levantó en brazos girando sobre sí mismo. Los niños sonreían, y el padre se echaba las manos a la cabeza.

—Te comportas como uno de ellos —lo retó el sacerdote, señalando a los pequeños, que se divertían de verlo.

—Pues acostúmbrese, padre: esta mujer es la culpable de que yo me comporte así.

—No está bien que culpes a tu futura esposa de tu comportamiento —observé, mientras le acariciaba la mejilla. Me dejó en el suelo y me cogió de la mano.

—Padre, usted es testigo: amo a esta mujer, la amo más que a mi vida.

—¿Sí? ¿Y cómo puedes amarla más que a tu vida? Eso es muy difícil —razonó uno de los niños.

Rio Alonso; se puso de cuclillas para estar a la altura del niño.

—Porque ella es especial, y solo las mujeres que son especiales pueden hacer eso. —El niño me miró y me sonrió.

Capítulo 46

Asad cabalgaba por el desierto; tenía que llegar cuanto antes al sur y allí unirse a los almorávides; a su jefe lo conocía bastante; estaba seguro de que lo ayudaría a realizar sus planes. Tenía que buscar a esa cristiana y hacerse con la esmeralda que faltaba. Hasta que no tuviera a su hijo con él, no le daría la joya a nadie.

No podía apartarse de la mente la mirada de súplica de su hijo. Él sabía que estaba allí por su culpa; Asad no soportaba esa carga. Una promesa incumplida fue lo que le llevó a que todo se truncase.

Él sabía que ese hombre lo seguiría de cerca; tenía espías por todas partes. Debía pensar en cómo actuaría él para poder estar prevenido.

Capítulo 47

Sabía que la iba a sorprender; no la había visto en todo el día. Hacía semanas que había mandado al mensajero para que dijese al rey que le necesitaba en mis tierras; sabía que el padre de Rosa pronto llegaría, al igual que el capitán Álvaro Martín. Me extrañaba que todavía no hubiese visto a ningún soldado que viniese a informarme que el rey avanzaba hacia mis tierras. Esa mañana había estado fuera de mis muros, supervisando los alrededores para ver si había rastro de la llegada de los hombres del marqués o del capitán. Me fui al castillo, y Rosa ya había ido con el sacerdote a la aldea. Esa mujer siempre iba por su cuenta. Sonreí: era incorregible. Un espíritu indómito y libre. Salí en su búsqueda; desde la lejanía ya se observaban las hogueras; podía escuchar la música y las risas de los niños: todo era alegría. Observé y por allí no veía a Rosa; tampoco veía al padre Pedro. ¿Dónde estarían? Empecé a buscarlos; los aldeanos me miraban con respeto y agradecimiento por estar allí.

—Si busca a la dama, se ha ido con el padre hacia la zona acantilada —me dijo uno de los niños. Le acaricié los caballos y me dirigí allí.

En la zona acantilada también había hogueras; desde allí había una vista espectacular. La luna resplandecía en un cielo despejado donde las estrellas se distinguían con claridad. La observaba: ella miraba los astros y el padre le explicaba el significado de la celebración. ¡Qué bonita estaba! Tenía que empezar a acostumbrarme a que tendría que llamarla *esposa*; estaba deseando que llegase el día de la boda. El padre se giró; me llamó para que me acercara. Tenía el rostro contrariado.

—Alonso, no me habías dicho que te llevaste a Rosa de su hogar sin el permiso de su padre. ¿Tú sabes lo que significa eso?

—Sí, lo sé, pero no me preocupa.

—¿Qué no te preocupa?

—No, padre. —Miré a Rosa, la cogí de la mano y la atraje hacia mí.

—Pues ahora mismo estarán ya por nuestras montañas los hombres del marqués y ese capitán, y entonces..., ¿se puede saber qué harás?

—Para entonces ya estaremos casados.

—Pero lucharán, cabezota.

—Pues lucharemos.

—¿Y no te has parado a pensar que se trata del padre de tu futura esposa, que puede resultar herido?

Rosa se separó y contempló los acantilados; el padre Pedro tenía razón. Sabía que ella amaba a su padre y sus hombres; esperaba que el rey llegara antes de que todo eso sucediese. Mi idea no era enfrentarme a él.

—Bueno, hablaré con su padre; seguro que llegamos a un acuerdo. —El padre Pedro se marchó hacia la zona de las hogueras refunfuñando. Me puse detrás de Rosa y le rodeé la cintura con mis brazos—. ¿Qué piensas, mi amor? —le susurré al oído.

—Que el padre Pedro tiene razón; debimos hacerlo de otra forma.

—No me arrepiento de lo que he hecho —le dije girándola para tenerla frente a mí—. Ese capitán jamás hubiese permitido que yo me casara contigo; te mira con deseo, y yo sé lo que significa esa mirada.

—Pero seguro que mi padre al final me hubiese escuchado.

—Tú sabes que no —le dije mientras la retiraba un mechón de su pelo negro del rostro; bajé mi rostro y le besé su cuello.

—Alonso, no hagas eso: hay mucha gente por aquí.

—Pues se van a tener que acostumbrar; no voy a poder estar cerca de mi esposa sin besarla. — Ella intentó apartarse; no se lo permití, la atraje hacia mí.

—No está bien que utilices la fuerza, capitán.

—No la utilizo, mi amor. —Dicho esto, la besé en los labios; ella rodeó con sus brazos mi cuello y respondió a cada beso con pasión—. Escuchamos ruido detrás de nosotros, me giré: era el padre, que me miraba con desaprobación.

—Tienes que ir a la fiesta —me dijo. Rosa se sonrojó y se adelantó; el sacerdote me observaba.

—Muy bien, pues vamos.

—No debes mostrar tu deseo hacia la joven; todavía no es tu esposa.

—Ya le dije, padre, que no lo puedo evitar.

—¡Uff! Siempre igual, nunca cambiarás.

Todos los aldeanos esperaban mi presencia para que comenzase la fiesta; entonces empezaron a bailar alrededor de las hogueras. Vi que Rosa se había metido entre ellos; la luz de las llamas iluminaban su rostro dejándome contemplar su belleza: Nadie existía en ese momento. Solo ella, solo podía verla a ella; era como si el tiempo se hubiera detenido y todo lo demás se hubiera parado estando solo Rosa y yo. Los aldeanos acostumbraban a cogerse a una cinta elaborada con sus propias manos; todos la sujetaban y bailaban alrededor de esta. Uno de los hombres me invitó a que yo me agarrase también, y así lo hice. Observándola en ese momento, me prometí que daría mi vida por esa mujer; jamás permitiría que nadie le hiciese daño.

Faltaban unas horas para la celebración; estaba inquieto. La pequeña capilla que había dentro del castillo estaba preparada para la ceremonia, Rosa se demoraba mucho; transcurrieron unos

minutos más y entonces la vi aparecer. Iba preciosa; la habían arreglado un vestido para la ocasión. Un velo blanco cubría su rostro; mis hombres hicieron un pasillo por el que ella fue pasando. Conforme avanzaba, ellos levantaban sus espadas haciendo que las puntas de estas coincidiesen y se crease un pequeño tejado de acero. Mi corazón latía con celeridad, ¡cuánto la amaba!, si ella fuera consciente de mi amor hacia ella, se sorprendería, ya que a veces tenía la sensación de que Rosa dudaba de mi amor. Le cogí la mano y la acerqué hasta el altar donde el padre Pedro nos esperaba. Comenzó la ceremonia.

—Alonso Díaz... —No pudo terminar; en ese momento se escucharon ruidos en el exterior; dos de mis hombres entraron.

—¡Señor!, estamos rodeados, están intentando acceder al castillo —observé a Rosa, quien me miraba asustada.

—No te preocupes, no va a pasar nada. —Me alejé.

Capítulo 48

Que no me preocupe... Pues claro que estaba preocupada; no podía permanecer ahí. Me quité el velo y se lo di a la doncella, que estaba cerca. El padre Pedro me miró y se adelantó hacia mí, averiguando mis intenciones.

—Hija, ¿se puede saber lo que pretendes? Debes quedarte aquí como te ha indicado tu futuro esposo.

—Padre, ya sabe quién soy, sé luchar. —El sacerdote miró para todos los lados.

—Hija, no menciones esas hazañas; ya sabes que debes decírselo cuanto antes a Alonso y dejarlas atrás.

—No puedo, padre. —Dicho esto, me marché.

Había mucho revuelo en el patio de armas; no veía a Alonso, pero todos estaban intentando proteger los muros del castillo. El despiste de la boda había favorecido el avance de las tropas que atacaban. Subí a mi habitación; me quité el vestido que me habían confeccionado y me puse el mío, más práctico y cómodo. Me recogí mi pelo; fui a la sala de armas y cogí una espada. Salí al patio y subí, evitando que me viese Alonso, a las almenas; desde allí vi a mi padre y al capitán Álvaro Martín. Solo de verlo, sentí repugnancia, pero temía que en esta batalla mi padre resultara herido; lo amaba. Tenía que hacer algo.

—Señora, usted no debe estar aquí; puede resultar herida. Debo acompañarla hasta el interior del castillo —me reprendió Eurico.

En ese momento empezaron a lanzar flechas de fuego que fueron cayendo al patio de armas una tras otra. Observé que numerosos soldados iban ascendiendo por el muro; eran muchos, y los hombres de Alonso, muchos menos. Empezaron a acceder al interior y a luchar. ¿Dónde estaba Alonso? El rastrillo se abrió, y entró el resto de guerreros al interior. Bajé las escaleras encrespadas; el padre Pedro salió al exterior e intentó decir unas palabras, pero nadie lo escuchó. Fui hacia él.

—Padre, refúgiense en las cocinas. —Lo llevé hasta allí.

—Hija, quédate aquí; los hombres que están ahí fuera son salvajes en el campo de batalla. Están acostumbrados a pelear y dejarse la vida en ello si es necesario.

—No puedo, padre, me siento responsable de esto; debo encontrar la manera de hablar con mi padre para que esta lucha encarnizada se detenga.

Me marché; enseguida divisé al capitán Martín. Luchaba feroz; aborrecía a ese hombre. Alonso blandía su espada contra él; observé que ambos estaban heridos. Enseguida vi que un soldado del capitán Álvaro iba por detrás con la intención de matar a Alonso; Antonio me había enseñado a lanzar la espada, y yo tenía buena puntería. Me coloqué y la lancé; herí al soldado en el brazo. Esto hizo que Alonso se girase y se percatase de ello; entonces me vio. Vi miedo e ira en sus ojos. Aproveché ese momento para coger una espada de un soldado muerto. ¿Dónde estaba mi padre? El caso es que, aunque portaban el estandarte de mi progenitor, no había ningún hombre de él: todos eran del capitán. Empecé a luchar con mi espada: me sentía viva.

—¿Se puede saber qué pretendes? ¡Vete a las cocinas! —Era Alonso, que había avanzado hacia donde yo estaba, dejando a Eurico que luchase con Álvaro Martín. Su espalda estaba junto a la mía.

—No me voy a ir.

—No es una súplica: es una orden.

—Ya sabes que no atiendo órdenes.

—¡Rosa, por el amor de Dios! ¿Quieres hacer lo que te digo?, ¡es peligroso!

—No, amor, no lo voy a hacer.

En ese momento Alonso se giró; me izó hasta su hombro y se dirigió hacia las cocinas.

—Bájame, Alonso, ¿se puede saber qué es lo que haces? No te pienso perdonar esto.

—No voy a permitir que te maten, ¿me oyes? Te voy a encerrar en tu habitación hasta que esto termine. ¡Cabezota, testaruda!

—¡No te lo perdonaré!

—Sí lo harás, mi amor, ya verás cómo sí. —Empecé a mover las piernas e intentar que me soltara, pero era una tarea imposible.

Se detuvo antes de llegar al interior de la casa; enseguida reconocí esa voz: era la del capitán Martín.

—¿Adónde pretendes llevarte a mi prometida? —Alonso me dejó en el suelo y me colocó tras él.

—No se va a casar contigo —le dijo con rotundidad—. Jamás lo permitiré.

—Eso lo veremos.

Empezaron a luchar otra vez blandiendo sus espadas: la lucha era encarnizada. Temí por Alonso. Alonso cayó al suelo mientras el capitán avanzaba; tenía que hacer algo. Su intención era matarlo; vi odio en sus ojos. Cogí una de las piedras que había en el suelo y se la lancé. Esta lo hirió en la mejilla; en ese momento él se centró en mí.

—¡Maldita! Ya aprenderás a comportarte cuando seas mi esposa.

—¡Jamás seré tu esposa! —grité.

Él vino hacia mí, lo que le dio tiempo a Alonso a levantarse; fue hacia él y le golpeó la cabeza con la empuñadura de su espada, lo que lo hizo caer. Alonso me cogió de la mano y tiró con fuerza de esta; tenía la intención de llevarme hacia la casa y encerrarme en mi habitación. Estaba furioso

connmigo. En ese instante dos hombres nos rodearon; nos pusimos su espalda contra la mía y empezamos a luchar. Me sentía viva; recordaba las instrucciones de mi mejor profesor, Antonio. Herí en el brazo a mi contrincante; Alonso dejó sin sentido al otro de un puñetazo. Se giró, me apartó y golpeó al otro, y lo dejó sin sentido también. Entonces, con su mirada recriminatoria, me agarró de la mano y tiró de mí; yo me resistía.

—No quiero irme; me necesitas aquí, con tus hombres. —No me hacía caso.

Dada mi resistencia, volvió a izarme a su hombro; subió las escaleras a grandes zancadas, abrió la habitación y me dejó allí.

—¿Se puede saber dónde has aprendido a luchar de esa manera?

—Antonio me enseñó; sé luchar, déjame estar contigo.

—Nunca, jamás lo permitiré. Te pueden dañar o matar, y eso sería mi muerte.

—Pero yo quiero estar.

—Mientras esté yo cerca de ti, jamás lo permitiré. —Se iba a marchar, pero se giró y vino hacia mí atrayéndome hacia él, me besó—. Me siento orgulloso de mi valiente mujer. ¿Cuándo dejarás de sorprenderme? —Me guiñó un ojo y sonrió. Me dejó encerrada sin posibilidad de poder salir.

En ese momento escuché el sonido de unas trompetas; mucho bullicio y de repente un gran silencio. Apenas podía ver lo que pasaba en el patio de armas, ya que la ventana estaba muy alta. Intenté buscar algo que me permitiera subirme y poder observar pero, por más intentos que hacía, resultaba imposible. Entonces vi el arcón; lo moví, pero pesaba horrores. Al final pude ponerlo bajo la ventana; me subí. Había muchos soldados, pero no vi más: el arcón se movió y me caí al suelo. Fue cuando la puerta se abrió: era Eurico quien, al verme en esa situación, arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Está bien, señora? —preguntó mientras venía hacia mí con rapidez para ayudarme.

—Sí, gracias —respondí, aunque sentía arder mi trasero del golpe —¿Qué ocurre? —pregunté, asustada.

—Está el rey, mi señora. El señor me ha ordenado que vaya a buscarla.

«¡El rey!», pensé. Tenía la manga de mi vestido rota, sangre en el brazo y mi pelo revuelto; el recogido se había deshecho, y los rizos estaban a su libre albedrío.

El soldado me acompañó; sentí vergüenza de mi aspecto: era demencial. Junto al rey estaba mi padre y se hizo un silencio al verme. Observé la preocupación de mi progenitor. Alonso me observaba; notaba su mirada de desaprobación; sabía que después me recriminaría mi comportamiento pero, si él quería que yo fuera su esposa, debía aceptarme como era. Yo no era como las demás damas; eso se lo debía hacer saber cuanto antes.

—Acércate —dijo el rey. Cuando estuve a cierta distancia, hice una reverencia y esperé a que él hablase—. ¿Es cierto que tú te comprometiste con este hombre antes que con el capitán Álvaro Martín?

—Sí, su majestad, es cierto, amo al capitán Alonso Díaz.

—Entonces no hay más que hablar. Eso sí, solo aceptaré esta boda siempre y cuando se haga como el marqués desea: él es un gran amigo.

—Se hará como él desee —aceptó Alonso.

—Se fijará la carta de las arras y, una vez que ambas partes firmen y estén conformes, la joven marchará a su hogar para recoger sus pertenencias y presentar su dote al futuro esposo.

—Así se hará —aceptó Alonso.

¿Regresar otra vez a Toledo? No, yo quería casarme ya con Alonso, lo amaba.

—En el plazo de un mes la novia regresará al castillo de su futuro esposo, donde se realizará la ceremonia con ambas familias. —El rey miró a mi padre y a Alonso; ambos asintieron—. Entonces ya está todo aclarado. En cuanto a ti —dijo al capitán Martín—, no te corresponde esta mujer: ella ya fue entregada y prometida a otro hombre. —El capitán asintió, aunque observé su mirada de odio hacia Alonso—. Querida —me dijo—, ¿se puede saber qué te ha pasado? Estás herida .

—Solo es un rasguño, su majestad, un rasguño sin importancia. —Hubo un silencio y después se escucharon las carcajadas del rey seguidas de la de todos sus hombres.

—Marqués, creo que acertó en la descripción de su hija. —El rey miró a Alonso—. Capitán, ¿está seguro de que desea casarse con esta mujer? —Aquello me ofendió.

—Sí, la amo —sonrió.

—Creo que debe saber que, según su padre, y por lo que he podido comprobar, es un espíritu rebelde e indómito.

—Lo sé, por eso me gusta tanto.

—Muy bien, pues no hay más que hablar. Debemos continuar nuestra marcha, pero antes de irme espero que me deleites con las viandas que teníais preparadas para la boda.

El capitán Martín y sus hombres abandonaron inmediatamente el castillo. Alonso y el rey fueron hacia el interior del castillo; los soldados se disgregaron y allí se quedó mi padre frente a mí; no vi odio en su mirada. Abrió sus brazos y yo corrí hacia él como cuando era pequeña.

—¿Me perdonas, padre?

—Sí, pero debías haber hablado conmigo; me asusté al ver que habías desaparecido.

—Lo intenté, pero usted no quiso ni escucharme. Estaba decidido a que me casara con ese hombre.

—Sí, porque creí que le debía algo en agradecimiento por traerte al hogar, pero ahora sé que él se aprovechó de las circunstancias. El rey me lo explicó; no sé cómo este lo sabría. Veníamos de camino hasta aquí con la intención de llevarte, pero mis soldados más rezagados se toparon con los hombres del rey. Lo siento, hija.

—Debí explicártelo, padre, pero todo sucedió muy de prisa.

—El capitán Alonso siempre me gustó para ti.

—Lo sé, padre.

—Por cierto, ¿qué te ha pasado? —En ese momento vi a Antonio que se acercó a nosotros, me

sonrió y yo le devolví la sonrisa.

—He luchado y me he defendido.

—¡Pero Rosa, eres una mujer, una dama!

—Sí, señor, pero maneja la espada mejor que muchos hombres. —Mi padre miró a Antonio, su hombre de confianza.

—Papá, después de todo lo que pasé, quise aprender a utilizarla. Necesitaba poder defenderme yo sola y obligué a Antonio a que me enseñara.

—¡Rosa!

—No recrimines a Antonio; lo forcé a hacerlo.

—Hija mía, no sé qué voy a hacer contigo. Jamás digas esto a tu madre; no podría soportar la idea de tener una hija así.

Mi padre y sus hombres pasarían la noche en el castillo y al día siguiente regresaría con mi padre a Toledo. ¡Un mes sin ver a Alonso!

Todo estaba en silencio; apenas podía conciliar el sueño. No había hablado con Alonso y al día siguiente me marchaba. Decidí bajar a las cocinas; tenía hambre y necesitaba comer algo, aunque fuese un trozo de pan.

Descendí por las escaleras, iluminadas por las antorchas que encendían los soldados que hacían guardia; observé que en una de las salas había resplandor de la lumbre. Me asomé, y allí estaba él, sentado frente a la chimenea que desprendía calor.

—¿Se puede saber qué haces aquí?, debías estar en la cama —le dije mientras avanzaba hacia donde estaba él. Se quedó mirándome; en ese momento me di cuenta de que yo estaba con la ropa de cama y de que al trasluz se transparentaba mi silueta y se notaban mis pechos. Me sonrojé.

—Lo mismo te digo. ¿Qué haces, que no estas durmiendo?

—No podía conciliar el sueño. —Alonso estiró su mano; yo se la tomé y tiró de mí hasta que pudo rodearme la cintura y sentarme sobre sus piernas.

—Yo tampoco —dijo mirándome a los ojos.

—¿En qué piensas, Alonso?

—En ti; esta iba a ser nuestra noche de bodas. Se me va a hacer muy larga la espera; te necesito a mi lado, te amo tanto...

—Yo también a ti —le dije mientras acariciaba su mejilla—. Un mes, solo un mes.

—En un mes pueden pasar muchas cosas. Los almorávides están invadiendo el sur y, si siguen avanzando, tendremos que volver a movilizar las tropas y a mis soldados.

—Bueno, no pensemos en eso —le dije acercando mis labios a los suyos; quería besarlos, apenas había estado sola con él.

Él centró su mirada sobre la mía; llevó su mano hacia mi rostro y lo cogió entre sus manos uniendo su boca con la mía; sentía la humedad de sus labios sobre los míos, que poco a poco se abrían para sentir la suavidad de su lengua acariciar la mía. Lo deseaba y sabía que él también a mí; sus manos recorrieron mi cintura subiendo hacia mi costado y deteniéndose por debajo de mis

pechos; sentía sus caricias y deseaba que siguiese subiendo hasta sentir sus manos sobre mis pechos. Rodeé mis brazos con su cuello, y él subió su mano hasta llegar a mis pechos; sentí el calor que estas desprendían sobre ellos y la suavidad de estas al contornear mis senos; suspiré de placer. Él mordió mi labio inferior mientras sus manos exploraban mi cuerpo. Acaricié sus hombros hasta llegar a sus pectorales fuertes y musculosos; los acaricié, entonces se detuvo con brusquedad.

—No sigas, si no, no podré detenerme; no quiero hacerte daño, mi amor, es mejor que subas a tu dormitorio.

—No me vas a hacer daño; quiero que sigas; lo deseo: esta iba a ser nuestra noche de bodas. — Sabía que él jamás haría nada que pudiera herir mi honor como mujer, pero yo deseaba que me hiciera suya esa noche. Había deseado tanto esa noche... llevé su mano a mi pecho; él me miró, sorprendido.

—¿Lo deseas de verdad? —asentí.

Él me cogió en brazos y me tumbó en una piel de animal que había al lado de la chimenea; se puso de lado. Su boca cerraba la mía para después abrirla y hacerme sentir su lengua sobre la mía. Besó mi cuello mientras sus manos desabrochaban con maestría y rapidez las tiras del camisón que ocultaban mis pechos; estas se fueron deslizando hasta quedar abiertas y dejar visible el comienzo de estos. Sus labios empezaron a besar mi cuello bajando hasta el inicio de mis pechos mientras su mano se introducía por debajo del camisón acariciando mis muslos hasta llegar a mi parte más íntima y sumirme, con sus caricias, hasta un placer que jamás hubiera conocido. Sentí calor y deseaba y anhelaba sentir su piel sobre mi piel; él se quitó la camisa y los pantalones, dejando ver su miembro viril. Me quitó el camisón; al principio sentí vergüenza de lo que estábamos haciendo, pero después él se encargó de que no fuese así.

—Te amo tanto... —me susurraba al oído mientras sus manos tocaban mis pechos y exploraban con deseo mi parte más íntima, deteniéndose ahí mientras su lengua rozaba mis pezones, haciéndome desearlo cada vez más dentro de mí. Abrió mis muslos y se puso sobre mí; entonces sentí dolor, pero él me susurraba palabras de amor.

—Tranquila, solo será al principio; pronto pasará el dolor y te llevará hasta el placer máximo.

Di un pequeño grito; aquello dolía, pero él me besaba y seguía deleitándose con sus manos y sus caricias. El dolor de repente fue más fuerte hasta que dio paso a un gran placer; no quería que se detuviera. Él parecía saber mis pensamientos, hasta llegar a una excitación máxima seguida de un placer que inundó todo mi cuerpo. Estaba unida a él en un fuego que jamás había sentido. Alonso me miró y me sonrió, me besó y clavó sus pupilas sobre las mías.

—Te amo. Mi corazón y mi alma son tuyos; te pertenecen de por vida.

Capítulo 49

Todavía podía sentir el roce de su boca sobre la mía, el sabor de su piel y la suavidad de sus pechos; de solo pensarlo me hacía desearla de nuevo. No podía soportar la idea de que se alejara otra vez de mí. Sabía que se había ido a cabalgar hasta los acantilados; su padre y sus hombres la esperaban. Decidí ir a por ella; tenía que abrazarla y besarla por última vez.

La mañana era fría, y el viento impedía mi avance con rapidez. Entonces la vi, detuve mi caballo y la abracé por detrás; ella se giró. Observé que había lágrimas en su rostro; se las limpié.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No quiero apartarme de ti; tengo la sensación de que no volveré a verte.

—Jamás, mi amor, eso no lo pienses. Si pasado un mes no estás junto a mí, iré a buscarte. Aunque tenga que ir al fin del mundo, nunca lo permitiré. —Le sonreí y ella hizo lo mismo.

La atraje hacia mi pecho y la besé. Mi alma también estaba triste y dolida por la separación, pero por ella no debía mostrar mi tristeza: debía mantenerme fuerte.

—Tenemos que regresar: tu padre está nervioso por emprender el viaje de vuelta a Toledo, mi amor. Os acompañarán varios de mis hombres: necesito saber que habéis llegado bien.

—Prométeme que vendrás a buscarme si no regreso a ti.

—Por mi honor, te lo prometo.

—Te amo, mi capitán.

La vi marchar desde mi castillo; tenía necesidad de llorar. Jamás había pensado sentir algo así por una mujer. Dejé de verla a ella y a toda la comitiva que los acompañaba. Entonces deseé el último beso; arranqué una de las rosas rojas del jardín que cuidaba el padre Pedro; monté mi caballo y avancé; cabalgaba con rapidez, como si la vida me fuera en ello.

Capítulo 50

Recordaba sus ojos verdes mirarme y decirme que me amaba. No podía apartar de mi mente la noche de pasión en la que me había hecho sentir su amor por mí; una noche que nos pertenecía a ambos. Sabía que nada ni nadie podría separarnos; estábamos destinados el uno para el otro. Éramos dos almas gemelas, y nuestro amor jamás podría romperse. Pronto estaría junto a él, sí, muy pronto.

Mientras nos alejábamos de sus tierras y atrás quedaban los muros y la torre de su castillo, alcé la vista al cielo; allí vi el águila imperial volar sobre nosotros. Nos observaba: era como si velase por nuestra seguridad. Cerré los ojos y creí escuchar su voz: «Te amo, mi princesa, regresa pronto a mí». Los abrí con brusquedad, me giré, había sido tan real... Nuestras almas estaban conectadas y nuestros corazones, unidos para siempre.

En ese momento sentí cómo me cogían de la cintura y mi cuerpo se elevaba hasta posicionarse en los lomos de otro caballo; unos brazos fuertes me sujetaban la cintura y cabalgábamos a gran velocidad. No podía girarme para ver a quién pertenecían esos brazos, pero sabía que era él: su presencia era inconfundible. La brisa acariciaba mi rostro; sentía la fuerza de la naturaleza que nos empujaba a estar unidos.

El caballo se detuvo en unos acantilados; entonces me giré. Sus pupilas estaban fijadas en las mías.

—¿Pensabas que te iba a dejar marchar sin decirte por última vez lo mucho que te amo?, ¿sin hacerte sentir lo que significas para mí? —Le sonreí.

—¿Y qué significado para ti? —le dije mientras acariciaba su mejilla. Él tomó mi mano y se la llevó a sus labios.

—Todo, mi amor; sin ti estoy perdido. Recuerda este momento y mis palabras. Eres la luz que brilla en mi vida; nada tiene sentido si tú no estás a mi lado. —Me dio una bonita rosa roja.

—Capitán, eres un romántico —le dije mientras le rodeaba su cuello con mis brazos y aproximaba mi rostro al suyo.

Solo deseaba que me besara; cerré los ojos y sentí sus labios sobre los míos. La dulzura de ese beso siempre quedaría sellada en mi corazón.

—Te amo —me susurró al oído.

—Yo también, mi capitán. Regresaré muy pronto junto a ti, amor mío.

—Si no lo haces, iré a por ti, lo prometo.

Nuestras miradas estaban fijas la una en la otra. Bajé mi rostro a contemplar la rosa roja que me había dado; él levantó mi mentón. No podía resistirme a su mirada. Sentí sus labios sobre los míos; lo amaba, y ambos sabíamos que estábamos destinados a estar juntos y que jamás nadie podría separarnos.

—Mi corazón te pertenecerá siempre —me susurró.

FIN

Agradecimientos

A mi familia: os quiero mucho.

A mi amiga Rosa: sin ti, nada sería igual.

A Lola Gude: gracias por tus consejos y apoyo.

A la editorial y toda la gente que trabaja allí; gracias a ellos es posible que mi novela vea la luz.

A mis compañeros escritores de editorial: sois geniales.

Y a ti, lector, gracias por seguir leyendo mis novelas.

Nota de la autora

Querido lector, *La rosa roja* es el primer libro de la trilogía: *Los caballeros del rey*. Este primer libro no es autoconclusivo; es por ese motivo por el que no se harán esperar los otros dos. Prometido.

Para todos aquellos que piensen que esta trilogía es novela histórica, quiero decirles que no es así: es cierto que la ubico en una época que me apasiona, la Reconquista, y hay personajes, lugares y batallas que nombro y que sí sucedieron o tuvieron relevancia en esa época. Pero también hay muchas anécdotas y vivencias inventadas que plasmo en la novela. Lo quiero aclarar para que nadie se lleve un engaño a la hora de comprarla.

Dejando esto aparte, solo quiero decir que he vivido aventuras inimaginables mientras escribía *La rosa roja*; he disfrutado de las aventuras, intrigas y peligros que viven el capitán Alonso Díaz y Rosa en cada página. Me he emocionado y amado a los personajes.

Espero que disfrutes de la lectura y deseo agradecerte a ti, lector, que te hayas decidido a leer esta primera novela de la trilogía *Los caballeros del rey*.

¡GRACIAS!

Si te ha gustado
La rosa roja
te recomendamos comenzar a leer
Solsticio de invierno
de *Luciana V. Suárez*



Prólogo

La noche del solsticio de invierno

El solsticio de invierno ya había llegado, por ello el pueblo entero estaba en penumbras, parecía como si un manto negro lo hubiera cubierto hasta dejarlo a oscuras. El cielo era una lámina ominosa y el contorno de la luna apenas se divisaba a través de las nubes que la cubrían. Definitivamente, era el día y la noche más larga que se había vivido alguna vez allí; en el pasado había sido así, pero nunca de esa manera. Los lugareños de Langsfield Fall sabían que el solsticio de invierno no traería nada bueno, dado que, en comparación al solsticio de verano, que solo traía prosperidad, abundancia y toda clase de cosas positivas, el solsticio de invierno no les llevaba más que desgracias. Sequías en las cosechas y el ganado, pérdidas en las ganancias económicas, riñas y discusiones que en otra época no hubieran ocurrido, mal de amores; incluso parecía ser que el solsticio incidía en el temperamento de las personas haciéndolas enfurecerse de la nada, pero había algo más que el solsticio podría traer consigo que los alarmaba: muertes. Generalmente lo de las muertes no se cumplía, o por lo menos no se había cumplido en mucho tiempo, pero este año haría veintiún años de ello, y esa era la cantidad de tiempo que le tomaba al solsticio renovarse y para ello alguien debía morir antes de que el amanecer llegara.

En el bosque todo estaba más oscuro que de costumbre, solo las llamas de la fogata eran capaces de alumbrar un poco alrededor, en especial, a las dos personas que se encontraban dentro del círculo que marcaba la lumbre. Ambos estaban amarrados al tronco de un árbol, enfrentados, tiritando de frío por lo gélida que estaba la noche, con las miradas fijas en el otro; no hacía falta que hablaran para saber lo que estaban pensando; uno de los dos moriría aquella noche, uno de los dos sería víctima de lo que el solsticio de invierno había desatado y, para cuando llegara al amanecer, solo uno de ellos sobreviviría.

Un mes antes del solsticio de invierno

Hope Givens sabía que algo malo estaba a punto de ocurrir, lo supo cuando la mañana anterior había encontrado un cuervo posado en la ventana de su dormitorio, que la estaba mirando fijamente. Esos pájaros nunca traían noticias buenas, eso le había enseñado su madre cuando era pequeña, y desde entonces todas las veces que había visto uno era justo antes de que algo malo pasara.

También lo supo cuando quiso preparar una sopa de calabazas y esta comenzó a disolverse en

grumos de la nada, su madre también le había dicho que aquello era signo de malos augurios.

Además lo supo cuando soñó con su madre tres noches seguidas; no había soñado con su madre tanta frecuencia desde su muerte y esta siempre le había dicho que, cuando una persona soñaba con un muerto de manera continua, eso significaba que la estaban tratando de prevenir de algo malo.

Algo iba a ocurrir, algo no muy bueno, algo que de seguro estaba relacionado al solsticio que llegaría con el invierno. Todos los lugareños estaban alarmados por eso y no hacían más que hablar al respecto, pero a ella la tenía sin cuidado aquello, lo que tuviera que ocurrir ocurriría al final; claro que no podía hacer caso omiso a las señales o al hecho de que algo malo se avecinaba, pero bien sabía que tras ello la vida continuaría, el mundo no se acabaría y todos seguirían adelante después. Así que trató de concentrarse en su trabajo, que era lo único a lo que tenía que aferrarse en la vida. Ya no tenía madre, había muerto hacía dos años tras una larga enfermedad; tampoco tenía padre, lo había tenido alguna vez, pero se había ido lejos y nunca regresó, por lo que su imagen se había difuminado con el tiempo, como una fotografía que va perdiendo color. Cuando le había preguntado a su madre por qué ya no lo veía más, esta le había dicho: «Es un *hippie*, y los *hippies* tienen almas nómadas, por lo que no se quedan en ningún lugar, no echan raíces, solo van a donde la corriente los lleve».

Hope no tenía hermanos u otros familiares, tampoco tenía amigos, apenas unos conocidos a quienes veía a diario, dado que trabajaban en la misma cuadra en donde ella tenía su tienda, pero no sabía si podía llamarlos amigos, porque no compartía secretos con ellos, así que todo cuanto tenía era su trabajo y su casa en el bosque; también había adquirido una gata callejera tras la muerte de su madre, y ya tenía un perro cuidador, que se llamaba Alfalfa, que su madre le había obsequiado cuando había cumplido diez años, así que ellos le hacían buena compañía.

No podía quejarse mucho de su vida, dado que había muchas cosas de ella que le gustaban, como su trabajo, por ejemplo, el cual había encontrado hacía un año y medio atrás cuando reparó en la cantidad de hierbas y plantas medicinales que tenía en el jardín de su casa y se dio cuenta de que podía hacer algo provechoso con ello.

Le gustaba su casa; a pesar de que no fuera inmensa, tenía diez dormitorios en total y era cómoda, y le agradaba que estuviera situada en el bosque, ya que allí prácticamente no había edificios, todo era pacífico y la vista era idílica (por lo menos para sus ojos), puesto que estaba rodeado de árboles, matorrales y hierbas, además de que en invierno había ciervos y en verano luciérnagas, y había que añadir que aquello era todo cuanto conocía, porque había vivido allí desde que había nacido y nunca había ido a otra parte que no fuera el pueblo.

Hope había leído acerca de otros lugares de su país, había visto fotografías e imágenes de todos ellos en libros y en la televisión, pero le parecían lugares exóticos y extranjeros, y casi imposible de conocerlos, ni siquiera conocía Hartford, la capital de su estado. Hubo una época en que solía imaginar que visitaba otros lugares, tal vez Los Ángeles o Miami, pero la ciudad que más ansiaba

conocer era Manhattan, con todos esos rascacielos y parques inmensos, le parecía que era una ciudad fantástica. Se imaginaba caminando junto al jardín conservatorio en Central Park, patinando en la pista del Rockefeller Plaza (aun cuando no supiera patinar, dado que nunca había tenido patines), o simplemente admirando una ciudad llena de habitantes, con un tráfico tan atestado de vehículos a punto de colapsar, cosas que en Langsfield Field jamás había visto y jamás vería, ya que era un pueblo en donde siempre había lugar de sobra para estacionar y en el cual la población apenas llegaba a los dos mil habitantes.

De todas maneras, esas fantasías eran más intensas cuando era niña; con el paso del tiempo habían comenzado a diluirse, no era como si ahora ya no tuviera ansias de viajar y conocer otros lugares, pero ya no pensaba en ello de manera consciente, tal vez porque se había vuelto más práctica, era adulta y cada día representaba un desafío en su vida, porque su trabajo lo era todo, era su vida prácticamente, de lo contrario no podría subsistir, y hubo una época, tras que su madre muriera, que le había costado hacer durar el poco dinero que tenía; su madre le había dejado unos ahorros que guardaba para emergencias, pero no le duraron demasiado, dado que no era mucho, de todos modos, así que Hope se vio en la obligación de escatimar en algunas cosas, como ropa o comida. Gracias a su madre, se había vuelto experta en diseñar atuendos, ya que esta solía ser costurera y le había enseñado a diseñar prendas y, en cuanto a la comida, por casi un año tuvo que alimentarse de huevos de la pequeña huerta que tenía en el patio trasero, así como de verduras extraídas de allí y frijoles; todos eran productos que provenían de su propia tierra, ya que casi no tenía dinero para comprar comida en el pueblo y lo poco que le quedaba prefería guardarlo para emergencias. Tenía suerte de que aquella tierra fuera fértil, a tal punto de hacer brotar todas las verduras y especias en épocas en que no se suponía que crecieran. Aun así, una vez se vio en la obligación de sacrificar un venado; no lo hubiera hecho, pero el venado ya estaba mal herido porque un cazador le había disparado, así que ella solo agilizó su partida matándolo con una escopeta; cerró los ojos al hacerlo, dado que de lo contrario no habría podido matarlo. Nunca antes le había disparado a nada que no fuera una tabla o cualquier cosa plana como práctica, puesto que su madre le había dicho que debía saber cómo manejar un arma, ya que siempre debían estar preparadas por si el peligro las acechaba. Así que una vez que el animal estuvo muerto, Hope lo cocinó y lo comió con algo de remordimiento. Aun cuando todas las carnes eran animales antes de ser conservadas y cocinadas, no pudo evitar sentirse mal por un animal tan indefenso. Esa noche incluso lloró por ello antes de dormirse mientras recordaba la imagen del animal desangrado en su mente. Pero el hecho es que parte de haberlo comido era que hacía más de un año que no comía carne, y no porque fuera vegetariana, sino porque no podía permitírselo, aun así pensó que, antes de sacrificar un animal (aun cuando estuviera mal herido) solo para poder comer de nuevo carne, era mejor seguir alimentándose de verduras.

Un buen día, mientras estaba arreglando su jardín, se puso a ver la cantidad de verduras y hierbas que crecían en su huerta; eran muchas y todas se veían rozagantes. Recordó que una vez la

señora Joyce, una mujer setentona que tenía una tienda en la misma calle que la de Hope, le había dicho a su madre que en aquella zona todo crecía de esa forma porque esas tierras tenían una energía fuerte y radioactivas al sol, así que Hope pensó que tal vez podría sacar algún provecho de ello. Había considerado buscar trabajo en el pueblo, pero no había muchas opciones para una muchacha joven con tan poca experiencia como ella, y de todas maneras la tasa de empleo en Langsfield Fall era limitada, pero sabía mucho sobre las verduras y especias que crecían en su jardín, dado que desde niña su madre le había enseñado a plantarlas, regarlas y cuidarlas como si fuesen un objeto preciado, ya que la mayor provisión de sus comidas y medicamentos provenían de allí. Había una tomatara, una planta de calabacines, una de cebollas, otra de papas, un limonero, un manzano, una planta de muérdago, otra de nueces, otra de higos y un cerezo, además de la cantidad de plantas de hierbas que se usaban como remedios medicinales. Cada vez que Hope se enfermaba, su madre le preparaba un brebaje que contenía las hierbas adecuadas para la enfermedad que padeciera en ese momento; si tenía un resfrío, le daba un brebaje de tomillo, salvia y ajo. Sabía horrible, desde luego, pero al día siguiente Hope se sentía como si no hubiera tenido resfrío en absoluto; si tenía gripe, le daba hinojo y orégano; y, si tenía alguna intoxicación o dolor estomacal, le daba una mezcla de diente de león, alcachofas y espinacas. Pero no solo funcionaban con enfermedades físicas, sino también con las relacionadas al estado de ánimo: si Hope estaba triste, estresada o ansiosa, le daba una mezcla de romero, jazmín y miel.

Así que esa tarde de verano, mientras admiraba su jardín, Hope pensó que tal vez podría preparar hierbas medicinales y venderlas en alguna parte del pueblo. Averiguó que había una tienda disponible en la avenida principal, solo debía presentarle la propuesta a la delegada comercial y, si ella lo aprobaba, podía rentarla. Tuvo suerte de que se la hubieran aprobado, por lo que ahora tenía su tienda allí y ese se había convertido en su trabajo, su fuente de manutención; vendía bien y cobraba bien, por lo menos bien para sus necesidades, para pagar los pocos servicios que usaba, como la luz, porque en cuanto al gas ella usaba una fuente natural; no pagaba televisión por cable, dado que apenas tenía un televisor viejo y tampoco veía mucha televisión; no pagaba internet porque no tenía computadora y tampoco se veía tentada por la tecnología; no pagaba teléfono de línea porque nunca había tenido uno, ni siquiera tenía un móvil, aunque estaba considerando comprarlo, pero sería solo para usarlo en caso de emergencias, si llegara a necesitar algo, como una ambulancia o que la policía fuera a su casa por algún asunto, así que solo pagaba la luz, la nafta de su viejo Camaro azul (que solía pertenecer a su madre desde los años setenta) y la comida y productos de limpieza que necesitaba; no compraba ropa, a menos que fuera un jean o calzados, dado que las blusas, faldas o vestidos se los hacía ella misma.

Así que dentro de todo llevaba una cómoda vida allí, en donde cada día trabajaba desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde (a excepción de los domingos que era su día libre) y luego regresaba a su casa, situada en el medio de la nada y, tras cenar y acomodar sus cosas, se iba a dormir. Tal vez para cualquiera aquello sería aburrido y monótono, pero a ella le gustaba; era una vida tranquila y cómoda, pero por sobre todo era lo que conocía, lo permanente, lo

inamovible, lo habitual.

Pero debía admitir para sus adentros que últimamente se encontraba anhelando algo desconocido, algo que nunca hubiera visto o experimentado, tal vez viajar a conocer otro lugar, a otras personas, vivir otras experiencias, pero por mucho que lo anhelara sabía que aquello era casi imposible que le sucediera a ella. De todas las personas, ella era la que menos posibilidades tenía de que le ocurriera algo de otro mundo, algo que pudiera disfrutar, dado que su vida era muy pasiva; tal vez lo había aprendido en los veintiún años que había vivido en soledad, aislada de todos, porque, a pesar de que el pueblo quedaba a diez minutos de su casa, vivía en medio del bosque. Nunca había asistido a la escuela, como los demás niños; había sido instruida en su casa, por lo que nunca había tenido amigos, así que la monotonía era su mejor amiga; debía admitirlo por mucho que le pesara. Pero había algo en su interior, o tal vez en el exterior, debido a todas las señales que había visto, que le decía que iba a haber un cambio y, a pesar de que ella bien sabía que se debía al solsticio de invierno y que afectaría más bien al pueblo y de una forma negativa, sentía que en realidad la iba a afectar a ella.

Ella nunca sabrá la verdadera identidad del hombre que oculta su rostro y se hace llamar “El caballero de la rosa roja”.



Rosa, hija del marqués Álvarez de Toledo, intrépida y rebelde, no está dispuesta a seguir las directrices que se espera de ella. Su pasión por la orfebrería la llevará hasta el barrio judío de la ciudad toledana donde se verá involucrada en una serie de sucesos que cambiarán el rumbo de su vida. Un asesinato, un caballero con una identidad oculta y una joya deseada por muchos se cruzarán en su camino cambiando con brusquedad su destino.

El capitán Alonso Díaz tiene una misión que le ha encomendado la reina Constanza: debe ir hasta los reinos del Norte y allí encontrar una esmeralda, pero antes de que pueda llevar a cabo su misión, la sospecha de una invasión de los almorávides en la ciudad de Toledo le obliga a viajar hasta allí y proteger sus murallas. La decisión del capitán Alonso Díaz hace que Rosa se cruce en su camino irrumpiendo de golpe en su vida. Nada será como antes. Intrigas y traiciones llevarán a ambos personajes a tomar decisiones que pondrán en peligro sus vidas.

Una noble desaparecida, un trágico suceso, un caballero misterioso y una joya que muchos desean encontrar llevará a los protagonistas a realizar un viaje lleno de aventuras y peligros que les conducirá hasta la ciudad santa, Santiago de Compostela; allí, entre los muros de la catedral que se está construyendo se encuentran las respuestas a todas las preguntas.

Y mientras esto sucede... el corazón de Rosa estará dividido entre dos hombres: el capitán Alonso Díaz y el misterioso caballero de La rosa roja.

Jimena Cook nació en Madrid. Cursó sus estudios en la Universidad Complutense licenciándose en Periodismo. Su interés por la lectura comenzó a muy temprana edad, empezando a escribir pequeñas historias y presentándose a concursos de relatos de los cuales llegó a ser finalista en dos de ellos. En la actualidad, compagina su vida familiar y laboral, con su gran pasión, la escritura.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Jimena Cook

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-62-6

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

La rosa roja

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Agradecimientos

Nota de la autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Jimena Cook

Créditos